

Martha Cecilia Rodríguez Albán

**Cultura y política en Ecuador:
estudio sobre la creación de
la Casa de la Cultura**



FLACSO
EQUADOR

© 2015 Flasco Ecuador

Cuidado de la edición: Unidad Editorial de Flasco Ecuador

Impreso en Ecuador, abril 2015

ISBN: 978-9978-67-443-7

Tesis originalmente titulada “Espacios públicos culturales y redes sociales: su influencia en la creación de la Casa de la Cultura y la extinción del Instituto Cultural Ecuatoriano (1941-1945)”.

Fue presentada para obtener el título de Maestría en Ciencias Sociales con mención en Sociología.

Autora: Martha Cecilia Rodríguez Albán

Asesora: Valeria Coronel

Lectores: Agustín Laó Montes y Daniel Kersfeld

Flasco Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 294 6800 Fax: (593-2) 294 6803

www.flasco.edu.ec

Rodríguez Albán, Martha Cecilia

Cultura y política en Ecuador : estudio sobre la creación de la Casa de la Cultura / Martha Cecilia Rodríguez Albán. Quito : FLACSO Ecuador, 2015

viii, 223 p. : cuadros . - (Serie Tesis)

ISBN: 978-9978-67-443-7

SOCIOLOGÍA CULTURAL ; ESTUDIOS CULTURALES ; SISTEMAS CULTURALES ; CULTURA ; ASPECTOS POLÍTICOS ; ADMINISTRACIÓN CULTURAL ; POLÍTICAS CULTURALES ; INSTITUTO CULTURAL ECUATORIANO ; CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA ; ECUADOR.

306 - CDD

Índice de contenidos

Agradecimientos	vii
Introducción	1
Capítulo I	
Los procesos culturales son procesos políticos	9
Estado y sociedad civil. Espacio público de la prensa y contrapúblicos. Espacio público cultural	9
Redes sociales. Matrices culturales. Políticas culturales.	17
Cultura nacional y lo nacional-popular. Hegemonía. El rol de los intelectuales	23
Teoría materialista histórica de la cultura, de Raymond Williams . . .	27
Intelectuales y política	33
Capítulo II	
Procesos políticos y actores de la disputa cultural (1925-1945).	39
Contexto 1925-1940: Proceso Juliano, protesta social y articulación con las izquierdas.	42
Contexto 1941-1944	50
Las dos matrices culturales.	57

Capítulo III

Debates sobre nación en el espacio público cultural

(1941-1944)	75
Hispanismo en la nacionalidad	76
Catolicismo y nación	79
Raza y nación: el indio y el mestizo	82
El cholo, el indio y el montuvio en la nación	92

Capítulo IV

Espacios públicos, políticas culturales privadas	101
Prensa y políticas culturales en Ecuador	102
Políticas culturales hasta 1925	107
Políticas culturales entre 1925-1941	109
Políticas culturales de la matriz de derechas	112
Políticas culturales entre 1941-1944: ICE y CCE	123

Capítulo V

De intelectuales y redes en espacios públicos:

la importancia de llamarse Benjamín Carrión	135
La Universidad: capitales, redes básicas	137
Redes europeas y obras en clave liberal-burguesa (1925-1931)	141
Seducción del socialismo y nuevo canon artístico.	
Red latinoamericana inicial (1931-1948).	144
Redes culturales, campañas cívicas. Construcciones en el espacio público cultural (1937-1944)	151
Guerra fría y nuevas redes internacionales. Hacia “el intelectual de la literatura”	158

Conclusiones	165
-------------------------------	------------

Anexos	177
-------------------------	------------

Siglas	191
-------------------------	------------

Bibliografía	193
-------------------------------	------------

Agradecimientos

Mis estudios de maestría en Sociología en FLACSO Ecuador han constituido un proceso intenso y exigente, del que he disfrutado mucho y del que me enorgullezco. En él han participado muchas personas; por eso quiero expresar mi gratitud, con un abrazo afectuoso, a quienes me brindaron su ayuda y su aliento. Al profesor Luis Donatello, de la Universidad de Buenos Aires, quien compartió sus conocimientos sobre metodología de redes. Fue clave en la génesis de este proyecto, en el contexto del seminario virtual Clacso de Investigación Social, en 2011. A la FLACSO Ecuador, por el apoyo institucional para realizar los estudios y la beca concedida para el trabajo de tesis. A los profesores de la maestría, por sus sugerencias y generosidad; en particular a Valeria Coronel, por su confianza, por los desafíos que siempre nos planteó y que me estimularon enormemente, por la mirada crítica y las sugerencias durante la investigación. A mis compañeros de maestría, grupo de enorme valor y calidad humana, cuya amistad aprecio: gracias por la compañía y el apoyo en el camino. Al personal administrativo de la universidad, en particular a Sarita Hidalgo, siempre amable y dispuesta a orientarnos y darnos una mano en todos los trámites. A los amigos del Centro Cultural Benjamín Carrión: a Luis Chiriboga, por las facilidades de acceso al archivo; a Raúl Pacheco, además, por las sugerencias, el diálogo y el nexo con informantes clave. Al personal de las bibliotecas de FLACSO Ecuador y de la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB) (de manera especial, a Angie y Ruth), y de los archivos

de la Biblioteca Carlos A. Rolando (BCAR), de la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit (BAEP), del Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores (AHMRE), del Archivo del Ministerio de Cultura del Ecuador (AMCE); en el Archivo Meriguet-Martínez (AMM), a Nela Meriguet Martínez, quien me brindó su ayuda personal más allá de las dificultades logísticas. A los expertos Germán Rodas, Gustavo Salazar y Alba Luz Mora por sus sugerencias en aspectos relacionados con la historia del Partido Socialista Ecuatoriano (PSE), las relaciones de Benjamín Carrión y la historia del Grupo América, respectivamente. A Darío Moreira, María Rosa Carrión y Alfredo Vera Arrata por las entrevistas concedidas, que iluminaron oscuridades en la narrativa que construye esta investigación. A Mercedes Eguiguren, por su información en Loja.

Finalmente, a mi madre, por su pensamiento y presencia cálida, que me acompañan donde me encuentre, y a mi hijo Pablo y a Juan Carlos, quienes –en frase común, pero no retórica– debieron fatigarse por mis ausencias en los espacios y el tiempo que antes compartíamos. Este trabajo nace con una deuda hacia ustedes.

Introducción

La presente investigación está conducida por dos objetivos generales; el primero consiste en sustentar la noción de que lo cultural y lo político son procesos imbricados, de suerte que las praxis culturales siempre son praxis políticas; el segundo, mostrar la relación dialéctica entre individuos y estructuras. Se trata de enunciados en los que se leen fácilmente las imprecisiones gramsciana y de Raymond Williams, y que discrepan con ciertos lugares comunes: que cultura y política son ámbitos separados o que los individuos y sus interacciones –igual que los actores subalternos y sus praxis– tienen escasa incidencia sobre el Estado y sus instituciones. Esperamos que este trabajo aporte pues a las discusiones sobre la relación entre cultura y política, y sobre la interacción entre estructuras micro y macro.

La investigación se centra en Ecuador, en el período 1941-1945, cuando culminan eventos iniciados hacia 1925. Con el horizonte de los mencionados objetivos generales revisaremos: a) las maneras en que el *espacio público cultural*, incluida allí la prensa, fue una arena de la lucha política, en la que participaban actores de la sociedad civil, así como el Estado; b) el rol de las políticas culturales privadas y estatales como prácticas políticas de la sociedad civil (de actores individuales y colectivos) y como respuestas del Estado a las demandas de dicha sociedad, y c) un caso que muestra cómo las relaciones de un actor individual (redes sociales y lazos débiles) pueden incidir en el Estado y construir instituciones (la Casa de la Cultura Ecuatoriana, CCE), y que muestra, a la vez, cómo las instituciones (con sus prácticas y discursos) modifican las relaciones sociales y sus manifestaciones culturales.

El Capítulo I se ocupa del marco teórico. Desde la perspectiva de Antonio Gramsci, revisamos las relaciones entre sociedad civil y Estado. Discutimos los conceptos de hegemonía (Gramsci, Guha) y espacio público de la prensa (de Habermas, y la crítica de Fraser). Estudiamos la teoría materialista-histórica de la cultura (Williams), y la definición y rol de las políticas públicas desde la perspectiva de la teoría histórica de la formación de los estados (Corrigan, Gilbert y Nugent). Finalmente, para desarrollar la relación entre intelectuales y política nos detuvimos ante distintas nociones, como *intelectual orgánico* (Gramsci), *intelectual construido en la prensa*, e *intelectual de la literatura* (Zanetti, Aguilar y otros).

El Capítulo II se refiere a los contextos sociopolíticos del país. El período 1925-1945 estuvo definido por la emergencia de fuerzas sociales: una facción de terratenientes (los de la modernización reaccionaria), y fuerzas sociales populares (artesanos, trabajadores urbanos, campesinos indios y no indios) articuladas a un sector medio radicalizado. En correlato con el ascenso de estas dos fuerzas, el período también estuvo marcado por la disputa política entre derechas e izquierdas, cuyos argumentos simbólicos configuraron y definieron dos matrices culturales (generadoras no solo de discursos –sobre la composición humana y cultural de la nación, básicamente–, sino también de políticas y productos culturales vinculados con esos discursos). Son procesos que se desarrollaron en el marco legal e institucional construido por la Revolución Juliana, con apoyo de intelectuales de izquierda (por ejemplo, los socialistas aportaron con cuerpos de leyes a favor del reconocimiento y la redistribución, leyes que eran respuestas del Estado a las demandas de la lucha social).

El Capítulo III se enfoca en los referidos discursos sobre la nación, abanderados por las dos matrices culturales. La de derechas, desde una mirada elitista y muchas veces excluyente de lo popular, defendía un carácter católico-hispánico de la nación (con matices y posiciones diversos, ciertamente). La matriz de izquierdas propugnaba, en cambio, la inclusión de lo popular, aunque desde perspectivas menos cohesionadas, y acaso con más tensiones internas que su antagonica. A lo largo de la década del treinta, la matriz de izquierdas como conjunto consiguió desplazar a la de derechas en el horizonte cultural del país; a su vez su ala nacional-popular (la más

combativa) logró la hegemonía en el seno de dicha matriz. Pero con la guerra con Perú (1941) y la firma del Protocolo de Río (1942) cambiaron los contextos sociales y ciertos imaginarios y se produjo un desplazamiento en las discusiones sobre la nación. Finalmente, el ala mestizo-popular (de Benjamín Carrión) consiguió que su proyecto adquiriese el estatuto de política cultural estatal (la CCE); lo logró en un contexto sociopolítico complejo (cuya expresión mayor fue la Revolución de 1944), en el que también incidieron factores de orden internacional. La política cultural de la CCE asestó otro golpe decisivo a la matriz de derechas, pues implicó la extinción del Instituto Cultural Ecuatoriano: fue una disposición incluida en el mismo decreto que creó la CCE. De su parte, el ala nacional-popular se extinguió hacia 1946; en ello incidieron diversos factores, incluidos la hegemonía de la propuesta cultural de la nación mestiza y los conflictos en el seno de la izquierda. Por otro lado, se anunciaba un giro en la orientación económico-política del país, la cual se plasmaría con claridad desde 1948 (cuando la facción desarrollista-modernizadora, liderada por Galo Plaza, alcanzó el poder político).

En el Capítulo IV dedicamos espacio al análisis de las principales políticas culturales surgidas en 1925-1940 y las de 1941-1944. Las de este último período son el Instituto Cultural Ecuatoriano y la CCE; ellas revelan las perspectivas de nación del Presidente que impulsó la primera (Arroyo del Río) y del intelectual que diseñó la segunda (Carrión, en diálogo con discursos mestizófilos latinoamericanos de esos años). Vemos, asimismo, que la prensa no constituyó un lugar de debate de políticas públicas culturales, y que incidió solo de manera indirecta en la conducción de aquellas al interior de la agenda estatal. En cambio, su influencia se mostró efectiva cuando otorgó capitales social y simbólico –poder publicístico– a varios intelectuales (caso de Benjamín Carrión) y posicionó las ideas de las matrices (caso de su tesis de la nación pequeña).

El Capítulo V, finalmente, muestra y analiza los procesos mediante los cuales Benjamín Carrión ganó capitales simbólico y social, vinculados con los de construcción de sus redes sociales. Dedicamos espacio a estudiar sus redes sociales y lazos débiles, pues creemos que ellos, más su sagacidad para leer las coyunturas, fueron los elementos que permitieron la institu-

cionalización de su proyecto cultural y su nombramiento como cabeza de la CCE; con ello, su poder publicístico se volvía poder político real. La construcción de redes y capitales es un recorrido que toma casi tres décadas a Benjamín Carrión, antes de que se convirtiera en presidente de la CCE; camino ascendente que prosigue desde los años cincuenta hasta su muerte, catapultado ahora a nivel de tribuno internacional, en el contexto de la Guerra Fría. Este recorrido vital y de su obra ensayística, en diálogo y/o tensión con los productos y políticas de las dos matrices culturales (década del treinta), y en los posteriores contextos sociopolíticos del Ecuador (1941-1945) y de Latinoamérica (décadas del cincuenta, sesenta y parte del setenta), brinda nueva luz sobre la proyección ulterior de la CCE y la figura del intelectual Benjamín Carrión.

Como puede apreciarse, es una investigación con perspectiva interdisciplinaria: sociología de la cultura, estudios culturales, estudios históricos, crítica literaria (en diálogo con la historia de los intelectuales). Se inserta en discusiones en torno a los orígenes, significado y funciones de la CCE e, indirectamente, sobre el sentido de la Revolución de 1944. En lo metodológico, trabajamos con los métodos analítico y deductivo. Empleamos técnicas de revisión de archivos, prensa y bibliografía primaria y secundaria; entrevistas con preguntas abiertas (a expertos, a familiares de Benjamín Carrión y Alfredo Vera), análisis de redes (como técnica, amén del empleo de *redes* como concepto) y tabulamos algunas categorías de datos, con fines descriptivos.

Luego de la revisión inicial de bibliografía secundaria y determinación del marco teórico, indagamos en las fuentes primarias. Comenzamos con biografías, memorias, cartas y entrevistas realizadas en vida a los actores, las cuales facilitaron un trazado inicial de sus trayectorias y redes sociales. Nos centramos en Benjamín Carrión, Gonzalo Zaldumbide, Isaac J. Barrera, César E. Arroyo, Joaquín Gallegos Lara y Nela Martínez (elegidos por su importancia dentro de las respectivas matrices, y porque contábamos con la valiosa información procedente de su correspondencia, editada en todos los casos).¹ Estas fuentes, además de ayudar a configurar el marco inicial

1 El lento proceso de catalogación y las políticas de acceso a ellos que mantiene la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit (BAEP) nos impidieron trabajar con el vasto archivo personal de Espinosa Pólit –sin duda fuente clave para reconstruir la historia intelectual de las derechas en el país–.

básico, desplegaron interrogantes cruciales para la indagación posterior (por ejemplo, debimos determinar si Carrión redactó él solo el anteproyecto que presentó al Ministro de Educación Alfredo Vera, en 1944 o indagar por qué razones Benjamín Carrión, Gonzalo Escudero y otros habrían hecho pública su desafiliación del Grupo América, en 1937). Asimismo, las entrevistas a los expertos portaron reflexiones y dieron luz sobre otras interrogantes.

Los archivos consultados fueron, en Quito, el Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores (AHMRE), el Archivo del Ministerio de Cultura del Ecuador (AMCE), el Archivo Meriguet-Martínez (AMM), del Centro Cultural Benjamín Carrión (CCBC); en Guayaquil, el de la Biblioteca Carlos A. Rolando (BCAR). Además, indagamos en las hemerotecas del CCBC y de la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit (BAEP). En esos archivos y en la prensa buscamos información relacionada con estos aspectos: a) presencia del tema de la nación (su constitución hispánico-católica, 'el problema del indio', presencia del montuvio), con sus respectivos voceros. b) Información complementaria sobre trayectorias de vida y redes sociales de Zaldumbide, Barrera, Gallegos Lara y Carrión. c) Las políticas culturales de El Ateneo, Grupo América, Grupo de Guayaquil, Instituto Cultural Ecuatoriano (ICE) y la Casa de la Cultura del Ecuador (CCE); debates en torno a las políticas del ICE y de la CCE, la necesidad de su constitución y reacciones a ellas; posibles actores que contribuyeron a redactarlas, etc. d) Información complementaria sobre la representación de los actores e instituciones de las matrices, como de sucesos históricos (en prensa chica y de gran tiraje): Guerra de 1941, Protocolo de Río, conformación de la coalición Alianza Democrática Ecuatoriana, conmemoraciones y disputas políticas clave. Con información de la prensa chica buscamos trazar un brevísimo mapa de ésta, de los temas abordados y de los actores de las matrices culturales que publicaban en ella.

Encontramos escasos textos impresos sobre El Ateneo, Grupo América e ICE; salvo artículos y libros anecdóticos, tampoco había trabajos fiables sobre el Grupo de Guayaquil (*Doce siluetas* de De la Cuadra aporta indicios). La prensa de gran tiraje dio información, excepto sobre los de Guayaquil, en tanto grupo; en este caso fueron de extrema utilidad la co-

correspondencia entre Carrión y Gallegos Lara, entre éste y Nela Martínez, y el libro *Vienen ganas...*

Las cartas entre Aurelio Espinosa Pólit e Isaac J. Barrera brindaron detalles sobre la cercanía de esos actores desde la década del treinta y durante el período en que formaron parte de la Comisión de Propaganda Cultural. La correspondencia de Jijón y Caamaño fue también una contribución clave, igual que las memorias de varios actores. Sobre el Grupo América, el texto de Alba Luz Mora fue muy importante.

Para esbozar las redes sociales de Gonzalo Zaldumbide, Isaac J. Barrera, César E. Arroyo, Nela Martínez, Joaquín Gallegos Lara y Benjamín Carrión² partimos de sus trayectorias. Con información de diarios y archivos, ubicamos vínculos (comunicaciones establecidas entre nodos), sus características y el apoyo obtenido como resultado de esos vínculos (información, recomendaciones, contactos con otros nodos, apoyo editorial, logístico, laboral, financiero, una política cultural). Para estudiar las redes, las unidades de análisis fueron los vínculos (con partidos, gremios e instituciones culturales; lazos débiles con funcionarios del Estado, burócratas y autoridades locales; con la Iglesia, en los casos correspondientes).

Finalmente, elaboramos los anexos para dar sustento a varias ideas que surgían en el análisis (penetración cultural estadounidense, diferencias entre políticas culturales en sus relaciones con la escuela y el Estado, cambio en el número y contenidos de los artículos de prensa sobre cultura después de la firma del Protocolo de Río; indicio de un empleo estratégico de la política cultural).

La prensa también complementó datos sobre el desempeño político de los actores. Sus líneas de vida fueron pensadas dentro del contexto de los debates políticos y de las relaciones con sus redes sociales respectivas (las afines, y con las que mantenían disputa). Asimismo, en esas líneas de vida registramos los contenidos importantes de las obras literarias que escribieron, relacionándolos (en diálogo o en disputa) con las producciones simbólicas de otros actores. Para reconstruir los debates del espacio público

2 Solo hacemos constar las redes de Carrión, pero utilizamos información sobre los vínculos entre actores y sus redes. Nuestro análisis requiere de interrelaciones en contextos, más que de miradas aisladas a cada actor.

cultural fue importante la información de la prensa, tanto como la producción narrativa, de poesía y de crítica literaria de actores como Joaquín Gallegos Lara, José de la Cuadra, Benjamín Carrión, Nela Martínez, Isaac J. Barrera. Son textos clave (sobre todo los de crítica literaria) para trazar la genealogía de las tesis propuestas en las matrices, junto con los textos sociológicos y antropológicos. Entonces, cruzamos esta información con las trayectorias de vida, en el contexto de sus redes y los contextos sociales y políticos del país.

El capítulo V fue el que más requirió de esa necesaria perspectiva múltiple, (Zanetti 1994; Merbilhaá³ 2012); desde ella fue posible relacionar, en el contexto sociopolítico específico, los siguientes elementos: (a) las trayectorias de los intelectuales señeros (nodos de redes); (b) sus redes y las instituciones que configuraban (y desde las que actuaban); (c) sus producciones, en relación y disputa con las de otros autores. Respondimos así a la demanda de que para estudiar la sociabilidad intelectual era “fundamental un abordaje interdisciplinario en el que confluyeran la historia de los intelectuales y la sociología de la cultura, los estudios culturales, el análisis del discurso, como también los desarrollos de la crítica [literaria] latinoamericana (Angenot, Williams, Bourdieu, Charle, Prochasson, Terán, Dosse, Altamirano, Gramuglio, Rama, Real de Azúa, Zanetti)” (Merbilhaá 2012, 5).

Luego de esta introducción con información sobre contenidos y metodología, pasamos a estudiar las propuestas de nuestro trabajo, en los capítulos correspondientes. En las conclusiones discutiremos las implicaciones posibles de nuestros hallazgos.

3 Merbilhaá resalta el trabajo de Françoise Dosse, ver Michel Leymarie y Jean François Sirinelli (2003, 161-182), “De l’histoire des idées a l’histoire intellectuelle”, en *L’histoire des intellectuels aujourd’hui*.

Capítulo I

Los procesos culturales son procesos políticos

Existe la idea común de que lo cultural y lo político son ámbitos separados. Este trabajo quiere aportar a la noción contraria: que ambos son procesos dialécticos de lo social y que –sin desmedro de sus especificidades– se imbrican, se influyen mutuamente. De ello resulta que la producción, consumo y distribución de bienes culturales deviene siempre en una praxis política y que ésta se realiza en buena parte sobre la base de producciones simbólicas provistas desde el campo cultural. Teniendo esa idea como telón de fondo, trataremos de observar también la relación dialéctica entre individuos y estructuras, mostrando –en el caso particular de creación de la CCE– cómo las relaciones de un actor individual pueden construir instituciones y cómo éstas modifican a su vez las relaciones sociales y sus manifestaciones culturales. Dos autores son esenciales para pensar la dialéctica entre lo cultural y lo político: el filósofo italiano Antonio Gramsci (1891-1937) y el crítico galés Raymond Williams (1921-1988). Con sus aportes teóricos, entre otros, revisaremos la interacción entre cultura y política y la relación entre actores y estructuras.

Estado y sociedad civil. Espacio público de la prensa y contrapúblicos. Espacio público cultural

Desde el siglo XVIII se fijó una distinción inicial básica entre sociedad y Estado; Raymond Williams (1976, 304) la recoge: “sociedad es aquello

a lo que todos pertenecemos [...]; el *estado* es el aparato del poder”. Sin embargo, en lo cotidiano resulta difícil separar limpiamente los dos conceptos. Esa dificultad tiene su correlato en dos líneas históricas dominantes de comprensión de la sociedad: una pone énfasis en las instituciones o macroestructuras (visión macro) y otra en las relaciones o microestructuras (visión micro).

Durante buena parte del siglo XX se pensó que eran posturas irreconciliables, y la dialéctica entre ellas se volvió borrosa. Se dio por sentado que uno de los elementos (micro o macro, según el caso) era determinante en la constitución del orden social y que su opuesto jugaba un rol menor. Sin embargo, desde los años sesenta surgieron aportes en la línea del diálogo micro-macro, a partir de los cuales se resaltaron grados y elementos de continuidad en las relaciones entre ambos.¹

Partimos de la acepción actual y común del término sociedad: ella designa “el cuerpo de instituciones y relaciones dentro del cual vive un grupo relativamente grande de personas” (Williams 1976, 302). Es una definición sencilla pero útil, pues resalta que instituciones y relaciones constituyen un todo orgánico; de hecho las instituciones son producidas por las relaciones sociales (aunque tendamos a mirarla como entes autónomos, apartados e incluso opuestos al devenir social).² De manera específica trabajaremos con el concepto de sociedad civil en sus relaciones con la institución llamada Estado.³

1 Piensan en la preeminencia de lo micro: el interaccionismo simbólico, la teoría de la elección racional. La visión macro se aprecia en Marx y Durkheim. Desde aproximaciones metodológicas y epistémicas diferentes, buscan aproximar lo micro y lo macro: Weber, Parsons; Hall, Williams; Berger, Luckmann; Münch, Smelser.

2 Este oscurecimiento de la mirada, o reificación, condiciona nuestra manera de percibir y relacionarnos con las instituciones (el Estado, en este caso). Según Berger y Luckmann (1966, 113-114), “reificación es la aprehensión de fenómenos humanos como si fueran cosas, [...] como si fueran algo distinto de los productos humanos, como hechos de la naturaleza, como resultados de leyes cósmicas, o manifestaciones de la voluntad divina. [...] Implica que el hombre es capaz de olvidar que él mismo ha creado el mundo humano, y, además, que la dialéctica entre el hombre, productor, y sus productos pasa inadvertida para la conciencia”.

3 Marx y Engels (1932, 68) definen al Estado a base de tres rasgos: “1) el estado como aparato coercitivo [...]; 2) [...] como instrumento de dominio de clase [...]; 3) [...] como momento secundario y subordinado respecto de la sociedad civil, por el cual no es el Estado el que condiciona y regula a la sociedad civil, sino la sociedad civil la que condiciona o regula al estado”. Gramsci amplía los puntos 1 y 3 al definir al Estado, y se aleja de Weber, quien se centra en el punto 1, cuando define al Estado

Gramsci (1949b) señala, basándose en Hegel y Marx, que la sociedad civil emerge históricamente cuando se ha iniciado la formación de los Estados⁴. Plantea que la sociedad civil comprende el “conjunto de los organismos vulgarmente llamados ‘privados’”, sociedad política, el Estado y sus instituciones. Ambos son planos superestructurales y ambos tienen que ver con la cohesión y organización de la sociedad; sin embargo, cada uno aporta desde una función distinta: hegemonía o dominio directo; la sociedad civil corresponde “a la función de ‘hegemonía’ que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad; [...] la de ‘dominio directo’ o de mando se expresa en el Estado y en el gobierno ‘jurídico’” (Gramsci 1949b). La sociedad civil reúne a las diversas categorías de lo social y a las relaciones ‘conectivas’ entre ellas. Categorías de la sociedad civil son las instituciones, formaciones y actores individuales o colectivos; no se incluyen las de orden económico ni político. La sociedad política comprende en cambio el Estado y sus instituciones (en particular, el gobierno jurídico), los partidos políticos y las políticas estatales: sea las de carácter positivo/educativo o negativo/punitivo (Cfr. Gramsci: “La formación...”, 1949; “Cuestión del ‘hombre...’”, 1932-1934; “Concepción del derecho”, 1949).

La sociedad civil participa de la función cohesionadora de lo social, junto con la sociedad política. Para eso continuamente colabora, disputa u obra en relación con los efectos, las regulaciones y normas de las instituciones sociales (en particular con aquellas del Estado que son vinculantes). Podría decirse que la sociedad civil agitada simula las contorsiones de un organismo revolviéndose sobre sí, al ser las dos sociedades partes orgánicas de un todo. Pero el símil es incompleto, porque no ilumina las estructuras de poder que tensionan las relaciones en y entre ambas sociedades (expresadas, por ejemplo, en las contradicciones entre validez y facticidad del

como “aquella comunidad humana que en el interior de un determinado territorio reclama para sí (con éxito) el monopolio de la coacción física legítima” (Weber 1923, 1056).

4 Marx explica que, en el sistema feudal, lo político y lo civil estaban imbricados (propietarios de tierras, miembros de estamentos, de corporaciones o gremios, formaban parte del Estado como cuerpos políticos de éste; a través de esas formas se expresaba la vida política de los individuos) (Cfr. Marx 1843, 153). En el Estado moderno, la esfera económica se independiza, la sociedad política se separa de la civil, y los vínculos directos con el Estado pasa a ser mediados por las leyes e instituciones. Gramsci (1949a) revisa tal desarrollo en: “Hegel...” (1929-1931), “La política como...” (1949), y en “Hegemonía (sociedad civil)...”.

sistema jurídico: “la tensión entre el idealismo del derecho constitucional y el materialismo de un orden jurídico, en particular de un derecho económico, que no hace sino reflejar la desigual distribución del poder social”) (Habermas 1992, 103).

En la sociedad civil podría decirse que el espacio público deviene en un recurso para el ejercicio de las funciones de aquella, pues constituye “una red para la comunicación de contenidos y tomas de postura, es decir, de *opiniones*” (Habermas 1992, 440). El espacio público las recoge, amplía, organiza y presenta como problemas públicos ante la autoridad política. En los sistemas parlamentarios, lo hace ante el Parlamento (en la concepción de *acción comunicativa* de Habermas, referida a los supuestos del Estado de derecho), o en sistemas presidenciales –nuestro caso–, las dirige al Estado de manera difusa, o específicamente a uno de sus poderes (legislativo, ejecutivo, judicial), o a distintos organismos del aparato estatal o administrativo, en su centro o periferia, según corresponda. En cualquier caso, el Estado es el *otro* con quien la sociedad civil entra en diálogo o disputa (reconociendo su autoridad o desafiándola), o a quien recurre para la mediación, y lo hace apelando a su rol cohesionador de lo social, a su tarea de modelamiento civilizatorio (que implica lo cultural y lo económico) (Gramsci: “Cuestión...” 1932-1934). Cuando en el seno de la sociedad civil se disputa por un nuevo modelo cultural o económico la pelea es también contra, mediante o junto al Estado (necesaria aunque no exclusivamente), y se espera respuestas en forma de leyes, políticas públicas o reestructuraciones radicales o globales.

Respecto al espacio público, Habermas aclara que no es institución ni organización, tampoco entramado de normas o sistema. La describe como una red en la cual “los flujos de comunicación quedan filtrados y sintetizados de tal suerte que se condensan en opiniones públicas agavilladas en torno a temas específicos” (Habermas 1992, 440). Tenemos también las precisiones que realiza Nancy Fraser (1997, 2) al definir al espacio público como un escenario institucionalizado de relaciones discursivas, distinto del Estado y de las relaciones económicas; también es distinto de la sociedad civil –añadimos–, a la que puede ser útil como recurso o herramienta.

Según Habermas, la acción comunicativa⁵ es lo que genera y reproduce este espacio social abierto (que sin embargo mantiene contacto con la esfera de la vida privada). Allí las informaciones adquieren el carácter de opinión pública, por “las reglas de una práctica de comunicación pública mantenida y seguida *en común* [y por] el amplio asentimiento por el que vienen ‘sustentadas’” (Habermas 1992, 442). Esta base de sustentación es lo que “funda o establece una medida de la legitimidad de la influencia que las opiniones públicas ejercen sobre el sistema político” (Habermas 1992, 443). Y se trata de una influencia que también se acredita en la cuenta privada de los actores de lo público:

En el espacio público se forma influencia y en él se lucha por ejercer influencia. En esa lucha no sólo entra en juego el influjo político ya adquirido y acumulado [...], sino también el prestigio de grupos de personas y de expertos que han adquirido su influencia en espacios públicos más especializados (por ejemplo, la autoridad de eclesiásticos, la fama de literatos y artistas, la reputación de científicos, el renombre y relumbro de estrellas del deporte y del mundo del espectáculo) (Habermas 1998, 443-444).

No obstante, para que este influjo publicístico-político generado en el espacio público se transforme en poder político formal (i. e., para que se institucionalice), es indispensable la mediación del ordenamiento jurídico del Estado (el mayor organismo institucionalizante):

el *influjo* político de tipo publicístico, es decir, apoyado por convicciones de tipo público, sólo se transforma en *poder* político, es decir en un potencial para tomar decisiones vinculantes, cuando opera sobre las convicciones de los miembros *autorizados* del sistema político [...]. El influjo publicístico-político, al igual que el poder social, sólo puede transformarse en poder político a través de procedimientos institucionalizados (Habermas 1998, 443).

5 El concepto de acción comunicativa considera “a los actores como hablantes y oyentes que se refieren a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo, y se entablan recíprocamente a este respecto intenciones de validez que pueden ser aceptadas o ponerse en tela de juicio” (Habermas 1992, 9).

Enfocándonos en la prensa, ella ha sido mediadora esencial en la constitución de públicos y espacios de opinión pública (y en la generación de influjo publicístico-político) desde sus inicios. Históricamente,

en las sociedades europeas de los siglos XVII y XVIII se form[ó] un moderno espacio público burgués como 'esfera de personas privadas que se reúnen formando público'. [...] [L]a conexión entre el espacio de la opinión pública y la esfera de la vida privada se manifiesta en la trama asociativa y en las formas de organización de un público lector, compuesto por burgueses y por personas privadas en general que cristaliza en torno a periódicos y revistas (Habermas 1992, 446).

Este autor destaca la centralidad de la prensa en la constitución histórica del público burgués o liberal. Obviamente ella no es condición sine qua non para la formación de públicos, pero es innegable el impacto de la prensa en las disputas de poder entre públicos diversos en las sociedades modernas.

Nancy Fraser (1997, 5-7) critica esta versión liberal del espacio público y señala que se refiere a un modelo masculino, por un lado, y excluyente de estratos sociales no burgueses, por otro. Además, resalta que la explicación de Habermas se refiere al modo de construcción de este espacio en particular. Fraser insiste en que hay otros espacios públicos que responden a diferentes determinaciones y que deben ser explicados por otros modelos (cuya existencia no refiere Habermas y que son invisibilizados por los espacios públicos de propietarios, ligados a la prensa 'grande'). En relación con ello, Fraser (1997, 7-8) nos recuerda que

casi contemporáneamente con la constitución del público burgués surgió una plétora de 'contrapúblicos' rivales, incluyendo públicos nacionalistas, públicos campesinos populares, públicos de mujeres de élite y públicos proletarios. [...] Es más, las relaciones entre el público burgués y los demás han sido siempre conflictivas. Casi desde el inicio, los contrapúblicos contestaron las normas excluyentes del público burgués y elaboraron otros estilos de comportamiento político y normas alternativas de discurso público.

En esta línea de discusión, Fraser (1997, 14-15) denomina *contrapúblicos subalternos* a los “escenarios discursivos paralelos en los cuales los miembros de grupos sociales subordinados crean y circulan (sic) contradiscursos para formular interpretaciones opositoras de sus identidades, intereses y necesidades”. En el caso de Ecuador, en los años treinta y cuarenta es posible identificar varios modelos o categorías de espacios públicos: los que son exclusivos de las derechas (en torno a publicaciones de la Iglesia, la Academia de Historia, el Grupo América); espacios de mujeres (con perspectivas diversas en torno a varias revistas: liberales radicales, de izquierda y católicas);⁶ espacios públicos subalternos: de indígenas, obreros y artesanos (en diálogo interclasista e interétnico, en torno a la prensa chica partidista) (Becker 2006; Coronel 2011) y uno que se ajusta más a un espacio de opinión pública de propietarios: el espacio público de la prensa de gran tiraje. Este último espacio posibilitó el contacto de miembros de la burguesía entre sí, y con otros grupos sociales como la aristocracia y el clero. Además, por esos años dicho espacio de la prensa de gran tiraje se abrió a intelectuales de sectores medios educados durante los regímenes liberales; sin ser propietarios, esos intelectuales acumulaban capital social y cultural a través de la lucha política o de sus publicaciones en la prensa (fueron varios los casos significativos: Isaac J. Barrera, Antonio Montalvo, Joaquín Gallegos, Augusto Arias, Benjamín Carrión). Allí, la participación de mujeres solo era eventual y se excluía a sectores subalternos no alfabetizados, no propietarios. Este espacio cristalizó en torno a los periódicos de mayor tiraje y las revistas que circulaban entre sectores medios y altos de las ciudades más pobladas, desde fines del siglo XIX e inicios del XX.

En esta investigación, a partir de las puntualizaciones de Habermas y Fraser, hablaremos de un espacio público cultural: éste sería un escenario de relaciones discursivas sobre temas cultural-políticos que cumpliría una función esencial en la construcción de poder publicístico. De hecho, este espacio modeló un tipo de intelectual —el intelectual construido en la prensa— que desplazó (entre 1925 y 1945) al modelo del intelectual letrado, propio del novecientos pero aún vigente hasta los años treinta. El espacio

6 Fueron, entre otras: *El tesoro del hogar* 1896; *El hogar cristiano* 1906-1919; *La mujer* 1905; *La Ondina del Guayas* 1907-1910; *Flora* 1918; *Alas* 1934; *Iniciación* 1934-1935 (Prieto y Goetschel 2008, 312).

público cultural priorizó temas de índole cultural en sus relaciones con los poderes (político, social, económico). Naturalmente, filtraba los flujos de comunicación, los condensaba como opinión pública y generaba el poder publicístico de los intelectuales en cuestión.

Pero hay otro aspecto adicional que resalta Fraser: los desniveles en la capacidad de incidencia de los actores del espacio público para obtener resultados vinculantes (leyes, políticas); eso ocurre aún en sociedades altamente democráticas. Ella contrasta los públicos débiles (cuya “práctica de deliberación consiste exclusivamente en la formación de opiniones” (Fraser 1997, 24-25) con los públicos fuertes (cuyo discurso forma opiniones y decide: el Parlamento soberano). Es importante señalar que la Asamblea Nacional en Ecuador, entre 1925 y 1945, fue un público fuerte. Con todo, creemos necesario matizar esas nociones. En aquellas décadas (y hasta hoy) ha sido posible incidir sobre la Administración por diferentes vías, más allá de las relaciones discursivas; la incidencia se ha ganado históricamente a partir de luchas en escenarios diversos: políticos (las urnas, Congreso Nacional), de disputa directa (calles, fábricas, haciendas) y de disputa simbólica (en los referidos espacios públicos).⁷

La capacidad de generar decisiones vinculantes desde variados escenarios se aprecia en el caso de Carrión, quien construyó su modelo cultural en el espacio público de la prensa y consiguió su institucionalización gracias a sus redes sociales y sus lazos débiles. Al mismo tiempo incidieron su prestigio (de origen publicístico) como intelectual moderno con redes internacionales⁸ y el influjo por contigüidad de la fuerza política de la izquierda (con la que mantenía vínculos).

Carrión fue brillante en la tarea de ubicar quiénes podían ser mediadores clave para incluir los problemas de la sociedad en la agenda del apar-

7 Cfr. Coronel 2012; Prieto y Goetschel 2008; Rodríguez 2005; Andrade Mendoza 2009; Pacheco 2012.

8 La *red intelectual* alude a “relaciones no codificadas pero caracterizadas por la complementariedad. [Es] un sistema de intercambio no organizado, no sistemático, en el que ciertas posiciones aparecen con mayor frecuencia que otras en lugares centrales (los que más capital social van adquiriendo y, a la vez, mayor capital simbólico en su capacidad de instituirse como ‘líderes de opinión’ y consagradores)” (Merbilháa 2012, 2). La autora usa esta noción al estudiar a escritores de Latinoamérica en Europa (1895-1914), pero aplica a Carrión.

to estatal;⁹ así —en las semanas posteriores al 28 de mayo de 1944— pudo anticiparse a otros actores del espacio público cultural, llevar ante el poder administrativo su propuesta (a través de lazos débiles eficaces) y lograr la emisión de una política pública. Su proyecto logró, como dice Habermas (1998, 443), “transformarse en poder político a través de procedimientos institucionalizados”. En contraste, la suerte del proyecto nacional-popular (mucho menos publicitado que el de Carrión) otorga parcialmente la razón a Fraser respecto de los públicos débiles: la lógica de circulación del poder (influida por imaginarios de modernidad) lo puso de lado, a despecho de que había sido un proyecto construido en la lucha política durante veinte años y de la hegemonía obtenida en el seno de la matriz de izquierdas y sobre la matriz cultural de derechas. Su suerte respondió, en parte, a que no realizó la jugada institucional; pero este resultado último obedeció también a otros procesos, muy complejos, según veremos en los capítulos II y IV.

Redes sociales. Matrices culturales. Políticas culturales

A partir de la discusión anterior se puede apreciar que no es una paradoja ni un juego retórico hablar de *la fuerza de los lazos débiles* (Granovetter 1982) o colegir que un público fuerte puede deberle mucho a sus lazos débiles. Los lazos hacen referencia al tejido mismo de lo social, a la trama compleja de las relaciones entre individuos. El sociólogo estadounidense Mark Granovetter diferencia entre una red de baja densidad o de lazos débiles (entre un individuo y sus conocidos) y el conjunto de lazos fuertes

9 Los órganos del Estado de derecho tienen diferentes potenciales de incidencia social. En el centro del aparato administrativo (gobierno, administración de justicia, organismos parlamentarios, sistemas electorales y de partidos), Habermas (1992, 435) diferencia la “capacidad de acción” variable de cada órgano: el Parlamento, el más abierto a percibir y tematizar problemas, es el de menor su capacidad para elaborarlos. Hay potencial en las instituciones marginales del aparato, esa “especie de periferia *interna* [...] [dotada de] funciones de competencia estatal y control estatal delegadas por el Estado (universidades, sistemas de seguridad social, representaciones estatales, cámaras de comercio, sociedades benéficas, fundaciones, etc.)” (Habermas 1992, 435). Carrión intuyó todo esto, y supo lidiar con los nudos críticos de *cómo incluir* los problemas “de la sociedad” en la agenda de aparato estatal, y —sobre todo— con los nudos críticos de *quiénes* lo hacen (sobre dichos nudos, cfr. Habermas 1992, 460-465).

(ese mismo individuo y sus amigos íntimos). Granovetter se inscribe en la línea sociológica del análisis de redes. Sus trabajos relacionan la forma de las redes con las posibilidades de acceder a recursos sociales (información, dinero, poder), destacan las ventajas que ofrecen los lazos débiles. Se sabe que éstos contribuyen a la cohesión de las sociedades; desde la periferia de un campo pueden actuar, con mayor probabilidad que los lazos fuertes, como puentes importantes “entre las dos mallas densamente tejidas de amigos íntimos” (Granovetter 1982, 197) o permiten obtener información que circula fuera del círculo de íntimos. En cambio, el aporte de los lazos fuertes es otro: al interior de cada grupo son la principal influencia en la toma de decisiones (Granovetter 1982, 216).

Es posible entonces estudiar a la sociedad civil como una red (Gould 1991). La base es el concepto de red social: un conjunto de “lazos uniendo *nodos* en un sistema social” (Wellman 1983, 157). En ese sistema relacional los nodos pueden ser “personas, grupos, organizaciones, o racimos de lazos o de personas” (Wellman 1983, 157). En este trabajo no buscamos analizar redes totales,¹⁰ sino mapear y estudiar las redes personales de Benjamín Carrión, con énfasis en sus lazos débiles. Las redes personales se definen “desde el punto de vista de individuos focales, para estudiar cómo la composición, contenido y configuración de lazos afecta el flujo de recursos de estas personas” (Wellman 1983, 157). La pertinencia de la teoría de redes,¹¹ en este caso, radica en que posibilita el estudio de una doble

10 Redes totales: “todos los lazos de cierto tipo entre todos los miembros de una población” (Wellman 1983, 157).

11 La teoría de redes surgida en las décadas de los setenta, ochenta y noventa –que empleamos aquí– difiere de la teoría del actor-red, de Bruno Latour. Éste considera que la “red es una herramienta para ayudar a describir algo, no algo que se está describiendo” (2005, 190), mientras que la teoría de redes sí describe y aún grafica redes. A la noción de que “una red no es lo que está representado en el texto” (Latour 2005, 191). Latour añade otra: el actor-red “no es la fuente de una acción sino el blanco móvil de un enorme cantidad de entidades que convergen hacia él” (Latour 2005, 73). Resalta que su noción de red difiere de “las redes técnicas: electricidad, trenes, cloacas, internet;... [y de la noción] utilizada en la sociología de la organización... (Boyer, 2004). En este [segundo] caso, la red representa una manera informal de asociar agentes humanos (Granovetter 1985). Cuando Castells (2000) usa el término, los dos significados se fusionan, ya que red se vuelve un modo privilegiado de organización gracias a la extensión misma de la tecnología informática. Es también en este sentido que Boltanski y Chiapello (2005) la usan para definir una nueva tendencia en el modo capitalista de producción” (Latour 2005, 188). La teoría de redes tampoco tiene mucha cercanía con el concepto de rizoma, de Deleuze y Guattari, con el que Latour sí mantiene

relación o influencia: de la estructura social sobre las acciones de actores individuales y viceversa (Requena 2003, 11). Se puede apreciar la incidencia de actores de la sociedad civil en la implementación de políticas estatales al focalizar las relaciones entre actores de aquella y las personas que, en el seno de las instituciones del Estado, toman las decisiones vinculantes. Los agentes estatales, como personas que son, han establecido o establecen también relaciones con personas externas, y pueden también proceder según orientaciones ideológicas que no necesariamente ni exclusivamente están dadas por la institución. Así, un lazo débil de Benjamín Carrión con un agente clave de la macro institución –el Ministro de Educación Alfredo Vera– fue decisivo para que el Estado invistiera a su proyecto con el carácter de política cultural estatal, en un contexto crítico.

Pero fue necesario rastrear varias otras redes, además de las de Carrión. El conjunto de redes con las que este actor se vinculaba más adscribían a la izquierda política. A este conjunto se oponía otro: el de las redes de derecha. Sobre el sentido de las categorías generales de derecha o de izquierda, Norberto Bobbio (1995, 125) recuerda que ellas aluden a dos “lugares del espacio político” más que a contenidos que están fijados de una vez y para siempre (Bobbio 1995, 126). Las diferencias entre ambas estarían relacionadas más que nada con “la idea de igualdad, y... con la distinta actitud respecto a la libertad” (Bobbio 1995, 160). Barreda (2006, 40) detalla un poco más el contraste entre derecha e izquierda:

- (1) La diferencia ideológica más importante radica en el principio de igualdad;
- (2) la preocupación por la igualdad, en su dimensión socio-económica o de distribución de riqueza y bienestar, es genuinamente de izquierdas;
- (3) la seña de identidad ideológica distintiva de la derecha es la protección y garantía de la libertad, entendida como ausencia de intromisión o coacción externa en la esfera privada de cada individuo; y
- (4) desde estas pre-

cercanía gnoseológica, aunque no lo menciona: “Contrariamente a los sistemas cerrados (incluso policentrados), de comunicación jerárquica y de uniones preestablecidas, el rizoma es un sistema acentrado, no jerárquico y no signifiante, sin General [en el sentido militar], sin memoria organizadora o autómatas central, definido únicamente por una circulación de estados” (Deleuze y Guattari 1980, 26). Estos autores se refieren (como Latour) a la circulación o actuación de elementos heterogéneos a través su modelo analítico: “el rizoma pone en juego regímenes de signos muy distintos e incluso estados de no-signos” (Deleuze y Guattari 1980, 26).

misas ideológicas, el papel que se atribuye al estado es muy diferente: [...] es mucho más intervencionista en la visión económica y social, en el caso de la izquierda que en el de la derecha.

Bobbio realiza un ejercicio adicional cuando combina esas dos nociones (igualdad y libertad): traza un mínimo esquema referencial de las posturas heterogéneas y de diverso grado de radicalismo que pueden caber en las categorías de 'derechas' y de 'izquierdas'¹² (en cada uno de los conjuntos de redes, en este caso); la heterogeneidad también se aprecia en las clases sociales que se incluyen en esos dos ámbitos del espacio político.¹³

Pero derechas e izquierdas no disputan en abstracto ni lo hicieron en el Ecuador de 1925-1945. Las diferencias entre los dos conjuntos de redes se expresaron en diversas arenas, empleando armas referidas siempre a lo simbólico. Por esa producción simbólica puede decirse que esas redes constituyeron verdaderas matrices culturales. Se dijo que el concepto de redes aludía a las relaciones entre actores o nodos; en cambio la categoría matrices culturales se enfoca en lo que produjeron tales conjuntos de redes, a saber: a) discursos, mediante los cuales sustentaron paradigmas divergentes de lo que eran o debían ser la nación y la cultura nacional; b) productos culturales, en los ámbitos de lo literario (poesía, narrativa, crítica literaria) y las artes plásticas, y c) políticas culturales, en relación con los discursos y aún con las prácticas artísticas. Esto último se muestra con claridad en las disputas por el cambio de la norma literaria: el realismo social reemplazó a estéticas romántico-modernistas, y eso fue una jugada política sobre la

12 En el espectro cabrían: una extrema izquierda (que reúne movimientos igualitarios y autoritarios, del tipo del jacobinismo), un centro-izquierda (los que defienden la igualdad y la libertad, a la vez), un centro-derecha (con movimientos libertarios y no igualitarios) y una extrema derecha (antiliberal y antiigualitaria, como el fascismo) (Bobbio 1995, 160-161).

13 Derecha e izquierda fueron –y son– ámbitos de carácter policlasista; es posible señalar apoyos clasistas más o menos definidos, pero no se trata de adscripciones inamovibles (Di Tella 2004, 11). En la derecha, “por un lado, se ubican la mayoría de los grandes empresarios, de las clases altas y medias, y una minoría de los sectores populares (los tradicionales *working class Tories*, o sea obreros conservadores, ya mencionados en Gran Bretaña desde el siglo XIX, y sus equivalentes analizados por Karl Marx en el apoyo que consiguió en su momento Luis Bonaparte). En el otro costado, en la izquierda, suelen colocarse los líderes de las asociaciones sindicales y de otras representaciones populares, la mayoría de la clase obrera y de la intelectualidad y un sector nada despreciable de la clases medias ‘progresistas’” (Di Tella 2004,11).

práctica artística del Grupo de Guayaquil, que era una política cultural (Cfr. De la Cuadra 1934). Las matrices culturales no eran bloques homogéneos en lo ideológico, según se indicó; muestra de los distintos matices ideológicos que cupieron en cada matriz es la diversidad de políticas culturales que emergieron en cada una de ellas (ver Anexo 1).

Ahora bien, además de las políticas culturales que cada matriz cultural desplegó, el Estado intervino con políticas en ese ámbito. Las que provienen del Estado, igual que algunas leyes, pueden considerarse respuestas a demandas o necesidades elevadas desde el espacio público, o pueden ser también herramientas del Estado educador que busca cohesionar la sociedad en torno a un modelo cultural. Recordemos que los vínculos orgánicos entre Estado y sociedad civil se expresan en el doble sentido de la acción modeladora: el Estado estructura, cohesiona y perfila a la sociedad civil, pero al mismo tiempo las demandas de ésta modifican y modelan el aparato estatal.

Por otro lado, la incidencia desde abajo puede manifestarse de forma radicalmente extrema en determinados momentos históricos,¹⁴ como ocurrió en los procesos de formación nacional-popular de México (1911-1940), Ecuador (1925-1945) y Bolivia (1952-1980). Al respecto, los historiadores Joseph Gilbert y Daniel Nugent (2002, 41) afirman de manera contundente que “la formación del estado es un proceso cultural” en el que resulta decisiva la baja política. Consideran la formación del Estado mexicano como producto de una serie de negociaciones desde abajo que enmarcan las dinámicas entre un Estado en construcción y unas clases populares con conciencia política heterogénea; además, reconocen en el campesinado una conciencia de acción como subculturas de resistencia, que fue clave para la Revolución (Gilbert y Nugent 2002, 44-48). En suma, el enfoque histórico de la formación del Estado permite pensar a las políticas públicas como escenarios y elementos de una nueva gramática de la política, cuyo eje de análisis son las dinámicas de las negociaciones Estado-sociedad (Corrigan 2002, 25).

14 Como los cambios ocurridos en Ecuador en 1925-1945, y que son comparables con el proceso nacional-popular boliviano (Coronel 2011); a su vez, éste se asemeja mucho al proceso de la Revolución mexicana (estudiado por Gilbert y Nugent desde el paradigma neo-populista o pos-revisionista, de los años setenta y ochenta).

De esto se desprende también que las políticas del Estado no son exclusiva ni principalmente medios para la gobernabilidad.¹⁵ Aunque fuera cierto que la política de la CCE se hubiera pensado también con ese objetivo y contribuyera con él, ésta es solo una parte del complejo de roles totales¹⁶ de este actor. Con esa fundación ejerció cabalmente como Estado educador, inaugurando una política cultural moderna (que anticipó en más de diez años a las políticas económicas de la modernización). Esa política cultural mestiza (no-nacional-popular) fue un ejercicio de conducción hacia un nuevo modelo de sociedad.¹⁷ Pero fue una dinámica de ida y vuelta; el Estado ecuatoriano debía pronunciarse en el debate entre los modelos de cultura nacional y éstos eran generados a su vez en la sociedad por el propio desarrollo de las fuerzas productivas:

la acción del Estado moderno y su imbricación con la sociedad civil implica que, de forma directa, modele las estructuras de la sociedad creando los fundamentos de ciertos grupos mayores que lo animarán. Del mismo modo, por su influencia intelectual, contribuye a modelar las representaciones en torno a las cuales se organizarán y se enfrentarán los actores sociales (Jobert 2004, 39).

Por otro lado, el papel de la baja política (Gilbert y Nugent 2002, 45) que disputa el rol estelar con el Estado se expresa en la enorme “fluidez de figuras que median el discurso sobre lo cultural y su consolidación como políticas culturales en el ámbito público” (Ochoa 2003, 29). Un ejemplo emblemático es el de México, entre 1920-1940, donde la ejecución y resultados de las políticas culturales dependieron de actores en diversos niveles. Los maestros federales debieron traducir las políticas y negociarlas en los diferentes espacios meso y micro, en un contexto político muy ideologiza-

15 Michel Foucault plantea que las políticas estatales tienen que ver con los necesarios pactos o acuerdos orientados a facilitar y hacer posible la tarea de gobernar (Cfr. Foucault 1999, 187).

16 Los diversos haces en que los vínculos de un nodo pueden desagregarse (Lorrain y White 1971, 73-74).

17 Una de las “más importantes funciones [del Estado] es elevar a la gran masa de la población a un particular nivel cultural y moral, un nivel [...] que corresponde a las necesidades de las fuerzas productivas para el desarrollo y, en consecuencia, a intereses de las clases dirigentes” (Gramsci 1949).

do (Vaughan 1997, 7). Se mostró que “para entender la interacción entre el Estado y los campesinos [se debía] examinar a los actores que negocia[ba]n para comprender su diversidad, complejidad y mutua e interactiva construcción de ellos mismos” (Vaughan 1997, 9). A su vez, en ese estilo de gestión, los recursos que se ponen en juego y los elementos culturales que cristalizan en las políticas estatales tienen que ver con tradiciones históricas de lucha social y política. La historiadora Florencia Mallon resalta la pervivencia de tales tradiciones de lucha en la definición de modelos culturales de nación; más allá de que no hubieran podido conquistar el poder estatal, los movimientos populares previos alimentaron una memoria y una tradición que se reeditaron y propusieron incluso concepciones alternativas de nación (Mallon 1992, 44; Coronel 2011). Esos elementos resonaron en los procesos de negociación de los maestros rurales mexicanos mencionados por Vaughan. Concluye Mallon (1992, 484) que “las construcciones previas de lo popular y lo indígena formaron parte de cada legado histórico” e incidieron en el éxito y longevidad de los proyectos nacionales antioligárquicos de Latinoamérica en el siglo XX.

Cultura nacional y lo nacional-popular. Hegemonía. El rol de los intelectuales

La nación es una construcción intelectual surgida en el siglo XVIII que representa a “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (Anderson 1983, 23). Esta construcción no tiene referente concreto en el mundo empírico y no se determina por su territorio, lengua, raza o cultura. En su defecto, la comunidad imaginada¹⁸ es “mantenida por una variedad de instituciones discursivas que van desde la literatura nacional y el idioma hasta los programas nacionales de educación”

18 Es imaginada, porque es imposible conocer alguna vez a todos los compatriotas, aunque “en la mente de cada uno viva la imagen de su comunión”. Es limitada, porque toda nación tiene fronteras; soberana, porque en el momento de las primeras formaciones, el Estado soberano garantizaba la libertad; y “se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y explotación que en efecto [prevalecen] [...], la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal” (Cfr. Anderson 1983, 23-25).

(Fiske 1995, 236). Este trabajo revisará una inflexión particular del concepto cultura nacional. Sus variantes, construidas y disputadas en espacios públicos, se correspondían con los modelos de sociedad que propugnaban las matrices de derechas e izquierdas entre 1925 y 1945. Uno de los objetivos de esta investigación es estudiar cómo se construyeron esos modelos culturales en la prensa (una de las instituciones que mejor desempeña la función “de crear y conservar un referente móvil del concepto [de nación] y de lo que representa”) (Fiske 1995, 236).

Cultura nacional es entonces una construcción discursiva; pretende representar a una nación atribuyéndole caracteres diferentes según el momento histórico y según las fuerzas sociales que la propugnen. En los años treinta y cuarenta la matriz cultural de derechas defendía que la nación debía ser católica, conservadora (para enfrentar la avanzada comunista) y de filiación hispánica. El modelo de las izquierdas, en general, buscaba que se incluyera a los grupos subalternos en esta comunidad imaginada; en el seno de esta matriz el modelo de Benjamín Carrión propugnó el mestizaje como elemento socio-cultural unificador que apoyaría las metas de modernización y desarrollo económico. Entonces, dilucidar qué era lo nacional daba pie a un intenso debate en el espacio público cultural del Ecuador y en el de Latinoamérica. Pero, ¿a qué se debía el auge del tema, en lo local, regional e internacional?

La respuesta radica en acontecimientos políticos y económico-sociales globales. La década del treinta llevó la marca de las violentas disputas ideológico-políticas que terminaron polarizándose en el contexto de crisis del capitalismo (Polanyi 1944; Hobsbawm 1994, 110). En Europa, por un lado ascendía el fascismo (convertido en “un movimiento general”; aliado con frecuencia a la Acción Católica) (Hobsbawm 1994, 123); por otro estaban sus oponentes: la democracia liberal (debilitada por la guerra y la crisis de 1929), el anarco-sindicalismo y el marxismo, golpeado por los efectos de la crisis sobre los sindicatos, las disputas entre comunistas y socialdemócratas, el encarcelamiento de líderes (Gramsci) y el asesinato de otros (Luxemburgo y Liebknecht, por socialdemócratas alemanes) (Hobsbawm 1994, 112).

Este es el contexto en que Gramsci postula un cambio de estrategia para contener la avanzada fascista: pasar de la táctica del frente único a la de un

proyecto nacional-popular, “que se plantee los problemas concretos de la vida nacional y actúe sobre la base de las fuerzas populares tal como están determinadas históricamente” (Gramsci 1926). Era el ínterin necesario para restaurar las estructuras políticas liberal-democráticas, pues no cabía pensar que el proletariado pudiera contener al fascismo, al menos a inicios de los años treinta. A partir de un frente amplio de alianzas con otras clases y fracciones de clase se buscaría formar un gran partido de masas, liderado por el Partido Comunista y el proletariado (Forgacs 1993, 183), para luchar contra la hegemonía fascista. Organizar una reforma moral e intelectual “significa[ba] crear el terreno para un desarrollo ulterior de la voluntad colectiva nacional-popular, hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna” (Gramsci 1949). Era una tarea política formar esa voluntad; este énfasis estratégico-organizativo es la primera cara del concepto de lo nacional-popular.

El énfasis cultural del concepto se refiere a la posibilidad y necesidad de propiciar el acercamiento de varios sectores sociales, y entre dirigentes y dirigidos, en el Partido.¹⁹ Para lograr la hegemonía cultural,²⁰ tarea clave de los intelectuales, se requería que éstos fueran intelectuales orgánicos en un modelo de cultura que no solo debía ser nacional²¹ sino nacional-popular. Esto significaba que los intelectuales debían desarrollar con el pueblo una *adhesión orgánica* para comprenderlo y, a la vez, ser críticos con él y consigo mismos (Gramsci 1976). Solo este saber posibilitaría combatir el sentido

19 “Si las relaciones entre intelectuales y pueblo-nación, entre dirigentes y dirigidos –entre gobernantes y gobernados–, son dadas por una adhesión orgánica en la cual el sentimiento-pasión deviene comprensión y, por lo tanto, saber [...], sólo entonces la relación es de representación y se produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos; sólo entonces se realiza la vida de conjunto, la única que es fuerza social. Se crea el ‘bloque histórico’” (Gramsci: “Paso del saber...”, 1948).

20 “Debe hablarse de lucha por una nueva cultura y no por un nuevo arte (en sentido inmediato). [...] La lucha por una nueva cultura, es decir, por una nueva vida moral, íntimamente ligada a una nueva intuición de la vida, hasta convertirla en una nueva manera de ver y sentir la realidad [...]” (Gramsci: “Qué se debe hablar”, 1976).

21 “En Italia, el término ‘nacional’ [...] en ningún caso coincide con ‘popular’, porque en este país los intelectuales están alejados del pueblo, es decir, de la ‘nación’, y en cambio se encuentran ligados a una tradición de casta que no ha sido rota nunca por un fuerte movimiento político popular o nacional desde abajo. [...] No existe un bloque nacional intelectual y moral, jerarquizado y mucho menos igualitario” (Gramsci, “Concepto...”, 1976).

común (ideas naturalizadas, funcionales a los poderes hegemónicos) y favorecer el buen sentido (sentido crítico), sin esencializar a las culturas populares ni verlas como fundamentos de la resistencia. De esta forma se ve que lo nacional-popular no es un concepto escindido entre lo político y lo cultural, sino que integra y complementa las dos facetas (Forgacs 1993, 180).

Además de señalar ese perfil del intelectual orgánico Gramsci (1949) insistió en: a) el carácter amplio del concepto de *intelectuales*, b) en que la importancia de éstos radica en el papel de la cultura en la construcción de hegemonía, c) en que el fundamento de la separación radical entre tareas intelectuales y muscular-físicas es ideológico y busca la exclusión, ya que la producción simbólica es inherente a la condición humana: “no se puede separar al *homo faber* del *homo sapiens*”.

Sobre la hegemonía, sus vínculos con los intelectuales (los especialistas en la producción simbólica) pasan por la cultura. La práctica del poder no es prerrogativa de los aparatos ideológicos estatales ni de sus órganos represores, sino que se ejerce en todos los niveles del sistema social: “La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos, como ‘dominio’ y como ‘dirección intelectual y moral’” (Gramsci 1932-1934). El ejercicio persuasivo de dirección intelectual y moral²² es la hegemonía, que se forja y realiza en la sociedad civil, a través de sus organismos y mediante sus intelectuales (Cfr. Gramsci: “El Estado” 1949). Bajo esta dirección, los sectores subalternos abrazan “las ideologías tradicionales” y viven conforme a ellas. De allí que la hegemonía no sea solo un principio teórico-práctico (ella se construye, o se ejerce), sino que implica un sentido gnoseológico, sin el cual no es posible su existencia: las clases dirigentes son hegemónicas porque han construido una concepción del mundo (una cultura) que prevalece y es aceptada por los subalternos como sentido común.²³

22 *Dominio* es la imposición por la fuerza coactiva; hay *dirección* cuando se ejerce el poder con el consentimiento de los sometidos (Cfr. Gramsci: “El problema...” 1932-1934; “Oleada...” 1929-1931).

23 La necesaria reciprocidad entre estructura y superestructura “es, por cierto, el proceso dialéctico real,” la formación de un bloque histórico. “La realización de un aparato hegemónico, en cuanto crea un nuevo terreno ideológico, determina una reforma de las conciencias y de los métodos de conocimiento [...]; concluye por introducir también [...] [una nueva filosofía], una nueva cultura (Gramsci: “Estructura y superestructura”, 1948).

El concepto de hegemonía es enriquecido por el historiador indio Ranajit Guha, quien lo vuelve una eficaz herramienta analítica, y lo prueba al estudiar la configuración del poder en la India colonial. Guha parte de que toda situación de inequidad deriva de una relación general de Dominación (D) y Subordinación (S). El poder se configura a partir de la interacción D/S en una relación lógica de mutua implicación y de validez universal. Pero hay otros dos pares de elementos que interactúan de manera contingente con los términos D y S: bajo ciertas condiciones, en D, inciden Coerción (C) y Persuasión (P); en S, Colaboración (C*) y Resistencia (R). La universalidad de la relación D/S implica que se obtiene poder en cualquier ejercicio de autoridad que pueda definirse legítimamente en esos términos (Guha 1997, 21). Pero la “hegemonía representa una condición de Dominación (D), tal que, en la composición orgánica de D, la Persuasión (P) tiene mayor peso que la Coerción (C)” (Guha 1997, 23). De ello derivan algunas conclusiones; primero, que puede haber Dominación sin hegemonía (si C supera a P), y que siempre deberá existir un mínimo de C en toda situación de hegemonía (ya que ésta es un caso particular de D). Por otro lado, al ser la hegemonía una forma de D demuestra su falsedad “la concepción liberal utópica del estado [como ente no coercitivo]; al mismo tiempo, representa al poder como una relación histórica concreta formada necesaria e irreduciblemente por la fuerza y el consentimiento” (Guha 1997, 23). Con ello, el concepto retorna a Gramsci enriquecido y deja abiertas las posibilidades de R, a través del delicado y complejo equilibrio entre D/S.

Teoría materialista histórica de la cultura, de Raymond Williams

El concepto de cultura es utilizado en ámbitos muy diversos, con sentidos disímiles y muchas veces contradictorios. Para Raymond Williams (1977, 19) el análisis cultural debe basarse en las relaciones de este concepto con los de economía y sociedad. Tensionándose, influyéndose entre sí, esos tres conceptos buscan dar cuenta (de manera incompleta o conflictiva) de procesos de las sociedades occidentales, desde inicios de su modernidad. Williams (1977, 19) piensa que el carácter irresoluto de los movimientos

históricos que esos conceptos quieren representar es lo que los vuelve problemáticos. Por ejemplo, dice que el concepto de sociedad dejó de referirse al individuo y sus vivencias y tampoco da cuenta de la vasta experiencia de numerosos grupos subalternos, pues en su formulación actual se refiere exclusivamente a las determinaciones de la sociedad burguesa.

Desde el siglo XIX, la psicología y la cultura se añadieron a las tres áreas básicas (política, social y económica) del conocimiento; pero esa estrategia no propició una mejor comprensión del conjunto de actividades y productos espirituales del ser humano; más bien reforzó la reducción de lo psicológico y cultural en áreas/ghetto, aparte de los ámbitos privilegiados de la producción material. Hasta aquí sigo a Williams.

Es preciso resaltar además que la separación forzada de las áreas de conocimiento (representando a las áreas de la realidad) describe y reafirma un particular evento moderno: la división social del trabajo, que Marx señaló y caracterizó.²⁴ La mirada fragmentadora de las actividades productivas humanas proviene de ese evento y retorna a él; de ello deriva otro aspecto que añade dificultades al estudiar la cultura: metodológicamente, el objeto luce difícil de asir y delimitar; en parte por las relaciones sociales implícitas, al estar atravesado por la división del trabajo, y por el peso de la ideología que da soporte a tal división, que elude o justifica (como toda ideología) las contradicciones éticas, políticas y económicas que están en juego. Acaso de allí deriven algunos rodeos cognitivos al referirnos a la cultura o ciertas dificultades metodológicas de abordaje. Cabe tener esto presente, al definir la acepción de cultura con que realizamos nuestras investigaciones.

Si bien el concepto tiene orígenes en la Grecia antigua, su uso actual deriva de un sentido inicial, que describía un proceso (cultivo de algo). El filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría (1941-2009) propone que los giros y cambios de acepciones surgidos desde fines del siglo XVIII revelan una vieja tensión, expresada por los griegos como dos principios opuestos: el dionisiaco y el apolíneo (Echeverría 2001, 42). En un extremo se encon-

24 La escisión del trabajo humano en categorías excluyentes (intelectual y físico) ocurre durante la larga transición “del régimen tribal al Estado” (Marx y Engels 1932, 41-42). Es más radical en los siglos XVII y XVIII, con los cambios en los medios de producción, con la gran industria y la deriva de “la aplicación de las fuerzas naturales a la producción industrial, la maquinaria y la más extensa división del trabajo” (Marx y Engels 1932, 68).

traría la estructura (determinación por los principios sociales) y en el otro el espíritu humano que se proyecta. Cada uno de esos paradigmas ha propuesto en su desarrollo un origen distinto de las producciones culturales: bien sea en un elemento espiritual (posición idealista) o en las actividades sociales (posición materialista).²⁵ Lógicamente no se trata de dos líneas unívocas ni de que se excluyan entre sí de manera absoluta.

Pero más allá de las fluctuaciones, préstamos y derivaciones que tuvo el concepto en ese camino, las dos líneas (producción espiritual ellas mismas) son mucho más que maneras de ver el mundo: ambas han sustentado relaciones de poder en diversos ámbitos sociales, así como a estrategias de incidencia política. La visión idealista se rastrea desde fines del siglo XVIII en Alemania e Inglaterra, donde significaba “una *configuración o generalización* del ‘espíritu’ que conformaba ‘todo el modo de vida’ de un pueblo particular” (Williams 1981, 11). Sin perder de vista sus relaciones con los conceptos de economía y sociedad, hay que vincular ese giro con el concepto de civilización, también del siglo XVIII (Williams 1981, 11). Si cultura se usaba para designar la producción y el desarrollo espirituales, civilización pasó a representar el avance material. Al respecto, Echeverría enfatiza en la ideología que subyace en esta diferenciación, presente en el concepto idealista-romántico alemán: “Los pueblos de Europa configurados como ‘grandes naciones’ serían los verdaderos ‘pueblos de cultura’; su genio creativo estaría concentrado lo mismo en las proezas bélicas e industriales de sus respectivos estados que en las proezas científicas y artísticas de sus individuos excepcionales” (Echeverría 2001, 35). El ecuatoriano resalta que, sin abrazar la oposición frontal entre cultura/civilización, el concepto inglés propone una *militancia etnocentrista* fundada en el discurso de una ciencia naciente que considera a “lo espiritual, [como] la capacidad de encauzar en sentido productivista la autorrepresión individual, [...] como gracia divina [...] otorgada a una cultura elegida, la cultura cristiana refor-

25 El idealismo “subraya el ‘*espíritu conformador*’ de un modo de vida global, que se manifiesta en toda la gama de actividades sociales, y es más evidente en las actividades ‘específicamente culturales’: lenguaje, estilos artísticos, formas de trabajo intelectual”. El materialismo propone como fuente de la cultura a un “orden social global”; en él “una cultura especificable por sus estilos artísticos y sus formas de trabajo intelectual, se considera como el producto [...] de un orden constituido por otras actividades sociales” (Williams 1981,11).

mada de la Europa moderna” (Echeverría 2001, 37). Piensan, pues, a las culturas no europeas también con mirada colonial.

De su parte, en el seno de perspectivas materialistas empezaron a ocurrir cambios desde los años veinte y treinta, que constituyeron aportes básicos los de György Lukács y Antonio Gramsci.²⁶ La relectura de ambos en la segunda mitad del siglo XX conduce a una tercera línea materialista, que pudo apreciarse con consistencia entre 1960 y 1980. Sus autores²⁷ rebatían la interpretación reduccionista de los conceptos base y superestructura (interpretación errónea de la tesis de Marx, resumida en la idea de determinación de la superestructura por el desarrollo y condiciones de la base económica). Reflexiones en relación a esos conceptos plantean, con variantes, que la cultura es capaz de incidir en todos los procesos sociales.

Afirma Williams que la cultura tiene materialidad y resalta el carácter constitutivo de sus prácticas y producciones; no lo son a partir de un *espíritu conformador*, sino porque la cultura misma es “el *sistema signifiicante* a través del cual necesariamente [...] un orden social se comunica, se reproduce, se experimenta y se investiga” (Williams 1981, 13). Echeverría (2001, 25) también resalta ese carácter constitutivo de lo social, con énfasis similar en el rol de la cultura, pone como ejemplo a la Rusia de 1917, país que parecía no tener las “condiciones para que en ella hubiera una demanda auténtica de socialismo, es decir la necesidad de una revolución proletaria”. Y allí, precisamente, la ausencia de “situaciones capitalistas desarrolladas pudo ser sustituida por el resultado de la maduración de un conflicto cultural en una situación subdesarrollada” (Echeverría 2001, 26). Este ejemplo muestra un aspecto diferencial de Echeverría, quien concibe la particularidad de la experiencia cultural como expresión de la libertad, en tanto ésta es “el fundamento inherente, ‘físico’, y no inducido, exterior o ‘metafísico’ de la vida humana” (Echeverría 2001, 42) (influencia del utopismo de Walter

26 Gramsci no conoció los *Manuscritos económicos...* (1932) de Marx. En *Historia y conciencia de clase* (1923) y con su concepto de reificación, Lukács infiere la dialéctica entre base y superestructura, antes de los años cuarenta y cincuenta.

27 R. Williams, R. Hoggart, S. Hall, D. Kosambi, K.N. Panikkar, R. Guha, B. Sarlo, B. Echeverría, entre otros.

Benjamin) (1998, 151). El énfasis del autor galés es algo distinto, ubicando en lugar central la noción de totalidad (heredada de Lukács quien,²⁸ a su vez, se inspira en Hegel). Para él, la cultura “no es un reino, un mundo o una superestructura, sino una numerosa serie de prácticas productivas variables con intenciones y condiciones específicas” (Williams 1977, 130). En nuestra investigación trabajaremos con su concepto de cultura, definido como un “proceso social total” (Williams 1977, 148), que se expresa en prácticas reales y elementos que poseen materialidad (Cfr. Williams 1977, 130) y que son susceptibles de institucionalizarse.

Inscribe la intencionalidad de las prácticas culturales en el horizonte de la tensión hegemonía/contrahegemonía. En sus líneas generales, Williams es fiel a la noción gramsciana de hegemonía (proceso construido en la socialización cotidiana, que configura relaciones de dominio/subordinación). Hay hegemonía cuando se produce “la efectiva *autoidentificación* con las formas hegemónicas [a través de] una ‘socialización’ específica e internalizada, de la que se espera que resulte positiva y, si ello no es posible, que se apoye en un (resignado) reconocimiento de lo inevitable y lo necesario” (Williams 1977, 163). En un proceso dinámico, la hegemonía “debe ser continuamente renovada, recreada, defendida y modificada. Asimismo, es continuamente resistida, limitada, alterada y desafiada por presiones que de ningún modo le son propias” (Williams 1977, 154-155). Estas presiones son las prácticas y experiencias cotidianas, que no necesariamente concuerdan con lo que el orden dominante define y articula. Generan conflictos culturales que se manifiestan “a menudo como una inquietud, una presión, un desplazamiento, una latencia” (Williams 1977, 178), que no necesariamente llegan a formularse en lo cognitivo. Esos conflictos pueden derivar en resistencia activa, en negociación o en aceptación de la forma dominante. Los elementos conflictivos, según su procedencia y función, pueden ser: arcaicos (elementos culturales del pasado, no vigentes), residuales (activos en el presente, sea como formas funcionales al orden cultural dominante, o de resistencia) o emergentes (nuevos

28 Lukács (Cfr. 1923, 12-30) comprende la realidad como totalidad; unidad que a la vez es inteligible (objeto del conocimiento, asequible al sujeto, que es el proletariado) y que, por otro lado, presenta a la sociedad como devenir, a través de la praxis.

y además contestatarios del orden cultural dominante) (Williams 1977, 167-169). El concepto estructura de sentimientos los pone en relación.

Ese concepto señala una estructura (Williams 1977, 181) un proceso y una experiencia sensible (por eso es de sentimientos). La importancia de la estructura de sentimientos consiste en que sus cambios son la raíz de la renovación, actualización o cese de vigencia de las instituciones, y eso ocurre porque en las instituciones cristalizan procesos que se habían fraguado previamente o modificaciones en las relaciones sociales y en las estructuras económicas, políticas, ideológicas. La revolución ecuatoriana de mayo de 1944, la oposición a las políticas represivas de Arroyo y la sanción moral de la sociedad civil al manejo de la Guerra con el Perú y la firma del Protocolo de Río de Janeiro expresan un cambio en la estructura de sentimientos del período, cambio que impuso (como sanción moral al canciller Julio Tobar Donoso y a Arroyo del Río) la decisión de extinguir la política cultural ICE; el plus de crear otra en su lugar se debió, en cambio, al trabajo de B. Carrión.

El concepto refleja la incorporación o exclusión de los elementos emergentes en una experiencia personal/social, estructurada y estructurante. Sentimientos, ideas, percepciones de procesos sociales son el *input*, y formas culturales el *output*, en una elaboración integradora que tiene lugar en el cuerpo social; los “elementos específicamente afectivos de la conciencia y las relaciones, del pensamiento tal como es sentido y el sentimiento tal como es pensado [se integran en] una conciencia práctica de tipo presente dentro de una continuidad viviente e interrelacionada” (Williams 1977, 181). Así, las crisis (las que derivan del ascenso o fractura de una clase social, sobre todo) dan lugar a inéditas formas culturales: ideologías, estéticas, paradigmas culturales, instituciones emergentes (Grupo América, CCE) se muestran como cambios cualitativos muy específicos de estilo, sutiles en sus inicios, su devenir se aclara al final de la crisis; entonces es posible saber si fueron incorporados al orden vigente, eliminados, o si permanecen como elementos residuales. Tales cambios

son percibidos desde sus inicios como experiencia *social* antes que ‘personal’ o como ‘el pequeño cambio’ superficial o incidental de la sociedad. Son sociales de dos maneras [...]; primero, en el hecho de que son *cambios*

de presencia [...]; segundo, en el hecho de que aunque son emergentes o pre-emergentes, no necesitan esperar una definición, una clasificación o una racionalización antes de ejercer presiones palpables y de establecer límites efectivos sobre la experiencia y sobre la acción (Williams 1977, 180).

Ahora bien, la capacidad de ejercer presiones es propia de toda institución y de toda formación. Las instituciones²⁹ identificables son formales y posibilitan “el establecimiento efectivo de una tradición selectiva” (Williams 1977, 161). Las formaciones son modos de organización y autoorganización de los productores culturales, “mucho más cercanos a la producción cultural” y a sus dinámicas, que a elementos externos estructurantes (Williams 1981, 33; 1977, 53). Se expresan generando corrientes o movimientos, sin la formalidad de las instituciones (pero ello no obsta en que puedan devenir en instituciones, eventualmente). La relación entre formaciones e instituciones formales (culturales, políticas, económicas y sociales) es compleja, “significativa y a veces decisiva sobre el desarrollo activo de una cultura” (Williams 1977). Respecto de estas relaciones, comenta la crítica argentina Beatriz Sarlo (2001, 15): “Los fenómenos de competencia, innovación, resistencia, etc., ocurren en los espacios institucionales formales e informales, derivando de uno a otro espacio según cambien la configuración y las relaciones de hegemonía”. En esta investigación, en las relaciones entre actores de instituciones y formaciones de lo cultural y lo político, buscaremos claves para comprender el proceso cultural ecuatoriano del período 1925-1945.

Intelectuales y política

El sociólogo argentino Carlos Altamirano (2002, 148) define a los intelectuales como “los grupos cuya tarea especial es la producción y la administración de los bienes simbólicos”. Pero complementaremos esta definición resaltando su rol político-social. Ellos no constituyen una clase distinta ni una fracción

29 “La institucionalización aparece cada vez que se da una tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores. [...] Toda tipificación de esa clase es una institución. Lo que hay que destacar es la reciprocidad de las tipificaciones institucionales y la tipicalidad no solo de las acciones sino también de los actores en las instituciones” (Berger y Luckmann 1966, 74).

o estrato, sino una categoría social. Nicos Poulantzas (1971, 98) realiza esta precisión y define a las categorías como “conjuntos sociales con efectos pertinentes —que pueden llegar a ser [...] fuerzas sociales—, cuyo rasgo distintivo reposa sobre su relación específica y sobredeterminante con estructuras distintas de las económicas: éste es sobre todo el caso de la burocracia en sus relaciones con el Estado, y de los intelectuales en sus relaciones con lo ideológico”. En Ecuador, en 1925-1945, los intelectuales de sectores medios y militantes de izquierda llegaron a ser fuerzas sociales por los efectos pertinentes (esto es, porque su praxis se reflejó sobre las estructuras políticas en esa coyuntura, sin que esto fuera lo usual) (Cfr. Poulantzas 1971, 91).

La noción gramsciana de intelectuales es amplia: son los especialistas “que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función” a todo ámbito de la producción (Gramsci 1949). Hay intelectuales, entonces, entre los religiosos, maestros, abogados y políticos; militares, burócratas, dirigentes, banqueros, terratenientes, economistas, etc. Pero ellos no se definen como tales por “el núcleo intrínseco de las actividades intelectuales”, sino por “el conjunto del sistema de relaciones [...] [de sus actividades] en el complejo general de las relaciones sociales” (Gramsci 1949). Es decir que su rol es desarrollar y otorgar sentido a su respectiva actividad productiva, en el contexto social amplio: “Todo grupo social, como nace en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea al mismo tiempo y orgánicamente una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función, no sólo en el campo económico, sino también en el social y político” (Gramsci 1949). De allí que la actividad intelectual siempre se relaciona con un orden hegemónico, sea para mantenerlo o desafiarlo, por eso todo intelectual (consciente o no) es orgánico a algún proyecto político. Gallegos Lara puede ser considerado como un paradigma del intelectual orgánico al proyecto nacional-popular al que se refería Gramsci.

Por la variedad de roles que pueden cumplir los intelectuales, por los cambios en su extracción de clase y en las formas de obtener capitales en los campos culturales³⁰ es difícil trazar un mapa único de la intelectualidad

30 Este trabajo enfatiza el concepto intelectuales, y no el de campo cultural (espacio social relativamente autónomo, que produce bienes simbólicos y capitales que generan prestigio y poder) (Cfr.

latinoamericana en el siglo XX Maíz (2013), Altamirano (2010) y Devés (1999; 2012), entre otros, estudian a esos actores (de inicios del siglo XX y fines del XIX) desde la perspectiva de sus redes. Bergel y Martínez (2010, 122) sostienen que a comienzos del siglo XX se activaron varias “prácticas y formas de sociabilidad intelectual, algunas de ellas nuevas y otras renovadas”. Se construyeron espacios de relación y discusión a través de cartas, revistas, congresos, viajes de integración, “giras de orientación unionista y antiimperialista”, etc., (Bergel y Martínez 2010, 123-126) amén de los “cafés, redacciones de diarios, ateneos, revistas, comidas de agasajo, visitas de extranjeros” (Maíz 2013, 26). Más allá de la diversidad de los móviles se fortalecieron lazos y crearon redes a nivel continental de variado signo ideológico (socialistas y anarquistas; espiritistas y teósofos) (Bergel y Martínez 2010, 127), que vigorizaron y ampliaron el espacio público internacional. Esos mecanismos alcanzaron su mayor despliegue después de 1918 (Bergel y Martínez 2010, 127).

Entre 1920 y 1950 y a partir de tales mecanismos hay que resaltar primero el de las misiones diplomáticas, esencial en el estudio del actor Benjamín Carrión. Myers (2010, 90) refiere que el mexicano Alfonso Reyes³¹ “fue un fiel servidor de la diplomacia [de su país]; pero ésta, hasta cierto punto, también estuvo al servicio de ambiciones literarias y culturales que excedían el marco estricto de su profesión”. Se resalta el empleo estratégico del desempeño como diplomático para ganar un capital cultural; este uso es aplicable también a los casos de los ecuatorianos Gonzalo Zaldumbide y Benjamín Carrión. Un segundo mecanismo de sociabilidad (y también de obtención de capital cultural) fue el de las redes surgidas por la persecución política en la década del treinta en la región. El estudio de ésta y de otras experiencias masivas de exilio muestra “la porosidad de los espacios

Bourdieu 1995). Usamos el concepto de *campo* de modo referencial, así como otros de Bourdieu (modos de validación y consagración, prestigio, capitales culturales); pero no basamos nuestras tesis fundamentales en ellos.

31 Luego de 30 meses de servicio diplomático en París (y de una “frenética” sociabilidad diplomático-literaria que dio mayor impulso a la circulación de su obra, a la vez que incrementaba [su prestigio]) (Myers 2010, 93), Reyes vio “que ya circulaban algunos de sus libros en francés, que su nombre y fragmentos de su obra habían aparecido en páginas de numerosas revistas literarias de ese país, que había recibido distinciones simbólicas importantes [...] en una época en que el triunfo en París tenía un efecto consagratorio” (Myers 2010, 94).

públicos nacionales, gracias a las redes intelectuales que les subyacen, potenciando la circulación de obras de diverso formato y contenido, ideas, proyectos y hasta acciones concertadas” (Melgar Bao 2010, 165).

Pero un tercer mecanismo de sociabilidad y de ganancia de prestigio fue clave en el Ecuador de esos años: la prensa. Esta relación no era nueva: desde mediados del siglo XIX se aprecia en Latinoamérica la estrecha relación entre esfera pública, formaciones o grupos de intelectuales, y medios impresos (Sábato 2008). De esta relación surge el intelectual construido en la prensa: aquel que fundamenta su prestigio y su lugar en el campo cultural por su trabajo en los medios, espacio privilegiado de creación de poder publicístico. Benjamín Carrión se ajustaría mucho a los modelos de intelectual diplomático y de intelectual construido en la prensa (que muestran notorio contraste con el del intelectual orgánico). Al mismo tiempo, en las décadas finales de su vida se aproximaría también a otro modelo de intelectual (hegemónico desde los años ochenta): el intelectual de la literatura es el que se impone en los últimos decenio del siglo XX, cuando ganan notoriedad los académicos y los expertos.³² El intelectual de la literatura es un tipo particular de académico, su característica es que desde su sitio inicial como crítico literario –desempeño que le brinda prestigio, enorme capital cultural– se proyecta hacia la crítica social en la esfera pública, donde actúa “para definir identidades sociales y procesos nacionales o continentales” (Aguilar 2010, 685-686). Los académicos aparecen en un momento de especialización e institucionalización de saberes durante los procesos modernizadores de Latinoamérica; es notorio en ellos un debilitamiento en grado diverso del vínculo orgánico con el pueblo, así como un lugar de enunciación desde el saber especializado, autónomo (Neiburg y Plotkin 2004,18). Sin llegar a ser plenamente un intelectual de la literatura (en su tiempo no se usaba, no era necesario el tener credenciales académicas para ser crítico literario) (Rodríguez Albán 2015). Benjamín Carrión cumplió esas funciones en el espacio público del país y de Latinoamérica desde una

32 “El experto sería el que, sin la visión global y comprometida del intelectual, lo reemplazaría, a caballo de la posmodernidad de la cual el intelectual, junto con la noción de subjetividad y las dimensiones de lo nacional y lo social, sería víctima” (Neiburg y Plotkin 2004,16). Su presencia y preeminencia ocurren en los años ochenta.

revista que promovió esa figura en la región: *Cuadernos Americanos*. Analizaremos estos roles complejos del actor Benjamín Carrión en el capítulo V.

Para concluir, en este capítulo hemos revisado los conceptos que sustentan la idea de que toda praxis cultural es siempre una praxis política, o, si se quiere, que lo cultural-político incluye la producción, distribución y consumo de saberes, discursos y productos con enorme carga simbólica, de suerte que cumplan a cabalidad su rol político de coerción y persuasión para validar un orden social o de resistencia al mismo. Para ello, señalamos los conceptos de Estado y sociedad civil desde la perspectiva de Gramsci; el concepto de espacio público de la prensa de Habermas y nuestra noción de espacio público cultural. Respecto de la propuesta de Habermas, creemos que, más allá de los límites y reparos que es necesario hacer a sus conceptos (espacio público, acción comunicativa), él propone lineamientos que consideramos esenciales como punto de partida y que dan pie a debates clarificadores, como el que planteó Nancy Fraser; nos detuvimos en el concepto de contrapúblicos de esta autora. Revisamos también la definición y funciones de las políticas públicas desde la teoría de la formación histórica de los Estados, que destaca la agencia *desde abajo* en la generación de leyes y políticas.

Dedicamos espacio a la teoría materialista-histórica de la cultura (R. Williams) y a los conceptos necesarios para estudiar la cultura nacional, destacando el de hegemonía (Gramsci, Guha). Finalmente, revisamos los modelos de intelectual (orgánico, construido en la prensa, e intelectual de la literatura), útiles para discutir el rol intrínsecamente político de los intelectuales y los cambios en los procesos de validación y ganancia de capitales dentro del campo cultural. En el siguiente capítulo analizaremos los contextos sociales y los actores de la disputa cultural-política, previos al estudio de las discusiones sobre la nación que orientaron el carácter de las distintas políticas culturales en el país en el período 1925-1945.

Capítulo II

Procesos políticos y actores de la disputa cultural (1925-1945)

Al iniciar este capítulo es necesario recordar que el período que estudiamos se inserta en un contexto de crisis del modelo económico global, fuertemente marcado por el ascenso de las izquierdas y del fascismo en Europa. En los tardíos años veinte, la recesión financiero-comercial en el mundo ya se mostraba como una crisis estructural del capitalismo (Polanyi 1944). Amén de la reconfiguración de mapas geopolíticos, la década de 1930 contempló la lucha entre modelos alternativos al sistema, los cuales implicaban una respuesta sobre qué hacer con las masas. Las más importantes opciones fueron: el *new deal* (abrazado por EE.UU. y parte de Europa), el nacional-socialismo (probado en parte de Europa, y en Japón) y el modelo comunista (URSS) (Hobsbawm 1994, 114).

En Ecuador, el período 1925-1945 inicia y finaliza con dos revoluciones: la Juliana (1925) y la Gloriosa (1944). Son decenios que llevan la marca de la crisis político-económica global en compleja dialéctica con la construcción de nuestra formación nacional. Desde el punto de vista local, son veinte años que se insertan en un proceso histórico mayor, perceptible solo en el gran arco, y que Coronel (2011) ha denominado “una revolución por etapas”.

En el período 1925-1945 se aprecia entonces solo un momento de ese arco: el ascenso y las disputas entre dos fuerzas sociales pre-emergentes.¹

1 Charles Tilly (1995) denomina revolución a “todo cambio brusco y trascendente de los gobernantes de un país”, sea que provenga de revueltas, golpes de Estado o guerras civiles. Además,

Por un lado, estaban los trabajadores urbanos y campesinos (indios y no indios), articulados a un sector medio radicalizado y organizado en torno a los partidos Socialista (PSE) y Comunista (PCE) y a la función pública; por otro, una fracción terrateniente: la de la llamada modernización reaccionaria.² Los sectores de la banca y el comercio de Guayaquil se reincorporaron a la lucha política recién en 1938; habían sido golpeados desde 1925 por la Revolución Juliana y sus medidas centralizadoras. Al estudiar este momento histórico particularmente tensado por conflictos globales nos preguntamos por la manera en que los actores sociales y políticos consiguieron articular sus luchas con argumentos elevados desde de lo cultural.

Antes que nada señalaremos que los debates cultural-políticos que se dieron entre 1925 y 1940 tuvieron rasgos diferentes de aquellos entre 1941 y 1945, más allá de que la idea de nación fuera uno de los temas centrales en ambos momentos. Explicaremos el porqué de esta periodización. En los debates del primer período (que son los que acompañaron el cambio político y jurídico del Proceso Juliano), la idea de nación se

diferencia entre *resultado revolucionario* (cuando el gobierno logra ser transferido a la coalición de oposición) y *situación revolucionaria* (contexto en el que deben coincidir: los bloques contendores, el apoyo que la población brinda a cada uno de los bloques, e incapacidad del gobierno en ejercicio de impedir que se forme la coalición en su contra). Según la definición de Tilly, los procesos de 1925 y 1944 fueron revoluciones. Nos interesa resaltar además que los eventos que ellos enmarcan traducen una disputa por el poder que tardaba en resolverse. Gramsci (“Análisis de situaciones...”, 1949a) apuntó que una crisis de hegemonía podía prolongarse por decenas de años; “esta duración excepcional significa que en la estructura... maduraron contradicciones incurables y que las fuerzas políticas que obran positivamente en la conservación y defensa de la estructura misma se esfuerzan, sin embargo, por sanear y por superar, dentro de ciertos límites. Estos esfuerzos... forman el terreno... sobre el cual se organizan las fuerzas antagónicas que tienden a demostrar... que existen ya las condiciones necesarias y suficientes para que determinadas tareas puedan y, por consiguiente, deban ser resueltas históricamente”. Es lo que ocurrió en Ecuador, en los decenios comprendidos entre 1925 y 1944.

- 2 Quintero y Silva (2001, 289) la llaman así porque aceptaba la modernización tecnológica agrícola, pero sin cambiar las relaciones tradicionales y de trabajo con los campesinos (indios en su mayoría) de la hacienda. Entre esos terratenientes estaban Neptalí Bonifaz, Leonidas Plaza, José Rafael Bustamante, Modesto Larrea Jijón; los dos últimos integraron la Junta Civil de la Revolución Juliana (Quintero y Silva 2001, 287). Reunidos en la Sociedad Nacional de Agricultura, proporcionaron la base de las políticas públicas julianas en temas agrícolas. Sin embargo, la doble apertura juliana (a esa facción de terratenientes, y a los procesos populares) permitió que la hacienda fuera golpeada, sin perjuicio de las posibilidades de reacción de los terratenientes que se evidenció en el período.

renovó con la entrada en escena de los sectores subalternos y sus representantes socialistas en la arena política. En ese período la pregunta sobre la nación se elaboró en torno a discusiones sobre sus componentes humanos (¿quiénes eran, podían o debían ser ecuatorianos?) y culturales, en la disputa por incluir en la comunidad imaginada a indios, cholos y montuvios (la demanda por lo afro se visibiliza poco en esos tempranos años).

Luego, en 1941-1945, la discusión se centró en los problemas que implicaban el mestizaje y la integración del indio a la nación. El tema del indio había sido abordado desde inicios del siglo XX en planteamientos relacionados con el concertaje y centrados en temas como salarios, servidumbre y relaciones con los blancos (Prieto 2004, 83). Esas discusiones tuvieron como escenarios clave a la Sociedad Jurídico Literaria y su revista. Junto a otros intelectuales conservadores y liberales, Jacinto Jijón y Caamaño y Pío Jaramillo Alvarado fueron actores con propuestas decisivas sobre el tema (Prieto 2004, 87-115), según veremos más adelante. Pero desde 1941, con la invasión peruana, la perspectiva cambió (Luna 2007; Coronel 2011), se volvió urgente decidir sobre la integración del indio, sobre su participación como sujeto político y sobre la defensa del territorio. Incluso la polémica sobre el Reino de Quito se resignificó y fue un argumento para sostener los derechos territoriales del Ecuador (Prieto 2004, 120, nota 41). Al pensar en los mecanismos para lograr la inclusión/integración, una de las tesis que se impuso (en Ecuador y Latinoamérica) fue la del mestizaje. Nuestra periodización se justifica entonces a partir del giro ocurrido desde 1941 en los debates cultural-políticos en torno a la nación.

Pero antes de abordar tales discursos, en este capítulo analizaremos los contextos socio-políticos y la configuración de las dos matrices culturales en cuanto a actores e instituciones. Estos elementos son importantes para comprender luego, en los capítulos III y IV, cómo impactó la Guerra de 1941 en los discursos sobre la nación (Capítulo III) y en las políticas culturales (Capítulo IV). Por ahora revisaremos los contextos socio-políticos y el esbozo de las redes de actores e instituciones de cada matriz, en 1925-1940 y 1941-1945.

Contexto 1925-1940: Proceso Juliano, protesta social y articulación con las izquierdas

Hay diversas interpretaciones sobre el sentido de la Revolución Juliana.³ Es cierto que en lo inmediato interrumpió el dominio de la oligarquía liberal, ejercido a través de un actor de su fracción financiera: el Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil (dominio con alto grado de coerción en diferentes niveles; ese banco era el principal acreedor del Estado); pero los efectos sociales de esta revolución rebasaron el ámbito de lo financiero.

En esencia, la Revolución Juliana posibilitó la demarcación de un nuevo terreno de juego que habilitó a dos procesos pre-emergentes que contaban con capitales y recursos distintos: de los trabajadores urbanos y campesinos (indios y no indios) y de la fracción terrateniente afín a la modernización reaccionaria. La Revolución Juliana dispuso la cancha y dio el puntapié de arranque a tales procesos con políticas económicas favorables a la modernización agrícola e incluso a la industrialización (Quintero y Silva 2001, 286) y con políticas sociales de apoyo a procesos populares (Páez 1990, 129; Coronel 2011, 774 y ss.). Sobre nuevas bases jurídico-institucionales y con el empuje de activos procesos de movilización social, se conformaron y desarrollaron las dos matrices culturales, la de izquierdas (el Partido Socialista nació en 1926)⁴ y la conservadora (que tenía actividad desde el decenio de 1910, pero hallaba ahora un campo más propicio, al frenarse el dominio de la plutocracia liberal, desde julio de 1925).

La búsqueda de un proyecto nacional, que caracterizó al primer subperíodo que estudiaremos (1925-1940), se realizó en escenarios heterogéneos y fue conducida por actores sociales diversos. Esa lucha tuvo las formas de

3 Algunos autores resaltan los eventos modernizadores que impulsó (Cueva 1990; Páez 2001). Otros, que fue un proceso breve que permitió el retorno del poder a las élites de la Sierra, además de la solicitada modernización estatal (Quintero y Silva 2001). Coronel (2011) la considera un punto de inflexión, ya que visibilizó, radicalizó y sirvió como catalizador del proceso nacional-popular, sin que éste dependiera directa ni solamente de ella.

4 La Revolución Juliana y el nacimiento del Partido Socialista tuvieron como uno de sus referentes previos más importantes a la huelga de trabajadores en Guayaquil (noviembre de 1922) –enmudecida con “cruces sobre el agua”–. El naciente socialismo capitalizó esos antecedentes (así como el trabajo del anarcosindicalismo), y se instaló sobre “una base discursiva receptiva, [y] una experiencia de movilización social y cuestionamiento” (Páez 2001, 97).

protesta social (al exigir derechos y redistribución), así como de disputas simbólicas, que ocurrieron en los ámbitos de las artes plásticas y la literatura, entre otros; también se dieron en lo político, con demandas de reconocimiento por parte de grupos subalternos. En la matriz de izquierdas, los actores más importantes fueron los campesinos (indígenas y montuvios), las facciones de intelectuales urbanos radicalizados y de militares (ambas provenientes de sectores medios, con influjo de ideas marxistas), facciones que se volvieron fuerzas sociales por *efectos pertinentes* –es decir, que el impacto de sus acciones se extendió a la totalidad de la sociedad– (Poulantzas 1971, 91-95) y los proletarios urbanos (artesanos y empleados de servicios) y trabajadores asalariados de empresas ferroviarias y compañías transnacionales.

Los campesinos indígenas tenían –tienen– una agenda propia, que deriva de su historia de conflictividad y de sus relaciones con las sucesivas autoridades centrales para canalizar sus demandas (similares procesos se dieron en países con alta población indígena, como México y Bolivia, lo cual se puede comparar con el proceso nacional-popular ecuatoriano).⁵ En Ecuador, los campesinos indígenas incluyen a “huasipungueros, yanaperos, partidarios, semiarrendatarios de las haciendas serranas [y] peones sueltos” (Vega 1987, 18). Sus luchas en el subperíodo 1925-1940 actualizaron una tradición que venía de siglos atrás (Coronel 2011; Almeida 1990, 174) y que no se agotaría en los reclamos por la tierra como recurso económico. En el período de 1925-1930 se produjeron acercamientos entre los campesinos de Cayambe e intelectuales del Partido Socialista (PSE). El dirigente Jesús Gualavisí fue miembro fundador del PSE y desde 1931 perteneció al Partido Comunista (PCE). Fue signatario de la instrucción del Ministerio de Previsión Social y Trabajo de agosto de 1929 que autorizaba a los trabajadores de haciendas a formar sindicatos, ligas y federaciones sin temor a

5 Hylton y Thomson (2007, 10) proponen que los actores de los procesos nacional-populares bolivianos mostraron una desconfianza mutua desde los inicios de procesos nacionalistas, hasta la primera década del 2000. Ellos ubican el inicio de lo nacional-popular hacia 1940, y encuentran su punto máximo en la revolución de 1952. Esta revolución y las revueltas de los setenta y ochenta reunieron a grupos sociales heterogéneos, con un alto porcentaje de trabajadores organizados, y menor porcentaje de indígenas. Ambas demandaron transformaciones democráticas de las relaciones internas entre Estado y sociedad, y apuntaron a reconstruir las esferas política y económica nacionales y a renegociar ciertas relaciones internacionales (Cfr. Hylton y Thomson 2007, 10).

la represión patronal (Coronel 2011, 905). A él se sumaron otros líderes y lideresas (Amadeo Alba, Dolores Cacuango, Tránsito Amaguaña).

Varios militantes comunistas (Joaquín Gallegos Lara, Nela Martínez) apoyaron esos procesos al propiciar un influyente espacio público popular, en el cual destaca la revista bilingüe *Ñucanchic Allpa*; ésta nació en una conferencia de líderes indígenas realizada en Quito, en noviembre de 1935 (Becker 2006, 134) y se volvió órgano oficial de la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI) en 1944. En torno a esta publicación surgieron comunidades de lectura oral, de modo que sus contenidos recogían discusiones y problemas planteados en tales reuniones (Coronel 2012, 448). También con apoyo de las comunistas Nela Martínez y Luisa Gómez de la Torre, las lideresas Cacuango y Amaguaña instalaron escuelas de educación bilingüe en 1945 (Becker 2003, 137), pese a la oposición violenta de los hacendados (Clark 2005, 59). Los espacios públicos comunitarios (aunque no se construyesen en torno a publicaciones) fueron clave en los procesos de lucha política directa.

Fue de diversas maneras entonces que se logró incidencia: con el trabajo conjunto de los líderes y lideresas indios, con apoyo del PSE y luego del PCE; ese activismo conjunto impulsó una explosión⁶ de luchas campesinas, entre 1931 y 1935 (Clark 1999a, 70). Las comunidades participaron en procesos organizativos (formación de sindicatos e institucionalización de la lucha) y ampliaron su repertorio de lucha con las huelgas (Ibarra 1984), apoyados por militantes de izquierda. Fue así como llegaron a los años cuarenta con una Federación Ecuatoriana de Indios aún no instituida formalmente, pero ya fuerte y activa (Martínez 2005).

Un segundo actor colectivo es el de los campesinos montuvios, que incluye a: “sembradores de las haciendas cacaoteras (sujetos a relaciones de producción pre-capitalistas, pero [que] participan en la circulación mercantil) [...]; y semiproletarios (entre campesinos y proletarios), [que] son los trabajadores azucareros temporales” (Vega 1987, 18). Su emergencia se

6 José Almeida Vinueza (1990, 179) se refiere a las movilizaciones de Simiátug (Bolívar, 1931), Palmira (Chimborazo, 1932), Pastocalle (Cotopaxi, 1932), Mochapata (Tungurahua, 1933), Rumipamba (Imbabura, 1934), Llacta-Urco (Cotopaxi, 1934), Salinas (Bolívar, 1934), Licto, Galte y Pull (Chimborazo, 1935).

liga al ascenso de la facción de los terratenientes propietarios de ingenios (vinculados a sectores financieros), que expandieron sus propiedades en 1913-1920 (Vega 1987, 17). Favorecidos por la quiebra de la producción de cacao (Ibarra 1984, 73) estos campesinos iniciaron procesos organizativos desde mediados de los años veinte, en las zonas de Milagro, Naranjito y Yaguachi. Fueron protagonistas de movilizaciones y disputas para defender sus derechos (redistribución de tierras, cumplimiento de condiciones de contratos laborales, no aumento del canon de arriendo de tierras).

El Comité de Lucha Popular y el Sindicato de Asalariados Agrícolas, Campesinos Pobres y Obreros Rurales del Guayas (SAACPORG), fundado en 1929 (Vega 1987, 72), cumplieron un rol organizativo clave, según se desprende de sus activos órganos de prensa: *El grito del campesino* (desde 1929), *Lucha Popular* (1934-1935) y *El Montuvio* (cuatro épocas). Éstos y otros sindicatos agrarios, junto a las mutuales de la antigua Confederación Obrera del Guayas (COG), constituyeron la Confederación Obrera y Campesina del Guayas (COCG), en 1929 (Vega 1987, 72).

Entre los proletarios se incluyen “trabajadores de empresas de servicio urbano y ligados a actividades de exportación (estibadores, cacahueros, etc.); los trabajadores azucareros permanentes; y asalariados manufactureros” (Vega 1987, 18), junto a ellos están los artesanos (urbanos y rurales). Los proletarios urbanos fueron importantes en las luchas del primer lustro de 1920. En particular, dos huelgas se grabaron en el imaginario popular —de los ferroviarios de Durán (octubre de 1922) y de los trabajadores urbanos de Guayaquil (15 de noviembre de 1922)— e incidieron en la reconfiguración política de esos años.

La militancia de los intelectuales de izquierda fue decisiva en el período. Varios historiadores lo señalan y resaltan su impacto social y jurídico-político (Ibarra 1984; Páez 1990 y 2001; Becker 1999a, 1999b y 2007a; Clark 1999a y 2005; Coronel 2011 y 2012). Lo hacen a contrapelo de influyentes lecturas de los años setenta y ochenta sobre los procesos juliano⁷

7 “Opuestos al poder omnímodo de la ‘plutocracia’, pero incapaces de concebir un proyecto profundo de transformación, los protagonistas del proceso ‘juliano’ estaban condenados no sólo a seguir una línea zigzagueante frente a la oligarquía, sino a expresar su ‘protección al hombre proletario’ con medidas tan ilusas que ni siquiera merecen el calificativo de ‘populistas’” (Cueva 1977a, 295).

y de lucha social en la década del treinta⁸ –lecturas que no se detuvieron en el accionar de la izquierda junto a los indígenas de la sierra norte o en los procesos de campesinos de Milagro–. Además del silencio se produce una desvalorización cuando un autor de la talla de Agustín Cueva (1977a, 303) afirma, por ejemplo, que los ataques de los compactados (1932) fueron “la primera reacción aparentemente ‘popular’ a la crisis”. En el mismo sentido se vertieron juicios apresurados sobre las alianzas de sectores medios con proletarios y campesinos; se las redujo –sin deslindar unos casos de otros– a procesos meramente instrumentales (Tinajero 1990, 195). En estos dos críticos (cuyos aportes al pensamiento social ecuatoriano no se discuten, y en quienes indudablemente hubo buenas intenciones) prevalecieron las ideas que circulaban entonces, y que pueden ser leídas como criterios generacionales: en palabras de Moreano (2011, 23), refiriéndose a la posición de Cueva sobre la disputa entre Pablo Palacio y los narradores del realismo social: “lo curioso del caso es que Cueva apoya, a veces en exceso, a la nueva generación –de los años 1960 y 1970– que cuestionaba a la del 30”. Lamentablemente acabaron por hacerse eco del reajuste del sentido de la historia social y política de esas décadas, en detrimento de los aportes de la vieja izquierda y de la lucha social que ella acompañó.

En otros análisis (que Greg Grandin revisa, a nivel latinoamericano) (2004; 2010), la motivación fue distinta: la interpretación del papel de la izquierda se ajustaba a la ideología de la Guerra Fría que abierta o veladamente borró los logros de la lucha del período. En cualquier caso, es de justicia histórica el revalorar el trabajo de la primera izquierda en Ecuador –más allá de las críticas que es necesario hacerle– y rescatar su significativo esfuerzo de construcción social y cultural-política.

Respecto de los orígenes del PSE, Páez (2001, 144) caracteriza su programa de inicio como moderado con una contradictoria unidad de conte-

8 Agustín Cueva realizó indiscutibles y señeros aportes al moderno pensamiento social del país, como bien señala Moreano (2011, 8). Sin embargo, también ha incurrido en valoraciones que, años después de vertidas, él mismo debió matizar; reconsideraciones de sus argumentos en contra de la teoría de la dependencia (Moreano 2011, 10) o, en lo literario, sobre el valor de Pablo Palacio (Moreano 2011, 23) son ejemplos de criterios rectificadas. Uno que merecía una reflexión más ponderada, y una reconsideración, es el del rol de la izquierda en la Revolución Juliana, así como el sentido global del Proceso Juliano.

nidos (Páez 2001, 144) debido a la variabilidad de tendencias en su seno (“no existía aún una matriz teórico-ideológica que marcara límites precisos en las concepciones, propuestas y prácticas políticas”) (Páez 2001, 143); incidió pues la heterogeneidad de fuerzas e intereses que lo conformaron (aún al interior de sus dos polos de poder, que eran los representantes de Quito y Guayaquil) (Páez 2001, 144). Durante el Proceso Juliano el PSE realizó tareas organizativas populares con enorme despliegue de fuerzas, apoyó la creación de leyes laborales, auspició demandas de trabajadores y campesinos de la zona de Cayambe en disputas por tierras.

Las diferencias internas llevaron a la división del partido en 1931 y a la depuración de los miembros no comunistas.⁹ Ese mismo año el nombre cambió a Partido Comunista del Ecuador; la línea pro liberal conformó la Vanguardia Socialista Revolucionaria del Ecuador (VSRE), que aglutinó a militares (bajo dirección del Coronel Luis Larrea Alba); al mismo tiempo, se fundó un nuevo Partido Socialista. A pesar de la escisión y de las diferencias entre los dos partidos y al interior de cada uno,¹⁰ todos continuaron su trabajo entre 1930 y 1935. Los militantes del PSE prosiguieron en una labor cercana al aparato estatal enfocada en la creación y reformas de cuerpos legales¹¹ y auspiciando demandas de campesinos. De su parte, los miembros del Partido Comunista prosiguieron en la tarea de organización de trabajadores, “en la agitación popular a nivel nacional, pero sobre todo en el desarrollo de una opinión pública atenta a conflictos sociales y orientada a legitimar la participación popular y campesina indígena en política” (Coronel, 2009, 326) .

Con apoyo de la izquierda en los años treinta aumentó el número de gremios y se avanzó en la sindicalización, en un marco de gran movilización política, en particular desde 1934 (Coronel 2012, 462; Vega 1987).

9 El mayor impacto provino de la decisión de adherir al ultraizquierdismo del VI Congreso de la Comintern, lo que determinaba la amplitud de su convocatoria y la relación del partido con la clase obrera.

10 En el seno del PCE se mantuvieron, al menos hasta 1932, disputas entre dirigentes de Quito (Ricardo Paredes), Guayaquil (Alfredo Vera, Rafael Coello) y Milagro (Neptalí Pacheco, Antonio Ruiz Flores).

11 Entre las más importantes, constan la Ley de Seguro Social y la de Salarios Mínimos para obreros de la Sierra, en 1935; el Código del Trabajo y Leyes de Educación Superior, en 1938 (Vega 1987, 29).

No eran movimientos aislados, y en muchos acercamientos interclasistas (sobre todo, del Partido Comunista) se buscó una *adhesión orgánica* entre intelectuales y trabajadores. En paralelo a su labor en la emisión de cuerpos legales desde el Estado, el Partido Socialista destacó por su apoyo en lo contencioso en un creciente número de juicios y demandas laborales que requirieron arbitraje estatal: “entre octubre de 1935 y agosto de 1937, se atendieron 2.148 juicios en las Comisiones e Inspectorías de Trabajo, junto a 20.000 demandas verbales que se resolvieron mediante negociación en el MPST” (Coronel 2011, 14).

En relación con la movilización social, entre 1934 y 1938 al menos tres instituciones se transformaron en plataformas de articulación de movimientos populares: la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha, (SAIP) (Coronel 2011, 465), la Confederación Obrera del Guayas (COG) y el ya mencionado Sindicato de Asalariados Agrícolas, Campesinos Pobres y Obreros Rurales del Guayas (SAACPORG). Fueron procesos realizados en intercambios y con apoyo de los partidos de izquierda, que se traducían en discusiones y asesoría legal (Becker 1999a, 1999b, 2003; Clark 1999a; Coronel 2011), sustento de causas y publicidad (Gallegos Lara 1938; Coronel 2011), procesos compartidos de reflexión sobre lo nacional y lo cultural (AMM N-19310422; Becker 1999a, 1999b; Clark 1998; Coronel 2011 y 2012).

El año 1935 disminuyeron las tensiones entre socialistas y comunistas, cuando el PCE asumió la táctica del Frente Popular y de alianzas multclasistas; con ello se abrieron más espacios de trabajo conjunto y posibilidades de mayor incidencia política, hasta alcanzar un período de profundización de la crisis política y la protesta social, en 1938-1941. Sin embargo, los límites y debilidades de la izquierda se evidenciaron en dos momentos clave: la Asamblea Legislativa de 1938 y la revolución de mayo de 1944, límites cuyo reconocimiento no tacha la labor de las izquierdas en esas décadas, ni su rol en la construcción de la democracia y los marcos institucionales que hoy tenemos.

Pero así como las izquierdas lograron importantes procesos de articulación interclasista, las derechas habían recorrido ya un camino significativo en esa vía, desde la primera década del siglo. Inició como un proyecto político-educativo del gremialismo serrano, conducido por el Centro Ca-

tólico de Obreros (CCO) –fundado en 1906, sobre la base de los Círculos de Obreros Católicos, existentes desde 1894– (Durán Barba 1988, 175) y otras instituciones adjuntas, como el Colegio Don Bosco. Recordemos que los aristócratas Jacinto Jijón y Caamaño, Julio Tobar Donoso y Carlos Manuel Larrea eran miembros del CCO.

Otro lugar de socialización importante fue la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha (SAIP), donde el sastre e intelectual Manuel Chiriboga Alvear podía entrar en contacto con Jijón y Caamaño. Pero no hay que confundirse, el carácter de las relaciones interclasistas del gremialismo serrano seguía siendo jerárquico:

heredero de la vieja estructura gremial colonial, con notable injerencia de la Iglesia Católica, se caracterizó por una escasa movilidad social y una marcada jerarquización al interior de los talleres artesanales (maestros, operarios y aprendices). [...] [Buscaba] defender las creencias religiosas y proteger mediante prestaciones sociales a sus asociados, siguiendo los postulados de la Encíclica *Rerum Novarum* del Papa León XIII (Milk, referido por Ycaza 1997, 19-20).

De su parte, el Colegio Don Bosco fue un espacio con impacto en la movilización social, dentro de los límites previstos por las élites buscaba “forjar una clase artesanal basada en virtudes católicas”; enseñaba “herrería, sastrería, zapatería y clases elementales a miembros de las clases populares, desde su infancia”, con el plus de que “estos obreros eran preferidos en las industrias y talleres donde buscaran trabajo” (Coronel 2010, 196).

El trabajo del gremialismo serrano de derechas, que buscaba contener los avances de su similar de izquierdas, dio también pasos importantes en la década del treinta, como la formación de la Compactación Obrera Nacional (organismo filo-fascista coordinado por la extrema derecha y las cúpulas de la Iglesia Católica), protagonista en la Guerra de los Cuatro Días, en 1932, y de la Liga Social Anticomunista en la que participaron Julio Tobar Donoso (dirigente de los compactados), (Pérez Pimentel, “Julio...”, s/f) Jorge Luna Yépez (futuro dirigente de Asociación Revolucionaria Nacionalista del Ecuador, ARNE) y Pedro Velasco Ibarra (futuro presidente de la Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos, Cedoc).

Estos son los actores e instituciones de ambas matrices, a finales de la década del treinta. Una de las novedades desde 1938 fue la reincorporación de cuadros del liberalismo a la contienda política. Sus militantes mostraron de forma inapelable su oficio y su poder en la Asamblea de 1938, al conseguir que se nombrara presidente de la República (1938-1939) a Aurelio Mosquera, jefe del bloque liberal. Mosquera y Arroyo del Río eran prueba de que la plutocracia había renovado sus cuadros,¹² mas no sus aspiraciones. Arroyo, en particular, fue clave en la recuperación del Partido Liberal: logró unificar las posiciones en disputa,¹³ en 1935, mientras era jefe supremo del partido. Sin embargo, pese a esta recomposición del ala reaccionaria del liberalismo, no lograron articular una propuesta cultural de matriz liberal. Los intelectuales destacados del partido eran escasos y mostraban cercanías con los postulados de las izquierdas (Pío Jaramillo Alvarado, Julio E. Moreno) o de las derechas (Arroyo del Río, Abelardo Montalvo) en el período de estudio.

Contexto 1941-1944

Se trata de una compleja e intensa etapa en la que se destacaron la Guerra con el Perú (1941), la firma del Protocolo de Río de Janeiro (1942), la lucha social, que llegaba al punto máximo de combatividad desde el decenio anterior (igual ocurría con los procesos de sindicalización), y la revolución de mayo (1944).

El gobierno de Arroyo (1940-1944) tuvo un clarísimo estilo autocrático. Es recordado porque facilitó la entrada de capitales extranjeros –fiel a ellos desde sus inicios profesionales, en los años veinte–, también por su devoción a la cultura de élites (Académico de la Lengua, notable

12 Patricia de la Torre presenta detalles de familias de la plutocracia remozada que, junto a exportadores y propietarios de la industria naciente, ejercieron el poder político entre 1930 y 1950. Muchos confluyen, en el rol de notables, en la Junta de Beneficencia de Guayaquil (Cfr. De la Torre 2004, 80-89).

13 Las encabezaban dos *notables* de la Junta de Beneficencia: A. Baquerizo Moreno y Arroyo. En la carrera política y profesional de éste, fue clave su condición de miembro de la Junta (1923-45 y 1949-63) (De la Torre 2004, 308).

orador y ensayista, impulsó la educación formal y varias instituciones culturales).¹⁴ Para suerte del liberalismo fue un intelectual competitivo, en años en que el ejercicio político no iba apartado de lo cultural. Pervivió en él la impronta de su educación con los jesuitas en Riobamba (1908-1911), a la que debía su gusto por el modernismo y por los clásicos desde una noción jerárquica de la cultura. Pero el gobierno de Arroyo pasó a la historia, sobre todo por su carácter represivo, que creció con los poderes omnímodos recibidos del Congreso durante la guerra de 1941. Se sustentó en una violenta guardia de choque (los carabineros) bajo sus órdenes directas, y en el uso de métodos de terror. Con ellos arremetió contra la libertad de prensa y las manifestaciones populares y de izquierda,¹⁵ en un contexto de inflación galopante con gran impacto en el costo de los víveres;¹⁶ asimismo, coartó las expresiones democráticas y los ejercicios de organización. Ciertamente Arroyo olvidó que no eran los tiempos de los viejos gobiernos plutocráticos y que en los años cuarenta no era posible reeditar sin castigo matanzas como la del 15 de Noviembre de 1922 –en cuya decisión él tuvo participación directa– (Vega 1987, 20).

Esta crisis económico-política se añadió a otra más honda, que llegó a conmover el anclaje socio-cultural de la nación y que advino con la Guerra con Perú y la firma del Protocolo de Río de Janeiro. Como otras guerras de límites en América Latina (de los siglos XIX e inicios del XX), éste no era

14 Instituyó la Universidad de Loja, el Museo Nacional y el Colegio Montúfar; creó las Facultades de Química (U. de Guayaquil) y Economía (U. Central). (“Carlos...” s/f) Desde el Ministerio de Educación, apoyó a 26 instituciones culturales (i.e., con la construcción de la sede de la Academia Nacional de Historia); estableció la Comisión de Propaganda Cultural del Ecuador (1942) y el ICE (1944) (*El Instituto... 1944*, 15, 17).

15 Arroyo ordenó la prisión de Arízaga Luque (director de Alianza Democrática Ecuatoriana), Gustavo Becerra (secretario general del Partido Comunista), los dirigentes Pedro Saad, Manuel A. Aguirre (con el cierre de la Imprenta La Tierra, del Partido Socialista); Colón Serrano, Armando Espinel, Clotario Paz, Rodrigo Chávez González, Leopoldo Benites; confinamientos de Carlos Palacio Sáenz, Floresmilo Romero, y otros (Cfr. Herrería y Moreno 1984, 241).

16 El circulante aumentó en 347% por el alza de las exportaciones, pero no se invirtió en activar el proceso de producción interna (Vega 1987, 46). Más aún, arreciaron la pobreza y la escasez: el costo de la carne, leche, huevos, papas y arroz subió en 400%, en 1938-1944 (Vega 1987, 71, nota 23).

un simple conflicto de territorios.¹⁷ A los factores geopolíticos externos¹⁸ se sumaron otros internos que volvieron extremadamente débil la posición de Ecuador. Arroyo fue negligente en su respuesta a la invasión peruana (Vega 1987, 49; Alemán Salvador 2005, 152) y lo fue en el manejo diplomático del diferendo. Se evidenciaron una ausencia de política definida en relaciones internacionales y un viejo desentendimiento de ese ámbito.¹⁹ Si a todo esto se suman los intereses de EE.UU., que estaban en juego, resulta claro que las probabilidades de éxito diplomático eran ínfimas. El Protocolo de Río cercenó 200.000 kilómetros cuadrados de territorio nacional y eliminó la salida al río Marañón; fue firmado el 29 de enero de 1942 por el canciller conservador Julio Tobar Donoso. La guerra y el Protocolo causaron impacto en diversos ámbitos. Pasamos a revisar sus efectos políticos (en el capítulo 4 veremos la conmoción que provocaron en los imaginarios de nación).

17 Perú perdió la Guerra con Chile (1879-1883), en la que se jugaba la posesión de los salitrales de Tarapacá. La Guerra del Chaco (1932-1935), entre Paraguay y Bolivia, fue incentivada por intereses de la Standard Oil en los territorios en disputa. En Ecuador, la Royal Dutch Shell (que operaba en el litoral desde años atrás), recibió del presidente Páez la concesión sobre diez millones de hectáreas en el Oriente, luego de cancelar un contrato vigente con una operadora de la Standard Oil. Entonces, “partiendo de la influencia que tenía sobre los gobiernos del Perú, [EE.UU.] fraguó la confrontación militar del 41” (Galarza 1972 en Vega 1987, 45).

18 Pío Jaramillo sostiene que incidió también el expansionismo y penetración nazi-fascista en la región. En “La Guerra de la conquista de América” (*El Día* 23-09-1941 al 1-12-1941). Aún más, al buscar la solución a la guerra, “el falangismo español se manifestó inequívocamente en nuestras relaciones internacionales” (AHMCE, ADQ 46.1.5. 11 y 121). Y habría que investigar el rol de la Iglesia Católica pues, al parecer, estuvo implicado el Nuncio Apostólico Efrén Forni. Éste pidió a Julio Tobar Donoso, en agosto de 1940, que no abandonara la cancelería (Ahmce, ADQ 46.1.5. 11 y 13). Ante su insistencia, Tobar solicitó autorización al Partido: “no habría vacilado en rehusar mi aceptación al nuevo nombramiento, si no temiese incurrir en un acto de desobediencia al Representante del Santo Padre” (Carrión 1943, 130). Era, pues, un asunto diplomático que interesaba a Roma, y requerían del obediente canciller católico (por entonces, ya se conocía en esferas diplomáticas que Perú preparaba una incursión armada) (Alemán Salvador 2005, 152; AHMCE, ADQ.38.1.1., 8 (19-06-1938); i AHMCE, ADQ.38.1.1. 18 (2-11-1938). Forni no buscó disimular su parcialidad, una vez iniciada la invasión: “ofició misas campales de acción de gracias [en Lima], por el triunfo del asalto [...]. Y concedió condecoraciones pontificales a los verdugos” (Carrión 1943, 112).

19 Luego de la Revolución de 1925, al ser desconocido el gobierno juliano por Colombia y Perú, quedamos “en absoluto aislamiento y desamparo internacional. Solo conservamos la Misión Diplomática en Chile, pues no las teníamos en Argentina ni en Brasil” (Alemán Salvador 2005, 152). Aún así, Arroyo, subestimó “las advertencias de funcionarios sobre la movilización de tropas peruanas a la frontera [...], y confió en las gestiones diplomáticas, en particular en el apoyo de países como EE.UU. y Argentina a la ‘causa’ ecuatoriana” (Vega 1987, 48).

Respecto de la movilización social, pese a todas las contingencias, ella no se detuvo, prosiguió incluso en 1941, pese al consejo de Joaquín Gallegos Lara de “mientras dure la guerra, no hayan huelgas” (Ycaza 1991, 101) (imperativo que sorprende más por provenir de un lúcido líder marxista; volveremos sobre ello más adelante). Pero si bien se mantuvo, la lucha social no estaba unificada todavía en la segunda mitad de 1943. La Alianza Democrática Ecuatoriana (ADE) se conformó en julio de ese año; al inicio fue una categoría más, en el conjunto de comités que promovían movilizaciones. Cada una luchaba por objetivos distintos:

los de ADE, contra el gobierno de Arroyo y por la candidatura de Velasco; los comités anti-nazis que, al mismo tiempo que concientizaban a las masas contra el fascismo, contribuían a la propagación del ‘new deal’ y de las cuatro libertades proclamadas por el Presidente Roosevelt [...]; y los movimientos obreros y campesinos, que eran quienes persistían en sus organizaciones (Herrería y Moreno 1984, 249).

Fue ADE, al fin, el frente que unificó las diversas demandas y condujo a la caída de Arroyo del Río; pero su composición (fuerzas sociales absolutamente heterogéneas) no permitía objetivos extremos. La izquierda no tuvo experiencia, fuerza, lucidez o voluntad para prevenirse del carácter temporal de toda coalición; el hecho es que los comunistas aún seguían las indicaciones posteriores a la disolución de la Comintern y habían desplazado (desde antes) el eje de su discurso “de la lucha de clases a la colaboración multiclassista” (Páez 1990, 149) para vencer al fascismo. Desde otra perspectiva, y sin el peso de la crisis del comunismo internacional, en el socialismo tampoco sirvió la alerta de Manuel Agustín Aguirre luego de su entrevista con Velasco Ibarra (1984). La ADE y la protesta popular se hallaban en el clímax de eferescencia y ninguna prevención contra el candidato fue escuchada.

En cuanto a las derechas, llegaron con fuerza a 1943, a pesar de que su modelo económico-social de la modernización reaccionaria no había alcanzado la hegemonía y que la matriz cultural de izquierdas se había posicionado a lo largo de la década anterior. En el gobierno de Arroyo, el ala de derechas orientada hacia lo educativo realizó una importante arremetida con su

participación en la Comisión de Propaganda Cultural, luego en el Instituto Cultural Ecuatoriano y a través de varias otras *performances* ante enorme públicos, con las que buscaron reafirmar la simbiosis Religión-Patria. Las derechas actualizaban su presencia en el espacio público de la prensa de grandes rotativos y la prensa chica que llegaba a sectores medios y populares (*El Debate*, *El Obrero Católico*, “Mensajes del Obrerismo Católico Quiteño al Obrerismo Ecuatoriano”). Aún así, el Partido Conservador no era un bloque homogéneo y afloraban ya las divisiones internas que conducirían a desmembramientos poco después.²⁰ Varios actores de la modernización reaccionaria y del ala educativa colaboraron con el gobierno de Arroyo del Río: Julio Tobar Donoso, Aurelio Espinosa Pólit e Isaac J. Barrera (fueron parte de la directiva del Instituto Cultural Ecuatoriano), Tobar Donoso además fue ministro de Relaciones Exteriores en los gobiernos liberales de Mosquera y Arroyo. A pesar de esas proximidades, en el momento de efervescencia social contra Arroyo fue el conservador Camilo Ponce quien consiguió que ADE aceptara a Velasco como candidato presidencial en lugar de Víctor E. Estrada (el hombre postulado por Arízaga Luque). El resultado fue que las derechas lograron que ascendiera al poder un cuadro que nunca estuvo lejos de sus filas (aunque no pudieran controlar todas sus decisiones): José María Velasco Ibarra.

De su parte, Arízaga Luque se constituyó en líder enarbolando las nociones liberal-burguesas de democracia y libertad. Ellas habían sido consignas del Frente Popular Ecuatoriano (coalición de los Partidos Comunista, Socialista y Vanguardia Socialista Revolucionaria del Ecuador) desde 1936 (Ycaza 1991, 23), pero cobraron enorme sentido en el contexto de oposición al arroyismo.²¹ Arízaga convocó exitosamente a diversos sectores sociales y polí-

20 Una facción creó ARNE, partido filo-fascista, en 1942 otra, liderada por Camilo Ponce formó el Partido Social Cristiano (PSC), inspirado en la doctrina social de la Iglesia, en 1953.

21 ADE defendía la unidad nacional y la popularización de doctrinas políticas en goce de la libertad democrática (Quintero y Silva 2001, 104). Incluso Pedro Saad, en discurso ante el Congreso de los Trabajadores (1944), resaltó el valor de la democracia y las libertades que Velasco defendería (Quintero y Silva 2001, 129). Se muestra así la hegemonía de esas nociones, lograda con apoyo del Frente Popular: la Rusia “aliada” coincidía, pues, con estos discursos de EE. UU. Pero no los lideraron luego los *notables* de Guayaquil (con menor peso político nacional desde 1950) (P. de la Torre 2004, 309), ni los terratenientes de la “modernización reaccionaria”; tampoco Arízaga Luque, respaldado por una coalición, no por una fuerza social. Sí lo hizo Galo Plaza, liberal-terrateniente,

ticos para conformar ADE, y fue electo como su director. La coalición nació “el 13 de julio de 1943, con delegados de los partidos Conservador, Liberal, Independiente, VRSE, PSE y PC” (Quintero y Silva 2001, 458). Pronto aglutinó y canalizó el descontento de vastos sectores de ecuatorianos contra Arroyo, a través de núcleos en casi todas las provincias (Quintero y Silva 2001, 458). Pero ocurría lo que en toda coalición:²² los actores tenían razones distintas para plegar al objetivo común y mantenían sus propias agendas. Así, la fracción nacional-popular de la izquierda buscaba (por la vía errada) la revolución socialista, los comunistas perseguían la democracia, las derechas estaban por arrebatar el poder a los liberales, los organismos de trabajadores confiaban en su pacto con Velasco: les facilitaría la conformación de su Central Única, a cambio de apoyo; el Partido Liberal Independiente, de Arízaga, luchaba por la democracia y el desarrollo nacional.

La emergencia del frentepopulismo entonces “posibilitó amplias alianzas y fue un factor fundamental en ‘La Gloriosa’” (Páez 2001, 148). Pero más allá de que el Frente contribuyera a frenar el fascismo a nivel local, y de que se derrocara al autócrata Arroyo en 1944, parecería que el viraje al frentepopulismo abonó al fracaso de la propuesta nacional-popular. Ello no ocurrió solo en Ecuador: fue un resultado común a varios países de Latinoamérica. Desde este punto de vista, sumar a Rusia entre los Aliados fue la jugada maestra de EE.UU. para combatir al comunismo. El Príncipe no pudo, no supo ser líder en Ecuador, y queda claro que fue por debilidades internas. Pero, ¿se trataba solo de confusión ante los dictados de la Comintern?, ¿o se sumaban contradicciones ideológicas en ciertos dirigentes? Los militantes con perspectiva nacional-popular ¿cuánto pudieron incidir al interior de sus partidos, y en las dinámicas de éstos con los otros partidos de la izquierda?

En todo caso, la Revolución de 1945 –como toda coyuntura– fue un momento de condensación de los eventos que ocurrían en la estructura, tensionados por las fuerzas sociales (Poulantzas 1971, 113). Incidieron en

abierto a otro ramo de la industria (Quintero y Silva 2001), con redes políticas internacionales y promotor del panamericanismo: Plaza fue, en todo, un aliado fiel del nuevo hegemon.

22 No tienen “existencia permanente, [...] [ni] normas comunes que estable[zc]an los derechos y las obligaciones de los miembros en su relación mutua y en relación con esos intereses” (Boissevain 1974, 148).

lo inmediato el alza crítica del precio de los víveres, la represión y abusos del régimen, su manejo de la Guerra de 1941 y las secuelas de la firma del Protocolo de Río; en suma, la incapacidad de las clases dominantes para articular un proyecto hegemónico, en condiciones de ascenso de fuerzas sociales proletarias (la fracción de los indios incluida) y de otras fracciones de la burguesía.²³

El proceso rebasa entonces los hechos coyunturales del período febrero de 1941-mayo de 1944. El impulso mayor provenía del desarrollo de las fuerzas sociales, tanto las proletarias (en su diversidad y complejidad, en alianzas con sectores medios de izquierda), como de la burguesía. Por tanto, habría podido conducir (con un Príncipe fuerte y posicionado) a un ahondamiento de las contradicciones, acaso con posibilidades de una revolución socialista. En su defecto, se avanzó hacia la consolidación de la formación nacional como un Estado democrático y centralizado (de carácter liberal burgués dependiente), por sobre el Estado conservador (aún basado en la producción hacendaria), con modernización agroindustrial. Es que, si bien varios actores pertenecían a las élites que pugnan desde 1925, la coyuntura de 1944 era muy distinta: esta revolución fue posible por la participación de los actores populares, constituidos en gravitante fuerza social a lo largo de la década de 1930, con apoyo de la izquierda.

Pero Velasco Ibarra condujo la contrarrevolución entre 1944 y 1946 y la breve emergencia de las derechas, propiciada por éste en el período posrevolucionario, que duró hasta 1948. En ese año finalizó el proceso, que puede resumirse así: luego de la revolución fueron sacadas temporalmente de la escena política las fuerzas sociales populares;²⁴ entre 1944 y 1946 se neutralizó

23 Con el alza de las exportaciones hasta 1944, las ganancias del arroz se quedaron en la burguesía exportadora intermediaria. La industria azucarera fortaleció sus monopolios, nexos con la banca, y poder político: la familia Valdez "había secundado [desde los años 1910] las posiciones del ala placista del liberalismo, la más reaccionaria en términos políticos, y que en los años cuarenta estaba liderada por Arroyo del Río" (Vega 1987, 40).

24 Julio Teodoro Salem, dirigente liberal de ADE, cumplió con eliminar de la escena a los trabajadores al entregar directamente el poder a Velasco; lo apoyaron Pedro Saad y Colón Serrano, con su pedido al pueblo de devolver las armas (Ycaza 1991, 123). Con el golpe de Velasco (marzo de 1946), los terratenientes modernizadores se deshicieron de los intelectuales; pero no pudieron mantenerse, por el contrapeso de las fuerzas "modernizadoras", principalmente.

a los intelectuales de izquierda;²⁵ finalmente, en 1948 las fuerzas económicas en ascenso “arrebataron el poder a los tradicionalistas” (como dijo Marx, en *El XVIII Brumario*) (Marx1852, 31-37,46). Estas fuerzas, lideradas por Galo Plaza, abrieron el camino a otra fase de la historia socio-política del país: una más ajustada al rol en que el nuevo hegemón ubicaba por entonces a los países dependientes.

Las dos matrices culturales

La matriz de derechas

Sus actores centrales, entre 1925 y 1945, fueron Jacinto Jijón y Caamaño, Julio Tobar Donoso, Aurelio Espinosa Pólit, Isaac J. Barrera, Remigio Crespo Toral, Gonzalo Zaldumbide, Carlos Manuel Larrea y Carlos María de la Torre (futuro primer Cardenal que tuvo el Ecuador), Isaac J. Barrera, entre otros. El carácter de la matriz era católico-hispanófilo-conservador, aunque variaban los énfasis, según cada proyecto. Los más importantes fueron clerical de ultra-derechas (vinculado con la conformación de la Compactación Obrera Nacional), clerical con énfasis educativo (conducido por Espinosa Pólit, y cuyo mayor logro fue la creación de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, en 1946); en otros proyectos participaron clérigos y laicos, y se enfocaron en la Academia Nacional de Historia (Isaac J. Barrera) y en el Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica (creado en 1947). Las formaciones e instituciones constan en el Anexo 1. El centro de la matriz era Quito, aunque había una articulación histórica previa, con el sector más influyente de la intelectualidad cuencana, a través del arzobispo Manuel Ma. Pólit (Obispo de Cuenca en 1908-1917, amigo de juventud del p. Julio Matovelle, a fines del siglo XIX).²⁶

25 La dinámica entre las dirigencias de izquierdas y las sindicales entraba en otro momento, con la creación de la Central de Trabajadores Ecuatorianos y la Federación Ecuatoriana de Indios; además, muchos intelectuales ahora se ocupaban en tareas distintas del trabajo prerrevolucionario (estaban en la CCE, en la Asamblea; o eran funcionarios del gobierno, en el país o el exterior), lo que condujo a su desmovilización política.

26 Julio Matovelle fue director del *Liceo de la Juventud* (muy vigente en 1885-1895) y cofundador de la *Sociedad de Estudios Históricos y geográficos del Azuay* (1915). En 1884 estableció, con Manuel

En Cuenca el modelo católico-hispanófilo-conservador dominó en 1915-1940; perdió fuerza desde el segundo lustro de 1930, mas no desapareció. Lo auspiciaban la Iglesia Católica, la Fiesta de la Lira (1919) y el Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay (1915) –institución que aportaba con un miembro al Instituto Cultural Ecuatoriano–. La Fiesta de la Lira fue importante por el prestigio de su mantenedor, Remigio Crespo Toral (1860-1939). Fue él, además, quien “sistematizó ese conjunto de manifestaciones dispersas, inorgánicas [del modelo cultural y de nación, y las] organizó para su difusión” (Suárez 1985, 145). González Suárez desempeñó similar tarea sistematizadora en esta matriz.

La Fiesta era convocada por el Consistorio del Gay Saber (grupo de seis poetas, liderados por Crespo Toral). Su modelo de nación ecuatoriana incluía solo a terratenientes blancos de linaje español; la raíz hispánica del idioma no era solo una “matriz filológica, sino materialización de una manera de mirar y concebir el mundo” (Suárez 1985, 139). Uno de sus productos culturales centrales fue la poesía mariana escrita en formas clásicas. Inscribían su tradición cultural en la línea de los políticos e intelectuales del novecientos: José Joaquín de Olmedo, Vicente Rocafuerte, Fray Vicente Solano y Gabriel García Moreno (Suárez 1985, 143-151). Sobre la presencia de actores subalternos como integrantes de la nación, Crespo Toral confiesa: “Pero nosotros –descendientes de europeos, aunque no lo fuéramos por la sangre–, incorporados por la progenie intelectual a la civilización europea, vencidos a su idea religiosa, nutridos de su ambiente y su cultura, ¿sentiremos el tema aborígen, lograremos la reconstrucción arqueológica, animaremos las cenizas de las grandezas discutibles?”²⁷ En los años veinte la aristocracia de esta ciudad estrechó lazos con el escritor y diplomático Gonzalo Zaldumbide; éste fue invitado especial de la Fiesta en 1927 y 1929 y el Municipio de Cuenca lo nombró Ciudadano Ilustre en 1934. En retribución Zaldumbide prologó la biografía de Crespo Toral (escrita por el padre José Ma. Vargas).

Ma. Pólit, la *Sociedad y Círculo de Jóvenes Católicos*, cuyo órgano fue la revista religioso-literaria *La República del Sagrado Corazón de Jesús*; Pólit se desempeñó en ella como redactor y editor (Pérez Pimentel, “Aurelio...” s/f).

27 Crespo Toral publicó “La Nacionalización de la Literatura” (1924) (cit. en Suárez 1985, 151). Otros ensayos clave en que él reflexiona sobre la cultura ecuatoriana son “La Conciencia Nacional” y “Las Letras en el Ecuador”, recogidos en *Selección de Ensayos* (1936).

En cuanto al núcleo quiteño, el Arzobispo Manuel María Pólit ejerció gran influencia en la matriz. Admirador de Charles Maurras²⁸ y de la Acción Francesa (en lo que coincidía con Zaldumbide), fundó la Acción Católica y mentalizó la tristemente célebre Compactación Obrera Nacional.²⁹ Julio Tobar Donoso, muy cercano a los altos prelados, fue dirigente de la Compactación (Pérez Pimentel, “Julio...” s/f). A la muerte de Pólit (1932), Carlos María de la Torre le sucedió en el Arzobispado de Quito y como cabeza eclesial de las propuestas de la matriz. De la Torre también había dirigido Acción Católica durante su ejercicio en Guayaquil (Pérez Pimentel, “Carlos...” s/f).

Aurelio Espinosa Pólit entró al debate a fines de 1930. En su discurso prevalece el matiz eclesial-educativo sobre el político-partidista, sin mostrar filiación a Maurras. Con la extinción del Instituto Cultural Ecuatoriano, Espinosa Pólit recentró su militancia en políticas educativo-evangelizadoras, fundó la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE) en 1946, con Julio Tobar Donoso y Carlos Manuel Larrea, con lo que la Iglesia recuperó terreno en los ámbitos educativo y jurídico. La facción filo-fascista de las derechas halló dificultades para prosperar, sobre todo durante el gobierno de Arroyo; en cambio, la de la PUCE pervivió más allá de la muerte de Espinosa Pólit, en 1961.

Otra figura clave fue Jacinto Jijón y Caamaño —en quien se evidencian fuertes vínculos con el ideario de Crespo Toral,³⁰ amén de la ascendencia que él mismo reconocía a González Suárez—. Es uno de los políticos y pensadores del conservadurismo que más intensamente impregnó el ideario sobre la ecuatorianidad y que aportó con elementos clave a la construcción conservadora de sus mitos fundacionales (en particular, el de la raza vencida y el del señorío sobre el territorio) (Cfr. Silva 1990). Su *Examen crítico de la veracidad de la Historia del Reino de Quito del Padre Juan de Velasco*,

28 Maurras (1868-1952) creó, en 1898, el movimiento ultranacionalista de derechas Acción Francesa; éste se definía por su monarquismo, antisemitismo y fundamentalismo católico.

29 Después de la Revolución Juliana, instalado el pánico, “desde el púlpito el clero reaccionario, acicateando el fanatismo, clamaba que ‘a los pueblos herejes es preciso ametrallarlos’” (Quintero y Silva 2001, 413).

30 En particular, con “Cien Años de Emancipación (1809-1909)” y “La Nacionalización de la Literatura”.

de la compañía de Jesús (1918) y *La ecuatorianidad* (1943) apuntaban a la negación de un pasado indígena señorial y de la participación del indio en la producción de arte y pensamiento, así como en los procesos sociales y políticos del país (tesis que fueron ampliamente rebatidas por Pío Jaramillo Alvarado y por Benjamín Carrión). Algunas de estas ideas se sistematizan en *Política conservadora* (1929).

Respecto de la extracción social y la profesión de los actores de la matriz de derechas, tenemos que Jijón y Caamaño (paladín de la “modernización reaccionaria”) era terrateniente, industrial, historiador y arqueólogo; Julio Tobar Donoso, Gonzalo Zaldumbide y Carlos Manuel Larrea provenían de familias aristocráticas y fueron escritores y diplomáticos de enorme influencia;³¹ los jesuitas Manuel María Pólit y Aurelio Espinosa Pólit, aristócratas (Aurelio, además, terrateniente). Isaac J. Barrera es un caso singular en este grupo: de extracción popular, educado en escuela pública y becado por dos años en el Colegio San Gabriel, devino en brillante crítico, historiador y periodista.

En cuanto al perfil religioso, la matriz cultural de derechas fue decididamente católica (no solo cristiana).³² Por esta razón, todo proyecto de impacto cultural, político o social debía no reñirse con la doctrina social de la Iglesia. Así, Carlos Manuel Larrea resumió los móviles del obrerismo católico, desde los orígenes del Centro Católico de Obreros (CCO): “Ahí tenéis el gran peligro de las modernas sociedades. El obrero sin pan y sin religión; fruto y a la vez causa del anarquismo y del socialismo, que pretende destruir todo orden, borrar toda diferencia económica y social, hacer que desaparezca toda autoridad” (Carlos Manuel Larrea 1908, 4). De su parte, Julio Tobar Donoso reunió en *Figuras del catolicismo social* (1916) y en *Catolicismo social* (1936) dos

31 Larrea (1887-1984) fue miembro de importantes redes científicas internacionales, y presidente de El Ateneo, de Quito (1920), del Instituto de Cultura Hispánica; director de la Academia Nacional de Historia. Por influencia de Manuel María Pólit, fue miembro de la Junta Consultiva del Ministerio de Relaciones Exteriores, en 1928. Desde la Cancillería facilitó la firma del *Modus Vivendi* entre Ecuador y el Vaticano, en 1937 (por esos años, Carlos Ma. de la Torre era arzobispo de Quito; y Julio Tobar Donoso, su asesor).

32 La militancia católico-antiprottestante de Aurelio Espinosa Pólit fue ardorosa desde los años cincuenta (ante la presencia del Instituto Lingüístico de Verano y otras políticas de penetración ideológica de EE.UU.): “la invasión protestante es un mal, y no un mal cualquiera sino una verdadera traición a la tradición de la Patria” (Espinosa 1952, 292).

conjuntos de artículos escritos desde 1911, y publicados en *Acción Popular*. Explica ahí los fundamentos de la acción social de la iglesia, da detalles sobre la sindicalización, los deberes de las clases propietarias, y aborda el tema del indio y las propiedades rurales, desde la perspectiva de la “modernización reaccionaria”. Luego publicó *Cooperativas y mutualidades* (1942) y *La iglesia, modeladora de la nacionalidad* (1953).

En la misma línea se orientaban los proyectos científicos. Mientras el debate sociológico se abría en ámbitos académicos, Tobar Donoso y Jijón y Caamaño buscaban, desde otro podio, “contribuir a la formación de una ‘verdadera ciencia hispano-americana’. Esta ciencia se consideraba opuesta al modernismo y retomaba el discurso de Pío IX, según el cual la Iglesia habría contribuido a la formación de la disciplina social de Occidente desde su misma incursión en las colonias españolas” (Coronel 2006, 64). No era un asunto solo teórico: ya se mencionó la labor cumplida por Tobar Donoso, Larrea y Jijón y Caamaño a través del CCO y de la Escuela Don Bosco. Era, pues, asunto de praxis política.

Sobre el rasgo conservador de la matriz, es evidente que ella propendía a mantener las relaciones jerárquicas en todos los ámbitos de la sociedad y la propiedad de los bienes de las élites. El obispo de la Torre (1923, 11-12), luego de la masacre de noviembre de 1922, no se refirió a las víctimas; en su defecto, desplegó una proclama de 46 páginas, donde se declaró sumido en angustia, “consternación y espanto” porque el socialismo ya había llegado al país. Esto era tanto más grave porque el socialismo “desconoce y audazmente pisotea el derecho de la propiedad [...], que ha sancionado el mismo Dios, porque echa sus raíces en lo más hondo e íntimo de la naturaleza racional”. Con argumentos y expresiones más matizados, los intelectuales orgánicos de las élites de derechas esgrimían estas razones.

Otra manifestación del conservadurismo de la matriz es su concepción patriarcal de la sociedad. Se aprecia en el proyecto moral-educativo de Jijón y Caamaño, Larrea y Tobar Donoso, en sus instituciones de base (el CCO y el Colegio Don Bosco). En el proyecto educativo de Tobar Donoso y Espinosa Pólit, la Universidad Católica fue la institución central. En torno a ella nacieron otras instituciones y formaciones, para cumplir funciones específicas en esa “magna empresa de la regeneración cristiana

de la Educación Superior en nuestra Patria” (Espinosa 1949d, 56). Una de ellas fue el Instituto Femenino de Cultura Superior Familiar y Social, fundado en 1949 como agregado a la PUCE, cuyo objetivo declarado era “formar madres cristianas”; para ello, ofrecía una “educación práctica hacia la vida del hogar, hacia el ideal del perfecto hogar cristiano” a las jóvenes que habían concluido su educación secundaria (Espinosa 1949b, 57-58).

El conservadurismo se manifestaba también en el ámbito de lo simbólico: en la plástica y las letras, más allá de las representaciones del catolicismo. La Escuela de Bellas Artes nació ligada a aspiraciones cosmopolitas de las élites quiteñas; Mideros y Egas –galardonados varias veces en el Salón Mariano Aguilera– fueron sus pintores favoritos, en elección inamovible, desde la década de 1920. Los intelectuales de las élites conservadoras hablaban desde la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, fundada por Federico González Suárez, en 1909 y convertida en la Academia de Historia, en 1920 (Vargas 1965, 554-555). Su órgano de difusión fue el *Boletín de la Sociedad de Estudios Históricos Americanos*, luego llamado *Boletín de la Academia Nacional de Historia*. En Cuenca, en 1915 se fundó “el Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca, con su *Revista* por órgano de publicidad. La fundaron Julio Matovelle, Remigio Crespo Toral, Honorato Vázquez, Ezequiel Márquez y Francisco Tálbot” (Vargas 1965, 553-555). De modo que sombras tutelares decimonónicas se extendieron sobre los cenáculos culturales y literarios más influyentes en 1915-1930: González Suárez en Quito, Matovelle y Crespo Toral en Cuenca.

Otros bastiones del debate cultural, en el espacio de la prensa, fueron la *Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria*, *El Telégrafo Literario*, la revista *Letras*, el suplemento literario de *El Comercio*, *América Modernista*. En todos esos foros participó Isaac J. Barrera, y en ellos construyó su prestigio como uno de los más importantes críticos literarios de la primera mitad del siglo XX. Entre 1930 y 1950 (y a diferencia de Zaldumbide y de Espinosa Pólit), él sí se pronunció directamente en contra de la producción del Grupo de Guayaquil. Obnubilada su lucidez en este punto, argumentos débiles acompañaron a sus temores respecto de la imagen del país que pudiera dejar la novela *Huasipungo* (1934) en el extranjero; comenta que “acaso la exageración era necesaria para levantar la protesta, pero la situa-

ción real del país se ha deformado grandemente en perjuicio del Estado cultural de las clases sociales que forman parte del pensamiento cultivado de esta República” (Barrera 1955, 139).

Para concluir, indicaremos que señeros militantes del Partido Conservador pertenecían a las redes hispanistas; sus nodos se conectaban, a su vez, con voceros de la iglesia. Pruebas al canto: el obispo De la Torre (1923, 33) ensalzaba el que los estatutos del CCO hubieran sido reconocidos y aprobados por la Iglesia; asimismo, el clero revisó el ideario y estatutos preliminares (preparados por Tobar Donoso) del reformado Partido Conservador, antes de su aprobación, y todo eso ocurría a pesar de que Jijón y Caamaño defendía la diferenciación de jurisdicciones de la Iglesia y el Partido (Cfr. Jijón 1981, 37). El hispanismo fue un tema transversal que ocupó editoriales de diarios, artículos de órganos culturales, libros y discursos desde instituciones públicas; decayó hacia la mitad del siglo, pero se perciben sus huellas hasta hoy.

No dejan de llamar la atención la capacidad de reacción y de pervivencia de los idearios emanados de la matriz de derechas, y que no solo se explican por el capital social y el poder económico de los actores y sus densas redes (ver Anexo 1). La clave puede radicar en el rol socio-político de lo simbólico, en este caso, de la ideología religiosa sumada a los aportes a los mitos fundacionales de la ecuatorianidad, que se reconstituyeron luego de la Guerra de 1941.

La matriz cultural de izquierdas

Reunió varias propuestas que incorporaban lo popular, aunque entendiéndolo desde diversas perspectivas: la más combativa y significativa de la década de 1930 fue el ala nacional-popular (la llamamos así por su cercanía al concepto gramsciano de nacional-popular, aunque ellos no se autodenominaran así), liderada por Joaquín Gallegos Lara. Una segunda ala se enfocaba en lo folklórico, estaba conducida por Rodrigo Chávez González, y procuraba recuperar el folklore montuvio. Una tercera ala se centró en aspectos costumbristas urbano-rurales, y era la base de la formación

guayaquileña Alere Flammam. Un grupo de cercanos al Grupo de Guayaquil se escindió de Alere Flammam en 1936-1937, y plegaron a idearios democrático-populares. Finalmente, tenemos un ala que buscaba conjugar lo popular y lo mestizo, con Benjamín Carrión a la cabeza; su propuesta empezó a perfilarse a fines de los años treinta, se posicionó en 1941-1944 y se volvió política pública estatal en agosto de 1944.

A diferencia de los de la matriz de derechas, que operaban desde instituciones macro mejor posicionadas, unidas entre sí por vínculos más densos, y con mayores recursos económicos (Iglesia, prensa y editoriales católicas, diario *El Comercio*, Teatro Sucre), los de la matriz de izquierdas disputaban desde cargos en la burocracia estatal (desde donde generaron reformas al aparato jurídico) y desde un diario de la prensa guayaquileña de grandes rotativos (*El Telégrafo*) y de la prensa chica. Disputaban en lo simbólico con su producción literaria (ensayo y narrativa) y obra plástica, multiplicaban sus conferencias en diferentes foros, en particular, los populares (“Cuadros montuvios”; conferencias y exposiciones en sindicatos, en Alere Flammam). Participaban en grupos con menor organicidad, pero con mucho contacto –de diverso orden– con las bases y con su militancia o apoyo a los partidos de izquierda (ver en Anexo 1 las formaciones e instituciones clave de la matriz).

La cara más visible de la matriz tuvo militancia en los partidos comunista y socialista.³³ Apoyaron el proceso otros intelectuales no militantes (Aguilera Malta, Pareja Diezcanseco, varios artistas plásticos). Muchos residían en la ciudad de Guayaquil, pero otro porcentaje importante vivía en Quito (estos últimos, usualmente pertenecían al PSE). Varios intelectuales habían emigrado hacia estas dos ciudades, desde Riobamba (Ángel Modesto Paredes y Ricardo Paredes), Loja (Benjamín Carrión, Pablo Palacio), Azogues (Nela Martínez) y Cuenca (Alfonso Cuesta y Cuesta). Otra red importante fue la de lojanos que residían en su provincia natal. Rojas caracteriza a este núcleo lojano (1949, 213-214). Refiere que Carlos M.

33 Pertenecían al Partido Socialista: A. F. Rojas, Pablo Palacio, Ángel Modesto Paredes, Jorge Carretera Andrade, Juan Isaac Lovato, Rodrigo Chávez, Manuel A. Aguirre; Benjamín Carrión militó brevemente en el socialismo, en 1932. Pertenecieron al Partido Comunista: Joaquín Gallegos Lara, Nela Martínez, el crítico alicantino Francisco Ferrándiz Albors, Enrique Gil Gilbert, Alba Calderón, Ricardo Paredes, entre otros.

Espinosa y Eduardo Mora Moreno se aproximaron al indigenismo desde 1926. Fueron gestores y promotores culturales desde su foro en las revistas que dirigieron, y como docentes del Colegio Bernardo Valdivieso. Otros maestros fueron Jorge Hugo Rengel, Clodoveo Jaramillo A. y Pío Jaramillo A. (liberal, pero muy próximo a Benjamín Carrión y a los socialistas). Las revistas lojanas *Hontanar* y *Bloque* constituyeron escenarios de importantes debates cultural-políticos en los años treinta (Valencia 2007). En Cuenca, una propuesta indigenista temprana (aunque de corta duración y poco estructurada) fue conducida por Manuel Muñoz Cueva, Alfonso Cuesta y Cuesta, César Andrade y Cordero y G. H. Mata.

Los actores individuales participaban en una o más de las instituciones de la matriz; la combinación más frecuente era la militancia en uno de los partidos de izquierda, participación en debates en la prensa y activismo en una institución cultural y desde sus salones y revistas. Sus medios de vida eran el ejercicio del pequeño comercio (Aguilera Malta, Pareja Diezcanezo), una profesión liberal (la abogacía, el periodismo), un cargo burocrático (docentes en colegios o universidades, empleados en diversos oficios), las artes plásticas y la diplomacia (Benjamín Carrión, Jorge Carrera Andrade). Eran pues, en su mayoría, asalariados urbanos y pequeña burguesía; en cambio, fueron de extracción popular: Rojas, Palacio, Guayasamín³⁴ (Quintero y Silva 2001, 419; Silva 1981, 249-250; Pérez Pimentel s/f). Esa suerte de doble filiación posible (por la ideología tradicional familiar y la que se abraza como decisión propia) esclarece algunos virajes desde una matriz cultural a su opuesta, sobre todo en el contexto de la Guerra Fría (caso de Alejandro Carrión); ayuda a entender ciertas praxis híbridas desde la perspectiva de la militancia (de las

34 Silva (1981, 249-250) afirma que la familia de De la Cuadra contaba con haciendas en la provincia de Los Ríos, y había venido a menos; que aún “poseía, para la época que nos interesa, rentas y tierras en Samborondón y era propietario de algunas casas en Guayaquil. Una de ellas la cedió al Partido Comunista para sus reuniones”. Igualmente, que la familia de Gil Gilbert era “poseedora de tierras, casas, terrenos”. Respecto de Pareja, anota que la suya era “una familia aristocrática venida a menos”. De su parte, Rodolfo Pérez sostiene que Carrión y Gil Gilbert venían de familias aristocráticas terratenientes venidas a menos; Ángel Modesto Paredes y Nela Martínez fueron hijos de terratenientes medianos; De la Cuadra y Pareja, de familias aristocráticas, venidas a menos; Gallegos Lara, de una familia de sectores medios; Guayasamín, Rojas y Palacio, de extracción popular; los dos últimos eran hijos fuera de matrimonio, y sus madres trabajaban como maestra rural y costurera, respectivamente (Cfr. Pérez Pimentel s/f).

que tuvo conciencia, desde los tempranos años treinta, el crítico Gallegos Lara) o explica el carácter ideológicamente contradictorio de algunos puntos del proyecto Benjamín Carrión/ Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Hubo un trabajo de los militantes como conjunto, más allá de las diferencias estratégicas entre partidos (Coronel 2011, 2012) y entre facciones al interior de éstos. Insistía Gallegos Lara, en el IV Salón de Arte de Alere Flammam de 1933, en que la protesta social no se reducía a lo económico,³⁵ y que lo cultural tampoco era exclusivo de un círculo social:

La afirmación del espíritu continental no es sólo un torneo de cultura académica: es la marea humana elemental, es la hegemonía de las masas populares. [...] La corriente ha escapado de las academias [...] saliendo a la calle, al campo, al mar, a gritar rotundamente su hambre de pan y libertad, sí, pero también su hambre de cultura, su hambre de creación (Gallegos Lara 1934, 189).

Este enunciado es una definición nacional-popular, aunque no la llamaran así. En este mismo año, Pareja Diezcanseco (1933) se manifestó en contra del individualismo extremista y el subjetivismo de los artistas de vanguardias,³⁶ haciéndose eco de un criterio similar de Gallegos Lara (éste se había pronunciado en lo que en realidad fue una glosa al crítico Luis Alberto Sánchez, pero que fue vertida en su comentario a *Vida del ahorcado*, de Pablo Palacio). También en ese año, De la Cuadra (1933b) aportó argumentos al debate, con dos textos críticos; en uno, realizó un deslinde teórico respecto de qué era el realismo (más que feísmo, es verismo, postuló); en el otro dio sustento a la noción de arte como “un fenómeno social de orientación clasista y por consiguiente orden económico” (De la Cuadra 1933a, 203). Resaltó los vínculos entre procesos artísticos e históricos y las

35 Un ejemplo de la participación de las bases en debates sobre problemas relativos a la tierra (abordados en 1930-1950) (Clark 1998) es el análisis “El problema agrario en el litoral ecuatoriano”; (*El Montuvio*, III época 4 (12 de febrero de 1938, 3-4); 7 (5 de marzo de 1938, 3-4) su autor, Neptalí Pacheco, era dirigente comunista de Milagro.

36 Ciertamente, son criterios de sus años tempranos, de radicalidad política. Décadas más tarde, defendió la libertad e individualidad del artista, en “El reino de la libertad de Pablo Palacio” (1977). En 1960, adhirió a la candidatura presidencial de Galo Plaza, y no al binomio de izquierdas Antonio Parra-Benjamín Carrión (Carrión 2003a, 542).

dificultades de aprehensión de los primeros al margen de una comprensión de los segundos: “mientras no se escriba la historia social del Ecuador, no será transitable el mejor camino para conocer en su verdad plena el arte ecuatoriano, en la integridad de su realización” (De la Cuadra 1933a). En conjunto postulaban, pues, los fundamentos teóricos del debate con la matriz de derechas.

En Gallegos Lara, Nela Martínez, De la Cuadra y otros líderes clave –no en todos, es verdad– hubo comprensión del rol de los intelectuales en la construcción de lo que sin ellos conocerlo había sido denominado por Gramsci como “voluntad colectiva nacional-popular” (Gramsci 1949), con base en el trabajo conjunto, dialógico y de apoyo a las bases, fueran militantes o no. En el llamado Grupo de Guayaquil trabajaron con respeto a las decisiones políticas del otro, aun en los casos de disenso. Dice Gallegos Lara (s/f, 95) sobre Aguilera Malta: “Pudiera haber ingresado como otro al partido comunista. No le falta capacidad de sacrificio. Pero es demasiado sensual para apasionarse por una teoría, por realista que ella sea. No tiene el radicalismo seco y ardiente que se necesita para ser un revolucionario profesional, un comunista. Es ante todo, artista”. Es la misma actitud que postula De la Cuadra³⁷ cuando sugiere a la izquierda obrar respetando los rasgos culturales del montuvio, en una de sus obras de mayor impacto en los debates: *El montuvio ecuatoriano*.³⁸

Así, fue activo y valioso el apoyo de intelectuales no-militantes pero comprometidos con el proceso de las izquierdas. Aguilera Malta y Pareja

37 “Humberto Robles (1976, 15) dice que de la Cuadra tuvo militancia socialista, aunque no cita la fuente. Según Pedro Jorge Vera (en entrevista) no militó en ningún partido ‘aunque era un hombre de izquierda’ (abril 1980)” (Quintero y Silva 2001, 478, nota 38). Rodolfo Pérez no refiere que tuviera militancia alguna. “Sobre Aguilera Malta, Pareja Diezcanseco sostiene (en entrevista) que no militó en ningún partido, mientras Alba Calderón y Pedro J. Vera sostienen que fue socialista” (Quintero y Silva 2001, 478, nota 39).

38 “Pretendemos entrar al fondo bravío de su espíritu por rutas equivocadas, y es lógico que fracasemos; pues, juzgamos acertado procurar que entienda antes que sienta, y él no se determina primero por la inteligencia. Es cuando un anhelo se le ha convertido en entraña de sentimiento que llega hasta sacrificarse por ese anhelo. [...] No se lo atraerá jamás a la revolución social si no se le garantiza el dominio exclusivo de la parcela que labra y cultiva, de los frutos que hace producir. [...] Al comienzo habrá que tomarlo como se ofrece: y así [...] lo tendremos, valiente y tenaz, en nuestras filas, y hará mucho, mucho más que de lo que nos imaginamos” (De la Cuadra 1937, 61-62).

Diezcanseco aportaron con su obra y participaron en los debates (Pareja y Nicolás Kingman fueron parlamentarios por los socialistas en 1938 y 1945, respectivamente); Oswaldo Guayasamín, Galo Galecio y Eduardo Kingman con su obra plástica. Al respecto, los investigadores Álvarez e Hidalgo resaltan la influencia de los planteamientos filosófico-sociales de Gallegos Lara, De la Cuadra, Pareja Diezcanseco y Gil Gilbert sobre las poéticas de sus amigos artistas plásticos:

Ignorar el individualismo y renovación de contenidos son los tópicos de relieve. [...] [*C*]ontenido y *forma* sirven para caracterizar el arte legítimo y para dictar sentencia en contra de lo que se cataloga como ‘arte falso y decadente’. Así, se reproducen las polaridades que articulan las políticas de clase en el arte del periodo: colectividad sobre individualidad, nativismo sobre cosmopolitismo, intereses del pueblo sobre intereses de la elite, y realismo social sobre arte burgués (Álvarez e Hidalgo 2007, 56).

En lo político, la orientación de las tareas de militantes junto a sectores subalternos variaba según el partido en cuestión impulsaban logros en legislación e institucionalidad estatal y daban auspicio a los pleitos (el Partido Socialista) o bien apoyaban la agitación política y el trabajo en la prensa popular³⁹ (el Partido Comunista). Como ocurrió en Chile en los años veinte, en Centroamérica en los cuarenta y en Bolivia en los cincuenta el trabajo de corte nacional-popular no fue una implantación mecánica de esquemas político-ideológicos llegados de Europa o del Perú, sino producto de la reflexión y de varios complejos procesos que construyeron una realización particular en cada uno de los países mencionados. Latinoamérica conoció a Gramsci en los años cincuenta (Massardo 1999, 4-7); pero los del treinta sí leyeron y discutieron a Mariátegui,⁴⁰ claro referente para

39 Joaquín Gallegos Lara y Nela Martínez son pioneros en los procesos de articulación interclasista conducidos desde la militancia política y con apoyo de la prensa popular: antes de que la política pública de alfabetización iniciara en los años cuarenta ellos crearon comunidades de lectura en voz alta en las organizaciones de trabajadores (Coronel 2012, 448).

40 “Según entrevistas con Pedro Jorge Vera, Alba Calderón y Nela Martínez, la influencia de Mariátegui en la intelectualidad de esa época fue muy grande” (Quintero y Silva 2001, 476, nota 26) Las cartas de 1930-1935 (*Vienen...*, 2011) entre Nela Martínez y Gallegos Lara incluyen comentarios sobre Mariátegui y sus textos; refieren la circulación “de mano en mano” de ejemplares de *Amauta*.

Gallegos Lara (Guerra 1995, 175), Nela Martínez y otros; el peruano llegó con *Amauta*, revista “que traía a Guayaquil Pedro Bellolio Pilart.” (Pérez Pimentel, “Joaquín Gallegos Lara” s/f).

Acaso esta concepción del trabajo cultural-político (más allá de las diferencias y gestos de intolerancia, que también se dieron) incidió en el posicionamiento de la matriz de izquierdas. Por otro lado, Gallegos Lara, desde su praxis como intelectual orgánico, tuvo un verdadero proyecto, no solo de uso popular de la prensa sino “de transformación de la esfera pública” (Coronel 2012, 442). Fue un incansable promotor de la reflexión, discusión y en la medida de lo posible escritura en los medios populares (en los cuales él participaba con artículos de corte político y cultural; lo hizo en *Lucha Popular* y *El Montuvio*, III época). Insistió en el formato alternativo de las publicaciones; más que trabajar libros personales prefirió escribir artículos en la prensa de grandes rotativos y en la prensa chica partidista, incluso en hojas volantes. Esta dispersión, en apariencia paradójica, resulta una contribución al campo literario y a la construcción de lo nacional-popular: “su cambio no es estilístico, ni se restringe a proponer nuevas formas de representación; la experimentación con nuevos formatos y circuitos transforma el lugar desde donde se produce el lenguaje moderno del arte, la crítica y la política” (Coronel 2012, 435). En su mirada, el indio, el cholo, el montuvio, el habitante rural y el urbano-marginal no eran objetos literarios sino actores que se expresaban, proponían, discutían (Coronel 2012, 435); ocurría lo mismo en la literatura de Enrique Gil Gilbert, Demetrio Aguilera Malta, Ángel F. Rojas, Pablo Palacio, Adalberto Ortiz, Humberto Salvador, Jorge Icaza y muchos otros.

De la Cuadra hace pensar en Gramsci, cuando éste postulaba que los intelectuales debían desarrollar con el pueblo una adhesión orgánica que les permitiera conocer “sus necesidades y aspiraciones, sus sentimientos difusos”, comprenderlos, y al mismo tiempo ser críticos con ellos⁴¹ y consigo

En Loja, Haya de la Torre fue leído en *Claridad*, y se conoció “de primera fuente los textos de Mariátegui publicados, a inicios de la segunda década del siglo XX, en la revista *La Razón* y luego en *Amauta*; reflexiones todas ellas aprehendidas por el Centro Socialista La Vanguardia, de Loja, y difundidas en el PSE” (Rodas 2006, 26).

41 Obsérvese la similitud con esta reflexión de Gallegos Lara (1934, 190): “En realidad las clases trabajadoras forman la mayoría de la población. En realidad son ellas las que elaboran el *subs-*

mismos (Gramsci 1976, 976). De la Cuadra nutría su obra con frecuentes viajes, “por los mil ríos costeños, a sus queridos pueblos [...] para recoger historias, conocer hombres de leyenda y hembras hermosa y bravías, y mezclarse, hasta la saturación, en ese olor y sabor purificados, pero ácidos, de la tierra campesina” (Pareja 1958, 163). Fruto de esa inmersión, de su sentir-conocer lo montuvio y de un trabajo arduo con la palabra es su obra: “sin el rebuscamiento de quien tiene en sus manos algo ajeno, y que le da las vueltas, hasta encontrarle excelencias o defectos. Con la sencillez de quien maneja lo suyo: del montuvio que habla en montuvio, [...] conviviendo con sus personajes, con obvia y sencilla naturalidad” (Carrión 1951, 159).

Ángel Modesto Paredes aportó desde su militancia y su vasta producción académica.⁴² Los foros de Ángel F. Rojas fueron el partido, la academia, la prensa y su obra narrativa y crítica (en particular *La novela ecuatoriana*). Incidieron, asimismo, los debates sostenidos por Ángel Modesto Paredes, Benjamín Carrión, Ricardo Paredes, Pablo Palacio y Jorge Hugo Rengel desde publicaciones académicas y literarias o desde otros escenarios como el Congreso. El socialista Rodrigo Chávez González, alineado con Manuel A. Aguirre y Juan Isaac Lobato en los años cuarenta y cincuenta, fue un incansable trabajador y gestor cultural. Su objeto de estudio fue también el montuvio, cuyas manifestaciones de folklore estudió a lo largo de varios años; disputas por la perspectiva del análisis apartaron a Chávez del Grupo de Guayaquil (su enfoque folklorizante se enfrentaba al nacional-popular).

De su parte, Benjamín Carrión contribuyó notoriamente con su obra crítica y como gestor cultural y ensayista literario (papel afianzado por la difusión de sus criterios en redes internacionales). Él realizó la promoción inicial de Pablo Palacio (1928) y del Grupo de Guayaquil (1931). Hizo el trabajo de *lobby* para que dos de su red de íntimos integraran el jurado del Salón Mariano Aguilera en 1936; dicho jurado aceptó las obras de

tratum ideológico verdaderamente nacional; sus modalidades de pueblo pueden estar influidas y deformadas según cuadre a los intereses de sus explotadores [...], pero son suyas, llevan su aliento, y este aliento se desencadenará”.

42 En ella destacan: *Sociología general aplicada a las condiciones de América* (1924), *La conciencia social* (1927), *Los nuevos signos de la cultura en el mundo de la post-guerra. Destino de Indoamérica* (1943), *Problemas Etnológicos Indoamericanos* (1947) y *Sociología Americana* (1953).

Eduardo Kingman, rechazadas por el salón anterior, y lo designó ganador absoluto. Benjamín Carrión desacreditó la poesía mariana en una antología internacional y en la prensa local en 1937. Entre 1941-1943 afinó su proyecto de cultura nacional, que tenía como centro el concepto de la nación mestiza; fue acompañado (en debates y discursos) por su red de íntimos y por otros intelectuales como Pío Jaramillo, Alfredo Pareja (Cfr. 1960), Jorge Icaza, entre otros. En ensayo se posicionó como una estrella literaria internacional (con Zaldumbide y César E. Arroyo) e hizo algo más: ubicó a la literatura del país en un contexto y un canon internacionales (jugada decisiva a favor de la matriz), al tiempo que él desplazaba a Zaldumbide como el crítico literario ecuatoriano por antonomasia.

La disciplina de la crítica literaria fue escenario de muy acaloradas disputas. En los años treinta Gallegos Lara y Benjamín Carrión sellaron la suerte de la poesía mariana, especialidad de la matriz de las derechas, con “Fisonomía de 6 poetas ecuatorianos del momento” (1934) e *Índice de la poesía ecuatoriana contemporánea* (1937), respectivamente. En narrativa, mientras Aurelio Espinosa Pólit (1938) e Isaac J. Barrera (1944-1955) denostaban el realismo social⁴³ y Zaldumbide buscaba negarlo (ignorándolo), les devolvían los golpes Gallegos Lara, De la Cuadra, Ferrándiz y Carrión de manera contundente. En los años cuarenta se dieron debates decisivos cuando varios proyectos editoriales se propusieron fijar un canon literario en el país; algunos de ellos fueron clave en las disputas entre las matrices: *Clásicos Ecuatorianos* (iniciada en 1943, durante el gobierno de Arroyo del Río); *Historia de la Literatura del Ecuador* (1944-1955), proyecto personal de Isaac J. Barrera (los cuatro tomos dan cuenta del tesón y la disciplina del autor, amén de sus juicios acertados, excepto cuando se trataba del realismo social); las selecciones canónicas solicitadas por editoriales inter-

43 En la conferencia “Importancia de la literatura en la Educación Secundaria”, Espinosa Pólit sostuvo: “Nadie que siga con interés el movimiento de las letras ecuatorianas podrá dejar de sentir este descenso en el nivel de la prosa lo mismo que en el verso. El mal es muy hondo. Hay que volver a tratarlo cuantas veces la oportunidad toque a las puertas de la estética y de la cultura ecuatorianas” (*El Comercio*, 11-01-42, 4). Había entrado ya al combate a la matriz de izquierdas. Antes, en “Literatura ecuatoriana” (1938), había planteado la necesidad de fijar un canon, “un fondo único que sea en bien de todos, [...] [para] engrandecimiento colectivo de la literatura nacional” (Espinosa 1938, 168). En 1938, aún no criticaba directamente a los narradores del treinta.

nacionales: Índice... (1937) de Benjamín Carrión, para Editorial Ercilla; *La novela ecuatoriana* (1949) de Rojas, para Fondo de Cultura Económica; *Biblioteca Ecuatoriana Mínima* (1956) coordinada por Espinosa Pólit, para Editorial Cajica; la sección Ecuador (períodos 1834-1930 y 1930-1960) del *Diccionario de la Literatura Latinoamericana* (1960), por Isaac J. Barreira y Alejandro Carrión. Indefectiblemente, la selección de textos y autores llevó la marca ideológica de los compiladores (los debates por cánones artísticos siempre han sido disputas ideológicas). Por lo demás, estaba a la orden del día el designar y antologar textos canónicos, en Latinoamérica y el mundo: regían las políticas culturales de la Guerra Fría (Mudrovic, 1997) y se trataba de escribir nuevas historias culturales y de resignificar la Historia (con mayúsculas) reciente de los países.

Son interesantes las diferencias tácticas entre las matrices, las derechas trabajaron más desde la institucionalidad (de la Iglesia, el obrerismo católico, la escuela, cenáculos de “alta cultura”), sin arriesgar mucho, manteniendo su mirada jerarquizante en los espacios de encuentro interclasista; en contraste, las izquierdas trabajaron sobre la institucionalidad estatal y con las bases. Fueron incansables en el esfuerzo de articulación de los partidos con las organizaciones populares, y con la prensa popular (en la construcción de espacios de diálogo interclasista e interétnico). Destaca el combate en el ámbito simbólico (literatura, plástica), que fue donde se definió el desplazamiento de la matriz de derechas. Asimismo, impulsaron nuevos mecanismos de consagración artística⁴⁴ (con ayuda de críticos del país y extranjeros). Otra novedad táctica fue el estilo de las jugadas de Benjamín Carrión; en sus embates recuerda a la *guerra de guerrillas*: ataca uno por vez a varios núcleos de la matriz contraria y se repliega de inmediato para embestir luego a otro objetivo.

Para concluir, en este capítulo hemos revisado dos contextos históricos diferenciados. El primero corresponde al período 1925-1940 y se caracteriza por el ascenso y disputa entre dos fuerzas sociales pre-emergentes: las de la modernización reaccionaria y las de trabajadores urbanos y campesinos (indios y no indios). Hemos revisado las luchas de estos sectores

⁴⁴ *El montuvio...* perseguiría dos objetivos: político y literario (ganancia de prestigio) (Robles 1996, VII).

subalternos y su articulación con los partidos socialista y comunista (que fueron motores de la configuración de la matriz cultural de las izquierdas). De modo similar, el ascenso de las fracciones modernizadoras contribuyó al desarrollo de la matriz de derechas entre 1925 y 1940. El segundo período que se revisó fue el que va de 1941 a 1944; en él la Guerra de 1941 y la firma del Protocolo de Río de Janeiro ocasionaron importantes efectos en varios ámbitos de la sociedad. Nos interesa en particular cómo incidieron en los debates sobre el concepto de nación y sobre las políticas culturales del país; ambos son temas que analizaremos en los capítulos siguientes. Finalmente, en este capítulo II hemos revisado, en relación a los contextos, las características de las matrices culturales que emergieron al calor de los procesos político-sociales; nos enfocamos en sus actores, instituciones y formaciones, así como en los proyectos y productos culturales más significativos, que las matrices de derechas e izquierdas pusieron en juego (ver Anexo 1).

Capítulo III

Debates sobre nación en el espacio público cultural (1941-1944)

Habíamos sostenido en el capítulo II que la Guerra de 1941 y el Protocolo de Río generaron consecuencias en diversos ámbitos sociales. En este capítulo estudiaremos los efectos sobre el concepto de nación. Las preguntas sobre lo ecuatoriano impulsaron debates en varias arenas del espacio público cultural (entendido como escenario diverso, institucionalizado, que sintetiza y filtra los flujos de comunicación, de modo que se condensan como opiniones públicas) (Cfr. Habermas 1998, 440; Fraser 1999, 2), charlas en instituciones culturales y partidos políticos, prensa, volantes, revistas, textos literarios, ensayos, etc. son arenas de debates en ese espacio. Esos textos además permitieron ver cómo ideologías e imaginarios hegemónicos consiguieron adherencias en diferentes clases y estratos sociales. Así, los elementos románticos y liberal-burgueses en los que se fundamentan conceptos como nación y patria mostraron su hegemonía y actualidad, aun en militantes marxistas.

Pero si los debates sobre la nación se actualizaron, en el período que va entre 1941 y 1944 se produjo un cambio en su orientación. Recordemos que en el período previo (1925-1940) las discusiones se centraron en si debía incluirse a actores populares (montuvio, indio) en la nación. En 1941-1945 hubo un giro reaccionario en este concepto (y, por ende, en los atributos que definían la cultura nacional). Los debates sobre qué se entendía por nación y por cultura ecuatoriana se acompañaron con cierta frecuencia de verdaderas políticas culturales (con objetivos trazados

y alianzas estratégicas; que generaron productos culturales y condujeron *performances*);¹ esas políticas diferían según el concepto de nación que postularan. En este capítulo revisaremos las propuestas de la nación de las matrices; sobre esa base, podremos analizar luego el sentido de las principales políticas entre 1941 y 1945.

Hispanismo en la nacionalidad

Luego de la firma del Protocolo de Río las derechas buscaron curar las laceraciones ideológicas y de los imaginarios con una reafirmación de lo hispánico y lo territorial en el concepto de nación. El dominio sobre el territorio había sido uno de los dos mitos fundacionales de la ecuatorianidad (el otro fue el de la raza vencida) en la versión construida por las derechas. Lo recoge Érika Silva (1990, 12): el mito del señorío sobre el suelo plantea que “la hazaña de la conquista [sería] el dominio de una geografía rebelde y reinicio de un proceso de integración territorial”. En relación con este primer mito no hubo debates, lo que la prensa registró fue la repetición de los derechos del Estado ecuatoriano sobre el Río Amazonas en diferentes versiones.² En cambio las relaciones con lo hispánico sí generaron disputas y adhesiones que fueron prolongación de debates previos sobre hispanismo:

[En los años treinta,] adoptado y adaptado como fuente de ideas para el combate político-cultural frente al indigenismo, laicismo, socialismo y comunismo. La prevalencia de los orígenes indios o ibéricos, el papel y la autoridad de la Iglesia en el Estado y la sociedad, la adopción del igualitarismo o de jerarquías de prestigio y linaje, tanto en el pasado como en el presente, constituyeron efectivamente puntos de colisión entre intereses de clase y visiones de mundo (Bustos 2007, 118).

-
- 1 *Performance* es “un modo de comportamiento comunicativo y un tipo de evento comunicativo. [...] Usualmente sugiere un modo de comunicación estéticamente marcado y realzado, que se despliega en un marco especial, para una audiencia” (Bauman 1992, 41). Empleamos el concepto con este mismo sentido para referirnos a algunos eventos comunicativos del ámbito político-cultural.
 - 2 Cfr., entre muchos otros, artículos de Barrera en *El Comercio*: 4-12-41: 4; 7-12-41: 8; 8-12-41: 2; 11-12-41: 1.

En efecto, desde la Guerra Civil española se evidenciaron los fuertes vínculos de la falange ecuatoriana con las élites de Guayaquil³ (Binns 2011, 84) y Quito:⁴ Jijón y Caamaño, Tobar Donoso, Mariano Suárez, Luis A. Ortiz Bilbao (Ycaza 1991, 24; Alou Forner 2001, 188). La Iglesia Católica fue otra aliada fuerte del hispanismo, ella “adhirió en bloque al bando franquista [...]: ‘no ha habido vacilaciones, no ha habido dudas en el clero ecuatoriano sobre la cruzada española. Lucha de la civilización contra la barbarie, predominio de lo espiritual o de lo material, la Catedral de Zaragoza o el Kremlin de Moscú, España o Rusia’” (Binns 2011, 82). En las derechas, “la propaganda ‘nacionalista’ quedó primordialmente en manos de la prensa católica y conservadora” (Binns 2011, 82). En Guayaquil participaron los dos grandes diarios: *El Telégrafo* (ligeramente pro-republicano) y *El Universo* (más bien pro-franquista) (Binns 2011, 85).

En la matriz cultural de las izquierdas, el hispanismo activado apoyó a la República desde su fuerte: una intensa actividad literaria. En prensa grande y chica publicaron numerosos ensayos, poemas y artículos (en *El montubio*, *El Telégrafo*) de apoyo y protesta por la muerte de intelectuales y combatientes. Benjamín Carrión editó y prologó *Nuestra España. Homenaje de los poetas y artistas ecuatorianos* (1938), que fue la obra de mayor impacto entre las publicadas. Reunieron ayuda y realizaron varias *performances* en las que se visibilizaba su posición.⁵ También en esta matriz existieron matices conceptuales: los argumentos de Gallegos Lara condenaban

3 La Unión Nacionalista Ecuatoriana mostró su poder en 1938, “al convertirse en órgano de la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y JONS) en el Ecuador, bajo la dirección de Jaime Nebot. Tuvo notable capacidad de influencia y movilización: su presencia era decisiva en la *Sociedad Española de Beneficencia*; disponía de la *Revista Nueva España* como instrumento de difusión propagandística e ideológica, y de un fichero de españoles fieles a la República española” (Alou Forner 2001, 188).

4 Jijón y Caamaño fue “partidario de la incorporación de los postulados de ‘la modernísima Carta de Laboro, dictada por Mussolini’ al ideario del Partido Conservador”, en 1934 (Ycaza 1991, 24); Jijón y Caamaño y Tobar Donoso firmaron el manifiesto “Adhesión de ciudadanos ecuatorianos al generalísimo Franco” (*Dios y Patria*, 17-10-1937). Julio Tobar Donoso fue condecorado por el III Reich con la Gran Cruz de la Orden del Águila Alemana, en 1938. En 1942, Vicente Haro creó Condor (Compañías Orgánicas Nacionales de Ofensiva Revolucionaria) y ARNE, con Jorge Luna Yépez.

5 En Quito, hubo un Homenaje a la España Leal (*El Comercio*, 7-02-38,16); otro, del Comité de Amigos de España (*El Día* 18-07-31, 8). En Guayaquil, el de la Sociedad Hijos del Trabajo (Binns 2011, 77).

a la guerra y al fascismo español: “¡Asesinos de niños!” (*El Montuvio*, III época (2) 29-01-38, 3), “Europa contra España” (*El Montuvio*, III época (34) 10-12-38, 1). El guayaquileño no señalaba la presencia hispánica en la constitución de la nacionalidad. En cambio, Benjamín Carrión sí la resaltó hasta 1941; a partir de ese año y del giro en las disputas por la nación moderó su hispanofilia.

En las derechas, el componente estético de ciertas *performances* adscribe al énfasis fascista de estetización de lo cotidiano. Por ejemplo, al finalizar la guerra española, para la misa de acción de gracias en la Iglesia San Francisco de Guayaquil “se reprodujo la nueva estética del régimen triunfante: en el altar mayor se colocaron las insignias nacionales de ambos países y la bandera de la falange; la misa se abrió con el canto del himno falangista *Cara al sol*, y contó con una vehemente homilía de inspiración tradicionalista” (Alou Forner 2001, 189). Este empleo performático que unía símbolos religiosos y patrios se volvió una constante en ceremonias eclesásticas de los años siguientes con objeto de afirmar lo católico en las narrativas y construcciones de la nacionalidad.

A partir de 1941 se activaron las expresiones prohispanicas en la prensa de grandes rotativos, principalmente de Quito. *El Día* reprodujo decenas de ensayos y crónicas que enviara el crítico y diplomático César E. Arroyo desde 1913 para su columna “Mirando a España”. Los hispanófilos reafirmaban la grandeza de la Madre Patria y su herencia, buscando reconstituir ese componente (con sus connotaciones de fortaleza y dominio material) en la nacionalidad. Espinosa Pólit (1949a, 8-19) resume el legado español:⁶ civilización, lengua, escritura jurídica, sangre, religión (“el tesoro más precioso que dio a América, el de valía más trascendental”) y espíritu (esto es, su cultura, su humanismo).

La falange siguió expresándose en los años cuarenta desde instituciones con apariencia menos politizada. Aunque en realidad practicaban activa militancia católica los miembros del grupo literario Menéndez y Pelayo, la secretaria en Quito de la Confederación Iberoamericana de Estudiantes

6 Esas ideas se repiten en *Raíces hispánicas de ecuatorianidad* (1953), del p. Jorge Chacón; “Filiación hispánica de nuestra América” (1949a) y “El destino trascendente de la hispanidad” (1961), ambos de Espinosa Pólit.

Católicos y la filial del Instituto Hispano-luso-americano (Manuel Guerra 2001, 161). El Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica nació más tarde (en 1947)⁷ y pronto tuvo filiales en Ibarra, Ambato, Guayaquil y Cuenca (Guerra 2001, 161). En general se mantuvieron los densos vínculos (y solapamiento de redes) entre hispanistas y católicos y los importantes lazos con sus redes internacionales.⁸ Estos grupos fueron portavoces y difusores del aporte artístico y cultural que promovía la matriz de derechas y que privilegiaba temas y autores españoles. Lo ecuatoriano que la matriz reconoció y avaló en materia literaria (y que funcionó como arma en la disputa) fue el trabajo de Espinosa Pólit e Isaac J. Barrera como críticos, junto al de la Academia Nacional de Historia, que presidía Isaac J. Barrera. Sin embargo fue grande el vacío de sus aportes en plástica y literatura frente al posicionamiento de obras de la matriz de izquierdas. Aunque la crítica de las derechas las ignoró o arremetió contra ellas no pudo anular su presencia ni el reconocimiento internacional que tuvieron. Las derechas perdieron la primera gran batalla ante la matriz rival en lo literario y artístico.

Catolicismo y nación

Aurelio Espinosa Pólit y Julio Tobar Donoso fueron los enunciadores más claros del concepto de nación configurada por la religión católica: “el catolicismo ha sido la religión del pueblo ecuatoriano en todas las páginas de su historia, es la religión que lo ha configurado tal cual es, que no puede perderse sin que pierda él algo y mucho de su fisonomía propia, sin que pierda algo y mucho de lo que le da consistencia de patria” (Espinosa 1952b, 292). Entre 1930 y 1937 Tobar Donoso fue “el principal defensor de los intereses de la Iglesia, con importantes y documentados artículos en *El Comercio* y *La Sociedad*, y en las revistas *Acción Popular* y *El Obrero*” (Pérez

7 Integraron la primera directiva del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica: Carlos Manuel Larrea, Luis A. Ortiz, Aurelio Espinosa Pólit, José M. Vargas, Julio Tobar Donoso, Jorge Luna Yépez e Isabel Robalino. Gonzalo Zaldumbide presidió la tercera directiva; Julio Tobar Donoso, la de 1951, en Guarderas (1953, 10-16).

8 Como la Juventud de Estudiantes Católicos, y organizaciones similares en España y Latinoamérica.

Pimentel, “Julio...”, s/f). Espinosa Pólit se incorporó a los debates entre matrices a fines de los años treinta. En varias arenas se manifestaba contra el protestantismo⁹ y el laicismo y defendía el derecho de los católicos a participar en política (1959). Pero durante la guerra de 1941 fue Carlos Ma. de la Torre quien comandó las estrategias y orientó las *performances* de la Iglesia para reafirmar de modo subliminal que la nación ecuatoriana era (y debía ser) católica. Desde el inicio el presidente colaboró con ese despliegue (“Arroyo condecoró a Arzobispo como defensor de la Patria”, *El Día* 29-10-41, 2) en un proceso de alianza político-estratégica con esta matriz.

La Iglesia se presentó como intercesora divina y alentadora de los combatientes en la procesión de la Virgen de las Mercedes, de septiembre de 1941 (“Más de 50.000 personas de todas las clases sociales tomaron parte en ella. El acto más emocionante fue el juramento patriótico en la Catedral”, *El Día*, 29-09-41, 1). En lo performático la conjunción de símbolos era significativa: a la imagen religiosa se unieron el juramento patriótico, la expresión cultural popular (bandas de música de todos los pueblos) y un despliegue estético de la fuerza coercitiva del presidente (la escolta del escuadrón de sables de los carabineros). Eventos multitudinarios similares tuvieron lugar hasta la firma del protocolo (Cfr. *El Día* 8-12-41, 1). Se detuvieron en 1942, mas prosiguieron como un estallido en 1943 con la coronación de la Virgen del Quinche (“30000 personas han ido a recibir a la Virgen del Quinche”, *El Día* 6-06-43, 1). Precedida por dos semanas de actos, el día de la coronación la Virgen ingresó a la Catedral acompañada de los acordes del Himno Nacional; allí se tomó juramento patriótico a los más de 150.000 fieles presentes (*El Día*, 19-06-43, 8, y 20-06-43, 1). La Virgen recorrió varios templos de Quito y de provincias y hubo actos culturales paralelos. Espinosa Pólit inauguró la Exposición de Arte Mariano (*El Comercio* 8-06-43, 8), en su discurso destacó la grandeza del Ecuador a través de su arte religioso tradicional: “Entre tantas inferioridades nuestras, hay un aspecto de la vida en que, sin competencia posible de nadie ocupamos el primer lugar; hay un elemento en nuestra tradición nacional que es

9 Desde la entrada tímida de las primeras iglesias evangélicas en 1922 y 1928, en Quito y Guayaquil (Luna 2013, 22), su actividad fue importante desde los años cuarenta y, sobre todo, a inicios de cincuenta.

el elemento de genuina preeminencia: el elemento artístico. Pues bien, esta preeminencia [...], ¿a quién la debemos? A la religión. El gran arte quiteño tradicional es arte religioso” (Espinosa 1943, 181-182). De este modo, Espinosa Pólit ubica a la religión en el núcleo duro y profundo de la nación y en la esencia de sus manifestaciones culturales más valiosas.

Por otro lado, las fiestas y conmemoraciones son instancias importantes en las disputas por la memoria y el sentido de la historia (Jelin 2002, 250), por eso la frase que se nos ocurre para designar a la conmemoración del aniversario de González Suárez en 1944 es “apoteosis del triunfalismo”: de Arroyo (aun luego de la Guerra de 1941 y el Protocolo), de las derechas (luego de la década del treinta). Se reactivó la figura de González Suárez en actos programados con meses de anticipación.¹⁰ El acto de mayor rango y el más concurrido fue el *Te Deum* en la Catedral. Allí izaron el pabellón nacional y la bandera de Quito (*El Día* 15-04-44, 1). Con acompañamiento de la Orquesta del Conservatorio Nacional de Música (la victoria de los gustos clásicos), reafirmando el triunfo de la Patria y de la Iglesia, los jefes máximos de lo político y lo religioso se sentaron juntos. Los cobijaba el templo más grande de una de las más influyentes instituciones culturales y su séquito lo conformaban la plana mayor del poder político central y municipal, las élites sociales, los diversos comités celebratorios y el pueblo llano. Definitivamente, en abril 15 de 1944 Arroyo estaba muy lejos de suponer que pronto llegaría mayo 28. Años después, hábitos de similar apoteosis de la Patria y la Iglesia juntas emanaron del sermón de Espinosa Pólit en la misma Catedral, celebrando la investidura de Carlos Ma. de la Torre como cardenal. El orgullo era doble y único: por la Patria y por la Iglesia, “fundidos en uno estos dos supremos amores”. La Patria necesita de la tradición católica para mantenerse viva, dijo entonces el jesuita: “no bastan, para constituirla, el territorio, el pueblo, la nación, el Estado” (Espinosa 1954, 288). Esa misma fue la idea que pusieron en escena, en 1944, Arroyo y su séquito seglar y laico. En definitiva, la Iglesia aprovechó

10 Por ejemplo se proyectó, publicitó y recogió fondos en varias ciudades para la Casa González Suárez, para llevar allí la Biblioteca Nacional; hubo concursos escolares sobre su vida y obra; programas radiales, en Quito y Cuenca (*El Día* 1-04-44, 2; 4-04-44, 2) homenajes de autoridades y del Cabildo (*El Día* 5-04-44, 5).

espacios que abrió el arroyismo para actualizar el carácter católico de la nación;¹¹ el liberalismo, promotor del laicismo, no dejó escuchar su voz en esta arremetida católica; tampoco las izquierdas se enfocaron en el tema. La Iglesia, en cambio, sí invadió territorios laicos: buscó incluir a obreros e indios en la nación, como el tiempo mandaba, pero bajo su égida.

En cuanto a los sociólogos católicos, ellos se ocupaba de los obreros con políticas culturales inspiradas en la Acción Social Católica. Jijón y Camañaño, Tobar Donoso y otros avanzaron en esas propuestas de su maestro González Suárez (puente entre esa generación y la prédica de los papas Pío IX y León XIII) (Capello 2011, 71). El Centro Católico de Obreros (COC), mayor expresión de estas políticas, ofrecía protección a los obreros contra los peligros morales del afuera (alcoholismo, prostitución, el comunismo, tentación de la moda) y les brindaba seguridad adentro (en los principios de la moral católica y reduciendo el contacto de sus miembros con las relaciones de mercado) (Coronel 2006, 68-70). Si bien estas políticas no eran nuevas, en 1941-1945 contribuyeron a la organización del obrerismo católico y al impacto de las políticas culturales de la Iglesia.

Raza y nación: el indio y el mestizo

Peter Wade (2007, 367 y 370) afirma que en Latinoamérica y en otros lugares “históricamente, las ideologías de nación y raza han ido de la mano”; ambas implican inclusión y exclusión, dice, “no solo son complementarias, sino que se ‘presuponen’”. En afán universalista, la nación reconoce (en teoría) el derecho de pertenencia a un cuerpo social homogéneo a todos los individuos del territorio en cuestión, pero es particularista a la vez, ya que implica excusión y dominio sobre otras naciones u otras minorías que de hecho viven dentro de sus límites (Wade 2007, 370). El racismo sería una expresión del particularismo de la ideología de raza. Desde esta perspectiva, cabe entender la preocupación del positivismo decimonónico respecto

11 Después, se editaron: de Tobar Donoso: *La Iglesia, modeladora de la nacionalidad* (1953), de De la Torre: *Catolicismo y ecuatorianidad* (1953), de Espinosa Pólit: *Posiciones católicas en educación* (1953) y *Temas ecuatorianos* (1954).

de purificar y controlar la raza. En esa idea se apoyaron los proyectos nacionales liberales en Latinoamérica de países con alto índice de indios: al ser vistos como causa del atraso había que higienizarlos y educarlos y esto se ha mantenido hasta hoy en diversos grados, aunque con cambios aparentes (López 1999, 2). Uno de esos cambios fue el giro hacia el concepto de mestizaje entre 1925-1950, según revisaremos.

Al pensar en los vínculos entre raza y nación cabe resaltar que al ser ideologías sus presupuestos pueden ser compartidos por construcciones discursivas aparentemente antagónicas (como en los años cuarenta, cuando el concepto de mestizaje fue abrazado por liberales de avanzada, sectores de militantes marxistas e incluso por conservadores modernizadores). Esto se explica por el potencial de permeación de las ideologías hegemónicas en los diferentes estratos sociales. Por ejemplo, el indigenista Pío Jaramillo Alvarado y el conservador Jacinto Jijón y Caamaño coinciden en la idea de una pobre o ausente subjetividad individual del indígena; sobre esa base ambos justifican la intermediación política: Jijón, por el hacendado; Jaramillo, por políticos especialistas en el tema, y por los ministerios correspondientes¹² y sus leyes (Cfr. Figueroa Pérez 2001, 252). Al respecto, Stuart Hall señala un mecanismo de construcción del poder en los laberintos de la ideología: recuerda que “la combinación de elementos ideológicos presentes en un contexto social dado se puede leer y releer de diferentes maneras, según los intereses de quienes las lean y de la capacidad que tengan de ganar poder dependiendo de sus lecturas y de los proyectos educativos, económicos y mediáticos que emprendan” (Hall 1996 cit. en Wade 2007, 369); no obstante, esas lecturas no siempre son conscientes (eso explica disonancias entre ideología y praxis, presentes en Jaramillo Alvarado).

Entramos al debate sobre el problema del indio en el país. Un texto primordial fue “Examen Crítico a la Veracidad de la Historia del Reino

12 Pío Jaramillo (1922, 162) dice: “la solución del problema del indio no la ha de resolver el mismo indio con sus sublevaciones [...] sino el hacendado, con la contribución de su cultura; luego, simultáneamente la acción política, la acción social acabarán la obra de la reivindicación de los derechos del indio, incorporándolo a la vida nacional” se refiere a la acción de los ministerios de Justicia y de Previsión Social, y a la promulgación de la Ley de Indios (Jaramillo 1922, 169). Es, pues, acción social mediada por los “especialistas blanco-mestizos” en temas indígenas. Para detalles, ver el análisis que, al respecto, realiza Figueroa (2001, 207-252).

de Quito, del P. Juan de Velasco, de la Compañía de Jesús” (1917), de Jijón y Caamaño. Apoyado en sus hallazgos arqueológicos y en sus notas sobre la cultura material contemporánea sostuvo que el origen de la nación radicaba en la fundación hispánica de Quito. Postular una ausencia de aportes indígenas a la organización social le daba pie para no reconocer a los indios como sujetos del accionar histórico-político (Prieto 2004, 111). Jijón y Caamaño actualizó esas ideas en “La ecuatorianidad” (1943), texto en que prosigue los debates de los años veinte con Pío Jaramillo, y aquellos de los años treinta, con Benjamín Carrión. El aristócrata quiteño afirma que Atahualpa no fue el fundador de la nacionalidad ecuatoriana (Jijón y Caamaño 1943, 15) y que no hubo aporte indígena al arte ni a la vida de la colectividad: “jamás una aspiración de raigambre aborígen ha influido en la marcha de los acontecimientos. Ha habido, es verdad, hombres de piel cobriza; antropológicamente pertenecieron a la población autóctona, pero su mente, su espíritu fue hispano” (Jijón y Caamaño 1943, 18). Jaramillo argumentó en que no había razas superiores ni inferiores (Bustos 2007, 118). En 1922 propugnó la incorporación del indio a través de la educación y la participación política (mediada por el hacendado y los políticos “especialistas en esos temas”) (Jaramillo 1922, 162). En los años treinta defendió en varios textos que Atahualpa era el origen de la nacionalidad.¹³ En los años cuarenta Pío insistió en que se debían crear políticas públicas de incorporación del indio, no de borramiento (Prieto 2004, 186). La insistencia tenía sentido, habida cuenta del giro en el imaginario de nación que trajo la Guerra de 1941.

En cuanto a Benjamín Carrión, sostuvo en *Atahuallpa* (1934) que el inca era el origen de la nación y que sí hubo desarrollo cultural y social precolombino. Pero su hispanofilia lo traicionó, pues también buscó refutar la leyenda negra de España; eso reduce el énfasis y el peso político de sus tesis y el libro resulta un alegato filo-indigenista e hispanista a la vez. Opuesto al tropicalismo de Benjamín Carrión, Jijón y Caamaño (1943, 10) afirma que el trópico es un “estorbo para el arraigamiento de la cultura

13 “Atahualpa, creador de la nacionalidad ecuatoriana” (1936), *La Presidencia de Quito. Alegato histórico-jurídico sobre nuestra nacionalidad* (1938), “Personalidad histórica de Atahualpa” (1943), *La Nación quiteña, perfil biográfico de una cultura* (1947), y varias otras obras.

occidental”. En cambio, el contraste se atenúa cuando discute el tipo de lazos ideales para cohesionar la nación. El municipalista Jijón y Caamaño argumenta que las instituciones metropolitanas eran las únicas capaces de traer y difundir la civilización; por eso, el cabildo quiteño era obra central de la nacionalidad: fue la que dirigió el destino de la colonia, junto a los misioneros (Jijón y Caamaño 1943 11, 17). Pero la idea del municipio como institución cohesionante, más que la nación, tiene mayores implicaciones, como veremos.

En general, luego de 1941 varias facciones de sectores dominantes admitían la necesidad de incorporar al indio a la nación, aunque cada una desde sus perspectivas. Al respecto, el socialista Ángel M. Paredes fue una de las voces más lúcidas y claras, que defendió la incorporación del indio desde la idea del contrato, de los derechos:

La incorporación del indio al vivir republicano que reclamamos los socialistas [implica] calificarlos como ciudadanos sujetos de derechos efectivos, sociales y políticos, en igualdad de oportunidades que los blancos; y despertar en ellos la voluntad de conquista, de superación, de perfeccionamiento; la cultura que conquisten, que sea obra de su esfuerzo [...] Dos caminos hay para luchar contra esta situación anti-democrática: cambiar el título de ciudadanía, que hoy se vincula con un mínimo de conocimientos, por la consideración a otra capacidad, p. ej. del trabajo; y educar, extender ese mínimo de conocimientos al mayor número de habitantes posible (Paredes 1943, 193).

Y prosigue: “El acercamiento entre grupos sociales sólo se alcanza por virtud de un continuo intercambio de pensamiento entre ellos: comprender el pensamiento ajeno y darse a entender por éste” (Paredes 1943, 194). Sin llamarse así, esta perspectiva tiene también elementos nacional-populares. En cuanto al debate más técnico, en él tuvo un rol importante la revista *Previsión Social*, del ministerio homónimo, creada en 1940 (Paredes 1943, 190-199).

Otras voces, ahora de la matriz de derechas, se dejaban oír. Si Jijón y Caamaño (1943, 18) consideraba al indio un sujeto sin injerencia en el devenir histórico (“es solo mano de obra, o peso muerto”), el diplomático Zaldumbide le reconocía apenas su condición de ser pensante. Decía:

¿Qué tenía, el infeliz, de humano? Apenas su apariencia, su posición vertical”. Su “humilde música se emborracha de monotonía solo para no pensar. [...] El pobre indígena [...] baila al mismo son con que llora. Y es quizás, más bien el hombre blanco, quien, removido, turbado por ese lamento de edades sin edad, le atribuye un alma, un sentido, que acaso no lo tiene en su pobre origen (Zaldumbide 1929, 78).

Pero en el seno de la misma matriz hay diferencias. En contraste, Espinosa Pólit (1943, 179) no desdeña el componente indígena: la tradición ecuatoriana ha de fundarse, dice, en “las dos razas, en sus dos manantiales puros y en el cauce común; en las dos civilizaciones, las dos idiosincrasias, las dos mitades de nuestra historia política”. Su posición mestizófila no extraña pues. La Iglesia tuvo plena conciencia de lo decisiva que era la demanda de inclusión social de indios y trabajadores.¹⁴ Oficialmente insistió en la necesidad de insertarlos en la nación, aunque desde sus premisas y estrategias (catequización, combate al comunismo) en el contexto de lucha contra la avanzada del protestantismo en el país. Así, para recuperar el terreno en educación, el Congreso Católico (1943) llegó a dos conclusiones: que era imperativo convocar a un Congreso Indigenista, y crear una Universidad Católica (*El Día* 22-06-43, 1). A partir de esos mandatos surgieron dos políticas culturales importantes de las derechas, después de 1945.

La ideología del mestizaje fue pues abrazada por representantes de diversas tiendas políticas con diferentes matices. Vimos ya que Espinosa Pólit insistía en el arraigo en América, pero no dejó de resaltar la filiación cultural hispánica de la nacionalidad:

Ser lo que somos y querer serlo es, pues, consigna patriótica [...], explotando los recursos de nuestra propia estirpe, estribando en nuestra tradición, desarrollando y perfeccionando nuestras capacidades raciales [...]. Ser ecuatorianos, ser americanos y, para esto, ser hispánicos, porque tal es nuestra filiación histórica, tal la médula de nuestra contextura nacional [...] No españoles, pero sí hispánicos [...] No colonia, no audiencia, sino nación, dueña de sus destinos, pero marcada con el sello inconfundible de la filiación hispánica (Espinosa 1949a, 4).

14 Se confederó el obrerismo católico (Cedoc 1938), antes que aquel ligado al los partidos de izquierda.

El aporte del humanista marca la diferencia en la matriz de derechas. Además, insiste en configurar una nación “dueña de sus destinos”; no una comunidad (aún siendo religioso).

Respecto del tránsito del indigenismo al concepto de mestizaje hubo coincidencias en México y Ecuador. En México, en la década de 1920 Manuel Gamio y otros hablaban de la integración del indio a la nación (López 1999,16). En cambio, en *La raza cósmica* (1925) Vasconcelos propuso la subordinación de las razas “por medio de una doctrina de pureza de espíritu, debajo de la cual se escondía la ideología de blanqueamiento de la raza y europeización de la cultura” (López 1999, 17). Ciertamente una lectura atenta muestra un racismo velado en *La raza cósmica* (allí Vasconcelos desarrolla su “Ley del gusto”, sustentada en jerarquías sociales y culturales). Así mismo, su *Indología* (1926) implica jerarquías étnicas:

[En el estado espiritual,] las razas inferiores, al educarse, se harían menos prolíficas, y los mejores especímenes irán ascendiendo en una escala de mejoramiento étnico, cuyo tipo máximo no es precisamente el blanco, sino esa nueva raza, a la que el mismo blanco tendrá que aspirar con el objeto de conquistar la síntesis. El indio, por medio del injerto en la raza afín, daría el salto de los millares de años que median de la Atlántida a nuestra época, y en unas cuantas décadas de **eugenesia estética** podría desaparecer el negro junto con los tipos que el libre instinto de hermosura vaya señalando como fundamentalmente recesivos e indignos, por lo mismo, de perpetuación. Se operaría en esta forma una selección por el gusto, mucho más eficaz que la brutal selección darwiniana (Vasconcelos 1926, 43) (énfasis mío).

Esta versión de mestizaje (mediado por la Ley del gusto)¹⁵ finaliza el giro que va de la idea de incorporación del indio a la nación –con Gamio– al criterio de la extinción de las razas inferiores (racismo científico) (Wade 1997, 17) y sus manifestaciones culturales por métodos más delicados, con Vasconcelos.

15 Según Vasconcelos (1925, 37), sería la pretendida futura norma de relaciones humanas, que implica la sucesión de tres Estados sociales: “el material o guerrero, el intelectual o político y el espiritual o estético”. Afirma que avanzamos hacia el tercer Estado, en el cual se desarrollará la quinta raza, la más avanzada (Vasconcelos 1925, 24).

En Ecuador, Pío Jaramillo defendía la necesidad de incorporar al indio a la nación, ya que constituía su población mayoritaria.¹⁶ El Ecuador de 1944, como el México de los años veinte, institucionalizó un modelo cultural de construcción nacional basado en la ideología del mestizaje, y aquí la versión era muy vasconceliana. Benjamín Carrión leyó, conoció y apoyó al mexicano. No extrañan pues las coincidencias en: a) el planteamiento retórico del mestizaje como armonía (“como ensueño colombino de redondez de la tierra, de unidad de la especie y de concierto de las culturas”) (Vasconcelos 1926, 122); b) el impulso vitalista (“unos cuantos fracasos graves no rompen ni el hilo de nuestra unidad ni el ímpetu de nuestro porvenir”) (Vasconcelos 1926, 123); c) resistencia a la cultura y el desarrollo invasivo de los sajones del norte (EE.UU.) (Vasconcelos 1926, 131), al mismo tiempo que anhelo de incorporar sus logros técnicos en la plenitud de la quinta raza (Vasconcelos 1926, 125); d) hispanofilia: (“se olvida a menudo que nosotros somos continuación y retoño de la poderosa cultura española que en una época se impuso en Europa”) (Vasconcelos 1926, 126); e) lo más importante: el “tropicalismo” (Vasconcelos 1926, 124), Benjamín Carrión abraza todos estos puntos (Carrión 1957a).

Pensamos que, a pesar de las distancias y reparos declarados, Carrión no se desprendió de su maestro en lo esencial. Su idea de nación osciló a ratos entre la inclusión de la diversidad (influencia de la matriz cultural de izquierdas) y la superación de la raza. Así, puede maravillarse ante la diversidad expresada en *Huacayñán*, de Guayasamín, en 1953: “Los tres afluentes corren, cada uno con su ritmo, hacia la integración de la nacionalidad, hacia la formación del hombre ecuatoriano: mestizo indio, negro. Cada uno trae su forma y su color. Cada uno su verdad, su angustia y su certidumbre amargas, cada uno su fuerza y su esperanza” (Carrión 1953, 211). Pero en 1966 declara compartir la idea del brasileño Gilberto Freyre, resumida así: “la influencia del medio social es superior al medio biológico. [...] El principio de la superioridad de la cultura sobre la raza lleva a concluir [...]

16 “Y si el indio [millón y medio de habitantes] carece de cultura, si no está incorporado a la vida nacional, ¿cuál es al fin el grupo representativo [del país]? ¿Cuál es la población militante conscientemente en las filas del progreso nacional? ¿Cien mil ciudadanos, doscientos mil, medio millón [de blancos]?” (Jaramillo 1922, 158-159).

que la cultura crea el medio social y, al modificarlo y superarlo, condiciona *la superación de la raza* (Carrión 1965, 230 énfasis mío). En contraste con el ala nacional-popular (que reconoció e incluyó la diferencia), en Carrión, Vasconcelos y Freyre el mestizaje borraría las particularidades.

Respecto de la noción de una comunidad premoderna como modelo de vínculos sociales (en lugar del modelo liberal más abstracto de la ciudadanía y los derechos), Jijón y Caamaño y el brasileño Freyre coincidían (Coronel 2001). También en ese punto se les uniría Benjamín Carrión: le gustaba hablar de “pueblos o patrias, no siquiera naciones”, o de “comunidad latinoamericana” (Carrión 2005, 181, 182). Siguiendo con los vínculos, en esta versión hegemónica del concepto de mestizaje¹⁷ (reforzada con la noción de comunidad) la armonía es retórica, pues oculta las relaciones y estructuras de poder que actúan y rigen en las sociedades; resultaba una propuesta desmovilizadora con contenidos de clase: la “ideología populista y liberal, a través del discurso socialdemócrata, entronizó la presencia del mestizo, presentándolo como raza cósmica destinada a redimir los destinos de Latinoamérica” (Rodríguez Carucci 1997, 313).

Continuando con esta mirada a lo étnico-racial y en cuanto al componente afro de la nación, extraña el hecho de que en estos debates de los años treinta y cuarenta casi no existieran pronunciamientos sobre ello. El ala nacional-popular sí abordó la temática del negro, pero desplegó su mirada doce años después de la publicación de *Los que se van*, con la novela *Juyungo* (1942) de Adalberto Ortiz; este narrador reconoció el apoyo crítico continuo de Gallegos Lara desde antes de dar a la imprenta esta ópera *prima* suya. Otros críticos literarios, como Atanasio Viteri (*El Día* 02-01-1943), festejaron también esa novela desde la prensa de grandes rotativos (Cfr. *El Día* 26-12-1942, 3). Pero el debate en otros escenarios no progresó, acaso por el contexto social desencadenado por la firma del Protocolo de Río. En el resto de tribunas cultural-políticas el silencio fue la constante.

Al respecto, algunos autores como Nina de Friedemann (1984) analizan el racismo contra los negros en Latinoamérica no solo a partir de

17 Ejemplos: Martí y González Prada resaltaron también la presencia del mestizo, pero “no lo consideraron la síntesis absoluta en la que debía encarnar la cultura latinoamericana” (Rodríguez Carucci 1997, 313).

lo que se dice de ellos o cómo se los representa, sino también a través de la invisibilización cuando se los ignora, segrega o minimiza. Peter Wade (1997, 47), desde una postura más matizada, señala “que se los ha estudiado muy poco académicamente (porque no representan la otredad cultural que la antropología buscaba éntre los indígenas)”. Gonzalo Zaldumbide nos ofrece una de las poquísimas ocasiones en que las derechas ecuatorianas nombraron al negro en los años veinte y que da apoyo a los criterios mencionados. En una desafortunada sustitución de un racismo por otro el ensayista sugiere tibiamente la benigna y civilizada opción del mestizaje frente a la del exterminio (en este famoso discurso, él pensaba en Charles Maurras, de la Acción Católica de Francia). En su estrategia retórica reemplaza por un momento su fobia al indígena por otra fobia mayor aún hacia el negro e insta a “la mejora” de la raza india; todo mientras dejaba en claro la superioridad biológica del blanco-hispano (Zaldumbide 1929, 74-81). Pero el mestizaje no era una opción por la que el aristócrata pelearía, y no volvió a pronunciarse sobre el tema.

Hasta aquí, los debates sobre raza y nación. En cuanto a las arenas del espacio público cultural, ellas variaron según el tema enfocado. En las discusiones sobre mestizaje, la mayoría de textos fueron académicos (antropológicos, arqueológicos, sociológicos, y ensayos culturales), más que de la prensa. En cambio, la prensa de gran tiraje fue uno de los mayores escenarios de los planteamientos sobre indio y nación, además de las arenas académicas.¹⁸ Las conmemoraciones por el Día del Indio (19 de abril) dan cuenta de la actualidad del tema en este espacio público y de la disparidad en las perspectivas.

Sin embargo, cabe resaltar que entre 1930 y 1945 si bien la prensa posicionaba ideas las políticas respecto del problema del indio se resolvían en otras instituciones: la FEI,¹⁹ los partidos de izquierda, el Congreso Católi-

18 Ejemplos: “La Jurídico-Literaria celebra el 19 de abril el Día del Indio con un acto cultural” (*El Día*, 6-03-43, 1), “Segundo Concurso sobre temas nacionales” (*El Día* 17-04-44, 3). “Por mi raza hablará el espíritu”, (*El Día*, 19-04-44, 3). “El Instituto indigenista” (*El Día* 20-04-44, 3). “El día del Indio”, (*El Día*, 21-04-44:3) “Sobre los destinos de la cultura” (sobre el indio y el mestizo) (*El Día* 26-10-42, 1 y 6).

19 Aún sin estar constituida en lo jurídico, la FEI “era ya una organización consistente” (Martínez 2005, 68).

co, la Asamblea Constituyente,²⁰ las redes internacionales.²¹ Por otro lado, este debate local se enmarcaba en otro, supra-nacional, en el que era significativa la injerencia de EE.UU. Recordemos que Roosevelt, en el contexto de la política del buen vecino, apoyó la realización del Primer Congreso Indigenista Interamericano y la creación del Instituto Indigenista Interamericano (iniciativas mexicanas). Consideraba que el Instituto contribuiría a “la defensa hemisférica, de cara al ascenso del fascismo y comunismo en Europa” (Prieto 2010b, 261). En contraste, para el mexicano Moisés Sáenz “integración y un sentido de nación eran las únicas garantías frente a un ataque imperialista de Norteamérica o Europa. [Entonces,] la cuestión indígena se transformó en una estrategia de prevención de la incursión de grupos izquierdistas y fascistas en el continente americano, así como en un tema de defensa hemisférica y nacional” (Prieto 2010b, 261). Ecos de la presencia de Roosevelt en el Congreso Indigenista de México (su cruzada contra fascismo y comunismo; su apoyo a las derechas locales) resuenan en la decisión del Congreso Católico de Quito (1943) de organizar un Congreso Indigenista.

Otros debates se realizaron en la Asamblea. En ellos (y siguiendo a lo planteado en la Convención de Pátzcuaro), el de la incorporación del indígena a la nación fue el álgido tema central. En cuanto a políticas concretas, entre 1935 y 1945 existieron intentos de implementar algunas, pero “aun cuando los indigenistas mantuvieron posiciones de dirección y administrativas influyentes, no siempre tuvieron éxito en la aplicación de las políticas. [Eso ocurrió con] el ambicioso programa de salud y educación destinado a los campesinos, propuesto por primera vez por Pablo Arturo Suárez, en 1936, [...] [y con el de] establecer Misiones Campesinas en Costa y Sierra” (Clark 1999b, 116). En cuanto a los mismos actores indios, éstos no eran en absoluto pasivos, según se los solía representar en esas esferas (Clark 1999b, 116). La Federación Ecuatoriana de Indios mantuvo la lucha, or-

20 Cfr. “Acerca de la nacionalidad y el estado ecuatoriano” (R. Paredes 1944). También: A. M. Paredes 1943.

21 Cfr. Prieto, “Las prácticas del indigenista Moisés Sáenz [en Ecuador, Perú y México] ponen por delante el establecimiento de una red de contactos y de una arena de debate sobre la cuestión indígena, junto al reforzamiento de una noción de Latinoamérica opuesta a Norteamérica” (Prieto 2010b, 262) en los años treinta.

ganizada por recios dirigentes, con una agenda que exigía inicialmente reconocimiento y derechos; las demandas desde la especificidad cultural fueron expresadas de manera directa décadas más tarde con la constitución de Ecuarunari (1972), así como en los levantamientos de los años noventa. Desde esa década arrancan las políticas más claras dirigidas a los indígenas desde los indígenas.

El cholo, el indio y el montuvio en la nación

En Latinoamérica las organizaciones de izquierdas saltaron a las arenas del debate cultural-político sobre nación entre las décadas de 1920 y 1950. En Ecuador, en los años treinta tomaron la posta de la tradición de lucha del liberalismo jacobino decimonónico en sus alianzas con sectores populares: desde 1845 las comunidades indígenas (cacicazgos, familias e individuos) de Imbabura y la sierra Central se aliaron con esta facción política, “una vez que el estado comenzó las negociaciones sobre la tierra, tributos y representación política [...]. Después de constituir una fuerza política capaz de rivalizar con las elites terratenientes, el presidente Urbina propuso una narrativa que hablaba de una nación en la cual los campesinos alimentaban los mercados de la Costa” (Coronel 2011, 125-126). Es decir, los incluía como elemento humano del proyecto nacional y reconocía su participación en la producción. A fines del siglo XIX el liberalismo de Alfaro actualizó la memoria de estas alianzas estratégicas de las comunidades (Coronel 2011, 975). Hay pues una trayectoria de nación²² en la cual el pueblo se enfrentaba a la aristocracia con el liberalismo del siglo XIX.

Herederas de esa tradición, la izquierda del treinta abanderó la lucha por derechos y reconocimiento; en torno a la ciudadanía la lucha era por los derechos sociales, pero el ala nacional-popular sobre todo se inscribió en la tradición marxista de la lucha de clases: “llamamos problema indí-

22 Esas alianzas del Estado liberal con los indios lo acercan más a la tradición jacobina que a la teoría liberal del *laissez-faire*. En el jacobinismo “las instituciones centralizan la autoridad, educan y movilizan a los ciudadanos, y garantizan mediante la homogeneidad cultural la igualdad en el cuerpo político” (Monroy 2006, 2).

gena a la explotación feudal de los nativos en la gran propiedad agraria” (Mariátegui 1928, 213). Desde la noción del contrato y la lucha de clases participaron en el debate, que había iniciado en el país desde la década de 1910, que se extendió hasta los años cuarenta, sobre el carácter de los vínculos sociales en la construcción del Estado nacional (Coronel 2006, 60-61). En esencia, enfrentaron a un modelo de sociabilidad basado en organismos corporativos moralmente controlados implementado por los intelectuales orgánicos de hacendados e industriales conservadores de la Sierra centro-norte (Coronel 2006, 63, 66). Este pensamiento conservador se inscribía en la tradición de la Acción Social Católica (ASC) establecida por Federico González Suárez a inicios del siglo XX. Los referentes centrales de González Suárez eran el Papa Pío IX y León XXIII (con su encíclica *Rerum Novarum*) (Capello 2011, 71). El énfasis de González Suárez en la ASC implicaba una reticencia “a las asociaciones creadas en torno a la deliberación política” (Coronel 2006, 62), noción retomada por el pensamiento social de las derechas católicas de 1920 a 1950. Lo actualizaron con los ingredientes de una idea de comunidad premoderna, cálida (antes que la noción del contrato social, que insiste en la garantía de derechos y en obligaciones) (Monroy 2006, 2), una comunidad asentada en los límites naturales de la región, defensora del municipalismo²³ antes que de la construcción social nacional (Coronel 2010). Este discurso filorromántico también se relaciona, amén de la idea de localidad, con la categoría *economía moral*²⁴ y con los imaginarios indigenistas que postulaban a la comunidad como vínculo básico de relaciones sociales (ignorando o

23 Desde la celebración del primer centenario, liberales y conservadores coincidieron en la idea conservadora de que la región era el ámbito propicio para la integración económica y política, más que la nación. “Los municipios definieron hasta 1925 el orden territorial; delimitaron una geopolítica de la civilización, al definir tanto en el caso de los liberales como en el caso de los conservadores una frontera interna entre los espacios urbanos y los espacios rurales; [...] [diferenciaron a] sus habitantes y clausuraron por dos décadas la construcción de identidades universalistas de adscripción política nacional.” (Coronel 2010, 206). Municipalistas conservadores de los años veinte al cincuenta fueron entre otros Jacinto Jijón y Caamaña, Carlos Andrade Marín y Gustavo Mortensen Gangotena.

24 Plantea que las relaciones de mercado destruyen la solidaridad y devalúan la moral; afectan a las comunidades de campesinos, en particular. Propone evitar que éstos ingresen al mercado, o que abandonen el espacio comunal, que es la “alternativa a la anomia capitalista” (Popkin 1979, cit. por Figueroa 2001, 218).

soslayando la disputa por los derechos) (Figueroa 2001, 216). En los años treinta la tradición de la nación jacobina enfrentó a ese paradigma general de nación fundada en lazos ancestrales (defendido por las derechas y por facciones de varias clases sociales, y en el que confluyeron al final hispanistas y tropicalistas, según veremos).

Pero además de los vínculos entró a debate el tema de los integrantes humanos y las determinaciones culturales de la nación. El ala nacional-popular trazó el horizonte cultural y humano más amplio al propugnar la inclusión del montuvio y el cholo, además del indio. Su estrategia incluía el uso de recursos simbólicos importantes, con ejemplos del muralismo mexicano y la narrativa del realismo social ruso en mente. Así, la lucha política directa se acompañó de un despliegue de esos rostros de lo popular en literatura y pintura; el arte fue el correlato de la progresiva presencia de esos actores en las ciudades y el campo: llegados desde las periferias ocupaban ciertas áreas urbanas, se manifestaban a viva voz y en actos y enfrentaban públicamente a la cultura y la política oficiales.

Los ensayos socioantropológicos *El indio ecuatoriano* (1922) de Pío Jaramillo y *El montuvio ecuatoriano* (1937) de José de la Cuadra fueron clave en la construcción del imaginario de nación incluyente de lo popular y lo subalterno. Sin embargo, no existió mayor debate respecto del cholo ni del montuvio como lo hubo sobre el indio. En general, en contraste con el estereotipo del indio, los montuvios “eran vistos como poseedores de una excesiva energía que eran incapaces de disciplinar o canalizar, lo que llevaba a brotes de violencia, con frecuencia debido a celos sexuales. Asimismo, fueron vistos como materia prima para guerras civiles, dada su naturaleza apasionada y su tendencia a la violencia” (Jaramillo Alvarado 1992, 12; Clark 1999b, 116). En relación con esta mirada (e incluso con la de ciertos sectores de izquierda, que consideraban al montuvio menos apto para ser revolucionario marxista) el ensayo de De la Cuadra resulta significativo.

Sobre el indio se habían publicado textos y tesis de grado desde antes de 1920 en la *Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria* y en *Anales*, de la Universidad Central (Prieto 2004). Pero *El montuvio...* es el único libro sobre el campesino costeño en clave sociológico-antropológica. Cumplió la función de acreditar el trabajo de los narradores costeños al interior del

campo cultural, acreditó también a De la Cuadra como actor cualificado (buena parte de los integrantes de esta matriz no contaban con credenciales académicas) en un campo cultural donde el reclamo de la academia empezaba a gravitar.

Desde otra posición en el campo (dada por otra disciplina: el folklore), el socialista Rodrigo Chávez (cineasta, escritor y gestor cultural)²⁵ estudió también al montuvio durante décadas. Pero ya se sabe que “el proyecto folclorista, de índole romántico y conservador, [...] construye imaginarios sobre el espacio rural coincidentes con las propuestas dicotómicas de lo rural-urbano” (Figueroa 2001, 33) y logra también el efecto de difuminar la reflexión sobre las luchas por el poder político y social. Esa fue la base del distanciamiento teórico entre Chávez y Gallegos Lara. Hubo pues diversas perspectivas del concepto de lo popular –eje en la producción cultural y la praxis de la matriz de izquierdas– en los años treinta (ver Anexo 1). Pero con la Guerra de 1941 fue común que el concepto de nación se desplazara y alejara de sus fundamentos culturales y de su base popular. Así, entre 1941 y 1943 los partidos de izquierda en general se plegaron al discurso nacionalista de la unión y el cese de hostilidades; con ello diluyeron lo popular “en la noción mítica de ‘patria’” (Quintero y Silva 2001, 464). Si hasta inicios de 1941, aún bajo la consigna frentepopulista, lo nacional-popular era el concepto motor del ala liderada por Gallegos Lara, con la guerra lo cambiaron por el de patria; luego lo harían por el de democracia y en algunos casos por el de progreso (Cfr. Paredes 1944). Aún Gallegos Lara, al inicio de la guerra dijo: “mientras dure la guerra, no hayan huelgas” (Ycaza 1991, 101). Estas disonancias hacen pensar en la complejidad de elementos que integran las ideologías: miedos ancestrales, mitos que perviven, necesidad de anclajes espiritual-psicológicos, *habitus* de la clase social de origen, huella de ideologías que fueron dominantes en los años de infancia y juven-

25 Chávez González estrenó varias obras en Guayaquil, entre 1927 y 1930; creó grupos con artistas aficionados; escribió y estrenó “Cuadros montubios” en Machala y en muchos cantones de El Oro, Guayas y Manabí. Paralelamente, ejecutó durante décadas un proyecto educativo con carácter de cruzada, que no ha sido estudiado a profundidad; en 1945, “fundó la ‘Universidad Popular Rotativa del Ecuador’ para dictar cursos rápidos de Enfermería de Emergencia, Higiene y Primeros Auxilios, Contabilidad Práctica, Economía Aplicada y Secretariado Comercial en los pueblos donde no existían medios para [estudiar]” (Pérez Pimentel, “Rodrigo...” s/f).

tud.²⁶ Las pensamos sobre todo ante contradicciones más de fondo, como las del discurso del dirigente comunista Pedro Saad.

Saad muestra la huella de ideologías dominantes en la idea de nación postulada ante la Unión Sindical de Trabajadores (1943). Es cierto que defendió la composición nacional-popular de los elementos humanos de la nación: “A lo largo de la colonia, dejando su sudor y su sangre en las minas, van los trabajadores, los indios y campesinos ecuatorianos, los artesanos de las poblaciones coloniales, construyendo nuestra nacionalidad. De allí arranca nuestra nacionalidad” (Quintero y Silva 2001, 462), pero cifró sus orígenes en la Colonia, considerando que ella brindó el aporte civilizador. En contraste con los del ala nacional-popular, no problematizó el rol de las expresiones culturales hispanas, pese a sus vínculos densos con Gallegos Lara. Saad, “sorprendentemente, hace tabla rasa de las culturas precolombinas, a las que concibe como ‘primitivas’ (atrasadas) en relación a la obra ‘progresiva’ de la Colonia” (Quintero y Silva 2001, 463). En su etnocentrismo y eurocentrismo se evidencia la permeación del discurso hegemónico de derechas respecto del origen de la nación (defensa de lo hispánico y sus instituciones como elemento civilizador de la barbarie indígena precolombina).

Pero conviene también leer sus ideas en el contexto de crisis de varios conceptos básicos de la doctrina comunista. Desde el segundo lustro de 1930 sucesivas decisiones del Kremlin provocaron desconcierto y conmoción en los cimientos ideológicos de la izquierda internacional: el giro hacia la táctica de los Frentes Populares (1936), la firma del pacto nazi-soviético de no agresión mutua (1939), el viraje de Rusia hacia los aliados, presionada por la invasión alemana a su territorio (1941); finalmente, la clausura de la Comintern por demanda de los aliados (1943). Por otro lado, antes de ingresar a la II Guerra, EE.UU. emprendió una agresiva campaña a favor de la política de buena vecindad;²⁷ ella impactó más en sectores medios

26 Resulta limitante e inexacto reducir la ideología a la dimensión única de “sistema organizado de ideas, [...] [pasando] por alto las dimensiones afectiva, inconsciente, mítica o simbólica de la ideología; la manera en que constituye las relaciones vividas y aparentemente espontáneas del sujeto a una estructura de poder y llega a proporcionar el color invisible de la propia vida cotidiana” (Eagleton 1995, 275).

27 El vicepresidente de EE.UU. realizó una gira latinoamericana en 1940. Fue recibido con apoteosis, aquí. *El Comercio, La Verdad, El Debate, El Universo* difundieron con amplitud la noción

y fue muestra del despliegue táctico de propaganda estadounidense en la prensa de grandes rotativos; la campaña discurría a la par de sistemáticas acciones de penetración cultural (política favorecida por el presidente Arroyo del Río) (Ver Anexo 3).

Fue entonces cuando emergió, no casualmente, Earl Browder, Secretario general del Partido Comunista de EE.UU. El carácter revisionista de sus planteamientos fue percibido por pocos;²⁸ veía el problema con “una simplicidad abrumadora: democracia contra fascismo. El proyecto histórico de la izquierda no debía ser, entonces, la conquista del poder estatal en un contexto revolucionario, [...] [sino procurar] la permanencia de la ‘democracia’ [...] en contra del fascismo” (Páez 1990, 150). Esos argumentos contribuyeron a la confusión, propiciaron decisiones erradas de la izquierda²⁹ y divisiones en sus filas. Pedro Saad, por ejemplo, defendió el ideario de Browder (Martínez 1968, 16). Herrería y Moreno (1984, 252) resaltan que mientras el *browderismo* se volvía de a poco un oscuro lugar común, Gallegos Lara y Ricardo Paredes “defendían al marxismo y señalaban las posiciones entreguistas. Fueron combatidos por los entonces dirigentes del Partido, aun cuando Paredes era el Secretario general del mismo”. Se ha dicho también que esos alegatos de Gallegos Lara condujeron al alejamiento de un sector de la militancia comunista respecto de este líder (Pérez Pimentel, “Joaquín...” s/f).

Todas estas razones contribuyeron a que el fin de la contrarrevolución encontrara a la izquierda con sus recursos enrarecidos. Esto se apreciaba en la dinámica entre las dirigencias de izquierdas y las sindicales, en la que

de “las cuatro libertades” básicas (*Roosevelt dixit*) y su campaña por la política del “buen vecino”. Para Ecuador, la “buena vecindad” con EE.UU. implicó la reducción de precios de exportación de caucho y palo de balsa (insumos para la industria de guerra); (Herrería y Moreno 1984, 248) la solidaridad con su declaración de guerra a los países del Eje, cuando entró al conflicto (*El Día* 24-02-42, 3); un acuerdo para “incrementar la producción de materiales estratégicos esenciales para la defensa del Hemisferio Occidental contra la agresión armada”; (*El Día* 09-03-43, 1) y el mantener una cotización sucre/dólar favorable a EE.UU. (*El Día* 12-05-44, 1).

28 Llegó por vía de dos libros: *Teherán: nuestra senda en la guerra y en la paz*, de Browder, y *EE.UU., Teherán y América Latina: una carta a Earl Browder*, de (alias) *Blas Roca* (Francisco Calderío, Secretario General del Partido Comunista Cubano).

29 Se habían mostrado desde la Asamblea de 1938, cuando la izquierda votó por Mosquera para presidente de la República (Vega 1987, 32) para acabar con la falta de mayoría de las votaciones previas.

influyó la distracción del recurso de las movilizaciones durante la campaña anti-nazi y el que se priorizaran los objetivos del Frente Popular. Adicionalmente, la creación de la Central de Trabajadores Ecuatorianos y la Federación Ecuatoriana de Indios abrieron más espacio a la disensión con los dirigentes de la izquierda (Milk 1977) (de hecho, en el congreso fundacional de Ecuarunari, en 1972, se discutió cuál debía ser su base social: si campesinos indios y mestizos, o solo indios; esta última triunfó) (“Confederación...” s/f). Entre 1944 y 1945 muchos intelectuales se ocuparon en tareas distintas a las del trabajo pre-revolucionario en comités (ahora, en la CCE, la Asamblea, en altos cargos del gobierno, en el país o el exterior). Eso implicó una gran desmovilización política de los intelectuales. Hacia 1946 ellos no eran ya una fuerza social sino otra vez una categoría social (Cfr. Poulantzas 1971, 98).

La propuesta de Benjamín Carrión destaca en este contexto de abandono del concepto de nación y su reemplazo por el de patria en el espacio público de la prensa, en el lustro entre 1941 y 1945. Él piensa a la nación como una comunidad inscrita en un orden más amplio (“el Ecuador es una provincia de Latinoamérica”) (Carrión 2005, 182) y la piensa determinada por la geografía (el trópico). En *Cartas al Ecuador* (1943), desde una visión filo-romántica, dice que en el habitante de Ecuador no pesa tanto la raza sino “la potencia configuradora del clima” (Carrión 1943, 67). Y como expresión de su carácter tropical, uno de los rasgos esenciales del ecuatoriano es el amor a la libertad: se ha empeñado, a lo largo de su historia, “en hazañas de libertad, en guerras independizadoras, en gritos y actitudes de rebeldía” (Carrión 1943, 127). Declara así, de nuevo, su alineación con el tropicalismo vasconceliano, pero marca sus distancias.³⁰ En cuanto al mestizo, desde años antes en *Atahuallpa* (1934) había sugerido la reafirmación de la nación “en base a la mítica raza cósmica (el mestizaje por excelencia) y el reconocimiento de los sectores indígenas y populares como

30 Defiende la geografía del trópico como asiento de la quinta raza, síntesis de las cuatro anteriores, y la más alta de todas. Carrión (1943, 67) la hizo propia. En la segunda “Carta al Ecuador”, dijo: “la potencia configuradora del clima se demuestra cada día con mayor fuerza. Vasconcelos, el gran americano, al cual su ‘gran cólera’, ha desviado es el profeta de la gran cruzada por el trópico: ‘Las grandes civilizaciones se iniciaron entre trópicos y la civilización final volverá al trópico’. Esta afirmación del Maestro es el evangelio de la ‘ecuatorianidad’”.

componentes legítimos de ecuatorianidad” (Handelsman 1991, 139). En los años sesenta sigue mostrándose firme en su defensa del indio, sin abandonar su fe en el mestizaje: “sin duda, la mayor razón para que el Ecuador haya sido y sea, históricamente una región de América Latina atrasada, de poco ímpetu progresista, es la no incorporación del indio a la vida nacional, al ‘equipo de trabajo’ del país” (Carrión 1961, 184). De hecho, filia la tradición cultural del país resaltando el rol de “Espejo, el indio Espejo” en ella (Carrión 1961, 183). En su momento, *Atahuallpa* fue el inicio de un debate personal de Benjamín Carrión con Jijón y Caamaño,³¹ aun cuando el libro implicaba reconocimiento del componente indígena y defensa ardorosa de lo hispánico en la nación a la vez. Amén de la hispanofilia (que atenúa luego) hay un punto más de confluencia entre Benjamín Carrión y los municipalistas conservadores: pensar en un fundamento comunitario y cálido de la sociabilidad: “Insisto en llamarlos pueblos o patrias, para evitar toda connotación de carácter político que se prestaría a confusión. No siquiera ‘naciones’, para eludir interpretaciones que [...] incluyen significación política” (Carrión 1961, 181).

Para concluir, en este capítulo hemos revisado algunas consecuencias, en lo simbólico, de la invasión peruana y la firma del Protocolo de Río. Entre 1941 y 1945 las derechas arremetieron y reposicionaron en la prensa de grandes rotativos su idea de nación con fundamentos hispánicos y católicos. Por otro lado, como efecto de la Guerra y el Protocolo se evidenciaron las porosidades en las ideologías y los imaginarios de clase al actualizarse un concepto de nación fundamentado en argumentos hegemónicos de corte romántico (la idea de comunidad premoderna) y liberal-burgueses (la idea de patria; el desplazamiento de elementos de lo popular, y del conflicto de clases). Esos argumentos estuvieron presentes, incluso, en algunos en militantes de la izquierda marxista. La actualización del concepto desde estos parámetros fue un elemento adicional que contribuyó a la confu-

31 Los separaba, además, lo epistemológico. En su concepción de la producción del saber, Carrión desconfía de los archivos, y da un rol protagónico a la creatividad y la fantasía (elementos clave en *La raza cósmica*, de Vasconcelos). Dice: “queremos saber la historia del pueblo de la patria, [...] su raíz esencial, no por los caminos superficiales y engañosos del documento oficial, del papel del archivo público. Queremos saberla por las expresiones de la cultura, testigos indicadores de la rutas auténticas que ha seguido” (Carrión 1943, 184).

sión ideológica de las izquierdas entre 1939 y 1944; asimismo, propició disputas internas sobre el tema y volvió ostensibles sus puntos débiles. En general, las tensiones en la izquierda, al calor de éste y otros debates de corte doctrinal, dejaron huellas que pesarían luego de la contrarrevolución de Velasco. Por último, otro efecto significativo de la Guerra de 1941 y la firma del Protocolo fue que al actualizarse la pregunta por los fundamentos de la nación se abrió la ruta para crear políticas públicas culturales desde las dos matrices y también desde un actor del liberalismo: el presidente Arroyo. Esas políticas serán el tema del siguiente capítulo.

Capítulo IV

Espacios públicos, políticas culturales privadas

En este capítulo abordaremos otro efecto de las redefiniciones del concepto de nación suscitadas con la Guerra de 1941. Recordemos que luego de esta Guerra y de la firma del Protocolo de Río varios actores –desde formaciones e instituciones diversas– propusieron políticas culturales, cuyos núcleos fueron nociones nuevas de ecuatorianidad; buscaban que al difundirlas y consumirlas esas políticas dieran a poyo a la anhelada cohesión nacional. El proceso de las políticas culturales que entonces se plantearon guarda relación con el de las políticas previas, surgidas en el país desde décadas atrás. Pero hay al mismo tiempo novedades: las nacidas desde 1941 (Instituto Cultural Ecuatoriano y Casa de la Cultura Ecuatoriana) disputaron por el estatuto de política estatal, lo que les garantizaría recibir un financiamiento sin precedentes, y condiciones materiales con las que podrían alcanzar la hegemonía sobre otras propuestas. En el Anexo 3 constan las principales políticas culturales que tuvieron impacto público entre 1900 y 1944; es notorio que con excepción del ICE y la CCE (nacidas en 1942 y 1944) todas fueron financiadas por instituciones u organizaciones no estatales. Ante la pregunta de por qué solo dos alcanzaron ese estatuto nos propusimos revisar cómo fueron tratadas o debatidas las políticas en la prensa (ya que, teóricamente, ella debía canalizarlas para que fueran consideradas en la agenda estatal y que eventualmente el Estado resolviera sobre su investidura como políticas oficiales).

Iniciaremos este capítulo con un acercamiento al rol histórico de la prensa en relación con las políticas culturales preguntándonos sobre sus

posibilidades de mediación en el ingreso de temas a la agenda estatal. Luego revisaremos los contenidos de las principales políticas culturales de la década de 1930 y del período 1941-1945. Finalmente, nos aproximaremos a las circunstancias en que ICE y CCE alcanzaron la investidura de políticas estatales en 1942 y 1944, respectivamente y de forma sucesiva.

Prensa y políticas culturales en Ecuador

Desde inicios del siglo XX empezaron a crearse espacios públicos de debate sobre temas y problemas circunscritos a las disciplinas constituidas (Jurisprudencia y Ciencias Médicas), y que dictaban la nación desde sus postulados. Desde los años veinte se les sumaron la Historia y la Sociología (Prieto 2004), ambas entraban a las discusiones desde campos en incipiente conformación que perseguían especificidad y estatuto científico. Pese a todo los letrados no habían renunciado a la herencia del siglo XIX de incidir en la construcción de lo social macro (la nación). Hasta entonces el mecanismo fundamental para hacerlo, aunque no el único, había sido la pertenencia a un partido político (como militantes o auspiciados por la condición de notables o de aristócratas). Este modelo de letrado del novecientos aún hegemónico comenzaría a ser impugnado desde fines de los años veinte hasta mediados de los cuarenta, por los modelos del intelectual construido en la prensa y del intelectual orgánico, sobre todo. Con ellos un segundo mecanismo de incidencia ganó peso en 1920-1930: el posicionamiento de la figura del intelectual en la prensa de grandes rotativos.

Al mismo tiempo empezaban a producirse cambios en las nociones e imaginarios relacionados con lo público: el espacio público (la prensa devenía una suerte de encarnación o sustanciación de la comunidad imaginada mayor: la nación) y la figura pública (actor cuya fuente de publicidad ya no se circunscribía a la pertenencia a un partido o a las clases sociales dominantes). El auge de la figura del intelectual construido en la prensa – por su trabajo como redactor, cronista o crítico– ocurrió con la ampliación del espacio de ese medio y de sus mayores tirajes, en la Latinoamérica de 1920-1940: “Los diarios y una transformación de las relaciones entre los

autores y su público forman parte de un proceso en el que la figura del intelectual adquiere su perfil singular y la palabra escrita se consolida como su instrumento característico” (Varela 2010, 759).

Pero la gradual asimilación de la prensa de grandes rotativos con la comunidad nacional imaginada implicaba algunas falacias. La primera consistía en pensar que dicha prensa llegaba a toda la geografía nacional. En realidad la recepción estaba muy marcada por lo regional, había provincias más excluidas que otras, incluso en una misma región y la brecha campo-ciudad era enorme: la población rural era el 80% en 1930, y mayor del 71%, en 1950 (Grijalva 1996, 46). La segunda falacia era pensar que esa prensa podía ser leída por toda la población ecuatoriana (aun si hubiera llegado a todo el territorio, las tasas de analfabetismo eran del 44,2%, en 1950) (Torres 2005, 9). Y por último, se creía que no existían otros espacios públicos (pero sí los había y eran muy diversos: los contrapúblicos subalternos, varios reunidos en espacios comunitarios que no se construían en torno a publicaciones; otros espacios sí lo hacían y sus miembros eran comunidades de mujeres, de mestizo-indígenas, de no católicos, etc.).

Lo que sí fue cierto es que la prensa de grandes rotativos se volvió el medio impreso hegemónico (sin ser el único) entre la segunda y tercera décadas del siglo XX. Hasta los años veinte el perfil predominante de quienes en él escribían era el de un intelectual de los grupos de aristócratas o notables, propietario blanco-mestizo, de filiación católica o laica, usualmente masculino. Hacia 1930, la prensa de grandes rotativos incluía a los diarios quiteños *El Día* y *El Comercio*, y a los guayaquileños *El Telégrafo* y *El Universo*.

Esta imaginada arena universal seguía siendo en muchos aspectos un campo cerrado; pero iba abriendo de a poco ciertos canales de comunicación con otros espacios públicos: los de la prensa chica partidista, la prensa académica o la cultural. Esos canales se abrían a partir del desempeño de los actores en más de un espacio a la vez; por ejemplo, Rodrigo Chávez González y Jorge Reyes, militantes socialistas, eran redactores de *La Tierra*, pero también de *El Universo* y *El Día*, y antes fueron parte de publicaciones literarias, como *Savia* y *Cartel*. La prensa de grandes rotativos, más allá de sus restricciones, se volvía un espacio público cada vez más influyente

por los tirajes¹ crecientes de los diarios. A diferencia de la prensa partidista, la de grandes rotativos era accesible a una comunidad lectora mayor y tenía recepción forzosa en todos los partidos porque permitía conocer el clima político del país estar al corriente. Figuraba entonces como una plaza comunitaria a la que concurrían, en conjunción variable, intelectuales de grupos de poder (masculinos, blanco-mestizos, etc.), actores de las tres grandes filiaciones políticas y de los incipientes campos académico y cultural.² Por esa difusión y convocatoria más amplia a redactores la prensa de grandes rotativos fue volviéndose herramienta para obtener prestigio y acumular capitales cultural y social, asequible a intelectuales de sectores medios (no-propietarios, etc.); por ejemplo, todos los escritores del llamado Grupo de Guayaquil escribieron en diarios *El Telégrafo* y *El Universo* (amén de los de prensa chica). Asimismo, esta herramienta impulsaba cambios en los mecanismos de validación y ganancia de autoridad en el campo cultural (Cfr. Robles 1996, xiii).

Por otro lado, esta mayor difusión y la convocatoria a redactores de procedencia más diversa contribuían a ampliar el espacio público. En esa medida, esta prensa aparecía como un mecanismo idóneo para incidir en la creación de políticas estatales y para ayudar a difundir políticas culturales privadas. Recordemos que el ciclo por el cual un problema se convierte en política pública incluye varios pasos: identificación del problema, ingreso a la agenda estatal, formulación/diseño de la política, aprobación de las leyes necesarias, implementación de la política por funcionarios o ejecutores, evaluación de resultados (Kelly 2003, 63). Sin embargo, en América Latina este proceso fue y es –aún hoy– más complejo. En el caso de Ecuador en él han influido,: 1) las tensiones entre lo local/ nacional (De la Torre Aráuz 2004); 2) las soluciones de continuidad entre lo público/privado

1 Ejemplo: *El Universo* triplicó su tiraje en sus primeros 4 años de labores; inició con 800 ejemplares/día, en 1921, y pasó a 1.800 en 1923, y a 2.600 en 1925 (Cfr. <http://www.eluniverso.com/90aniversario/timeLine.php>).

2 En el diario liberal *El Día*, hacia 1922, eran redactores: los conservadores Isaac J. Barrera y M. Burbano de Lara; los liberales Miguel Á. Albornoz, Julio E. Moreno y Pío Jaramillo; el diplomático hispanista César E. Arroyo; junto a ellos: Rodrigo Jácome, Rafael Viteri, Miguel A. Jácome, Eleodoro Avilés; y los jóvenes Rafael Alvarado (futuro dirigente de VSRE) y B. Carrión (Cfr. Salazar 2007, 190, nota de pie de foto).

(mediaciones y continuidad fundamentadas en redes sociales) (De la Torre Aráuz 2004); 3) el capital cultural y social que acumulen los actores de los grupos de presión (Varela 2010).

No obstante, la prensa de grandes rotativos no tuvo mucha participación directa en la creación de políticas estatales (esto es, no funcionó bien como espacio de discusión de lo público). Su participación era indirecta y se limitaba a la difusión de políticas culturales privadas (por ejemplo, difundían actividades de El Ateneo y Grupo América; ver Anexo 2); asimismo, contribuían al posicionamiento de un tema o una necesidad de grupos privados (cuyos contenidos se debatían en los espacios privados de sus instituciones, no en la prensa).³ Luego, ese posicionamiento podía servir de base para gestionar la creación de una política pública: es lo que sucedió con las políticas estatales ICE y CCE, como veremos luego. Debe señalarse, sin embargo que esta capacidad relativa o indirecta para incidir en políticas estatales fue prerrogativa casi exclusiva de la prensa “grande”. En 1920-1945, dados su menor público y menor circulación, la prensa chica posicionaba sus temas mediante otros dispositivos: la que era órgano de instituciones pequeñas con cierto poder económico (de mujeres propietarias; de la Iglesia) reservaba sus páginas para los debates, y luego canalizaba sus necesidades a través de la prensa grande (Cfr. *El Debate*, Quito 1941; *La Nación*, Cuenca 1933, 1936). En cambio, los órganos de partidos de izquierda y de organizaciones de indios y trabajadores debatían en esas páginas (y en sus espacios públicos comunitarios), pero se valían principalmente de las movilizaciones y de la lucha social como mecanismos de incidencia para generar políticas públicas.

Pero fue entre 1938 y 1945 cuando se produjeron los cambios mayores en la prensa de grandes rotativos. Ya no solo posicionaría temas, sino que se definió mejor su rol como dispositivo de control desde el poder estatal y al mismo tiempo como mecanismo de incidencia de intelectuales de sectores medios en el espacio público; el *intelectual construido en la prensa* pudo po-

3 Por ejemplo, brindaban espacio a temas de interés de los diferentes partidos políticos (a diferencia de lo que ocurría en la prensa chica); asimismo, daban cabida a sus solicitudes, resoluciones o convocatorias (Cfr. “Asamblea socialista de Pichincha hizo nominación de diputados”, *El Telégrafo* 10-04-1941: 1).

sicionar políticas culturales privadas, propuestas a título individual o grupal (Isaac J. Barrera, Benjamín Carrión, Hipatia Cárdenas de Bustamante y Antonio Montalvo, del Grupo América) (Cfr. Anexo 3). Tales modificaciones respondieron a una conjugación de factores relacionados con las dinámicas del campo cultural, por un lado, y con el inicio de la II Guerra y con las políticas del gobierno de Arroyo, por otro. Entre esos factores destacamos: 1) la vinculación de los diarios con las grandes agencias internacionales de noticias; 2) el acentuamiento de la penetración cultural de EE.UU., desde que Arroyo se alineó con las políticas de ese país (Anexo 4); 3) en 1940-1945, la introducción del concepto de propaganda;⁴ éste señala a un dispositivo de penetración cultural e ideológica, que empieza a ser gravitante en la política interna y para pensar las relaciones internacionales del país. Arroyo lo acogió, y creó la Comisión de Propaganda Cultural del Ecuador, en 1942; ella fue subsumida por el ICE en enero de 1944 y pasó a cargo de la CCE en agosto de 1944;⁵ 4) la utilización de la cultura y la propaganda cultural (en la prensa de mayor difusión) como recursos para impulsar la paz política, de la mano de métodos totalitarios y de terror, por Arroyo; 5) el uso de la prensa grande para publicitar decisiones y políticas, y que ellas fueran aceptadas; Arroyo no la usó para abrir debates en el espacio público: tal concepto no existía en el diccionario del presidente liberal.

En suma, entre 1938 y 1945 se afirmó el uso de la prensa grande como dispositivo de control político (mediante coerción, o por estrategias de cooptación, como la creación de una política que estimuló el auge de la cultura letrada). Esta prensa no creció como espacio de discusión durante el arroyismo ni de incidencia directa en la creación de políticas culturales. Más bien se afinó su rol como mediadora indirecta entre sociedad civil y

4 *Publicidad política* sería la actividad comunicativa de un individuo o grupo para “difundir sus ideas o neutralizar las opuestas, con el fin último de alcanzar el poder o, en caso de poseerlo, de mantenerse en él” (Huici 1994, 97). En Europa de los años treinta y cuarenta, el concepto *propaganda* se ligó al ascenso del fascismo, que se apoyó en agresivas políticas publicísticas conducidas por maquinarias poderosas, cuyos métodos podían incluir el terror, y recursos de toda índole (estéticos, religiosos, etc.) (Huici 1994, 97).

5 La Comisión de Propaganda Cultural del Ecuador (1942-1943) estuvo a cargo de Isaac J. Barrera (Cfr. AHMRE F.1.2.8. (82) ECIP 9-07-43) En agosto/1944, Cancillería señala que “todo lo relacionado con la cultura ecuatoriana y su propaganda corresponde ahora a la CCE” (Cfr. AHMRE F.1.2.9. (0133/ee) 18-09-44).

Estado, en lo tocante a estas políticas; lo hizo al propiciar la emergencia de un nuevo modelo de intelectual, proveniente de sectores medios: el intelectual construido en la prensa; otro modelo, el del intelectual orgánico, usualmente se desempeñó en los foros de la prensa chica (los católicos conservadores, en *El Debate* y *El Obrero*; Gallegos, en *Lucha Popular* y *El Montuvio*; la fracción de comerciantes marítimos, en *El Día Marítimo*, etc.). Sin embargo, aún sin apoyo del Estado e incluso en contraposición a él tanto prensa grande como chica no dejaron de posicionar políticas culturales privadas con impacto público.

Políticas culturales hasta 1925

Las Constituciones del Ecuador han señalado desde el siglo XIX que es un deber del Estado “promover y fomentar la educación pública y fomentar el progreso de las ciencias y de las artes”. La Constitución de 1945 dedica por primera vez una sección a la cultura (“Tema de la Educación y de la Cultura”); sin embargo, el tema no se desarrolla y queda subsumido en las disposiciones sobre Educación (Cfr. Constitución del Ecuador 1945, Título 13, sección III). Esta asimilación de la cultura por la escuela no es un lapsus, tan solo evidencia el grado de desarrollo del concepto en esa época, más allá de que se viniera discutiendo sobre cultura nacional desde veinte años antes. Este ejemplo ayuda a entender también el proceso de desprendimiento que las instituciones culturales y sus políticas debieron realizar respecto de la escuela a lo largo de la primera mitad del siglo XX.

En Ecuador, entre 1874 y 1920 hubo al menos cuatro políticas culturales que buscaron caminar sin el cobijo o la dependencia de la escuela;⁶ emanaban de organismos privados y se enfocaban en el desarrollo de disciplinas reconocidas. Con similar empeño, dos importantes políticas enfocadas en temas cultural-literarios vieron la luz en 1919 y 1920: la Fiesta

6 Academia Ecuatoriana de la Lengua (nacida en 1874); Sociedad de Estudios Históricos Americanos (1909), que luego pasó a ser la Academia Nacional de Historia (1920); Academia de Historia y Geografía de Cuenca (1915).

de la Lira y El Ateneo. Eran producidas y ejecutadas por dos instituciones de la matriz de derechas y daban cuenta de la vitalidad y fuerza de ella a inicios de los años veinte, a despecho de la dominación liberal. La Fiesta fue sostenida por el aristócrata cuencano Remigio Crespo Toral, promovía y difundía una noción elitista y católica de la poesía.⁷ La segunda recibió apoyo económico de sus miembros y logístico de la Comunidad Franciscana de Quito (que difundió el proyecto, proveyó de local, libros y varios docentes) (Larrea 1920, 7-8).

El Ateneo fue una institución mucho más ambiciosa que las precedentes. Su visión de lo cultural rebasaba lo literario (énfasis del Liceo de la Juventud y de la Fiesta de la Lira) y centraba su intervención en “la difusión de las luces”, de la verdad y el bien (Larrea 1920, 8, 2). En sus inicios la conformaron laicos⁸ y religiosos y su actividad principal consistía en dictar cursos públicos de idiomas (hebreo, latín, griego, italiano, francés, inglés), Literatura española, Historia y Paleografía, Historia de la Filosofía, Psicología, ciencias exactas (Larrea 1920, 4-5). Eventualmente se plantearon un proyecto de bibliotecas barriales, gestionar la donación de libros para bibliotecas públicas y de universidades e incluso crear un museo (Larrea 1920, 9). Su propuesta, con fe en el iluminismo, buscaba incidir en sectores medios; los poseedores del conocimiento impartían la educación desde arriba y anclados en valores católicos. En los años treinta y cuarenta fueron muy publicitados los paliques de El Ateneo (Cfr. *El Día* 7-12-1941, 12), aunque esas charlas no tuvieran la sistematicidad de los eventos iniciales. Con todo, siguió siendo un reducto de letrados de derechas –católicos, hispanófilos, conservadores–, imbuidos aún del espíritu aristocratizante del novecientos.

Con el ascenso de sectores medios que habían accedido a la educación y la presencia de estratos de la aristocracia venidos a menos, en los años veinte irrumpieron actores con nuevas miradas en el campo cultural. Sus propuestas eran ideológicamente diversas: conservadoras, aunque menos

7 Ver sus conferencias “María en América y España” (1928), “Americanismo hispánico dentro del Panamericanismo” (1929), “La Acción Católica” (1930) (Pérez Pimentel “Remigio...” s/f).

8 Su primer presidente, Carlos M. Larrea, fue director de la Academia de Historia y del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica, y tenía vínculos densos con la jerarquía de la Iglesia Católica.

extremas que las de El Ateneo (Sociedad de Amigos de Montalvo, luego Grupo América), otras eran de izquierda (Grupo de Guayaquil, Sociedad de Escritores y Artistas Independientes, SAEI) o centro-izquierda (Alere Flamman). Pasamos a revisar sus dinámicas y especificidades para percibir mejor el complejo panorama de la disputa cultural entre 1940 y 1945.

Políticas culturales entre 1925-1941

Sociedad de Amigos de Montalvo - Grupo América

La Sociedad de Amigos de Montalvo fue fundada en 1926 por dos intelectuales hispanófilos Alfredo Martínez y Antonio Montalvo para honrar la obra y memoria de Juan Montalvo (Mora 2010, 15). Instituyeron la *Revista América*, que pronto ganó mucho prestigio; en sus veinte primeros números incluyó reseñas escritas por Antonio Montalvo sobre casi todos los libros que se publicaron por entonces en el país, independientemente de la filiación política de los autores. Por esa disposición parecería que la Sociedad quería contrastar con el carácter excluyente de El Ateneo; sin embargo, su eclecticismo la llevó a algunas oscilaciones y contradicciones ideológicas⁹ y se disolvió después de pocos años. La revista siguió editándose, aunque de manera irregular. En 1931, varios miembros de la Sociedad, junto a otros que no pertenecían a ella, conformaron el Grupo América.

Este Grupo, cuyo objetivo fue dar continuidad a la revista, tuvo carácter corporativo (i.e.: con “existencia permanente; un conjunto de personas reclutadas conforme a principios reconocidos, con intereses y normas comunes que establecen los derechos y las obligaciones de los miembros

9 La revista se llamó: *Publicación de la sociedad Amigos de Montalvo* (1-4), *Revista Hispanoamericana de Cultura* (5-30), *Mensuario de Cultura Hispánica* (31-35), *Revista Hispanoamericana de Cultura* (nueva-mente) y *Revista Indoamericana de Cultura* (Mora 2010, 17). Los cambios de nombre (*Hispanoamericana* vs. *Indoamericana* en particular) sugieren que hubo debates, que acaso incidieron en la disolución del grupo, luego del número 10 (Mora 2010, 17). Una destacada fundadora del Grupo, Hipatia Cárdenas de Bustamante, oscilaba entre conservadurismo y el liberalismo (debatía en el espacio público por los derechos políticos de la mujer); (Pérez Pimentel, “Hipatia...” s/f) rasgos similares en otros miembros impregnaron el carácter y los objetivos de éste.

en su relación mutua y en relación con esos intereses”) (Boissevain 1974, 148). Decían oponerse a las diferencias que desunían a los pueblos de América, buscaban la “defensa de la libertad y la democracia” y se definían como “apolíticos”: “No podrá el Grupo América intervenir, como tal, en actividades políticas ni de carácter religioso” (“Estatutos...” 2006, 6,16). Por otro lado, el Grupo mantuvo su filiación al hispanismo ecléctico de la Sociedad de Amigos de Montalvo;¹⁰ sus matices le permitían dialogar con escritores liberales (José Rafael Bustamante, Óscar Efrén Reyes, Alfredo Baquerizo Moreno) y conservadores (Gonzalo Zaldumbide, Remigio Crespo Toral, Carlos M. Larrea) y abrir las puertas a socialistas (Pablo Palacio, Jorge Reyes, Jorge Carrera Andrade). El eclecticismo fue una de sus fortalezas para conseguir el patrocinio de autoridades. Recibió apoyo estatal importante y duradero que implicó dos recursos básicos: un local en los altos del Teatro Sucre (la sede estuvo allí hasta la década de los noventa), y el acceso a los Talleres Gráficos Nacionales, donde se imprimían la revista y las publicaciones del sello editorial América.¹¹ Se añadían las colaboraciones de instituciones privadas de Quito y Guayaquil y aportes de los socios (éstos financiaron íntegramente los primeros números de la Revista) (Mora 2010, 1-5). Si bien en los años veinte y treinta el Estado apoyó logísticamente a varias instituciones (Academias de Historia y de la Lengua), el conjunto de la subvención al Grupo América parece haber sido mucho mayor.

Es interesante la lógica que subyace al auspicio estatal a la actividad editorial del Grupo. Lucía como una relativa ampliación –desde arriba– del derecho de los escritores a ser editados, sin que pareciera un beneficio dirigido a un particular sector de intelectuales. En teoría, quien deseara editar su obra en los Talleres Gráficos Nacionales podía hacerlo, pero debía

10 Montalvo, Augusto Arias, César Arroyo, Zaldumbide, José R. Bustamante, entre otros, eran hispanistas; pero había diferencia, por ejemplo, entre el filofascismo de Zaldumbide y la mirada hispanoamericanista democrática de César E. Arroyo.

11 Sucesivos presidentes de la República dieron su apoyo al Grupo: Isidro Ayora patrocinó el Concurso Nacional sobre aspectos de la obra de Juan Montalvo, en 1926 (junto al gobierno político de Tungurahua y la Colonia de Ambateños Residentes en Quito); también financió el Concurso Nacional de Prosa y Poesía, en 1927. Arroyo, en 1941, patrocinó el Premio Anual de Literatura (Mora 2010, 17 y 28).

conducirse a través del Grupo América; allí radicaba la clave de esa política, se requería de la aprobación de una institución privada para acceder a un bien que en esencia era público (porque lo financiaba el Estado, con dineros públicos). Algo similar ocurrió con la imprenta de la CCE (hasta hoy) y la del Banco Central del Ecuador (entre 1970-2000).

Respecto de Antonio Montalvo, los capitales que le permitieron conseguir apoyo estatal fueron su experiencia como editor de revistas y como poeta, su reconocida labor en pro de la memoria de Juan Montalvo (“Montalvo Antonio” s/f) y el acertado manejo de la figura simbólica del baño ante el Presidente Ayora. Antonio Montalvo es, pues, una temprana figura de intelectual construido a través de los medios. También incidieron sus redes: la mediación de socios influyentes (Crespo Toral, Baquerizo Moreno, Larrea, Zaldumbide) y los vínculos con el liberal Abelardo Montalvo (Presidente de la República en 1933-1934 y Ministro de Educación de Arroyo del Río; probablemente Abelardo intercedió para que Antonio fuera incorporado como Secretario del Instituto Cultural Ecuatoriano, en 1944). A ello se suman su criterio empresarial en la concepción del Grupo América (Mora 2010, 15) y el manejo de la revista. Sobre todo habrá incidido la intensa actividad cultural que inició América que pronto desplazó a las labores de El Ateneo: dictaban conferencias, promovían debates, realizaban presentaciones de obras, concursos, exposiciones, ferias de libros. Mantenían una revista de alta calidad (en edición y contenidos) y promovían activamente su canje y distribución a nivel nacional e internacional (Mora 2010, 23). El poder y la representatividad del Grupo pasaron a fundamentarse en el capital cultural y social que la revista le brindaba.

Este poder se evidencia en las funciones de propaganda cultural y representación del país en el exterior que el Grupo cumplió hasta 1944: iban desde un rol de apoyo a instituciones extranjeras en la gestión de concursos literarios (caso de Editorial Farrar & Reinhart, de Nueva York) (*El Día* 10-11-41, 8), hasta el de conducir la propaganda cultural del país con estatuto casi oficial a través del Servicio Exterior. Cónsules y embajadores debían difundir la *Revista América* en calidad de “representantes internacionales ante organizaciones [culturales] afines” (Mora 2010, 15), fue el caso de Carrión en México, de Zaldumbide en Francia, de César E.

Arroyo en España, de Miguel Albornoz en Argentina. Asimismo, el Grupo pasó a gestionar la propaganda cultural oficial que emitía el Estado: fue el árbitro de lo que se consideraba culturalmente representativo del país, para difundirlo de manera oficial.¹²

Con América se inauguró el modelo de una institución que condujo una política cultural pública con apoyo de fondos públicos pero nacida en una institución privada. En su noción de cultura las elites eran las productoras de la cultura nacional y el Grupo contribuía a desarrollarla y “difundirla entre las clases populares” (“Estatutos...” 2006, 5), además consideraban que la cultura debía ser un praxis social apolítica (rasgo que el Estado valoraría en esa década de intensa lucha social). En su alineación en el segundo lustro de 1930 fue prevaleciendo el conservadurismo, sin que el Grupo estuviera controlado por nodos de las redes de derechas; paralelamente se identificaba cada vez más con los gobiernos de turno, lo cual fue significativo entre 1935 y 1937 (años de dictaduras). En la hora de los enfrentamientos más recios entre hispanófilos falangistas y republicanos (1937-1939) la pertenencia a América daba prestigio a escritores de derechas, pero se lo restaba a los de izquierdas. Por eso varios escritores de esta matriz (como Benjamín Carrión y Gonzalo Escudero), preocupados por sus capitales culturales, renegaron de su pertenencia al Grupo y declararon públicamente su desafiliación como socios en 1937 (*El Día* 6-02-37, 3). En los años cuarenta iniciaría el declive de la hegemonía cultural del Grupo América.

Políticas culturales de la matriz de derechas

En cuanto a las derechas, si bien ganaron espacio progresivamente en el Grupo América, sus cuadros no controlaron dicha institución ni su política cultural. Entonces, ¿desde qué foros difundieron sus políticas enfocadas en literatura? Durante la década del treinta se redujeron a El Ateneo (que

12 Le derivaban las solicitudes relativas a temas culturales ecuatorianos, recibidas de gobiernos extranjeros a través de Cancillería, o provenientes de los ministerios y otras instituciones del país. Asimismo, el Grupo elegía las obras literarias o colecciones completas que debían remitirse al exterior, muchas veces a título oficial, en envió a través de Cancillería (Cfr. AHMRE F.1.2.9 (1944) Of. 330-G 12-02-1944).

paulatinamente perdió espacios, a favor del Grupo América) y la Fiesta de la Lira (cuyo producto representativo, la poesía mariana, había sido desacreditado por Gallegos Lara y Carrión e ignorado por la crítica internacional; la Fiesta decayó desde 1937) (Tigre 2009, 13). Sus foros literarios se redujeron entonces a la revista *Letras* y diario *El Comercio*. Su cuadro más activo en esos medios fue Isaac J. Barrera, crítico literario.

Solo con el gobierno de Arroyo y en el contexto de las disputas entre 1941 y 1945 por el carácter de la nación la matriz de derechas pudo publicitar su catolicismo hispanófilo con vigor; la reactivación de esta matriz debió mucho a la intensa gestión de la Iglesia (líder en la asimilación de la ecuatorianidad con valores católicos e hispánicos), según ya vimos. Al mismo tiempo, por encargo personal de Arroyo, cuadros de las derechas ejecutaron una vasta política cultural pública (el ICE), propuesta y financiada íntegramente por el Estado. En esa ambigüedad de trabajar dentro de una institución creada por un gobierno liberal, sin embargo las derechas pudieron realizar otra jugada clave: con textos de sus críticos literarios impulsaron su versión de un canon literario nacional anclado en el novecientos; Zaldumbide, Barrera, Espinosa Pólit realizaron la selección de textos Colección Básica de Escritores Ecuatorianos y (con excepción de Espinosa Pólit) escribieron los prólogos¹³ de los cuatro volúmenes que alcanzaron a editar hasta 1944 (incluso Jijón y Caamaño participó, en el libro que recogía la producción del Arzobispo González Suárez, su mentor); el ICE fue extinguido en el momento en que se creó la CCE.

13 Gallegos Lara establece deslindes entre los críticos de derechas, al comentar la reedición de los clásicos: eran “lo único bueno que pareció procuraba hacer. [...] Arroyo fue una momia desde que empezó a escribir. Aquellos a quienes encargó reeditar los clásicos hicieron selecciones y prólogos dignos de su amo y de ellos mismos. En este país rebelde, sólo las momias se prestan para esbirros. [...] Hay que aclarar la bajeza con que estos classicizantes han mezclado en este lío, en calidad de peón literario, al P. Aurelio Espinosa Pólit, sacerdote de veras, alma clara [...]. Ellos lo pusieron a restablecer textos, [...] no le confiaron un prólogo. Los viles tienen tanto miedo a las almas puras como a las rebeldes”. [Gallegos Lara, “Los Clásicos Ecuatorianos y el culto a los muertos”, *El Universo* 2-11-1944, 8]. Pero Espinosa Pólit sí fue parte activa en los criterios de trabajo de los prólogos, según se deduce de su carta a Barrera, del 27-01-1943 (Cfr. “Epistolario...” 1981, 17-18).

Políticas culturales de la matriz de izquierdas

Un año clave en su historia fue 1930: cuando la matriz, como conjunto, dio el campanazo. El aumento de su influencia a lo largo de la década fue sostenido (Rojas, 1949) y logró opacar la vigencia de la matriz de derechas en el campo cultural. Sus propuestas fueron heterogéneas y representaban lo popular desde perspectivas diferentes (a veces, opuestas), según comentamos en el capítulo II. Entre sus políticas, destacaron: la nacional-popular (liderada por Gallegos Lara, fue la de mayor impacto en los años treinta), la popular-mestiza (esbozada por Benjamín Carrión a fines de los años treinta, se posicionó en 1941-1944), la enfocada en lo popular-folklórico (conducida por Rodrigo Chávez), un proyecto centrado en aspectos costumbristas urbano-rurales (de los artistas plásticos reunidos en Alere Flammam; con vigencia hasta fines de los años treinta) y otro enfocado en promover procesos democráticos, incluyentes de *lo popular* (SAEI, desde 1937). Entre 1930 y 1944 hubo tensiones al interior de la matriz y en ocasiones desembocaron en disputas; lo usual eran desacuerdos a título individual dado el carácter no orgánico de la mayoría de estas formaciones.¹⁴

Iniciaremos con el ala que lideraba Gallegos Lara. El proyecto nacional-popular implicaba a una red de actores, formaciones e instituciones: el Grupo de Guayaquil, Alere Flamam (y luego la SAEI), algunos militantes del Partido Comunista y el Partido Socialista, bases de trabajadores, prensa chica. Tenía vínculos con las redes de intelectuales y artistas lojanos y con algunas de Quito. De todas estas formaciones e instituciones la más visible fue el llamado Grupo de Guayaquil, en el que Gallegos compartía liderazgo con José de la Cuadra.

El Grupo no era un conjunto orgánico ni formal (Rodríguez 2014). Fue desde la panorámica de su producción narrativa y ensayística que el Grupo configuró y propuso un modelo de nación ecuatoriana incluyente

14 Las disputas se dieron más entre partidos políticos que entre proyectos (una excepción fue el cisma en Alere Flammam, del que nació la SAIP). Pero sí existieron: entre Gallegos Lara y Rodrigo Chávez González; entre Gallegos Lara y los escritores vanguardistas (y socialistas) Pablo Palacio y Humberto Salvador.

de actores populares (cholo, montuvio, indio) y de sus respectivas manifestaciones culturales. Dicha producción fue el necesario correlato de la praxis política de quienes eran militantes de la izquierda y demandaban derechos políticos y redistributivos para esos actores que se convertían en fuerzas sociales. La meta del Grupo no era entonces la institucionalización, menos aún pretendían obtener apoyo del Estado, municipios o empresas privadas para su accionar, tampoco apuntaban al desarrollo del arte culto, aunque hubiera similitud en algunas actuaciones con grupos corporativos que sí tenían este objetivo, como el Grupo América y El Ateneo (dar conferencias, escribir y publicar libros). Su labor de escritores se inscribía en efecto en el campo cultural (eran narradores, poetas, ensayistas), pero no exclusiva ni primordialmente. La diferencia la marcaban: 1) su concepción de lo cultural integrado a lo político (Cfr. Gallegos Lara: “Escritores apristas y escritores comunistas”, *El Montuvio* III época 17, 12-01-36, 1, 4); 2) su perspectiva del trabajo político-cultural: desde lo nacional-popular (AMM, J-19370321); 3) el énfasis de Gallegos Lara en el trabajo en la prensa (chica, cultural, de grandes rotativos), con la idea de que los espacios en torno a la prensa eran importante herramienta para la reflexión (AMM, Carta J-19310312); en este sentido su inspiración inicial como política y como producto cultural fue la revista peruana *Amauta* (Carta 30, Gallegos Lara y Gil Gilbert, en Carrión 1995 97-99). Gallegos era un intelectual orgánico (él se autodefinía como escritor comunista).

Paralelamente al trabajo literario y cultural-político de Gallegos Lara, en el primer lustro de 1930 surgió el grupo Alere Flammam, en él participaron varios de los cercanos a Joaquín, y realizaron actos conjuntos (Pérez Pimentel, “Joaquín...” s/f). Era una institución más formal, había menos militantes de partidos políticos y la edad promedio de los miembros era mayor. La mayoría eran artistas plásticos, atentos a lo popular (Pérez Pimentel, “Enrico...” s/f; “José Ma. Roura...” s/f) con perspectiva no necesariamente marxista: con ella coexistía la mirada costumbrista, incluso nostálgica del campo (Hidalgo 2010, 49). Sin embargo, su enfoque sobre lo popular impactó y ayudó a visibilizar no solo a los miembros de Alere, sino el trabajo de la izquierda militante en general y las posiciones más radicales de los intelectuales orgánicos.

En el segundo lustro de 1930, mientras la figura de Gallegos Lara seguía siendo gravitante, surgió una tercera institución: la Sociedad de Artistas y Escritores Independientes, SAEI; la constituyeron jóvenes artistas radicalizados, desprendidos de Alere Flammam (Pérez Pimentel, “Alba...” s/f). En 1937 con ese cisma Alere inició un lento declive hasta desaparecer a inicios de los años cuarenta. La mayoría de los de SAEI eran militantes de izquierda, con excepciones –como Pareja, Galo Galecio–. La SAEI era más formal que el conjunto liderado por Gallegos Lara, sin llegar a ser un grupo corporativo. Sesionaban en casa de la madre de Enrique Gil, donde él y Alba residían (Pérez Pimentel, “Alba...” s/f). Además del trabajo conjunto e individual en plástica, organizaban debates, exposiciones, conferencias –Gallegos también colaboró en ellas– (Pérez Pimentel, “Joaquín...” s/f). La SAEI hizo activismo a favor de la democracia, sobre todo desde 1943 (por ejemplo, se unió a la protesta por el encarcelamiento de Pedro Saad). Pareja Diezcanseco definió a esta formación como “eminente democrática y abierta a todas las inquietudes sanas. [...] [Su sitio] ha estado y está siempre junto a las reivindicaciones indispensables para la reconstrucción nacional. [...] Pido entonces que se reconozca el derecho y la categoría de un arte que no aspira a otra cosa que a significar nuestra atormentada geografía humana, para alcanzar su nueva conformación” (“Discurso Pronunciado por D. Alfredo Pareja al Clausurar la Exposición de Artes Plásticas”, *El Universo* 19-10-1943, 5). Años después, Pareja (1989, 7) se referiría a la SAEI como “virtualmente, una extensión del Grupo de Guayaquil”.

El ocaso del llamado Grupo de Guayaquil inició desde fines de los años treinta con el viaje de Ferrándiz Albors a España (y después a Uruguay, en exilio) y con la muerte de De la Cuadra en 1941. Por entonces había iniciado la crisis del movimiento comunista internacional; le siguieron la penetración del *browderismo* en Ecuador y el arranque de la Guerra Fría, eventos de enorme impacto en las políticas culturales de la izquierda en Latinoamérica y el mundo. Pero aun durante los años de confusión creciente para el Partido Comunista (Herrería y Moreno 1984, 249-252) el ala nacional-popular continuó su trabajo: Gallegos Lara mantuvo sus diálogos y discusiones literarias con escritores jóvenes y sus reuniones con obreros y militantes del comunismo en el primer lustro de los cuarenta; asimismo,

participó activamente en los comités y asambleas populares (Falcón 1990, 200-201) de Alianza Democrática Ecuatoriana, también mantuvo su trabajo en la prensa chica y la de gran tiraje, aquel con Pedro Saad en el Partido en Guayaquil (Pérez Pimentel, “Joaquín...” s/f). Asimismo, prosiguió el de Nela y Luisa Gómez de la Torre en varios sectores de la Sierra. Es decir que aun con altibajos la militancia nacional-popular fue muy activa entre 1941 y 1944.

Además de la ausencia de Ferrándiz y De la Cuadra otros eventos contribuyeron al ocaso del proyecto nacional-popular: el enrarecimiento del clima en el Partido Comunista por el combate de Joaquín Gallegos y Ricardo Paredes al *browderismo* (Herrería y Moreno 1984, 252; Pérez Pimentel, “Joaquín...” s/f) a causa de la institucionalización de un modelo cultural no nacional-popular con la creación de la CCE; la desmovilización de las izquierdas durante la Asamblea Constituyente (1944-1945); el golpe de Estado de Velasco Ibarra (1946); el arranque de un programa estatal de alfabetización con perspectiva no nacional-popular (Martínez 2005, 101); el viaje de Nela¹⁵ a Centroamérica (1946-1948) (Martínez 2005, 103-108) y su dedicación mayor al trabajo en Alianza Femenina Ecuatoriana a su regreso (Martínez 2005, 94 y ss.). El tiro de gracia fue la muerte de Gallegos Lara (febrero/1947) y con ella el cese del proyecto de una prensa popular formativa, participativa, deliberativa. Todo ello determinó el declive y clausura definitiva del proyecto nacional-popular.

La segunda propuesta de la matriz de izquierdas que revisaremos es la de Benjamín Carrión. Sus conceptos generales constan en *Cartas al Ecuador* (1943). Como varios escritores con perspectiva regional —ocupados por la expresión latinoamericana y su especificidad cultural entre 1930-1950— Carrión buscó dilucidar qué era lo nacional, cuál su relación con la cultura europea y el rol social que tenía la cultura. Por ello el autor parte de reflexiones sobre la historia y la producción literaria del país, en su indaga-

15 Ha sido poco estudiado el impacto de la cultura patriarcal en el mismo partido. En 1944, Martínez fue postulada como candidata a diputada, en asambleas del Partido Comunista y de Alianza Democrática Ecuatoriana; ambas “fueron frustradas por la mala fe. El prejuicio estaba presente, [...] y aparecía como una reacción espontánea de los hombres, que reconocía que la mujer era útil para arriesgarse [...] pero no para una diputación. Pese a todo, fui diputada suplente y, cuando me principalicé, allí sí se levantaron los señores a felicitarme” (Martínez 2005, 86).

ción sobre lo que él llama la voluntad nacional. Sin embargo, los elementos que cimientan las fortalezas del trabajo de Carrión (su plasticidad para poner en diálogo historia, sociología y literatura) se convierten a la vez en evidencia de sus límites (por su afán de cifrar los conocimientos sobre la base preponderante de la intuición¹⁶ o “la imaginación en vez de la ciencia, para establecer nuevas leyes sociales”) (Handelsman 1989, 28). Vale decir que él “carecía, como los autores socialistas de su generación, de un instrumental científico para entender el presente” (Simón Espinoza 1986 en Handelsman 1991, 37). Eran acaso límites dados por la época, pero también por su convicción: en cuanto estuvo a su alcance puso distancia con la Academia y sus métodos, y de manera consciente no los acogió¹⁷ (Carrión 1943, 126).

La segunda dificultad proviene del ámbito ideológico y se expresa, cómo no, en su praxis política y en varios conceptos que defendió. Benjamín Carrión es un intelectual que nació y se formó entre dos momentos: el tradicionalismo aristocrático del 900 (marcado con tintes liberales) y el vanguardismo de las izquierdas. Son los dos polos entre los cuales oscilará y se debatirá a lo largo de su vida (“es la contradicción propia de la transición de una época a otra”) (Moreano 1989, 70). Esa fluctuación explica el empleo confuso y a veces contradictorio de categorías y perspectivas; esto se puede observar en su noción de cultura, en la función que le atribuye y en su definición de la sociedad. Carrión no es marxista, él no se basa en el concepto de lucha de clases para entender la sociedad, y como actitud general desdeña los rigores metodológicos en el análisis. Habla desde un idealismo paternalista en el que nociones liberales (democracia, progreso) son parámetros clave. En su concepción, la sociedad se conforma de pueblo y gobernantes o pueblo y “gente de altura” (Moreano 1989, 91-93). Pueblo designa a los actores colectivos que se han opuesto históricamente a los malos gobernantes; su significado está implícito (es lo opuesto a gente

16 Un ejemplo: el idealista Benjamín Carrión indaga, apoyándose en la historia y la geografía, cuál es la esencia o espíritu que él llama “vocación nacional” (la aptitud como país, sus inclinaciones naturales). Y plantea que la vocación espiritual del Ecuador es la libertad; que su vocación profesional no es agrícola, sino “de aptitudes manuales”; y que su vocación moral es defender su libertad (Carrión 1943, 117-128).

17 Llama “polilla de archivos” a Jijón y Caamaño (1943, 66 y 100). Aboga por el valor de la leyenda, sobre el dato frío del archivo; pero lleva al extremo esta idea, y desdeña las fuentes primarias.

de altura y malos gobernantes), no se lo define. En todo caso, el pueblo debe ser conducido por los gobernantes; es a quien la CCE orientará, brindando “dirección y perfeccionamiento de las artes populares” (Carrión 1957b, 265). El concepto tiene incluso resonancias populistas¹⁸ cuando dice en 1957 que la CCE no es:

la Académica que se pasa todo el año jugando con el divertido juguete del vocablo, para lustrarlo y esplenderlo. No es la Sociedad Literaria, creada para editar libracos y revistas. La CCE es la prefigura de mi pueblo. Por eso se entiende con mi pueblo. Lo llama para darle nociones para las artesanías; va hacia él, para hacer con su concurso la obra de la patria (Carrión 1957a, 153).

Recordemos que el componente de lo popular estuvo presente en los discursos de todas las políticas culturales de la matriz de izquierdas; asimismo, en discursos de algunos actores de la matriz de derechas –incluido obviamente Velasco Ibarra–. De ello deriva que no toda apelación al pueblo estuvo (ni está) ligada al marxismo ni que en todos los empleos del concepto de pueblo hubo (ni hay) una perspectiva populista.¹⁹ Respecto a si existie-

18 Creemos que a estas frases poco frecuentes de Benjamín Carrión se reducen sus pátinas populistas. Panizza nos recuerda que, “como figura política que busca ser parte del pueblo y a la vez su líder, el líder populista aparece como una persona corriente con atributos extraordinarios. [En oposición a] las instituciones, los partidos y los políticos reconocidos que pretenden representar al pueblo [y] silencian [sus] voces [...] el líder afirma tener un *rapport* directo con el pueblo, que le permite promover sus intereses sin convertirse en prisionero de los poderosos” (Panizza 2009, 38-39). Cabe resaltar que la prioridad de Carrión no fue centrarse en la referida identidad con “el pueblo”; si la idea era “llevar la cultura al pueblo”, mal podía interesarse en adoptar “elementos culturales que son considerados indicadores de inferioridad por la cultura dominante” (Panizza 2009, 44).

19 Recordemos que “el pueblo de la política populista no está formado necesariamente por los pobres, y tiene poco que ver con las nociones marxistas de alianzas de clases contra la clase económicamente dominante. Está formado por aquellos que se consideran a sí mismo privados del derecho de representación y excluidos de la vida pública” (Panizza 2009, 30-31). Panizza resalta que el populismo sería “un modo de identificación a disposición de cualquier actor político que opere en un campo discursivo en el cual la noción de soberanía del pueblo y su corolario inevitable, el conflicto entre los poderosos y los débiles, constituyan elementos centrales de su imaginario político” (2009, 14). Más allá de las condiciones de surgimiento del fenómeno, “el populismo es algo más que una respuesta a una ruptura política: es un rasgo arraigado del modo en el cual se lleva a cabo la política, derivado de la brecha que existe entre los líderes y los liderados, y de las dificultades encontradas por las organizaciones políticas para mediar entre ellos de manera eficaz” (Panizza 2009, 28).

ron afinidades significativas entre Velasco Ibarra²⁰ y Carrión, tendemos a pensar que el mayor parentesco proviene del componente generacional. Ambos pertenecen al grupo de intelectuales que buscaba desprenderse del modelo de letrado del siglo XIX. Ante el resquebrajamiento ideológico y partidista de terratenientes y burguesía liberal manifiesto en la década del veinte Velasco permanece con fe en la democracia liberal y en los derechos a la educación y la libertad de sufragio (De la Torre Espinosa 1997, 129); sin embargo, también la mantiene en el poder moralizante de la Iglesia (“debido a la naturaleza humana, ‘el hombre necesita ser adoctrinado, ser enseñado, ser moralizado’”) (1929a, 75 cit. en De la Torre Espinosa 1997, 131). Considera al socialismo como “la solidaridad de los hombres en su lucha por alcanzar cosas buenas: la liberación económica, la cultura, el bienestar de todos” (1928, 348 cit. en De la Torre Espinosa 1997, 132). Pero enmarca esta idea dentro de una “visión católico-elitista de caridad a los pobres y una reacción y oposición al socialismo radical” (De la Torre Espinosa 1997, 133). Carrión también fue liberal en su juventud, pero su cercanía con el socialismo fue mayor: no como militante sino de manera indirecta, por sus vínculos con su red de íntimos; adicionalmente, décadas después, estuvo ligado a los discursos por la segunda independencia. Sin embargo, Carrión se apartó siempre –como Velasco– de posturas ideológicamente radicales.

Velasco y Carrión se conocieron en la Universidad Central; hacia 1920 ambos participaron en la *Revista de la Sociedad Estudios-Jurídicos* y fueron miembros de dicha Sociedad (“Personal...” 1920). Pero tuvieron derivas diferentes: Velasco eligió centrar su participación en el sistema político-partidista (aunque no se afiliara a partido alguno) y Carrión buscó inscribir sus acciones en el ámbito cultural-político. Velasco mantuvo su afinidad con el arielismo (Cfr. *Cuestiones americanas: Rodó, Vasconcelos, Bolívar* 1931) y

20 Velasco define así al “pueblo”: “todo el mundo sabe qué es el pueblo frente a politicastros de cualquier denominación, el artesano, el hombre medio, el que trabaja modestamente para ganarse el pan, las clases humildes, la familia respetuosa del honor: todos estos elementos forman el pueblo ecuatoriano. El obrero, sobre todo el obrero humilde, que sólo pide que se le deje trabajar en paz y que se practique la justicia... sin guía, sin maestro, sin jefes de partido, viene el pueblo ecuatoriano luchando incansablemente por encontrar el equilibrio de la razón y de la armonía” (1937, 50-51 cit. en De la Torre Espinosa 1997, 136).

hay vestigios tibios de mestizofilia cuando define a la raza hispanoamericana: “tendría entre sus dones la habilidad, la destreza, el fresco vigor del indio; el audaz individualismo ibérico; la aptitud para el amor universal que inspira el cristianismo” (1974, 101 cit. en De la Torre Espinosa 1997, 140). En contraste, Carrión se decantó ineludiblemente por Vasconcelos desde su estancia en El Havre; el énfasis mestizófilo atraviesa prácticamente toda su producción ensayística, son muy leves los ecos rodonianos en Carrión. Finalmente, sabemos que en 1946 molestaba a Velasco la proximidad entre Carrión y la izquierda, que era mayor de la que hubiera deseado: “en verdad, para mí la Casa de la Cultura no es Casa de la Cultura sino de intriga política tendenciosa y envenenada. [...] [Pero] tal vez sería útil a la paz de la República [...] tolerar a la Casa de la Cultura tal como está ahora” (AHMCE, Fondo Jacinto Jijón y Caamaño (JJC).01932, 19).

Proseguiremos con el componente mestizo del discurso de Carrión. Estaba ya sugerido en *Atahuallpa* (1934), aunque se percibe menos en *Cartas* (ese texto debía cumplir otros objetivos). Carrión plegó al auge del discurso del mestizaje que se volvió hegemónico en Latinoamérica durante la posguerra. En 1957 enuncia con claridad y fervor: “mi pueblo [es] de indios, sí, de muchísimos indios; [...] de mestizos y un poco de blancos. [...] Con la tendencia incontenible a la unificación en el tipo total: el mestizo” (Carrión 1957, 151-152), “esta gran esperanza nuestra” (Carrión 1957, 151-152). La suya es una perspectiva popular-mestiza con la idea de un flujo de conocimientos de arriba hacia abajo. El renacer del país iba a darse mediante la cultura (como las ramas del sauce podado pueden crecer otra vez). Pero “era necesario guiarlas, dirigir las, para que la esencia no se perdiera, para que los brotes nuevos fueran el trasunto del poder nutritivo de la savia” (Carrión 1957, 152). Es distinta de la noción de participación activa del elemento popular con discusión y toma de conciencia que proponía el modelo nacional-popular liderado por Gallegos Lara.

En estas consideraciones está implícita una función social de la cultura y de los intelectuales propia del siglo XIX: el letrado es el llamado a civilizar y a gobernar.²¹ De hecho, el modelo del civilizador es Sarmiento y del

21 En el liberalismo, la figura del intelectual-político se mantuvo: “Mezcla de tribuno, publicista y educador, el historiador liberal era un erudito que ‘orientaba’ a la opinión pública, y ‘transmitía’

educador implícitamente el Próspero de Rodó. Dice Benjamín Carrión: “El gran Sarmiento en el sur, y nuestro criollo civilizado [Roca fuerte], nos dan una esperanza tonificante para el esfuerzo nuevo. Nos afirman las posibilidades de ser civilizados, justos, libres” (Carrión 1943, 82). Porque la civilización llega con vías férreas y carreteras, pero sobre todo con la educación y el contacto con el exterior: enviando becados a estudiantes, y trayendo profesores extranjeros (Carrión 1943, 98). Civilizar es la función social de la cultura. La investigación científica serviría para determinar el resto de acciones concretas; sin ser la Academia la CCE brindaría “estímulo para la creación de institutos de altos estudios y de investigación científica” (Carrión 1957b, 265). Analiza Handelsman (1989, 117): “al plantear la idea de establecer una especie de *think tanks* (Centros de Altos Estudios), Carrión se esforzaba por crear ciertas condiciones que permitieran que todo intelectual continuara encontrando oportunidades y motivos para su propio crecimiento y para el de la sociedad en general”. Amén de estas aspiraciones, la significación de ellas es que calzaban a la perfección con los proyectos modernizadores y desarrollistas (no revolucionarios, no marxistas) que en lo político estaban ya tocando a las puertas del país y de Latinoamérica.

En su idealismo paternalista resuenan lejanos ecos de Rodó/Próspero cuando dice: “Si desde arriba se señalan caminos que convienen al pueblo. Si se le muestra interés por su resurrección, anhelo por su bienestar, el pueblo, este buen pueblo nuestro [...] otorgará la plenitud de su confianza, como ha sabido entregarla, plena, jubilosa, infantil, a quienes le han inspirado fe y amor” (Carrión 1943, 149-150). Según Carrión, las rebeliones ocurren no porque el Ecuador sea ingobernable, sino porque ha sido mal gobernado (Carrión 1943, 119-128). Ya se dijo: Carrión no es marxista, él no considera que exista lucha de clases. Subrayamos esto, para ubicar las distancias ideológicas que podían existir, y existieron, en las matrices culturales (en este caso, entre Gallegos Lara y Carrión en la matriz de izquierdas).

los valores cívicos de la nación” (Hidalgo 2010, 49). Con leve sorpresa, Benjamín Carrión (1943, 97) reconoce que Alfaro: “a pesar de no ser un letrado, hizo, como pocos gobernantes ecuatorianos, apreciable obra de civilizador”.

Políticas culturales entre 1941-1944: ICE y CCE

Desde 1941 y en el clima social que imprimieron la Guerra con el Perú y la firma del Protocolo de Río, el presidente Arroyo tuvo varias razones para pensar en la cultura como un recurso estratégico. Por un lado tomó como antecedente una entrevista realizada por el Grupo América en 1938, la cual concluía que el apoyo al desarrollo cultural (pensado como “alta cultura”) era un factor clave para la estabilidad democrática en el país (Arroyo 1944); por otro lado, conociendo los vínculos que unían cultura y política, decidió recuperar la legitimidad mermada de su gobierno con el apoyo a instituciones que fueran funcionales a sus intereses y a su idea de cultura. Como presidente, Arroyo desplegó una política cultural amplia, cuyos objetivos podrían resumirse en los siguientes: a) difundir su noción elitista y jerárquica de la cultura (en la que coincidía con la perspectiva de los conservadores, siendo él liberal; no es extraño puesto que eran sus colegas en la Academia Ecuatoriana de la Lengua); b) dar luz verde al mismo tiempo a la penetración cultural de EE.UU. (y a su política de combate al fascismo y el comunismo), en años de salvaje propaganda ideológica internacional; c) implementar la política del Instituto Cultural Ecuatoriano desde el Estado. Esta política permite apreciar la complejidad y heterogeneidad del conjunto de roles de este actor, y su sagacidad para diseñar estrategias de control político y social: “cada concepción económica y política erige un modelo de lo que debe ser la cultura, en el que se refleja no solo la mentalidad del grupo, sino ante todo las estrategias de control social y asimilación de la población en los valores dominantes” (Muñoz 2005, 17).

La política estatal de Arroyo aún se fundamentaba —a mediados del siglo XX— en los postulados liberales decimonónicos de la civilización y el orden, como premisas para el desarrollo del país. Su Ministro de Educación, también liberal, lo declara: “Cultura es uno de los elementos integrantes de la civilización. La civilización comprende el progreso material y moral” (*El Instituto...* 1944, 21). La cultura para Arroyo provenía de la Academia (seis de los nueve miembros del ICE pertenecían a ella)²² y estaba ligada a la dis-

22 Integraban el Instituto Cultural Ecuatoriano: dos miembros por la Academia Ecuatoriana de la Lengua; uno por la Academia Nacional de Historia; uno por el Centro de Estudios Literarios

ciplina, a la institucionalidad y al poder. En su discurso de posesión Arroyo resaltó los vínculos entre cultura y civilidad, así como su empeño en defender el orden: “Cultura, en último término, significa comprensión de los deberes ciudadanos, de los deberes de la convivencia social. [...] Los que hacen daño a la cultura del país, los que con su conducta comprometen el buen nombre y prestigio de la Nación, son traidores a la República. [...] Seré inflexible en la represión de cualquier acto que represente una incultura” (Arroyo 1940 citado en *El Instituto...* 1944, 14). Así, la cultura no era un recurso más, sino “el medio que ha[bía] de contribuir con mejores resultados a dar una estructuración más sólida a la vida pública ecuatoriana” (*El Instituto...* 1944, 34-35), era necesaria para gobernar y mantener el orden social y debía ser letrada (*El Instituto...* 1944, 37). Arroyo entonces hizo un uso estratégico de las políticas culturales, convencido de que, si eran adecuadas llegarían a atemperar las disputas políticas en el país.

Ahora bien, ¿a qué cultura se refería Arroyo en estas consideraciones? A la de élites, sin dudas. De hecho, una de las primeras y fundamentales tareas de su política fue la difusión de los clásicos ecuatorianos: esto es, la obra escrita hasta el modernismo (en ello coincidía absolutamente con el criterio estético de Espinosa Pólit) (Espinosa 1938). Por otro lado, no hizo ninguna mención de elementos de lo popular en su proyecto: era innecesario, ya que las élites eran las que iban a ascender espiritualmente con la cultura (en singular) para lograr armonía en la vida social; a fin de cuentas ellas conducirían los destinos económicos y políticos del país. Por eso concluía sin tapujos que la cultura era “la obra ecuanime y refinada de los que piensan” (Arroyo 1944, 37). Académico ortodoxo, insistió en que la lengua debía ajustarse a las normas: si la palabra ordenaba el mundo, los que sabían pensar, debían hablar bien (recordemos que él fue también ensayista y celebrado orador).

En relación con la idea anterior, promovió y defendió una estética apartada de lo burdo, que privilegiara el uso de una palabra refinada (con lo que

(anexo a la U. de Guayaquil); uno por el Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay; uno en representación de los rectores de universidades. Se añaden: un representante de los expresidentes de la República, uno de los directores de los diarios ecuatorianos, y un miembro designado por el mismo ICE (*El Instituto...* 1944, 3 - 4).

introdujo una censura al realismo social: otro punto de coincidencia con la matriz de derechas). Con la cultura, afirmaba, sería “generalizado [...] el uso de un lenguaje desbrozado de burdas asperezas, y la palabra [será] [...] el argumento supremo e intangible por excelencia” (Arroyo 1944, 37). Desde su impronta jesuítica resaltaba, finalmente, la relación íntima entre ética y estética: la cultura, “hálito de eternidad”, era un proceso teleológico de ascenso hacia la “conciencia de su misión y exquisitez depurada de su proceder” (Arroyo 1944, 37). Sobre estas premisas y dado el carácter autárquico en su ejercicio del poder Arroyo encargó sin reparos la ejecución de la política cultural ICE a intelectuales de derechas (académicos de la Lengua, como él). En lo normativo, en lo estético, en la valoración del orden, en el carácter letrado de la cultura este liberal de 1942 curiosamente coincidía con los letrados conservadores y católicos.

En este punto cabe una digresión: si en dicha política eran tareas centrales la promoción y difusión de los clásicos ecuatorianos, ¿por qué Arroyo favoreció la penetración cultural de EE.UU. en su mandato? La respuesta se halla en el contexto global y en el hecho de que —en su carrera y en su proceder político— él había defendido los intereses de las transnacionales desde los años veinte, sin beneficio de inventario (Pérez Pimentel, “Carlos Arroyo del Río” s/f). No era un problema entonces ser buen vecino de EE.UU.: cederle las Islas Galápagos para la instalación de bases militares de ese país (Pérez Pimentel, “Carlos Arroyo del Río” s/f), promover las listas negras y la caza sospechosos de nazismo, perseguir a las izquierdas (Pérez Pimentel, “Carlos Arroyo del Río” s/f), favorecer la propaganda de EE.UU. y su injerencia cultural. No solo no había problema en eso: era imperativo para apoyar la causa de EE.UU., porque la II Guerra Mundial también se jugaba desde la propaganda en las agencias noticiosas internacionales y en la prensa de grandes tirajes.

Si la propaganda era la una cara de la medalla, el espionaje era la otra. Edward Said denuncia en *Orientalismo* (1978) la relación entre las universidades de EE.UU. y su gobierno en el contexto de la Guerra Fría. Las Áreas de estudio y los Departamentos de Letras y Lenguas Extranjeras se desarrollaron junto a las políticas de espionaje del Departamento de Estado para conocer e infiltrarse en las culturas de países *otros*. Así, hasta hoy mantienen “redes de

‘antiguos alumnos’ o de ‘expertos’ que vinculan los negocios multinacionales, las fundaciones, las compañías petrolíferas, las misiones, los servicios militares, los departamentos de exteriores y las centrales de inteligencia con el mundo académico” (Said 1978, 398). Con ese fin, instituciones culturales y universidades solicitaron información, otorgaron becas y premios, reunieron documentos, manuscritos, invitaron a escritores y artistas, etc. En el país hay muchas pruebas de ello: llegaron misiones investigadoras en varias disciplinas y ámbitos culturales;²³ decenas de solicitudes de información, invitaciones, ofertas de becas y pasantías, etc. se canalizaron a través de Cancillería que las condujo (vía Ministerio de Educación) a las instituciones locales pertinentes (Anexo 4). Si bien existían estas prácticas desde 1935, ellas aumentaron a inicios de los cuarenta; en particular desde 1944 (Said 1978, 398). Bien iniciada la tarea (que incluía la persecución a la izquierda y al nazi-fascismo en el país), el asistente fue premiado: una vez que el Congreso refrendó la firma del Protocolo de Río, Arroyo viajó a Washington, donde fue nombrado Líder del Panamericanismo (Pérez Pimentel, “Carlos Arroyo del Río” s/f). Entonces, ya podía emprender con el uso estratégico de la cultura al interior del país, ahora sí para gobernar.

En ese contexto, la creación del ICE debe mucho a la necesidad de legitimarse que tenía el gobierno de Arroyo (por el Protocolo, por las medidas represivas y autárquicas de su gobierno, por la crisis económica debida a la inflación). El Anexo 2 permite apreciar varias novedades en el uso estratégico de la cultura, que realizó Arroyo: 1) Aumento de artículos relativos a la cultura desde el inicio de la guerra.²⁴ 2) Cambio cualitativo en los contenidos, desde el primer trimestre de 1942; si bien hubo una disminu-

23 “La posguerra atrajo al Ecuador visitantes extranjeros, incluidos antropólogos interesados en los indígenas de comunidades rurales” (Prieto 2004, 198, nota 29).

24 El Anexo incluye artículos de *El Día*, pero en *El Comercio* hubo un énfasis similar: “El año intelectual femenino” (*El Comercio* 31-12-41, 2). “El año 1941 en la cultura” (*El Comercio* 1-01-42, 1). Este último artículo informa sobre las instituciones culturales activas en 1941: Instituto Bolivariano, Sociedad Jurídico-Literaria (con sus charlas), Instituto Ecuatoriano-Venezolano de Cultura (que inauguró la Biblioteca Teresa de la Parra, de autores venezolanos), Grupo América (el presidente Arroyo dictó un decreto asignando fondos para esa biblioteca; presidió la Sesión Solemne del Grupo en 1941), Sociedad Bolivariana del Ecuador (con su revista), El Ateneo (con sus conferencias y paliques), la Universidad Central y Radio Quito (con más conferencias). Refiere, además, la lista de libros editados en 1941. Por otro lado, era prestigiosa la columna “Crónica literaria”, de Isaac J. Barrera, en la página editorial de *El Comercio*.

ción del número de artículos respecto del trimestre previo (12 contra 21 títulos), la novedad es que 3 de los 12 son noticias emanadas del gobierno, referidas al inicio de su política cultural; por otro lado, se pone fin al reciclaje de los artículos hispanófilos de César E. Arroyo, lo que abona a la idea de un giro en los contenidos de noticias culturales que se difundirían (¿iniciativa del director del diario, o sugerencia desde instancias estatales?). 3) En el segundo trimestre de 1942, la disminución de noticias sobre cultura parecería coincidir con la reducción de los debates y el “aplanamiento” en el ánimo de muchos columnistas del diario (Cfr. *El Día*, abril-junio/1942), luego de la firma del Protocolo de Río; un artículo comenta la alocución de Arroyo, respecto del valor de la cultura. 4) Hay un notorio auge del tema cultural en el curso de 1942 (sobre todo en su último trimestre, y que se mantiene en 1943):²⁵ la cultura se tomó los titulares y desde una perspectiva nacionalista se comentaban obras y eventos ecuatorianos y actuales (producidos y realizados en esos días: se acabaron los reciclajes); ellos daban cuenta de un dinamismo enorme en el campo cultural (reuniones sociales y literarias, exposiciones, concursos); disminución de presencia de El Ateneo y aumento de la del Grupo América; impulso hacia una mayor sistematicidad en la emisión de noticias de la sección cultural.

Me detendré en esa intención de posicionar el tema cultural en el espacio público. Para ello un recurso²⁶ fue aumentar el número de columnas que produjeran de manera sistemática esta categoría de noticias. Es cierto que las había desde antes: en *El Día*, observamos en el reciclaje de los artículos de Arroyo, en el trabajo por entregas de Adolfo H. Simmonds (que es su primera y única reflexión orgánica sobre cultura; tan completa, que se volvió un clásico en los estudios sobre teatro). Pero el empeño es más notorio en 1942, cuando *El Día* crea *nuevas* columnas dedicadas a temas culturales y específicamente literarios, para que se aborden de manera sistemática y ya no eventual (como antes ocurría en la de “Túpac Amaru”, “Crónicas del lunes”, en el mismo editorial central). Y hago una

25 Lastimosamente, la BAEP no contaba con el tomo de *El Día* correspondiente a julio-septiembre/1942.

26 Hubo otros, como la política de becas: “Becas en Pedagogía y Letras, para Manabí, El Oro, Los Ríos, Esmeraldas” (*El Universo* 4-01-44, 4).

digresión para preguntarme al respecto quién pagaba los honorarios de los columnistas:²⁷ ¿el propio diario, como efecto de carambola de la política cultural oficial?, ¿o las subvencionó el Ejecutivo, de forma indirecta –amante como era Arroyo de institucionalizar–? En todo caso, el impacto global de estas nuevas columnas es que dinamizaron enormemente el espacio público y movilizaron capitales en el campo cultural.

En cuanto a la política ICE hay indicios de su concepción desde fines de 1941, cuando Arroyo anunció y convocó a los concursos artístico-literarios anuales.²⁸ En el año 1942 se publicitaron y ejecutaron y se anunció la creación de la Comisión de Propaganda Cultural del Ecuador que editaría la Biblioteca de Clásicos Ecuatorianos (*El Día* 19-03-42, 10). En mayo de 1943 iniciaron funciones formales dicha Comisión y la Dirección de Bellas Artes, DBA (ambas adscritas al Ministerio de Educación). En ese momento la política ya estaba delineada en su totalidad y atribuía un rol protagónico a la Dirección de Bellas Artes. Meses después se decretó la creación del Instituto Cultural Ecuatoriano que reunía a ambas instituciones centralizando su accionar.

La DBA fue un gran esfuerzo inicial centralizador de actividades culturales sin precedentes y a tono con lo que ocurría en varios países por esos años (i.e., en Colombia) (“Proyecto...” 2010, 1). Es interesante observar todas las actividades de promoción cultural, de control y de apoyo al desarrollo municipal que se consideró debían estar a cargo de la DBA. Esta Dirección debía coordinar y centralizar: las políticas relativas al folklore y a patrimonios (artístico, arqueológico e histórico, incluyendo actividades de catalogación) y las tareas de propaganda cultural (“organización de exposiciones de arte en el exterior” y en el país). Por otro lado, ejercería control sobre la publicidad emitida en la radio (supervigilancia artística de las ra-

27 En el caso de la campaña provelasquista, la prensa contribuyó activamente y financió parte de la propaganda de Alianza Democrática Ecuatoriana: *El Universo*, que solía no incluir artículos de Gallegos Lara, desde 1944 creó para él la columna “Noticiero Tropical”, y le pagó por esos artículos. (Pérez Pimentel, “Joaquín...” s/f).

28 Se convocó a concurso en las categorías: novela, biografía de ecuatorianos ilustres, teatro, periodismo, poesía, discursos, estudios jurídicos, ciencias físico-matemáticas, Historia, asuntos internacionales, ciencias médicas, música típica, pintura y escultura, aplicación pedagógica (*El Instituto...* 1944, 16).

dioemisoras) y el cine (censura cinematográfica), así como control sobre el Teatro Sucre. Por último, daría apoyo a tareas civilizatorias: en lo simbólico (la educación artística en conservatorios y escuelas de bellas artes) y en la construcción material de la *civitas* (colabora con las Municipalidades en la solución de los problemas de urbanización) (*El Instituto...* 1944, 17). La única actividad cultural fuera de su injerencia se encargó a la Comisión de Propaganda Cultural: organizar y editar los 27 volúmenes de Biblioteca de Clásicos (tarea que no iba a dejarse en manos de burócratas, por cierto, sino de quienes poseían capitales acordes a la noción de cultura del presidente). Meses después la política se ajustó más; Arroyo centralizó las tareas de la DBA y la Comisión en un solo organismo, y le dio institucionalidad mayor, con el decreto 1755 del 11-11-1943, de “Creación del Instituto Cultural Ecuatoriano”: “es preciso dar la mayor estabilidad posible a la obra de difusión y estímulo de la cultura nacional, alejándola de las actividades políticas y colocándola en un plano de independencia y garantía” (*El Instituto...* 1944, 3). El Instituto Cultural Ecuatoriano inició funciones en enero de 1944 y fue extinguido con el mismo decreto que creó la política cultural CCE, el 9 de agosto de 1944.

En suma, las tareas encargadas al ICE y las organizaciones que la conformaron (la Comisión de Propaganda Cultural del Ecuador, y la DBA) hablaban de una idea de nación que tenía mucho en común con aquella que promovían las derechas (él no compartía el fervor hispanista ni la ciega militancia católica, aunque no se reñía con ese culto: acompañó las mayores *performances* religiosas de 1941-1944; en cambio, sí sustituyó el referente hispánico por otro: el estadounidense). Pero si bien Arroyo propugnaba un Ecuador abierto a la cultura y las políticas internacionales de EE.UU., por otro lado buscó difundir y promover la literatura ecuatoriana de la Colonia y la República (excluyendo la producción del realismo social); asimismo, favoreció el estudio de las bellas artes y la música conforme a cánones clásicos. Su idea de progreso se ligaba a la de orden y al control ideológico (el ICE debía vigilar los contenidos de radio, cine y teatro; actividad que era corolario de la censura a la prensa instaurada por los poderes omnímodos de Arroyo); el orden debía regir las diversas expresiones sociales: desde el lenguaje hasta el desarrollo ur-

banístico. Su empeño en el ordenamiento de la ciudad parecería traducir un nuevo temor liberal, ahora a las oleadas de migrantes rurales que ocupaban la periferia y los barrios céntricos de Guayaquil y de Quito. La cultura debía ser protegida de todas estas amenazas. Las artes plásticas se enseñarían en la academia de Bellas Artes; la música, en los Conservatorios. Apenas hubo una concesión al pueblo: entre los nueve concursos promovidos, uno debía premiar la música típica; por el resto no se le reconocían agencia ni mayores capacidades artísticas o de pensamiento al pueblo, a éste le correspondía obedecer, nada más.

Ahora pasamos a la política CCE. En su creación incidieron no solo elementos del contexto (Revolución del 28 de mayo, sobre todo), sino también el sentido de oportunidad y el olfato político de Benjamín Carrión, sus capitales, redes y lazos débiles. El 9 de agosto 1944 fue el último día en que Velasco ejerció los poderes supremos que le fueron concedidos temporalmente luego del 28 de mayo de 1944; caducarían el 10 de agosto, cuando la Asamblea Constituyente iniciara sus funciones, por lo que Velasco debía esperar a que ella lo ratificara como presidente para estar seguro en el cargo. Benjamín Carrión percibió la oportunidad con enorme perspicacia y logró redactar el proyecto, gestionarlo y conseguir la firma de Velasco para el decreto ejecutivo el día 9 de agosto (en un lapso temporal estrechísimo). Por eso puede afirmarse que se trató de una jugada brillante de Carrión.

Los argumentos de la política cultural CCE se esbozaron en *Cartas al Ecuador* pero adquirieron líneas definidas y concretas en julio de 1944. La teoría de la pequeña nación es más bien una idea cuyos fundamentos declarados yacen en Joaquín Costa (quien postuló la necesidad de volver a tener patria, luego del desastre español de 1998) y en el símil del sauce podado, de Arnold Toynbee (Carrión 1957a). Para lograr ese renacimiento, Carrión buscó indagar en “la verdad humana de nuestro habitante”, propiciar un “acercamiento a las viejas y modernas culturas” (invitando a artistas, científicos y pensadores), y enviar “nuestras gentes al mundo” (Carrión 1957a, 152-153). Era un trabajo que la patria realizaría desde “sus dos líneas vocacionales jamás desmentidas, la Cultura y la Libertad” (Carrión 1957a, 153).

Benjamín Carrión resaltaba los considerandos del decreto para defender la distancia de la CCE respecto del ICE.²⁹ Ellos pueden reunirse en tres categorías: los que destacan la conciencia de la mirada desde y hacia el extranjero, característica de Carrión (es la perspectiva que le permitió forjar sus capitales social y cultural); los que propenden a la expresión de la cultura nacional y a la búsqueda de “la vocación y el destino de la patria” (Carrión 1957b, 263); los que se orientan al progreso del país mediante el desarrollo científico. En relación con esos considerandos la CCE se planteó dar conferencias, fundar una editorial y una revista, organizar exposiciones científicas y artísticas en el país o el extranjero, conceder premios, enviar misiones culturales y obtener becas, dar “estímulo y organización al teatro, la música y la coreografía nacionales; brindar dirección y perfeccionamiento de las artes populares; y estímulo para la creación de institutos de altos estudios y de investigación científica” (Carrión 1957a, 265). En este último punto Benjamín Carrión muestra su relación de cercanía/ distancia con la Academia:

somos el Instituto en el cual se hace la indagación de la verdad y la posibilidad nacional para con ese conocimiento trazar rumbos certeros a la marcha de la patria. Respetamos profundamente la obra y el destino de la universidad ecuatoriana, con la cual, afortunadamente, la Casa de la Cultura ha colaborado desde su fundación. Hemos de dejar constancia de la gratitud profunda de nuestra Institución por el ancho espíritu comprensivo con que nos han prestado apoyo todas las universidades del país. (Carrión 1957b, 278)

Para cumplir con sus actividades, el ICE había contado con el impuesto de 0,75% a las exportaciones del país (*El Instituto...* 1944, 42); la CCE recibió un porcentaje menor (Vera 1984), pero no fue en absoluto pequeño. El financiamiento fue una clara ventaja que la CCE y el ICE tuvieron sobre

29 La CCE busca “la expresión de la cultura nacional”; el progreso a través de la investigación científica; “robustecer el alma nacional y esclarecer la vocación y el destino de la patria” a través de su pensamiento; difundir en el exterior las manifestaciones intelectuales ecuatorianas; ofrecer facilidades para que visiten el país “los valores científicos y artísticos de renombre internacional” (Carrión 1957b, 263-264).

otras políticas culturales. Ese impacto se sintió en el campo cultural, de manera general, y en la preeminencia que mantuvo en él la CCE durante decenios. Esta institución cambió las reglas y la correlación de fuerzas en el campo, siendo difícil contrarrestar sus dimensiones y su peso: tenía alcance nacional, imprenta propia y sobre todo recursos financieros no ligados al mecenazgo de la aristocracia o de la Iglesia.

Pero se habían producido cambios adicionales en el campo en 1925-1945. Primero se diversificaron las formas de financiamiento de las políticas culturales: a diferencia de proyectos asentados sobre la base de un linaje aristocrático, una fortuna familiar, o un apoyo eclesial (Fiesta de la Lira, Academia Nacional de Historia y El Ateneo, respectivamente), los proyectos Grupo América y los de la matriz de izquierdas se fundamentaron en la agencia de actores privados (individuales o institucionales). En segundo lugar se modificó el poder de convocatoria de los conductores de los proyectos: ahora reposaba en el prestigio cultural obtenido por desempeños en espacios públicos; un nuevo modelo de intelectual, inédito en el país, emergía con ello: el intelectual construido en la prensa, sobre la base de capitales políticos y culturales (ya no solo económico-sociales). Finalmente, con Benjamín Carrión inició la transición hacia un tercer modelo de intelectual: el de la literatura, que se volvería hegemónico en las décadas finales del siglo XX.

Para concluir, en este capítulo hemos revisado brevemente la relación histórica entre políticas públicas y prensa, en el país. Luego nos centramos de manera más detenida en el proceso de las políticas culturales en Ecuador desde 1925. Nos detuvimos en dos de ellos que se volvieron dominantes al convertirse en políticas estatales: el ICE en 1942 y la CCE en 1944. Ambos surgieron en un contexto de luchas en varios niveles: guerra mundial (1939-1945), conflicto regional (guerra con Perú, 1941) y disputas internas (era el momento más alto de la lucha política de la primera mitad del siglo XX) (Coronel 2011). La carrera para la designación de la política cultural estatal fue otra cara de la lucha política entre derechas e izquierdas, iniciada en 1925, y a la que se reincorporaron los liberales desde 1938.

Pero aún después de revisar los contenidos de las políticas culturales emanadas de las dos matrices (que fueron argumentos en la disputa entre

ellas) no es posible todavía comprender cómo Benjamín Carrión consiguió que su proyecto cultural se volviera la política oficial del Estado. Se trata de un caso particular de incidencia directa de elementos micro sobre las estructuras macro; y para comprender cómo se produjo es necesario revisar un elemento adicional: las redes sociales de Benjamín Carrión. En el capítulo 5 veremos cómo ellas y los múltiples lazos débiles de este actor utilizados con extremo sentido de oportunidad política —y sobre la base de su fuerte imagen pública— marcaron la diferencia.

Capítulo V

De intelectuales y redes en espacios públicos: la importancia de llamarse Benjamín Carrión

Cabe iniciar este capítulo con la pregunta: ¿es que, hacia 1944, Benjamín Carrión se había vuelto una figura con el peso necesario para definir el destino de la política cultural nacional? La respuesta es sí y no. Sí, porque había acumulado el suficiente poder político (con su capital cultural, mediado por su presencia en la prensa) y luego porque empleó los vínculos necesarios para que lo designaran cabeza de la política cultural estatal. Pero no era un poder desmesurado ni perdurable, porque se apoyaba en una coyuntura transitoria, porque las fuerzas opositoras se reconfiguraron. Por ello, si el contexto político 1930-1941 favoreció el ascenso de las propuestas culturales de izquierdas, entre 1941 y 1944 se evidenció el papel de las redes sociales de Benjamín para obtener la creación de la CCE y su presidencia (y aún para sostenerla, contra actores que se le opusieron —principalmente conservadores—).¹ En este capítulo revisaremos la configuración de las redes sociales y lazos débiles de Benjamín Carrión, que fueron los elementos decisivos para que su proyecto privado se volviera política oficial.

1 Pronto hubo asedios de intelectuales conservadores a la CCE, en pasquines, en la prensa. (Morel 2012, 78-79). En 1946, Velasco llamó la atención a Jijón y Caamaño porque los conservadores de la Asamblea, al oponerse a la CCE, esgrimieron argumentos del propio Velasco; añadió: “en verdad, para mí la Casa de la Cultura no es Casa de la Cultura sino de intriga política tendenciosa y envenenada. [...] [Pero] tal vez sería útil a la paz de la República no aumentar un leño más en la hoguera y tolerar a la Casa de la Cultura tal como está ahora” (AHMCE, JJC.01932, 19). En 1956 fue el presidente Camilo Ponce quien combatió a la CCE sin cuartel.

El contexto inmediato fue decisivo. Durante los 73 días posteriores al 28 de mayo los actores colectivos movilizados o que apoyaron la revolución fueron las fuerzas sociales gravitantes; me refiero a las bases urbanas de Alianza Democrática Ecuatoriana (conformadas por sectores medios y populares, en casi todas las provincias, varios comités de ADE, en Guayaquil contaron con armas) (Cfr. *El 28 de mayo de 1944. Testimonio* 1984), las bases campesinas costeñas (sindicatos de Milagro, en la provincia del Guayas), sindicatos de trabajadores y obreros de fábricas (en Pichincha y otras provincias), organizaciones de indios (zona de Cayambe y la sierra central), estudiantes de Guayaquil y Quito. Por sus vínculos con ellas y por su trabajo en los comités fue ineludible considerar a los partidos de izquierda en las decisiones políticas entre el 28 de mayo y el 10 de agosto de 1944 (más allá de que Velasco hubiera armado el gabinete en acuerdo con conservadores y liberales, dos días antes de ingresar a Quito el 1º de junio) (Martínez 2005, 84). Una tercera fuerza de la sociedad civil también tuvo injerencia en el poder en esos 73 días: los intelectuales que presionaban desde el espacio público de la prensa chica (*El Montuvio, Surcos*) y diarios de gran tiraje (*El Día, El Universo, El Telégrafo*), ambos alerta y activos.

Pero en el momento en que se instaló la Asamblea y Velasco fue ratificado como Presidente empezó a cambiar la correlación de fuerzas. Se evidenciaron de a poco las fuerzas económicas que habían ascendido en décadas previas (las “modernizadoras” y las vinculadas a capitales extranjeros) y aquellas de derechas; éstas, fortalecidas con Arroyo, volvían a reclamar el control de la institucionalidad del Estado –como pertenencia que nunca hubiera dejado de ser suya–. En el escenario de los 73 días de las bases es donde actuó Benjamín Carrión (lector de la oportunidad política y de coyunturas, como pocos): escenario y circunstancias en que las redes y los lazos débiles marcaron la diferencia a su favor.

Las bases llegaron a esos 73 días luego de más de veinte años de intensa lucha social. Benjamín Carrión también, pero su recorrido fue otro: él se había ocupado en consolidar redes y capitales (social y cultural), en un campo cultural en formación. Para lograrlo había intervenido en diferentes escenarios del amplio y difuso espacio público cultural: realizó *performances* políticas, dio conferencias y participó en mesas redondas en Sociedades y

en la Universidad, escribió prólogos de libros, comunicados y manifiestos, artículos de prensa. Sin que fuera su único espacio público de intervención, se apoyó sobre todo en el de la prensa de grandes rotativos: allí había ganado prestigio desde los tempranos años veinte, y a lo largo de los treinta; allí esbozó su teoría de la nación pequeña, y afianzó su idea del rol cívico de la cultura (en 1941-1942). Sobre la base de este prestigio su proyecto cultural obtuvo la hegemonía sobre el del Instituto Cultural Ecuatoriano, al final de los 73 días de las bases. Revisaremos este recorrido en el que forma redes y construye un nombre para validarse en el campo cultural.

La Universidad: capitales, redes básicas

Estos procesos iniciaron desde sus años de estudiante, en Quito. En la Universidad Central conoció a buena parte del que sería su círculo de íntimos, con el que caminaría hasta 1944 (año en que se produjo una dispersión del grupo; igual ocurrió con otros conjuntos de acción, en la izquierda). Entre 1919 y 1922 los escenarios de socialización de Benjamín Carrión y sus allegados fueron: la *Revista de la Sociedad Estudios-Jurídicos*, *Cultura-Revista del Profesorado del Colegio 'Valdivieso'* (mantenía sus nexos en Loja), la revista *Caricatura*,² y la redacción de diario *El Día* (aquí, desde 1921 o 1922). Hay que recordar que *El Día* era uno de los dos diarios más importantes de Quito. Pío Jaramillo y Rafael Alvarado eran redactores en él (acaso Benjamín Carrión ingresó a la planta de redacción a través de uno de ellos). Ahí conoció a Isaac J. Barrera, Julio Moreno, César E. Arroyo.³ En 1923, Benjamín Carrión fue prosecretario de la Cámara de Diputados; director de la *Gaceta Judicial*, órgano de la Corte Suprema, en 1924 (Pérez Pimentel, "Benjamín Carrión Mora" s/f). En 1925, el presidente liberal Gonzalo

2 Trabajaron allí: Rafael Alvarado, Enrique Terán, Jorge Diez, Ramiro de Sylva; y los artistas Nicolás Delgado, Guillermo Latorre, Alberto Coloma Silva, y *Kanela* (Carta 4, 18-11-1919 en Carrión 1995, 34).

3 Junto a ellos, fueron también redactores: M. Burbano de Lara, Rafael Viteri, Miguel A. Jácome, Eleodoro Avilés, Rodrigo Jácome y Miguel Ángel Albornoz (Salazar 2007, 190, nota de pie de foto). Arroyo colaboró "desde 1913, con la serie de crónicas 'Mirando a España' y 'Al margen de la epopeya', que enviaba al Ecuador mientras cumplía funciones consulares en España" (Salazar 2007, 15).

Córdoba lo designó cónsul en El Havre.⁴ Acaso influyeron en esa selección el que Córdoba hubiera sido profesor en la Universidad Central, el desempeño de Benjamín Carrión en la *Revista de la Sociedad Estudios-Jurídicos* (Córdoba era socio honorario), (“Personal...” 1920, 161) o en la *Gaceta Judicial*; no se puede descartar la intercesión de Pío Jaramillo, Ministro de Gobierno de Córdoba. El viaje a El Havre fue decisivo para su formación y participación intelectual (igual que para otro joven profesional enviado a Francia: Antonio Quevedo). En suma, desde que llegó de Loja en 1916, hasta su viaje a El Havre, Carrión había conseguido tres cosas: 1) participar en el espacio público capitalino desde revistas y un diario importantes; 2) insertarse en el espacio de juristas de Quito; 3) conformar una red de íntimos que perduraría, al menos, hasta 1945. Fue en las aulas universitarias, sobre todo al participar en la *Revista de la Sociedad Estudios-Jurídicos*, que conformó su núcleo de amigos y de trabajo en la prensa. El espacio de socialización universitario también le dio contactos laborales, para la subsistencia (trabajó en diarios y revistas, en la Cámara de Diputados, como profesor), (Pepé Carrión, entrevista, 2013). A Antonio Quevedo le deberá su designación para dirigir la legación diplomática en México, en 1932. En la *Revista* y en las aulas, conoció a varios futuros actores políticos: José María Velasco Ibarra, Eduardo Salazar, Mariano Suárez V. (“Personal...” 1920, 163).

Conformaron su círculo de íntimos (red local básica, hasta 1944): Rafael Alvarado, Miguel Ángel Zambrano, Antonio J. Quevedo, César Carreara Andrade, Alfredo Pérez Guerrero, Salvador Cobos, César Coloma, Luis F. Mora, Raúl Reyes, Rafael Vallejo, Gustavo Buendía; otros, menos allegados, fueron: Juan Genaro Jaramillo, Rigoberto Ortiz, Olmedo del Pozo, Gerardo Gallegos. Todos eran socios activos de la *Sociedad Estudios-Jurídicos*; (ibíd.) varios serían pronto miembros del Partido Socialista (Benjamín Carrión viajó a Francia días antes de la Revolución Juliana, y antes de la creación del Partido). Si comparamos esta nómina con otra que su amigo Rafael Alvarado (“Rafico”) incluye en carta enviada a Benjamín Carrión a Bogotá, en 1939, veremos la coincidencia de nombres:

⁴ Antonio J. Quevedo y Miguel Ángel Zambrano recibieron la oferta de cargos similares en Europa; Quevedo viajó a París, donde Gonzalo Zaldumbide era cónsul. Zambrano, finalmente, no viajó.

Aunque en realidad ‘somos nadie’ en la política de hoy, hemos tenido unas ‘Tenidas’ simpáticas y significativas en ‘La Delicia’, comiendo y bebiendo, y en la ‘Jota Ele’ [;Jurídico-Literaria?], charlando y jugando, los siguientes: Alfredo Pérez Guerrero, Néstor Mogollón, Ángel Modesto Paredes, Gustavo Buendía, Miguel Ángel Zambrano, Luis Eduardo Laso, Elías Gallegos, Alfonso Zambrano, César Carrera Andrade, Luis Égüez, Víctor Gabriel Garcés, Jorge Merlo, Ernesto Paladines, Salvador Cobos, Rafael Vallejo Larrea, Emilio Uzcátegui. [...] Hemos recordado a los ausentes: Carrión, Escudero, Jácome, Fernando Chávez (AHMCE, ADQ 38.1.1, (26) 26-01-1939).

La correspondencia con Rafico da una idea de los diversos órdenes de apoyo brindado por este amigo y por red básica: laboral; afectivo (AHMCE, ADQ 38.1.3 (2) 28-06-1922); de solidaridad, cuando lo expulsaron del Partido Socialista; (AHMCE, ADQ 38.1.3 (3) 24-02-1933; *ibíd.*, # 4, 14-09-33) de gestión, para difundir sus textos literarios (AHMCE, ADQ 38.1.3 (6) 27-10-33) y cartas públicas, cuando estuvo fuera del Ecuador (*ibíd.*, # 4, 14-09-33); de gestión y nexos para editar *Montalvo en Colombia* (AHMCE, ADQ 38.1.3 (21)16-11-38; y ss.), información necesaria para las “jugadas” políticas (Alvarado fue contacto clave, desde la Junta Consultora del Ministerio de Relaciones Exteriores) (AHMCE, ADQ 38.1.3 (14) 16-09-38); información sobre política local (mayoría de cartas); apoyo en el activismo cultural: “Rafico” dio charlas cuando Benjamín Carrión presidió la Jurídico-Literaria (“La Jurídico-Literaria estudia el factor humano en el Ecuador”; *El Día* 30-10-42, 1, 8).

Pero el sustento más destacable de los íntimos fue servir de nexo con el PSE y apoyar su activismo político: en 1934 Carrión fundó “junto a Ángel Modesto Paredes, Gonzalo Escudero, Rafael Alvarado, César Carrera Andrade, Néstor Mogollón y Miguel A. Zambrano la ‘Escuela de cultura socialista’” (“El gran...”, s/f), actividad más interesante aún si recordamos que por entonces ya se había reestructurado el Partido Socialista, y que varios de ellos eran redactores de diario *La Tierra*, órgano del Partido. El grupo de íntimos era, pues, un conjunto de acción, y realizó activismo político y cultural, aunque sin programa sistemático ni explícito; sus reuniones eran informales, en escenarios públicos de socialización

(oficinas de trabajo, restaurantes) o privados (la casa de Benjamín Carrión en Conocoto, llamada “La Granja”).⁵ Estos nodos explican los vínculos de larga duración entre Benjamín Carrión y el Partido Socialista. Muchos habían sido o eran militantes socialistas:⁶ Ángel Modesto Paredes, César y Jorge Carrera Andrade, Miguel A. Zambrano,⁷ Emilio Uzcátegui, Luis F. Chávez, Néstor Mogollón, Jorge Reyes (Rodas 2006, 37 y 51). Gonzalo Escudero fue diputado suplente por el Partido Socialista a la Asamblea Constituyente de 1928 (Rodas 2006, 64). Alfredo Pérez, parte del Consejo Central del Partido en 1937 (Rodas 2006, 82). Rafael Alvarado militó en VSRE.⁸ A este núcleo de pares se añaden otros nodos cercanos, también socialistas: Alejandro Carrión y Pablo Palacio (relaciones en que Benjamín Carrión ejercía la preeminencia, entre 1925 y 1935) (Cfr. Carrión 1995, 135-152).

La perdurable y fuerte relación de Benjamín Carrión con el Partido Socialista no se vio afectada por su expulsión ni por los acercamientos que tuvo con el liberalismo radical⁹ y luego con el terrateniente liberal Galo Plaza.¹⁰ Sobre la disciplina y las normas de la militancia refiere Germán

-
- 5 En 1934 Alejandro Carrión, hospedado en La Granja, señala que estuvieron de visita por allí “los poetas viejos y los poetas jóvenes. Cuesta, Icaza, Fernández, Gonzalo Escudero, Rafico Alvarado, Cobos, Suárez Dávila, Fernando Chávez, Moisés Sáenz” (“Carta 7. ‘La Granja’, Conocoto, 23-01-34” en Vera 2002, 72).
 - 6 Del círculo de íntimos, no tengo datos exactos sobre la filiación política de: Laso, Gallegos, Zambrano, Egúez, Garcés, Merlo, Paladines, Vallejo. Cabe pensar que eran socialistas o simpatizantes.
 - 7 Desde 1936 fue Asesor Jurídico del Ministerio de Previsión Social y Trabajo, MPST; formó parte (con Néstor Mogollón) del Departamento Jurídico del MPST que redactó el anteproyecto del Código del Trabajo; dirigió ese Departamento en 1940 (Clark 1999b, 114, nota al pie) Indigenista como ellos, Víctor Gabriel Garcés fue profesor de sociología en la Universidad Central y representante del Ecuador ante la OIT (Clark 1999b, 114).
 - 8 Por el VSRE participó en el Congreso de 1934. Fue cofirmante de un manifiesto del PC, PSE y VSRE, en el que esos partidos anunciaban la conformación del Frente Popular Ecuatoriano, en septiembre/ 1936 (Ycaza 1991, 22). En 1939, el Frente lo candidatizó a diputado, junto a R. Paredes y A. Bravo (Rodas 2006, 90). Integró la Junta Consultiva del Ministerio de Relaciones Exteriores (al menos desde 1937 (AHMCE, ADQ 38.1.3, (8) 19-06-1938) Luego de la firma del Protocolo de Río, publicó “Demarcación de fronteras” (1942).
 - 9 Esta facción anunció su candidatura a diputado (*El Telégrafo* 19-04-41), pero no hubo sufragio en 1941.
 - 10 “La decisión formal de colaboración con Plaza se tomó en abril de 1951, tras una reunión ampliada de la dirigencia partidaria, en la casa de Benjamín Carrión” (Ibarra 2006, 16). Preguntado sobre el tema, Rodas dijo que, aún sin que fuera miembro del Comité del Partido, ni militante for-

Rodas que muchas veces no eran férreas y menos antes de la reestructuración. Así, podían efectuarse reuniones del partido en casa de allegados no militantes (como Carrión); éstos participaban en los Congresos del partido e incluso dirigían alguna sesión (Entrevista 2013; Rodas 2006, 112). Otra situación sui generis, anterior a la reestructuración centralizadora de 1933, era que un núcleo provincial sancionaba decisiones tomadas por otros núcleos (caso de la expulsión del azuayo Cueva Tamariz desde Pichincha, en 1933) (Aguirre 1983, 33). Finalmente, las expulsiones parecían ser menos fuente de estigma moral que un recurso llano de lucha entre facciones o para posicionar resoluciones (Rodas entrevista 2013).

Redes europeas y obras en clave liberal-burguesa (1925-1931)

Benjamín Carrión permaneció en Europa de 1925 a 1931. En esa etapa se construyó un nombre a nivel internacional; lo consiguió en el contexto de su ejercicio diplomático mediante tres libros y con apoyo de redes internacionales. En este proceso el vínculo más importante fue con el cónsul César E. Arroyo; éste a su vez lo condujo a Gabriela Mistral: fueron sus dos contactos clave durante su estancia en Europa; la amistad perduró hasta la muerte de ellos (en 1937 y 1957, respectivamente). A través de Arroyo y de Mistral Benjamín Carrión se integró también a la red mestizófila en la que José Vasconcelos fue nodo central en los años veinte:

José Vasconcelos, Gabriela Mistral, José Ingenieros, José Carlos Mariátegui, Pedro Henríquez Ureña, Víctor Raúl Haya de la Torre, Manuel Ugarte, Joaquín García Monge y la revista *Repertorio Americano* [configuraron] la red más importante, desde el punto de vista de la producción y circulación del pensamiento latino-americano en los años 1920s. Además, se conectó con otras redes menores, asociándose e irradiando hacia el grupo aprista, con el que llegó casi a fundirse, con el indigenista, el vitalista, el cominternista, el agrarista y, más remotamente, el afro-americanista del Caribe (Devés 2012, 31-32).

mal, Benjamín Carrión gravitó en varias decisiones (entrevista 2013) por ejemplo, cuando dirigió la cuarta sesión del X Congreso del Partido Socialista (1943) planteó, en intervención decisiva, "la necesidad de levantar una sola candidatura presidencial": la de Velasco Ibarra (Rodas 2006, 112).

Los circuitos de Latinoamérica tenían contactos con nodos europeos (de París y Madrid, básicamente). En Madrid, un actor central fue Miguel de Unamuno, quien mantuvo nexos importantes con Vasconcelos en los años veinte (Devés 1999, 70-71) y con Mariátegui (Veres 1999). El Centro de Estudios Históricos (CEH) y su *Revista de Filología Española* también gravitaron, con la mediación de Alfonso Reyes, desde 1916 (Granados 2012, 96-97). En la red Ecuador-España, César Arroyo fue nodo clave, en ella participaron además de Carrión: Zaldumbide, Jorge Carrera Andrade y varios escritores del país entre 1912 y 1935. Arroyo aportó a Carrión: primero con su amistad, viajaban, se escribían y se reunían con cierta frecuencia (estuvieron en Italia en 1928, con Vasconcelos) (Salazar 2009, 55). También se evidenció el contacto con Gabriela Mistral y su mediación para que ella escribiera el prólogo de *Los creadores de la Nueva América*. Publicó una reseña de la novela *El desencanto de Miguel García* (1929) de Benjamín Carrión, en *Repertorio Americano* (Arroyo 1930, 347). Tuvo vínculos con otras redes: amén de la hispanoamericanista, los círculos de Alfonso Reyes y de César E. Arroyo (centrados esencialmente en la discusión y difusión cultural) se entrelazaban de manera fluida entre sí y con la red mestizófila; eran menos densos los vínculos con redes de filiación abiertamente política. De modo similar, también Gabriela Mistral proveyó a Benjamín Carrión de amistad y solidaridad, contactos editoriales, información, circuitos de circulación de las publicaciones propias, en Europa y Latinoamérica, nexos con otras redes de intelectuales y con redes de revistas literarias, latino e iberoamericanas (Cfr. Salazar 2007, 2009; Carrión 1956b). Sobre todo como crítica y amiga solidaria, ella le dio el apoyo que catapultó en lo internacional el inicio de la carrera intelectual de Benjamín (inicio en el que gravitó, asimismo la “sociabilidad diplomático-literaria” de éste –frase de Myers (2010, 93) referida a Alfonso Reyes–).

Europa fue importante, asimismo, porque allí nació el escritor con una novela y dos tomos de ensayo, escritos en clave liberal-burguesa. Alejandro Moreano (1989, 51) realiza un balance global de la producción del lojano y señala que su obra es

un mosaico cuyo objeto está en constante dispersión, ilusión y mutación. Más aún, en su producción intelectual se entrecruzan y sobreimponen concepciones ideológicas diferentes y, a veces, contrapuestas. Una visión cosmopolita y aún aristocrática de la cultura se articula, sin embargo, con una apasionada adhesión al proceso de formación de una cultura nacional-popular; un pensamiento sustentado en una matriz ideológica liberal-humanista que funda empero una profunda simpatía y apoyo a los movimientos revolucionarios y el bloque socialista.

Las contradicciones en su ideario responden al hecho de haberse formado en la transición histórica del tradicionalismo aristocrático (en proceso de doblegarse ante ideas liberales) hacia la irrupción de nociones de izquierda. Por eso sus marcas ideológicas (con destellos de caleidoscopio, en el símil de Moreano) entran en contradicción muchas veces con sus afanes políticos que lo empujan con oscilaciones hacia la izquierda. Ello se aprecia en su praxis y en toda su obra. La anterior a 1950 refleja la preocupación por la construcción nacional; en la posterior “mantiene los grandes valores del pensamiento burgués avanzado, incluso desarrolla una adhesión a la revolución socialista internacional –ausente en sus primeras obras–; sin embargo, se fractura el contenido mismo de la afirmación de una cultura nacional, tal que si ese pensamiento hubiera perdido su propio objeto” (Moreano 1989, 64).

El Vizconde de Lascano Tegui, personaje de *Mapa de América* (1928), brinda claves para ubicar tensiones en el itinerario ideológico de Benjamín Carrión. En El Havre se produce un primer giro en la conciencia del lojano y se atemperan las marcas de clase (sin desaparecer). Racionalmente renuncia al estilo del intelectual aristocrático novecentista, aunque no puede ocultar su simpatía por el Vizconde: él es la tentación aristocrática de Benjamín Carrión. Alertado sobre la inconveniencia de los blasones hacia fines del treinta, alienta a su alter-ego, el Vizconde:¹¹

11 Resulta inevitable pensar en el propio Benjamín, al leer esta rendida descripción: “Fanfarrón y sonoro, domina las reuniones montparnasianas que preside. Y es que, además de su corpulencia y de su voz [...], el anecdotario de Lascano Tegui es formidable. Su miscelánea se compone de las cosas que le han ocurrido en su vida, en sus viajes, en su trato con hombres y mujeres célebres, de sus lecturas. Es un estupendo aumentador de la verdad, además. Un viajador incorregible [...] ;Afrancesado? Totalmente afrancesado” (Carrión 1928, 101-102 y 104).

A Lascano Tegui, a última hora, le está resultando una tragedia con el título, en estos momentos en que su quijotismo aventurero y justiciero le ha descubierto que hay que ir por el camino de la izquierda. Pero los nobles, vizconde Lascano Tegui, tenemos ejemplos tonificadores de gentes que abandonaron sus títulos y su riqueza para ir hacia la justicia: el Buda, los Gracos, el conde León Tolstoy (Carrión 1928, 98).

En Europa descubrió que el giro debía ser hacia la izquierda. Por eso reflexionó sobre Mariátegui, en *Mapa de América*, aunque pone reparos al radicalismo del peruano, a su “particularismo indigenista” (Carrión 1976, 147). En todo caso, Benjamín Carrión aprende y desecha la tentación aristocrática antes de su regreso; aunque pervivieron huellas dispersas, legibles en su obra en su casa¹² y en su arte para las tertulias amables, a-lo-Lascano-Tegui en “La Granja”; sobre todo en su proyecto cultural. No pudo desprenderse de ellas, a fin de cuentas fue hombre de tiempos en transición.

Seducción del socialismo y nuevo canon artístico. Red latinoamericana inicial (1931-1948)

En los años posteriores a su regreso de Europa Benjamín Carrión trabajó en: 1) consolidar su red de íntimos, 2) establecer nexos con las izquierdas del país, 3) formar su red latinoamericana básica. La consolidación de la red en torno a la Sociedad Estudios-Jurídicos fue un proceso fluido que se cumplió rápidamente; ayudaron su amistad con los del conjunto de acción (su red de íntimos) y la preeminencia adquirida en Europa. En cambio, armar su red latinoamericana básica requirió más tiempo y culminó en 1948. Pudo configurarla a partir de sus estancias en Lima (julio de 1931 a abril de 1932), México (febrero de 1933 a diciembre de 1934), Bogotá (febrero de 1938 a mayo de 1939) y Santiago de Chile (marzo de 1948 a julio de

12 El escudo de armas de su familia estaba esculpido en la chimenea de su casa –actual Centro Cultural Benjamín Carrión– (Villacís Molina, 1988, 19). Por otro lado, no era el único que “gustaba de la tradición. [José de la Cuadra] investigaba documentos y hasta hacía genealogías. Usaba un anillo con el escudo familiar, que mandó a dibujar en España, y que lucía en una pared principal de la sala” (Pérez Pimentel, “José de la Cuadra y Vargas” s/f).

1948), destinos asignados por el Servicio Exterior Ecuatoriano,¹³ y gracias a su intensa actividad epistolar. De Lima,¹⁴ conservó amistad con Luis Alberto Sánchez y José Diez Canseco. En Colombia, el homenaje a Juan Montalvo (1937) fue ocasión para vincularse con escritores como Baldomero Sanín Cano, Armando Solano y el español Luis de Zulueta; ya tenía amistad con Germán Arciniegas. Benjamín Carrión reunió los ensayos de estos autores en *Montalvo en Colombia* (1939). Sin embargo, la correspondencia con ellos es poco nutrida comparada con las *Cartas mexicanas* (Carrión 2003a); aquella con intelectuales chilenos en este período es casi inexistente.

Respecto de México, allí construyó una red inicial cuyos vínculos más fuertes fueron con el político y periodista Félix Palavicini y el diplomático Manuel Puig Casauranc; ya tenía amistad con el poeta Gilberto Owen (del Grupo *Contemporáneos*). Aunque admiraba aún a Vasconcelos, esta figura se hallaba en declive por entonces en su país natal. Con Alfonso Reyes había tenido contacto epistolar: en misivas cortas, éste le había agradecido el envío de sus libros de 1928 y 1929. Entonces, el primer viaje de Carrión a México fue de aproximación y deslumbramiento: admiró la actividad literaria de ese país, sus artesanías, el muralismo, el vigor de sus políticas públicas. Le parecería que esos elementos empujaban en la misma dirección que el modelo cultural de la matriz de izquierdas en Ecuador. Y le brindarían con seguridad elementos para pensar su propuesta personal de política cultural. Esta primera red de intelectuales latinoamericanos proporcionó a Benjamín Carrión además de amistades¹⁵ contactos editoriales (en 1934 publicó en México; en 1937, en Chile), prestigio en el país y fuera de él, difusión de sus textos (aún cuando, en esta red inicial, los nodos

13 Fue Primer Secretario de la Legación del Ecuador en Perú y Cónsul General en Lima y Callao; enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Ecuador, en México y en Colombia; y embajador extraordinario y plenipotenciario en Chile (Alemán 2005, 147).

14 Refería a Eduardo Mora: "El ambiente de cultura es muy acogedor y simpático. Muy generoso, además. [...] Se me han abierto de par en par las puertas de la prensa, y se puede decir que soy a migo de todos los intelectuales de Lima, en el poco tiempo que llevo aquí" (Carrión, Lima 22-08-1931, en Mora 2006, 23).

15 Perduró su amistad con José Diez Canseco (Perú), Germán Arciniegas (Colombia), Carlos Sabat Ercasty (Uruguay), Miguel Ángel Asturias (Guatemala). Más tarde, a los mexicanos de los años cincuenta y sesenta, se sumarían Mario Monteforte Toledo (Guatemala) y Mariano Picón Salas (Venezuela) (Cfr. Carrión 2003b).

no ofrecieran las enormes posibilidades institucionales y editoriales que los de la segunda red latinoamericana, configurada desde los años cincuenta, a partir de su pertenencia a la Casa de la Cultura).

En cuanto a sus vínculos con las izquierdas ecuatorianas, hay que recordar que a su regreso de Europa aún lo embriagaba el hispanoamericanismo (su profesión de esta fe consta en *Atahuallpa*, y en el prólogo a *Montalvo en Colombia*). Pero llegó también seducido por el socialismo. Por eso exploró opciones de militancia política,¹⁶ en diálogos personales y epistolares con actores locales durante sus breves estancias en Ecuador (abril de 1931 a junio/31; abril de 1932 a enero de 1933) y en Perú (julio de 1931 a abril de 1932). Los debates sobre el carácter y la filiación de su praxis política ocuparon sus reflexiones por estos años; se jugaba la definición del modelo de intelectual que deseaba para sí, y fue un proceso cuyo cierre le tomó varios años. Compartió los inicios de esta búsqueda con Gallegos Lara. Nacidos políticamente en la misma matriz cultural (de izquierdas), fueron amigos muy cercanos entre 1931 y 1933. Hasta 1944 y exceptuando a Pablo Palacio la correspondencia con Gallegos Lara es más nutrida que cualquiera otra de Benjamín Carrión con un intelectual del país¹⁷ (Cfr. Carrión 1995). Reunidos por primera vez en abril de 1931 (AMM, J-19310402) hablaron de conformar un partido político (AMM, J-19310803). Gallegos Lara estaba claro en que debía ser un partido revolucionario (AMM, J-19310423), a la luz de las reflexiones de Mariátegui sobre la praxis política. Gallegos comentaba a Nela Martínez por esos días, refiriéndose a cómo Carrión presentaba a Mariátegui en *Mapa de América*: “creo que aún se quedó corto y que para exegitizarlo no le bastaba, como me lo decía Benjamín personalmente ayer, que puede decirse que pasamos el día juntos, no le bastaba digo, un libro entero” (AMM, J-19310423).

16 En la seducción socialista y los deseos de trabajar en el país, Carrión se diferencia del diplomático Zaldumbide (inconfundiblemente novecentista). No fueron grandes amigos; éste recrimina a Carrión su falta de respuesta epistolar: “¿Pasarán otros dos o tres años hasta que usted vuelva a acordarse de que acaso hubiéramos podido ser amigos?” (Carta de Zaldumbide, 27-09-1933. En Salazar 2010, 69).

17 Hay 12 cartas de Palacio, 11 de Gallegos Lara (1, conjunta con Gil Gilbert), 5 de Gil Gilbert, 5 de Pareja, 4 de Jorge Carrera Andrade, 4 de Gonzalo Escudero, 2 de De la Cuadra, 2 de G. H. Mata, 2 de Abel Romeo Castillo, 1 de Aguilera Malta, 1 de Miguel A. León (Cfr. Carrión 1995).

La discusión se mantuvo a lo largo de 1931 y 1932 por carta y cuando Carrión viajaba a Guayaquil.¹⁸ De julio de 1931 a abril de 1932 Benjamín estuvo en Lima, donde se entusiasmó grandemente con el APRA. Gallegos Lara no compartía ese fervor. En carta de diciembre de ese año le expone detalladamente sus reparos a la idea de Benjamín de conformar un movimiento tipo APRA.¹⁹ Al regresar de Lima Carrión se muestra más inclinado a militar en el Partido Socialista. Prosiguieron el diálogo (Gallegos, Carta 26, 1932 Cit. en Carrión 1995, 89), pero en julio las conversaciones parecían haber llegado a un punto muerto. Gallegos inició su militancia en el PCE desde noviembre de 1931 y reconocía ya diferencias con Benjamín Carrión:

Personalmente le tengo aprecio, aun como literato también. Políticamente estamos separados. Después de mi negativa rotunda a ingresar al PS y fundar la local de Guayaquil, cosa a la que me invitó hace unos dos o tres meses, y de mi negativa a formar en la redacción de un periódico socialista, hemos cesado de escribirnos (AMM, Carta J-19320723).

La relación se volvió tensa, pero había vínculos de fraternidad aún y reactivaron el contacto epistolar ese año. Gallegos Lara lo felicitó por su designación como Ministro de Educación en septiembre; insistió en que las diferencias políticas no afectaban su aprecio (Gallegos, Carta 29, 1932 en Carrión 1995, 95-96). En cuanto a Carrión, los tres meses en el Ministerio modificaron su mirada. Según Salazar, sirvieron para que se convenciera de que “él no era Vasconcelos” y de que no era posible conducir en Ecuador una transformación educativa similar a la de México (Entrevista 2013). Acaso desencantado por las dificultades de intervención político-educativa, poco después aceptó el cargo diplomático en México, ofrecido por su amigo, el canciller Antonio J. Quevedo; le convenía más

18 Cfr. AMM, Cartas J-19310402, J-19310423; J-19320119, J-19321207, J-19321209; J-19330216, J-19331226; J-19340414; Rodolfo Pérez alude a la visita de Gallegos Lara a “La Granja”, en 1936 (s/f).

19 A la luz de varias referencias incluidas en *Vienen ganas...*, se concluye con certeza que la Carta 31, de Gallegos Lara a Carrión, a la que se atribuye fecha de 1932 (Carrión 1995, 100-102), fue escrita en 1931.

(le aportaba capital social), aunque el costo no era pequeño: al provenir la oferta de un gobierno al que se oponía el Partido Socialista, fue expulsado. Aun entonces no hubo pelea frontal con Gallegos Lara, tampoco en los años siguientes. Insertas las redes de ambos en la misma matriz cultural se mantuvieron los nexos, pese a que se distanciaban en la definición política. Refiere Nela Martínez que Benjamín Carrión gestionó el empleo de Gallegos Lara en la Biblioteca Municipal de Quito en 1936; ese mismo año Joaquín invitó a Nela a mirar las pinturas de Kingman en La Granja (AMM, J-19360818), pero las distancias crecieron al definirse más las posiciones. Hacia 1943 diferían en su perspectiva de la cultura; además Gallegos había profundizado su trabajo con las bases de campesinos y obreros, mientras Carrión se centraba en las estudiantiles y de periodistas; pero compartían un uso y una mirada alternativos del espacio público. Su última y breve convergencia (junto a todas las fuerzas políticas opuestas a Arroyo del Río) fue en ADE.

En su primer viaje a México, a mi criterio, Benjamín Carrión prosigue su búsqueda de un modelo intelectual. Sabía que no le era útil el del Vizconde de Lascano Tegui ni lo convenía el de Mariátegui. Acaso viajó en pos de Vasconcelos, todavía. Carrión se prueba e indaga entre 1934 y 1937. En Colombia en 1938 se convence de que debe permanecer en el seno de la matriz de la izquierdas, pero con absoluta libertad para enarbolar sus ideas; con la impronta de Vasconcelos (y las reservas del caso)²⁰. Sigue reflexionando sobre el rol de la cultura (*Cartas al Ecuador*); observa qué hace y cómo se desempeña el Instituto Cultural Ecuatoriano en su gestión (participó brevemente en él) (Carrión 1951, 370) y aprende de sus aciertos y limitaciones. Hasta que configura su proyecto con más detalle. Mas el amparo en la matriz de izquierdas exigía un equilibrio delicado: sin aferrarse a la disciplina y las tesis partidistas, pero sin que esa misma distancia lo alejara de la matriz. En 1937 Nela escribió a Gallegos Lara expresándole su perspectiva como militante del Partido Comunista sobre Benjamín Carrión:

20 El editor Félix Palavicini frenó su entusiasmo vasconceliano al mostrarle que, desde 1934, el expresarlo ya no resultaba políticamente correcto: “esta figura fue perfectamente negativa para la verdadera causa del pueblo, [por] la insinceridad de su socialismo” (Carta 4, México 3-01-1936 en Carrión 2003a, 103). El mismo Carrión señalará luego indicios filofascistas en Vasconcelos, para definir los límites de su adscripción (Carrión 1943).

Un manifiesto sé que circulaba en días pasados, en el que se decía, algo más o menos, que ellos dos [Gonzalo Escudero y Benjamín Carrión] debían ser considerados los Jefes del movimiento popular ecuatoriano. ¿Eh? Yo creo en la sinceridad de los dos, creo que no nos traicionarían tan canallamente como otros. Pero los creo incapaces de una verdadera orientación revolucionaria. No tienen posibilidades de transformarse y superar de una vez para siempre su mentalidad de clase. El Partido ha intentado aproximarse a ellos, sondearlos, ver qué posibilidades de trabajo y utilización había. Hemos llegado a una conclusión: temen comprometerse demasiado a nuestro lado (AMM, N-19370307).

En 1937 no había pues posibilidades de entendimiento con el Partido Comunista y sus intelectuales, aunque no hay registro de peleas directas con Gallegos Lara u otros. En cambio, su relación con el Partido Socialista fluía mucho más con el apoyo de su red de íntimos. El hecho es que el criterio de Nela habla de la distancia que existía ya entre Carrión y los nacional-populares en ese año y que luego se volvería infranqueable. Había sido muy intenso el proceso iniciado apenas en 1930.

En suma, las redes que cultivó en el país implicaron a: 1) la prensa quiteña (fue cercana su amistad con Ricardo Jaramillo, director de *El Día*, y con Jorge Mantilla, director de *El Comercio* y Presidente de la Unión Nacional de Periodistas); 2) varias instituciones culturales: revistas locales –incluidas las lojanas *Bloque* y *Hontanar*–, Universidad Central, Sociedad Jurídico-Literaria; no tuvo filiación con El Ateneo ni la Fiesta de la Lira; sí con el Grupo América, pero la relación fue ambigua: lo representó (como estaba obligado a hacerlo, mientras fue diplomático en México), pero nunca publicó ningún artículo en la revista; se desafilió públicamente del Grupo en 1937. 3) Su grupo de íntimos (activo sobre todo en 1935-1944), a través del cual mantuvo nexos e influencia en el Partido Socialista. 4) El ala nacional-popular de las izquierdas, en Guayaquil; es el conjunto de acción liderado por Gallegos Lara, con quien entró en contacto en 1931. La más significativa de todas estas redes fue la de sus íntimos hasta 1944. Difícilmente alguien cultivó una variedad y una cantidad tales de redes en ese período como Benjamín Carrión.

En paralelo a ese trabajo realizó intervenciones decisivas en el campo cultural de apoyo a la propuesta general de la matriz de izquierdas. Fue la voz más prestigiada y sonora que propugnó por un nuevo canon artístico/literario (amén de que sus intervenciones también acentuaban su prestigio y reforzaban su centralidad en varias redes). Conformó su obra como crítico a base de textos breves: dos cartas (1934), un prólogo (a una célebre antología de poemas) (1937), cuatro discursos inaugurales de exposiciones plásticas (1948, 1949a, 1949b y 1952b); y un libro de crítica, en formato de ensayo (1951). El formato breve se imponía pues en su preferencia (incluso el libro de 1943, que esboza su teoría de la pequeña nación, se conforma de 17 artículos cortos). Pero más allá del formato y la brevedad el impacto y la resonancia de sus textos debían mucho a la gestión cultural paralela de Carrión (*lobby* privado: comentarios en tertulias; artículos y glosas), acompañado en ocasiones por su red de íntimos (*performances* políticas, manifiestos) o por otros escritores no militantes como Jorge Icaza, Humberto Salvador, Alfredo Pareja, Demetrio Aguilera. Esa actividad paralela contribuyó a posicionar a *Los que se van* (1930-1931)²¹, a la estética realista en pintura (con la jugada de 1935²² y los mencionados discursos) y a la narrativa del realismo social (1932-1945). El gran telón de fondo de esos textos y ese activismo era la lucha social de indios, campesinos y obreros en el país.

En 1937, el crítico peruano Luis Alberto Sánchez (enemistado con Gallegos Lara desde 1932) (AMM, J-19320824) proclamaba que Carrión era “sin disputa, el crítico más autorizado del Ecuador actual” (Carrión 1937, 167). Lo cierto es que el lojano cumplió un rol clave junto a otros críticos de la matriz de izquierdas: Ferrándiz Albors, Gallegos Lara, De la Cuadra. En

21 Es legendaria la anécdota que él mismo refiere: en Francia, recibió *Los que se van*. Entusiasmado, en seguida lo presentó y dio su respaldo, en las tertulias del *Café Madeleine*; (“Benjamín Carrión Mora” s/f) era diciembre de 1930. Dos meses antes, Francisco Ferrándiz Albors había publicado el primer texto de elogio del libro, en *El Telégrafo* (17 de octubre de 1930, 6), pero no se le ha reconocido este rol de promotor inicial del mismo.

22 Pablo Palacio y Gonzalo Escudero, como parte del jurado del Salón Mariano Aguilera 1936, concedieron el primer premio a dos obras de Eduardo Kingman, que habían sido rechazadas en 1935 por un jurado conservador. El trabajo de promoción de la estética realista en el espacio público y ese histórico premio del Salón Mariano Aguilera contribuyeron a posicionar dicha estética en la plástica y la literatura del país.

particular, sus textos desplazaron a un segundo plano varias manifestaciones defendidas por la matriz de derechas: la estética romántico-religiosa de la poesía mariana, el clasicismo en artes plásticas, los rezagos modernistas y aún románticos en narrativa. Asimismo, él y los críticos de izquierdas ya mencionados propusieron un “estilo nuevo” en la escritura ensayística; nuevo en forma y en perspectiva –ensayo inserto en un contexto supranacional–. Por otro lado, Carrión y Gallegos Lara coincidían en la mirada alternativa del espacio público y sus usos, aunque el concepto de cultura que los impulsaba fuera distinto: cultura nacional-popular vs. cultura como actividad letrada. Carrión institucionalizaba la división dicotómica entre alta cultura –la letrada– y baja cultura –las artesanías, el folklore–, aunque no las denominara así.

Redes culturales, campañas cívicas.

Construcciones en el espacio público cultural (1937-1944)

Además de su incidencia a través de la crítica literaria y artística en este período el autor construye su imagen de intelectual en la prensa a través de intervenciones culturales y cívicas que ella reseña. Para este tiempo Carrión ya estaba claro en los límites de cercanía e intensidad que quería en sus vínculos con el Partido Socialista. Y realizó más jugadas, buscando avanzar en su rol de “glutinador del movimiento popular. Primero puso distancia, como intelectual, con la dictadura de Páez. Segundo, en marzo de 1937 renunció a su condición de socio del Grupo América, junto con Gonzalo Escudero, Jorge Icaza, Humberto Salvador, Ángel Modesto Paredes, César Carrera Andrade y Alfredo Pérez Guerrero. Llama la atención el hecho de que publicaran este comunicado en la prensa (*El Día* 6-02-37, 3). Si recordamos que ese Grupo tenía el estigma de estar ligado a los poderes estatales (en este caso, a la dictadura de Páez), el gesto de publicidad adquiere otro cariz: permite percibir el sutil cuidado con que Benjamín Carrión construía su imagen pública, y su personal relación con dicho espacio. El anuncio puede ser leído como expresión de una hiperconciencia de lo público. Si se hubiera tratado de un simple desacuerdo habría bastado con la renuncia, sin publicidad. Pero no era eso ni tampoco un asunto personal:

era una jugada política y solo al hacerla pública iba a adquirir tal condición y a alcanzar su peso real. Dos elementos abonan a esta interpretación: que en el comunicado se hiciera acompañar de otros seis intelectuales (a título individual, sin carácter corporativo: Carrión no era hombre de partidos políticos, sino de organizaciones cívicas) y que se hubiera publicado por los meses en que circuló otro manifiesto; éste decía que Gonzalo Escudero y Benjamín Carrión “debían ser considerados los Jefes del movimiento popular ecuatoriano”, según refirió Nela Martínez a Joaquín Gallegos en la carta AMM, N-19370307.

En Carrión había pues una mirada atenta a lo que figuraba en el espacio público cultural respecto de él; a la vez eso daba otro carácter a su relación con los medios (la prensa, en particular). Lo muestran sus cartas: afán y pasión por difundir su postura sobre un tema (artístico, literario, político), (AHMCE, ADQ 38.1.1 (4) 14-09-33; AHMCE, ADQ (6) 27-10-33) por preparar terreno para futuros debates literarios o políticos, (AHMCE, ADQ (4) 14-09-33) por defender/ publicitar sus alegatos o decisiones en política (AHMCE, ADQ (3) 24-02-1933) La “hiperconciencia de lo público” se muestra no solo en los actos de publicitar acciones, ideas y posiciones, sino en la actitud y la pasión que movían tales actos: escribía con el pulso y el nervio del periodista curtido en la urgente redacción de crónicas. En este caso, él construía –también con urgencia, tensionado– la crónica deseable de su vida.

Otra *performance* de Benjamín Carrión, igualmente publicitada, fue la manifestación pro-España Leal antes de viajar a Colombia; él figuró en el comité organizador (*El Comercio* 7-02-38, 16). Por otro lado, su mirada no se desprendió del espacio público durante su estancia en Colombia. Apenas llegó editó en ese país el libro *España Leal*, el sello y complemento de los actos de solidaridad de las izquierdas. Y en ausencia estuvo presente en el espacio de la Asamblea Constituyente de 1938: en la mente y la voz de la bancada de izquierdas, en las disputas para elegir Presidente de la República. Según su amigo Rafael Alvarado, en la Asamblea se decía: “si Carrión estuviera en Quito, estaría en sus manos la dirección política. [...] Si no es Carrión, ¿cuál puede ser el candidato de las izquierdas?” (AHMCE, ADQ (11) 11-09- 1938).

A su regreso de Colombia, entre 1939-1944, consolidó su imagen en la prensa a través de más campañas cívicas y políticas. Inició una febril actividad en el espacio público ecuatoriano: “escribió en diarios y revistas del país y del exterior, dictó su cátedra en la Universidad Central”, (Pérez Pimentel, “Benjamín...” s/f) fue activo miembro de la Sociedad Jurídico-Literaria, del Instituto Ecuatoriano-Chileno de Cooperación Intelectual, del Comité de Lojanos. Algunos titulares dan cuenta de su activismo, en particular desde la coyuntura de 1941. Fue postulado como candidato a diputado por los liberales independientes (*El Telégrafo*, 19-04-41) durante la Guerra, conformó y fue vicepresidente del Comité de Lojanos Residentes en Quito (*El Día* 7-08-41, 3), integró la comisión de propaganda y fue vicepresidente de la Unión Nacional Ecuatoriana (UNE) –organismo que buscaba “levantar el espíritu cívico del pueblo, sin distinción de partidos ni credos políticos”–. (*El Día* 17-11-41, 1). En 1941-1942 publicó varias “Cartas al Ecuador” en la prensa, y las reunió en el libro homónimo a fines de 1942; los artículos y el libro fueron ampliamente comentados (Anexo 2). Ese mismo año formó parte de la Comisión de Propaganda del Instituto de Previsión Social (*El Día* 27-04-42, 7).

En 1943 fue parte de la Comisión de Propaganda Cultural (Carrión 1951, 370) creada por el Presidente Arroyo; fue Director del Instituto Cultural Ecuatoriano-Chileno, Presidente de la Sociedad Jurídico-Literaria,²³ profesor de la Universidad Central y desde todos estos auditorios celebraba ceremonias culturales y brindaba conferencias, dos muy publicitadas tuvieron lugar en el Instituto Ecuatoriano-Chileno (*El Día* 6-02-1943, 3), y en la Universidad Central, en homenaje de la República española (*El Día* 16-06-1943, 3) Desde septiembre de 1943 fue abierta su oposición a Arroyo; integró el Comité Central Electoral pro-Candidatura de Velasco Ibarra, presidiéndolo junto a José María Plaza y Camilo Ponce (Rodas 2006, 111, nota al pie 155). En noviembre terció en las elecciones para Rector de la Universidad Central; era el candidato favorito de los estudiantes, mas

23 Era una figura pública; pero también sus actos privados (o los de entidades privadas que él conducía) se publicitaban en el espacio público cultural de la prensa. Ejemplos: “La Jurídico-Literaria prepara un paseo a quinta La Granja” (*El Día* 12-02-1943:2), y “La Jurídico-Literaria realizó un espléndido acto en la quinta La Granja, del Dr. Manuel Benjamín Carrión” (*El Día* 23-02-1943, 2).

perdió frente a Enrique Paredes (los docentes eran los electores).²⁴ (*El Día* 16-11-1943, 1). En noviembre de 1943, al dirigir la cuarta sesión del X Congreso Socialista, “posibilitó que el Comité Central Electoral pro-Candidatura Presidencial de Velasco llegara hasta el evento mismo del PSE, [...] [y exhortó a los delegados] a levantar una sola candidatura presidencial que acabara con los fraudes electorales y que permitiera el desarrollo de una democracia” (Rodas 2006, 112).

En enero de 1944 como presidente de la Sociedad Jurídico-Literaria firmó un manifiesto público de protesta (con Alfredo Chávez, Secretario general del Sindicato de Escritores y Artistas; Jorge Mantilla, Presidente de la Unión Nacional de Periodistas; y Guillermo Lasso, Presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador, FEUE) por el atropello del régimen contra el periodista y poeta Jorge Reyes (*El Día* 1-01-44, 1). Publicó un artículo en revista *Surcos*, de la FEUE (*El Día* 5-03-44, 3). Luego de la Revolución de mayo el ministro socialista Alfonso Calderón lo nombró presidente del Instituto de Previsión Social (Carrión 25-06-1944 en Mora 2006, 25). El 9 de agosto de 1944 Velasco Ibarra firmó el decreto de creación de la Casa de la Cultura.

La red de instituciones que conformó o con las que se relacionó tuvieron carácter político (Partido Socialista, Alianza Democrática Ecuatoriana, Comité Central Electoral pro-Candidatura de Velasco Ibarra, Sindicato de Escritores y Artistas, UNP, FEUE), cívico (Comité de Lojanos Residentes en Quito, Unión Nacional Ecuatoriana) y cultural (Sociedad Jurídico-Literaria, Universidad Central, Instituto Ecuatoriano-Chileno). Los vínculos con esas instituciones le brindaron publicidad, afianzamiento de su imagen de intelectual democrático y contactos con algunas bases; pero sobre todo le dieron un recurso que marcó la diferencia: muchos lazos débiles.

En efecto, esa diversidad de redes le permitió dialogar o acercarse a los principales líderes políticos del momento de todas las tendencias, así como a otros menos importantes. Alianza Democrática Ecuatoriana (ADE) y la Unión Nacional Ecuatoriana (UNE) fueron significativas en este sentido,

24 Alejandro Idrovo dice: “El Rector, las autoridades y la mayor parte de los catedráticos universitarios eran dóciles al gobierno. La Universidad era un aparato reaccionario que se empleaba para castigar y reprimir a los estudiantes inconformes con el régimen imperante” (Idrovo 1984, 115).

ya que muestran la orientación de los nodos (eventuales respaldos políticos) con los que podía contar, tanto en la matriz de derechas como en la de izquierdas. La UNE estaba presidida por su amigo Antonio J. Quevedo y su directorio (del que Carrión y Jorge Reyes eran parte) incluía a los más destacados líderes de derechas: Alberto Acosta Soberón, José Rafael Bustamente, Modesto Larrea Jijón, Camilo Ponce Enríquez, Gustavo Mortensen Gangotena, Galo Plaza Lasso, entre otros (*El Día*, 11-11-1941:1). En UNE cultivó el tono de *Cartas al Ecuador*, inició su escritura mientras permaneció en ese organismo y de éste recibió apoyo para la difusión de ellas y del libro homónimo. Por otro lado, ADE le brindó la posibilidad de acercarse a varios dirigentes, a algunas bases de las izquierdas y a actores militares que participaron en la Revolución de Mayo²⁵; por ejemplo, a Alfredo Vera, designado como Ministro de Educación en la última semana de julio de 1944. Si antes calculó Velasco, ahora Carrión medía la oportunidad: habrá visto en el nombramiento de Vera su oportunidad dorada y contaba con poco tiempo.

La importancia de Alfredo Vera en la coyuntura de los 73 días es que él representaba, ante los ojos de Velasco, a las redes de estudiantes guayaquileños (no neutralizadas todavía) y a las fuerzas relacionadas con la Universidad. Y los primeros, en particular, habían sido actores decisivos para canalizar su retorno al país (P. J. Vera 1984) su postulación como candidato único presidencial y lograr el apoyo fundamental que recibió de ADE. Alfredo Vera fue un lazo débil de Carrión, pero el más significativo con el que pudo contar.

25 El Coronel Sergio Enrique Jirón, cabeza de la rebelión en Guayaquil, incluye a los hermanos Vera entre “la plana mayor” de los dirigentes no militares de la Revolución (Jirón 1984, 25). El comunista Alfredo Vera fue parte del Comando político de ADE. Pero quienes contactaron inicialmente con Velasco, en Chile, fueron su hermano Pedro Jorge y Manuel Medina Castro. En 1940, Pedro Jorge había viajado voluntariamente a ese país; allí contrajo matrimonio, y Velasco fue su padrino. A su retorno a Guayaquil, en octubre de 1942 llevó una carta de Velasco para Arizaga Luque (Vera 1984, 33). Manuel Medina Castro, comunista exiliado en Chile en 1941, también estuvo muy cercano a Velasco (Medina 1984, 209-210). Pero fue en casa de los Vera donde, “el 16 ó 17 de mayo”, se reunió “una comisión de oficiales” jóvenes, presidida por Jirón, con dirigentes de ADE, y se resolvió realizar el levantamiento el día 1 ó 2 de junio (Jirón 1984, 27; Vera 1984, 34). Más adelante, el Ministro de Educación Alfredo Vera obtuvo la firma del decreto de creación de la CCE y la aprobación de los estatutos de la FEUE. Desempeñó ese cargo de agosto de 1944 a enero de 1945.

La relación entre Carrión y Alfredo Vera no fue estrecha (se deduce del trato que éste mantiene, en las ocho cartas que reposan en el archivo del CCBC). Es probable que se conocieran antes, pero no se frecuentaban (Carrión tenía amistad, aunque no estrecha, con el escritor Pedro Jorge Vera, hermano del Ministro); lo cierto es que ambos militaron en ADE, en Guayaquil y Quito, donde cada uno vivía. Era, por tanto, un lazo débil, de la periferia de las redes de Carrión. Alfredo Vera no discutió con Carrión el proyecto de CCE, ni participó en su redacción; esto se deduce de la carta del 4 de enero de 1945 (cuando Vera ya no era Ministro), en que le solicita la publicación de su tesis doctoral por la CCE: “Me hicieron el honor de nombrarme su miembro correspondiente [de la Casa] solo por haber sido el Ministro que suscribió el decreto de creación;²⁶ bien pueden ahora ser indulgentes para ayudarme en este propósito” (CCBC, Alfredo Vera; Guayaquil, enero 4, 1946). Por otro lado, al indagar sobre la eventual participación de terceros en la redacción del anteproyecto de CCE, no di con nadie que tuviera un conocimiento positivo al respecto (Moreira entrevista 2013; Pepé Carrión entrevista 2013; Salazar entrevista 2013). Darío Moreira, muy allegado a Carrión en los años cincuenta, refiere que éste relató en varias ocasiones que había llevado el anteproyecto a Vera; que el Ministro lo leyó, escribió el borrador del decreto y consiguió la firma de Velasco. Todo apunta a que Benjamín Carrión escribió él solo el proyecto de CCE (¿de una futura política estatal!) y que no lo discutió en el espacio público, como tampoco en ningún *petit comité*.

Ahora bien, Benjamín Carrión conocía al presidente Velasco Ibarra desde las aulas universitarias; ambos formaron parte de la mencionada Sociedad Estudios-Jurídicos y compartían desde entonces inclinaciones literarias. A Velasco lo seducía la cultura de Francia, y viajó también a ese país, pero no eran caracteres afines, los unían lazos débiles. Nuevamente, la jugada de Benjamín Carrión fue magistral: el día en que Velasco firmó el decreto ejecutivo 707 era el último en que ejercía los poderes supremos, y aún no consolidaba su condición de presidente. Tal vez se resistió, pero

26 Esta confesión de parte, en carta dirigida a quien conocía la verdad de la redacción del proyecto CCE por ser su autor, desmiente la participación de Alfredo Vera en la redacción de dicho proyecto (como él mismo afirmó un día, en *Testimonio*) (Vera 1984, 108).

era difícil que se negara: Alfredo Vera solicitaba la firma; Carrión figuraba como cabeza del proyecto y la sociedad civil, en presencia y a través de la opinión pública, pedía sanciones para el expresidente Arroyo y para los responsables de la firma del Protocolo de Río (la nueva *estructura de sentimientos* se manifestaba con fuerza). Desde esta última perspectiva, la firma del decreto era una oportunidad para Velasco de afianzarse entre los revolucionarios: Julio Tobar Donoso, firmante del Protocolo, era el presidente en funciones del Instituto Cultural Ecuatoriano (*El Instituto...* 1944, 42). Todo apuntaba a que Velasco accedería, y así ocurrió.

En agosto de 1944, y ahora desde la CCE, el horizonte era muy claro. Sabía que el modelo que buscaba representar no era más el de letrado noventaentista (al estilo del argentino Vizconde Lascano Tegui, el peruano Francisco García Calderón o el ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide), tampoco el de *intelectual orgánico* (a lo Mariátegui, o Gallegos Lara). El *intelectual construido en la prensa* había nacido. Su intenso activismo fue registrado y seguido por los diarios, con lo que su imagen pública solo creció más, en adelante.²⁷ La prensa confirmó ser mecanismo de adquisición de capital simbólico para utilizarlo en la esfera del poder político (en trabajo iniciado con la propaganda, durante la II Guerra). Solo que su empleo en esa esfera requería de gran astucia y de lazos débiles, y quien mejor demostró poseerlos, entre un conjunto de competitivos actores, fue Carrión.²⁸

27 Cierra esta etapa en 1950, con cargos adicionales: Delegado de Ecuador a la Segunda Conferencia General de Unesco (México, 1947), Miembro del Consejo Ejecutivo de Unesco (1948), Miembro de la H. Junta Consultiva de Relaciones Exteriores (1951-1952), y presidente de la misma (1953) (Alemán 2005, 148).

28 Arízaga Luque ganó visibilidad cuando el espacio público necesitaba construirse un guía. La prensa de Guayaquil lo señaló como líder de la resistencia y la renovación espiritual; la de Quito hizo lo propio con Carrión. Sorprende el paralelismo en su recorrido político y vital: ambos destacaron intelectualmente en el colegio. En Guayaquil y en Quito, fueron presidentes de la Asociación Escuela de Derecho; Arízaga, además, de la Federación de Estudiantes Universitarios, de la que Carrión fue miembro fundador. Triunfaron en Juegos Florales Universitarios de sus ciudades, en el mismo año de 1919 (Cfr. Pérez Pimentel, “Benjamín Carrión Mora”; “Francisco Arízaga Luque” s/f). Uno escribió, desde 1920, en *El Guante* y *El Universal*; otro en *El Día* y en la revista *Caricatura*. Arízaga fue miembro de la Junta de la Revolución Juliana, que ratificó a Carrión como Cónsul en El Havre; asimismo, viajó con su familia por Europa y América, desde 1927. A su regreso, trabajó por la reconstrucción del liberalismo; fue parte de la directiva que lideró Arroyo del Río, en 1935, mas se desafilió por desacuerdos con su política personalista (Pérez Pimentel, “Francisco Arízaga Luque” s/f). Carrión, a su regreso de Europa, se aproximó al socialismo; fue expulsado,

Guerra fría y nuevas redes internacionales. Hacia “el intelectual de la literatura”

Con la institucionalización de su proyecto cultural como política estatal, Carrión transformó su influjo publicístico en poder político formal y ese poder halló eco, otra vez, en la prensa. Por otro lado, desde 1950 inició un nuevo momento en el proceso de construcción de redes: afirmado como *intelectual construido en la prensa*, tendió puentes hacia el intelectual de la literatura. Este momento respondió mucho al contexto del campo cultural latinoamericano y a la incidencia de las políticas culturales de la Guerra Fría.

Dichas políticas tuvieron dos momentos. El primero (1950-1967) fue de institucionalización del Congreso por la Libertad de la Cultura, fundado “como un frente intelectual de ideología antisoviética, anti-neutralista y, concomitantemente, pro-USA” (Mudrovic 1997, 13). En el segundo, emergió el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales, ILARI (1966-1979). Ambas políticas financiaron más de 35 sedes en el mundo, así como revistas nacionales y regionales. Las de América Latina fueron *Cuadernos* (1953-1965) y *Mundo Nuevo* (1966-1971). ILARI nació por una grave crisis de prestigio del Congreso²⁹ que provocó varios cambios: en su discurso, en la revista insignia (*Mundo Nuevo* reemplazó entonces a *Cuadernos*) y en la conducción en las sedes latinoamericanas.

Pero sobrevino, en abril de 1966, un extenso informe de investigación del *New York Times* sobre actividades de la CIA. Se hizo público que ésta apoyó,

pero se mantuvo cercano a ese partido. Arízaga reapareció con el Partido Liberal Independiente, que “pretendía ser real heredero de las tesis alfaristas, propugnando un modelo económico que favorezca (sic) el desarrollo del capital productivo interno” (Vega 1987, 43) presidió la Asamblea del 38. En 1939-1943, Carrión fue figura pública referencial, mientras Arízaga fundaba ADE. Si el prestigio de ambos era muy alto, en mayo de 1944, ¿por qué fueron distintos sus logros? ¿Por el desempeño más definido como intelectual, de Carrión, o su mayor capital cultural? ¿Por un trabajo temprano para construir redes y mantener lazos débiles? ¿Por mayor astucia política, en Carrión? (Cfr. testimonios varios, *El 28 de mayo de 1944* 1984).

29 Por un lado, *Cuadernos* se había anquilosado; por otro, en momentos de protagonismo cultural y político de la Revolución Cubana, se propuso, en 1965, “la fundación de la Comunidad Latinoamericana de Escritores [CLE] y el lanzamiento de una revista dirigida por Miguel Ángel Asturias” (Mudrovic 1997, 23). Lo más grave era que el Congreso había sido investigado por vínculos indirectos con la CIA (Mudrovic 1997, 19).

a través de testaferreros, a centros culturales de Latinoamérica (Mudrovic 1997, 32) por mecanismos similares, también “había apoyado a grupos de exiliados cubanos y refugiados comunistas en Europa, y a organizaciones de intelectuales anti-comunistas pero liberales, como el Congreso por la Libertad de la Cultura, y a algunas de sus publicaciones y revisas” (Mudrovic 1997, 32) *Mundo Nuevo* nació, así, con el estigma de sus vínculos con *Cuadernos* y el Congreso, del cual “heredó sedes, equipos y colaboradores” (Mudrovic 1997, 24-25). Benjamín Carrión fue miembro fundador de la CLE,³⁰ y tribuno activo en foros democráticos pro-Cuba, y de defensa de escritores; lo hizo desde su segunda red de intelectuales mexicanos. La resistencia mexicana aportó al cierre de la sede del Congreso en ese país, en 1967. Un antecedente importante es que, en México, en 1942, había nacido la revista *Cuadernos Americanos*, que condujo una política cultural de resistencia: “una respuesta *geopoética* ofrecida por un sector de la inteligencia crítica mexicana y del exilio español ante las graves circunstancias internacionales y las demandas de alineación de los Estados Unidos” (Weinberg 2010, 235). La política cultural de *Cuadernos Americanos* antecedió al Congreso por la Libertad de la Cultura, razón por la cual éste ubicó en México una de sus sedes (Mudrovic 1997, 24). Desde 1953, hubo varias razones para la oposición entre las dos políticas (y sus dos revistas). Se jugaban el liderazgo político-cultural en buena parte de los países latinoamericanos, durante la Guerra Fría.³¹ La primera colaboración de Benjamín Carrión para *Cuadernos Americanos* fue de 1952 y mantuvo sus aportes durante casi treinta años. Hay evidencia del empeño de su director, Jesús Silva Herzog, en mantener la presencia de Carrión en la revista (éste representaba a la institución cultural más importante del Ecuador), así como su amistad.³² Para Benjamín Carrión, su vigencia en este espacio público mexicano y latinoamericano significó posicionarse en el campo intelectual internacional de entonces.

30 La CLE se centró en los derechos editoriales y las libertades políticas de los autores (Carrión 2003a, 339).

31 Las revistas *Bohemia* (Cuba), *Siempre!* (México), *Marcha* (Uruguay) y *La rosa blindada* (Argentina), junto a Casa de las Américas, denunciaron a *Mundo Nuevo* y sus vínculos con el Congreso (Mudrovic 1997, 11).

32 Cfr. Silva (49) 4-10-66; en Carrión 2003a, 225. Se conservan 91 cartas intercambiadas entre Carrión y Silva, en conjunto: 13 son de la década de 1950; 48, de 1960, y 30, de 1970.

Cuadernos Americanos trabajó con personalidades literarias de perfil similar al de Carrión: tribunos democráticos al mismo tiempo que intelectuales-no-académicos. Optó por ellos, y por un estilo de trabajo que privilegió “artículos y notas en una prosa de ideas asimilables al ensayo de interpretación” (Weinberg 2010, 236). Ambas decisiones son muy significativas, ya que la revista se gestó en momentos de auge de las disciplinas autónomas (Weinberg 2010, 234-235). En ese sentido, *Cuadernos Americano* fue en la región (amén de bastión de resistencia en los años cincuenta) una suerte de foro de la transición hacia el intelectual de la literatura, que llegaría con la generación inmediata posterior (Ángel Rama, Antonio Cornejo Polar, entre muchos otros). Este nuevo letrado, el *intelectual de la literatura*, encarnaba un cambio en el campo cultural, que se apreciaría con claridad a fines de los setenta.

El *intelectual de la literatura* es un profesional que aparece en el momento de especialización de saberes durante los procesos modernizadores de Latinoamérica; es un académico que desde un lugar de enunciación inicial como crítico literario

se desplaza a una dimensión pública diferente: el trabajo crítico ya no se limita a las paredes del claustro, sino que interpela a un público más amplio y logra cuestionar ciertos lugares comunes del imaginario social y los poderes establecidos. [...] Diferentes instancias de participación en la esfera pública le dan una dimensión eficaz a su palabra, sea porque ésta adquiere sentido político, sea porque se considera fundamental para definir identidades sociales y procesos nacionales o continentales (Aguilar 2010, 685-686).

Benjamín Carrión perteneció a la transición: a caballo entre los grandes ensayistas (en la línea de Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Mariano Picón Salas) y el intelectual de la literatura. Al respecto, vale añadir una breve digresión: si bien el intelectual orgánico y el intelectual de la literatura intervinieron en el espacio público con temas cultural-políticos, la autoridad del primero se afincaba en su praxis política y, la del segundo, en su acreditación académica. Las diferencias en este fundamento eran signo del cambio de los tiempos.

Muchos colaboradores de *Cuadernos Americanos* no tenían credenciales literarias académicas; pero eran significativos dos rasgos en ellos: su opción contra el imperialismo y su visión latinoamericanista de la literatura (aunque, en el caso de Carrión, su alineación internacional contrastaba con su “no alineación” en la política nacional). El rol de Carrión como demócrata internacional inicia a mediados de 1950 con su segunda red mexicana de intelectuales y editores (que incluía a españoles y otros exiliados en México). Esa red le brindó: amistades, consolidación de su prestigio a nivel continental, nombramiento como jurado en certámenes internacionales,³³ una oportunidad laboral en México (Carrión 2003a, 196), posibilidad de representar al país en foros literario-políticos internacionales (Carrión 2003a, 53), postulación y obtención del premio cultural internacional Benito Juárez (1967) por Méritos Cívicos y servicios prestados a la democracia (en esa concesión, fue decisivo el rol de Silva Herzog) (Carrión 2003a, 32-240). También significó afirmar desde el país la dimensión continental del quehacer cultural y la oportunidad de abrir espacios a otros intelectuales del Ecuador.³⁴ Por último, le brindó contactos editoriales determinantes.³⁵ Carrión construyó esa tupida segunda red mexicana durante veinte años (viajó allá varias veces, con eventuales permanencias largas). Algunas amistades forjadas allá pervivieron hasta su muerte (con Jesús Silva Herzog, Gilberto Owen, Fedro Guillén).

Con su rol de demócrata internacional construyó una imagen pública de enorme impacto en el país. Refiere Germán Rodas que era Carrión, y no otro, el referente de los jóvenes socialistas de los años setenta (Entrevis-

33 Ejemplos: Jurado del Premio Literario Hispanoamericano Casa de las Américas, en 1960; del Premio México de novela, en 1974; del premio Rómulo Gallegos de novela, en 1977) (Carrión 2003a, 164, 262, 287).

34 Apoyó a las Becas de la Comunidad (una favoreció a Vladimiro Rivas, en 1973) (Carrión 2003a, 384).

35 Daniel Cossío Villegas (director del *Fondo de Cultura Económica*), Alejandro Finisterre (editor y fundador de la Editorial *Ecuador 0° 0' 0"*) (Carrión 2003a, 480) Julio Scherer García (director del *Excelsior*, quien “hizo que a Benjamín se lo considerara uno de los críticos más atentos y visionarios del llamado *boom* de la novela latinoamericana”) (Carrión 2003a, 465). Arnaldo Orfila Reynal (fundador y director de Editorial *Siglo XXI*); Jesús Silva Herzog (director de revista *Cuadernos Americanos*); Edmundo Domínguez Aragonés (subdirector de revista *El gallo ilustrado*); Salvador Pineda (editor de revista *El Libro y el Pueblo*) (Carrión 2003a, 661).

ta 2013). Sin embargo, prefería el título de no alineado, según afirmó en ocasión de los funerales de uno de sus íntimos:

Alfredo Pérez Guerrero, demócrata fundamental, socialista a sus horas, no comulgaba con las ideas de extrema izquierda. Era y es lo que en lengua internacional se llama un no alineado, no comprometido. Y, por eso, como a mí, nos interesaba fundamentalmente, en el panorama universal, la posición y doctrina de [Jawaharlal] Nehru, siempre cercana a los ideales sustantivos del hombre: la paz, la justicia, la libertad (Pérez 2001, 46).

No obstante, es inevitable pensar en fallas de coherencia al contraponer esta declaración con decisiones suyas de apoyar a figuras como los políticos ecuatorianos Galo Plaza y Otto Arosemena, alineados claramente con el capital:³⁶ “La contradicción entre el hombre práctico dispuesto a colaborar con alguien del centro derecha y el hombre idealista dedicado al movimiento de la Segunda Independencia es difícil de entender y de justificar” (Handelsman 1989, 84).

Para concluir, en este capítulo se analizó el rol de las redes sociales de Benjamín Carrión (cívicas, de íntimos, políticas, culturales) y el proceso de construcción de su imagen pública en el país y la región; también se revisaron los beneficios que esos vínculos le proporcionaron en diferentes fases de su vida, en particular en el momento crítico de institucionalización de su proyecto cultural (requisito para que todo influjo publicístico-político generado en el espacio público se transforme en poder político formal);³⁷

36 Impulsó la colaboración del Partido Socialista con el gobierno de Plaza, en 1951; realizó personalmente el *lobby* internacional para la elección de éste como Secretario general de la Organización de Estados Americanos, OEA (Handelsman 1989, 85). Dijo a Otto Arosemena: “No crea usted que discreparíamos mucho en cuanto a ideologías políticas” (Handelsman 1989, 82) escribió a J. E. Adoum: “Con nosotros –CCE– [Otto] anda muy bien: nos visita, nos ha regalado una prensa Offset y va a dar, en una fiesta que le está armando en su casa Oswaldo Guayasamín, unos seiscientos mil sucses para la famosa Biental de Quito, que será en abril” (Handelsman 1989, 83). La complacencia de la institución con el presidente de derechas condujo a que “unos cuarenta miembros se retiraran de la CCE” (Carrión 2003a), lo que habla de falta de debate y/o consenso al establecer las políticas internas de la CCE, y las decisiones de apoyar o no a ciertos actores políticos o gobiernos.

37 Es interesante la dialéctica que el derecho establece entre instituciones y personas que ocupan cargos de poder. Un poder se institucionaliza cuando “normativamente llega a ser imputado a una institución, cuerpo o comunidad” (Sepúlveda 2004, 19) y deja de imputarse a un individuo o grupo. Son premisas iniciales: que “no hay poder estatal sin ordenamiento jurídico”, y que “no

con ese poder político inició otro momento de su carrera. Llamen la atención la diversidad de redes y el uso que les dio, su capacidad para cultivar numerosos lazos débiles y la sagacidad para percibir la oportunidad en que ellos pudieron serle útiles. El destino de la política cultural estatal se resolvió a su favor en agosto de 1944; más allá de su trabajo y su interpretación de la coyuntura, la creación y presidencia de la CCE fueron tributo a la importancia de llamarse Benjamín Carrión.

existe poder estatal, jurídicamente, si no existen las personas que ocupan los cargos o roles del gobierno” (Sepúlveda 2004, 19). El límite del abstracto poder institucional se corresponde con el límite concreto del poder de las personas en el cargo: “el poder que efectivamente detentan los ocupantes de los cargos o roles de gobierno, es imputado a la institución fuerte” (Sepúlveda 2004, 20). En el caso de Carrión, el Estado reconoció su autoridad en lo cultural, y creó la institución y el cargo. Con ello, la autoridad dejó de reposar en la persona, y pasó al cargo. Pero la persona en el cargo gozó de todo el poder reconocido por el Estado, y del apoyo de sus órganos normativos y represivos; pruebas al canto: esos órganos defendieron la autoridad del cargo (y la persona en el cargo) cuando ocurrió la “toma de la CCE”, en 1966; luego de “la toma”, Carrión fue redesignado como presidente de la CCE (la dictadura militar de 1963 lo había destituido).

Conclusiones

En este apartado final presentaremos las reflexiones que propició la investigación en torno a cuatro elementos: el sentido histórico de la Revolución de 1944, el espacio público cultural y los debates sobre la nación, las causas de la creación de la CCE y el impacto posterior de esa política cultural; además, incluiremos comentarios sobre aspectos metodológicos. Iniciaremos con el sentido de los eventos históricos destacados en el período 1925-1945.

En el gran arco de la historia de la formación nacional ecuatoriana el período 1925-1945 muestra la emergencia de dos fuerzas sociales nuevas. El contexto mundial entre las dos guerras planteaba redefiniciones geopolíticas e ideológicas, influjos que tocaban directamente las estructuras del país. En los años treinta se enfrentaron las fuerzas sociales emergentes (de los terratenientes modernizadores y las populares –aliadas con sectores medios radicalizados–). Esa lucha propició el surgimiento de dos matrices culturales generadoras de discursos, de productos y políticas culturales (las que devinieron en “jugadas” de la misma lucha socio-política). El último lustro del período que cierra en 1945 nos permitió mirar el impacto de la Guerra de 1941 con el Perú y la firma del Protocolo de Río de Janeiro sobre los imaginarios y las políticas culturales estatales. En 1948 se clausuró todo el proceso que se manifestó desde 1925.

Sobre la Revolución Gloriosa, creemos necesaria una perspectiva que matice la interpretación de que fue traicionada, propuesta por autores

como Tinajero (1986b; 1990), Cueva (1977; 1990), Quintero y Silva (2001). Cabe una lectura distinta, pues no fue un triunfo exclusivo de la izquierda, sino el de una coalición: la Alianza Democrática Ecuatoriana (ADE), que reunía a facciones de conservadores, liberales, izquierdistas, movimientos de trabajadores, etc. (con peso enorme de las bases organizadas y de las izquierdas, ciertamente). Pero ocurrió, como en todas las coaliciones, que ADE perdió fuerza, una vez logrado el objetivo común. Por ello, creo que es más productiva la reflexión sobre los diversos factores que incidieron en la crisis de la izquierda, que se volvió manifiesta desde 1944. Adicionalmente, aportan luces el proceso de contrarrevolución (Vega 1987) y el análisis de la correlación de fuerzas en 1944-1946.

Hay que considerar el desempeño político-cultural del llamado Grupo de Guayaquil, que gravitó en las gestiones de la matriz de izquierdas; fue tan importante que su declinar acompañó al del ala nacional-popular de la matriz, de allí la necesidad de estudiar conjuntamente el auge y caída de ambos. El accionar del Grupo y de esta ala resintieron la ausencia del crítico alicantino Francisco Ferrándiz Albors (desde 1937), la muerte de José de la Cuadra (en febrero de 1941), la institucionalización de un modelo cultural de corte no nacional-popular (al crearse la CCE) y el fallecimiento de Gallegos Lara en febrero de 1947. También contribuyeron al ocaso del proyecto nacional-popular otros factores (internos del Partido Comunista y en relación con la crisis del movimiento comunista internacional durante la Segunda Guerra). Entre esos factores destacan: a) las disputas al interior del PC, sobre todo en relación con la tesis del *browderismo*; ella hizo sentido común, lo cual explica la aparente paradoja de que los dirigentes que denunciaron su falacia (Joaquín Gallegos y Ricardo Paredes) fueron víctimas de la oposición en el mismo seno del Partido; (Herrería y Moreno 1984, 252; Pérez Pimentel, "Joaquín...", s/f); b) la desmovilización de las izquierdas durante la Asamblea Constituyente de 1944-1945; c) el golpe de estado de Velasco Ibarra (1946); (d) el arranque de un programa estatal de alfabetización con perspectiva no nacional-popular; (Martínez 2005, 101) (e) el viaje de Nela a Centroamérica (1946-1948), (Martínez 2005, 103-108) y su dedicación mayor al trabajo en Alianza Femenina Ecuatoriana, a su regreso (Martínez 2005, 94 y ss.). Finalmente, la muerte

de Joaquín Gallegos cerró el proyecto de una prensa popular participativa y deliberante y de un modelo de trabajo literario opuesto al del letrado en su torre de marfil; dicho modelo se acompañaba de la militancia política y concebía la escritura desde una praxis dialógica (más cercana –dispensando las brechas temporales– al ejercicio de Talleres Literarios que Miguel Donoso introduciría en Ecuador, desde 1981). Todo ello determinó el declive y clausura definitiva del proyecto nacional-popular.

Con estos antecedentes es posible pensar al proceso revolucionario en un período que antecede y rebasa a mayo de 1944. En efecto, pudo realizarse sobre la base de la lucha política de la década del treinta (que posicionó a las fuerzas sociales populares y de sectores medios radicales) y dio arranque al acentuarse la lucha popular. Por momentos las bases se mantuvieron más radicales que la dirigencia de los partidos de izquierdas entre 1941-1942 (Cfr. Ycaza 1991, 101); incluso existieron momentos en que sobrepasaron a los dirigentes intelectuales. Con las prebendas del análisis a posteriori registramos varias decisiones poco lúcidas de esa dirigencia de izquierdas: apoyar la designación del liberal Mosquera como presidente en la Asamblea de 1938; tratar de frenar las movilizaciones durante la guerra de 1941; mantenerse en ADE cuando los conservadores se adhirieron a ella haber pedido a las bases que devolvieran las armas¹ una vez que Velasco fue nombrado Jefe Supremo. La dirigencia misma mostró sus límites humanos en las contradicciones ideológicas que afloraron en ese período crítico; por otro lado, el *browderismo*, como dispositivo desmovilizador, puso límites a la incidencia de los militantes con perspectiva nacional-popular (al interior de sus partidos y en las dinámicas con los restantes de izquierda). El Príncipe no estuvo a la altura de las circunstancias: no supo leer la coyuntura (como debe hacerlo el conductor) y no tuvo ya la fuerza ni la coherencia interna necesarias para enfrentar la contrarrevolución.

El mismo presidente Velasco Ibarra –quien fuera promovido por ADE– condujo la contrarrevolución en 1944-1946 (Vega 1987). Fue también quien propició la breve emergencia de las derechas en el período poste-

1 Julio Teodoro Salem, dirigente liberal de ADE, cumplió con eliminar de la escena a los trabajadores al entregar directamente el poder a Velasco; lo apoyaron los dirigentes de izquierdas Pedro Saad y Colón Serrano, con su pedido al pueblo de devolver las armas (Ycaza 1991, 123).

volucionario, auge que duró hasta 1948; pero ellas no pudieron mantenerse, porque en el escenario, amén de las fuerzas populares, estaban las fracciones agroexportadoras de azúcar y arroz, las vinculadas a la industria, y las agropecuarias modernizadoras. En 1948 finalizó el proceso (con la llegada al gobierno de las fuerzas agropecuarias modernizadoras),² el cual puede resumirse así: luego de la revolución fueron sacadas temporalmente de la escena política las fuerzas sociales populares (la devolución de las armas que estaban en poder de las bases fue clave en la desmovilización, pues les quitó fuerza para negociar); entre 1944 y 1946 en el contexto de la Asamblea Constituyente se neutralizó a los intelectuales de izquierda;³ finalmente, en 1948 las fuerzas económicas en ascenso, lideradas por Galo Plaza, se hicieron del poder por vía del sufragio; ellas abrieron el camino a otra fase de la historia socio-política del país: una más ajustada al rol en que el nuevo hegemonía ubicaba por entonces a los países dependientes.

La contrarrevolución velasquista favoreció en un plazo breve dos eventos de trascendencia político-cultural: la concreción del proyecto educativo de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE); y el “divorcio entre comunistas y socialistas, que repercutiría muy seriamente en el movimiento obrero” (Herrería y Moreno 1984, 258) –cuyo corolario fue la dispersión final del proyecto nacional-popular–; ello ocurriría a pesar de que la lucha social a través de la Central de Trabajadores Ecuatorianos y la Federación Ecuatoriana de Indios siguió ganando terreno (pero esta vez por un camino que las apartaba del apoyo e injerencia de los partidos Socialista y Comunista, así como del Partido Conservador, sobre todo desde 1950) (Milk 1977).

2 Ellas dominarían, sin hegemonía, en los años cincuenta; asimismo, presionarían por las reformas agrarias de los años sesenta y setenta (reformas exigidas desde décadas anteriores por la Federación Ecuatoriana de Indios, FEI).

3 El fin de la contrarrevolución encontró a la izquierda con sus recursos “enrarecidos”. Esto se apreciaba en la dinámica entre las dirigencias de izquierdas y las sindicales (influyeron la distracción del recurso de las movilizaciones durante la campaña anti-nazi, y la priorización los objetivos del Frente Popular); por otro lado, la creación la Central de Trabajadores Ecuatorianos y la Federación Ecuatoriana de Indios abrían más espacio para la disensión con la izquierda (Milk 1977). En 1944-1946, muchos intelectuales estuvieron ocupados en tareas distintas del trabajo pre-revolucionario en comités (ahora estaban en la CCE, en la Asamblea; o eran funcionarios del gobierno, en el país o el exterior). Eso implicó una gran desmovilización política de los intelectuales de izquierda: hacia 1946, ya no eran una fuerza social sino, otra vez, una categoría social (Poulantzas 1971, 98).

Pasamos ahora a revisar los hallazgos en torno a la acción comunicativa. Trabajos como el de Coronel (2011) evidencian el rol de mediadores que entre 1925-1945 ejercieron instituciones como el Ministerio de Previsión Social y Trabajo y las Inspectorías de Trabajo, ellos resultaron más propicios que la Asamblea, para los intereses de los trabajadores y del proceso político. Es interesante pensar en los límites de la Asamblea en cuanto a la acción comunicativa, no solo en contraste con otras instancias del Estado que tenían (y tienen) mayor potencial de respuesta política, sino desde la perspectiva de su capacidad de diálogo con la prensa: incluso la de grandes rotativos mostró sus límites para debatir políticas públicas y/o para llevar hasta la agenda estatal los temas posicionados en ese espacio. Ésta es una reflexión útil, pues nos permite enfocarnos en alternativas para sortear los límites del esquema comunicativo habermasiano, en nuestro contexto. En el período se revelaron varios caminos alternativos a ese esquema: a) las instancias estatales distintas de la Asamblea, que fueron más receptivas a las demandas de la lucha popular, y que tenían capacidad ejecutiva (las mencionadas Inspectorías de Trabajo y el MPST); b) el recurso de enfatizar aspectos performativos de la lucha y de promover acciones con alta carga simbólica en el curso de la lucha política, recursos resaltados por Eyerman (1998), este autor se refiere a las movilizaciones y la realización de actos cultural-políticos; nosotros añadimos jugadas tales como el posicionamiento del realismo como la nueva norma literaria y artística en la década del treinta –efecto al que contribuyeron los críticos literarios de la matriz de izquierdas–; c) las posibilidades que abre el espacio público cultural, pensado como un espacio más diverso y más amplio (mucho mayor que el de propietarios, que Fraser glosa con acierto).

Este espacio público cultural no es un conjunto de redes, sino un escenario institucionalizado de relaciones discursivas, en el que intervienen formaciones e instituciones no necesariamente vinculadas (pero que tiene mayor impacto cuando se logra su articulación, como lo demostró, en su uso, Benjamín Carrión). Es un espacio distinto del Estado y de las relaciones económicas y de la sociedad civil (a la que puede ser útil como herramienta de lucha). Incluye a la prensa de grandes rotativos, junto a muchas otras instituciones: la prensa chica y de hojas volantes, los pro-

ductos culturales literarios (novela, cuento, ensayo, poesía) y plásticos, la crítica literaria y de arte, las exposiciones y muestras plásticas, la música y los eventos musicales, las obras y la crítica de artes escénicas y musicales, etc. Considerar esta ampliación del espacio público a espacio público cultural nos ayuda a mirar la relación compleja e íntima entre los ámbitos cultural y político, usualmente pensados como separados. En dicho espacio se desplegaron los discursos, las políticas culturales y los productos (literarios y artísticos) generados en los respectivos conjuntos de redes que constituyeron las dos matrices culturales (Tabla 3). Las matrices, a su vez, nos ayudaron a pensar en los distintos modos de articulación interclasista realizados en el período de estudio, y que dan cuenta de la búsqueda de respuestas ante la emergencia de lo popular en el país.⁴ Además, permitieron apreciar los mecanismos de incidencia de ciertas ideologías e imaginarios sobre las praxis políticas y sobre la institucionalidad del Estado. Mostraron asimismo que en contextos específicos la incidencia de actores individuales (apoyados en redes cultural-políticas o en la lucha social) puede ser decisiva en la configuración de la estructura estatal.

Fue en el espacio público cultural donde se dieron los debates sobre nación. Vimos ya que el concepto hegemónico de mestizaje implicaba el pensar a la nación como una comunidad armónica⁵ y culturalmente homogénea. Ese ideal conceptual se volvió un referente en la construcción del Estado, de las relaciones sociales y de la vida cotidiana, al devenir en ideología hegemónica. En Ecuador se diseñaron políticas culturales estatales⁶ sobre la base de la ideología del mestizaje; acaso la más notable, por su especificidad, su manejo poderoso de lo simbólico y su pervivencia fue la CCE. En cuanto a la discusión sobre los vínculos que cohesionan a la

4 Por razones de espacio no exploramos las articulaciones con lo popular en las políticas culturales de orientación nazi-fascista, ni en la propuesta de Rodrigo Chávez González (desde la perspectiva del folklore).

5 Tinajero resalta la sustitución del objetivo de una nación de justicia por una nación de cultura (1986a, 140).

6 Antes y después de la CCE se emitieron otras políticas estatales desde la ideología del mestizaje en varios ámbitos: políticas sanitarias (Clark 1999b), de la diplomacia y la producción (la misión indígena de Rosa Lema, en 1949; Prieto 2008), de las políticas de lo social (proyectos de colonización) (Anexo 2) o en el ámbito educativo (campana de alfabetización de la UNP y la Liga Alfabetizadora del Ecuador, en 1944-1961) (Torres 2005, 15).

nación, la propuesta de los municipalistas conservadores desplazó a la idea de construcción de una comunidad política como resultado de la conflictividad histórica, de las contradicciones propias de la lucha de clases. En su lugar propusieron una idea de nación que remitía a una esencia ancestral, telúrica y local ubicada en las antípodas de la lucha por la ciudadanía y los derechos. Más aún, esa idea desplazó por un tiempo a la tradición jacobina de nación (abanderada en la lucha antigamonal del siglo XIX, sobre todo desde al alfarismo). El énfasis de Jijón y Caamaño en una “comunidad regional natural” y en la institución municipal intenta clausurar la tradición de lucha ligada a la noción de contrato; promueve un tipo de relaciones premodernas en ámbitos modernos de lo social y lo económico (por ejemplo, Jijón y Caamaño auspició “la existencia de huasipungos industriales formados por mano de obra excedentaria de las haciendas”) (Coronel 2006, 62).

En esta idea de nación como comunidad, que invisibiliza las luchas por el poder y los derechos, coinciden Benjamín Carrión (desde el tropicalismo) y conservadores como Julio Tobar Donoso y Jacinto Jijón y Caamaño (desde una noción municipalista, y una mirada hispanófila y racista). En cambio, en la idea de nación como Estado autodeterminado, con ciudadanos regidos por el contrato (derechos y obligaciones), coinciden el socialista Ángel Modesto Paredes y el comunista Joaquín Gallegos Lara (entre muchos otros dirigentes de izquierda), pero también el jesuita Aurelio Espinosa Pólit (1951a, 1951b, 1952, 1959) y el liberal terrateniente Galo Plaza (1960). Al respecto, es pertinente la observación de Peter Wade (2007, 369): “la hegemonía racial es el resultado de la articulación compleja de proyectos específicos que no son necesariamente coherentes o intencionalmente racistas”. Extendiendo ese criterio, se podría decir que, en la construcción de una hegemonía ideológica, pueden terminar articulados proyectos de distinta filiación política, que tienen intenciones y objetivos diversos. Se explica así la cercanía, en la ideología del mestizaje, entre Benjamín Carrión, Pío Jaramillo Alvarado, Jacinto Jijón y Caamaño, y Aurelio Espinosa Pólit, amén de los obvios puntos de conflicto.

Finalmente, llegamos a los móviles de la creación de la CCE. Al respecto, hay varias interpretaciones. Rafael Polo (2002, 20-21) sostiene que

la fundación de la CCE “no fue resultado de una vanguardia intelectual o artística, sino la respuesta a una razón de Estado [...] [que buscaba] la reconstrucción simbólica de la nación ecuatoriana”. En cambio, Agustín Cueva (1990, 120) y Fernando Tinajero (1990) afirman que surgió para cooptar la combatividad de la izquierda. Ambos puntos de vista tienen razón: es cierto que la CCE se condujo desde la perspectiva del proyecto estatal mestizo, y es cierto que cumplió funciones de control de la fuerza social de los intelectuales. Pero hace falta incluir el foco en la compleja trama de motivos y procesos, en la que caben importantes factores coyunturales.

En 1944 la coyuntura de los 73 días de las bases (a partir del 28 de mayo) fue propicia. Velasco llegó al Ecuador con deudas políticas, una fue su compromiso con las bases de reconocer sus organizaciones, a cambio de apoyo. En esa oleada de institucionalización de las fuerzas movilizadas la CCE ejercería un cierto contrapeso a la fundación de la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI) y la Central de Trabajadores Ecuatorianos (CTE); las pruebas de dicho contrapeso están en el mismo discurso de Benjamín Carrión, que anticipaba en parte los argumentos desmovilizadores propios de la posguerra, afincados en el desarrollo y la modernización⁷ (Mudrovic 1997, 17). De este modo contribuía a aplacar la combatividad de la izquierda. Pero se añaden otros elementos coyunturales que fueron decisivos; primero, la opinión pública y los sectores movilizados pedían una sanción para el expresidente Arroyo y para el responsable directo de la firma del Protocolo de Río de Janeiro: el canciller Julio Tobar Donoso, sanción que no dictaron el Ejecutivo ni la misma Asamblea Nacional (Gallegos 1944, 176), pero que pudo concretarse de manera indirecta con la extinción del Instituto Cultural Ecuatoriano (Julio Tobar Donoso era presidente del ICE). En segundo lugar, quien solicitaba la firma del decreto era el Ministro Alfredo Vera, dirigente de ADE y líder de la fuerza social clave que llegaron a ser los estudiantes

7 En palabras de Fernando Tinajero, Benjamín Carrión combina el discurso modernizador con ideales filo-románticos. Ello se apreciaría en la teoría de la pequeña nación en la cual “no solo que no da ni un solo paso hacia adelante, sino que retrocede al siglo romántico y restaura los ideales de Montalvo y Mera [...]. Si Carrión hubiera sido su contemporáneo, estaría inscrito en la perspectiva progresista de la historia; como fue un ciudadano del s. XX, su pensamiento resulta conservador y regresivo, a despecho de [su] defensa de los movimientos más avanzados del Ecuador y de América” (Tinajero 1986a, 144).

movilizados. Tercero, estaba el discurso, ya posicionado desde antes, de “volver a tener patria a través de la cultura”. Ese volver a tener patria apuntaba a la reconstrucción simbólica que menciona Rafael Polo, a la creación de un nuevo mito fundacional del país de un proyecto de nación que conciliaría a los sectores sociales en pugna y que disolvería incluso las tensiones derivadas del tema de la raza.

Pero aun con la conjunción de esos factores, acaso no se hubiera concretado la creación de la CCE sin la decisiva y vinculante gestión de Benjamín Carrión. Es un actor individual que, a diferencia de muchos dirigentes de izquierda, leyó con acierto la coyuntura. Contaba con gran poder publicístico, capitales social y cultural acrecentados, vínculos con diversas redes de las dos matrices culturales,⁸ y suficientes lazos débiles en varias tiendas políticas (el más decisivo: con Alfredo Vera). Tuvo a su favor muchos recursos de los que carecieron los dirigentes de izquierda, y los empleó con acierto. En suma, pensamos que su modelo cultural triunfó por la conjunción de varios factores: su personal trabajo publicístico previo (al posicionar su tesis de la pequeña nación en la prensa, llenando un vacío simbólico) y su trabajo en la construcción de redes; las coyunturas que le beneficiaron (giros en los imaginarios sobre nación, lucha social que culminó con la Revolución de 1944); su lectura de un elemento coyuntural de particular importancia: las deudas políticas de Velasco; su acertada visión de la oportunidad: la firma del decreto debía darse antes del fin de los “73 días de las bases”; finalmente, “la fuerza de un lazo débil” con el Ministro Alfredo Vera, ponderado por Velasco Ibarra.

Ahora bien, una vez creada la CCE ¿qué efectos tuvo? Pensamos que la institucionalización del proyecto popular-mestizo como política estatal trajo implicaciones en varios ámbitos. Por un lado, la ideología del mestizaje y la teoría de la modernización social apoyaban (de manera consciente o no) el giro en el modelo político-económico del país; giro que Galo Plaza instauraría de manera clara y sin apelativos —y conforme a los dictados del nuevo hegemon— desde 1948. Recordemos que la relación entre

8 En las redes, los vínculos sirven para definir una disputa, o para obtener poder; en el caso de Carrión, para conducir una política, recibir y canalizar sus beneficios (fueran éstos personales o de carácter grupal/gremial).

lo cultural y lo político es dialéctica; que ambos conforman un mismo nivel superestructural que incide en la cohesión de la sociedad civil y en la estructura económica y del Estado. Adicionalmente, la CCE influyó en el devenir de las otras políticas culturales durante decenios; la CCE cambió las reglas y la correlación de fuerzas en el campo cultural: sus dimensiones y su peso fueron difíciles de contrarrestar (tenía alcance nacional, imprenta propia y recursos financieros desligados por primera vez del mecenazgo de la aristocracia o de la Iglesia). Más aún, la CCE contribuyó a la caída de la matriz cultural de izquierdas, sin ser la única ni la principal causa. Benjamín Carrión conjugaba “una visión cosmopolita y aun aristocrática de la cultura’ con una ‘apasionada adhesión al proceso de formación de una cultura nacional-popular” (Moreano cit. en Tinajero 1990, 206). Parecía que con él la CCE posibilitaba un acuerdo entre “dos formas opuestas de entender la cultura [que] encontraban la posibilidad de entenderse bajo el lema de lo nacional y abdicaban parcialmente de sus respectivos proyectos históricos” (Tinajero 1990, 207). Pero a la propuesta nacional-popular ya inserta en la CCE le ocurrió lo que al conjunto de la bancada de izquierdas en la Asamblea de 1944: las dinámicas de esas instituciones contrarrestaron su potencial en el conflicto, y neutralizaron sus recursos. Pero el modelo nacional-popular estaba ya golpeado por otros factores: la misma crisis internacional de la ideología comunista; las tensiones y fisuras dentro de los partidos locales de izquierda (incidieron incluso tensiones de poder que evidenciaban jerarquías, como las de género; un ejemplo de ellas es el caso de Nela Martínez, quien refirió las dificultades que atravesó para ser electa asambleísta en 1944). Por otro lado, los actores del ala nacional-popular carecían de los capitales (y las redes) de Benjamín Carrión y su discurso iba a contracorriente del modelo económico-político modernizante que perfilaba el nuevo hegemon.

Creemos, finalmente, que el mito de Benjamín Carrión como el Maestro, “el más notable representante de la izquierda intelectual” (Cfr. Tinajero 1990, 138) se mantuvo durante décadas debido a varios de los factores que fueron sus fortalezas en 1944. El periodista Alejandro Carrión dijo que el fundador de la CCE, con solo una palabra, podía construir o truncar una carrera literaria (Handelsman 1989). ¿Cuánto de verdad había en

la sentencia del sobrino, y cuánto de hiel? ¿Cuánto de respeto temeroso en el testimonio de Rodríguez Castelo (1968) y cuánta rebeldía en el de Tinajero (1986a, 1990), al explicar el episodio de “la toma de la CCE”, de 1966? Multifacético y contradictorio, admirado y temido, Benjamín Carrión es una clara muestra de cómo el poder publicísticamente construido se convierte en poder político real, cuando un proyecto privado se institucionaliza en el marco estatal. Y ese poder político real es el que lo mantuvo a la cabeza de la institución (del partido político Casa de la Cultura, habría dicho Gramsci). Con el plus de que al ser un proyecto cultural y desenvolverse en el ámbito de lo simbólico contaba con mecanismos y recursos del espacio público cultural que hicieron posible que ese poder político se multiplicara cada vez más (el de la institución y el de su director).

Para concluir, a lo largo de este trabajo hemos dado soporte a la noción de que los procesos culturales siempre son procesos políticos. No habríamos podido construir los argumentoso presentados sin una propuesta metodológica (cuyos pioneros son Zanetti, Merbilhaá, Maíz, Dosse y otros) que tiene la mirada puesta en el diálogo interdisciplinario. Al tomar elementos de las sociologías política e histórica de la sociología de la cultura y los estudios culturales (amén del apoyo que nos brindaron la historia de los intelectuales y la crítica literaria) apuntamos a un diálogo más profundo, cuyas huellas creemos necesario actualizar: la interdisciplinarietà básica entre las humanidades y las ciencias sociales.

Anexos

Anexo 1

Proyectos culturales de las matrices de derechas e izquierdas (1925-1950)

Rasgos del Proyecto (Vigencia)	Actores individuales responsables	Formaciones/ instituciones de apoyo	Redes afines	Productos culturales importantes
Clerical de ultraderechas (desde fines del s. XIX, a 1944 y ss.).*	Hasta 1932: Julio Matovelle, Manuel Ma. Pólit. Desde 1932: Carlos Ma. de la Torre	Iglesia Católica, Acción Católica, Colegio Don Bosco	El Ateneo, Partido Conservador (PC). Desde 1938: CEDOC, Redes católicas latinoam.	Performances político religiosas; ritos católicos. Prensa católica. Conferencias
Clerical / laico, con énfasis hispanófilo.* Es pro-franquista desde 1936 (1920-1944 y ss.)	G. Zaldumbide, J. Tobar Donoso, A. Espinosa Pólit, J. Jijón y Caamaño, I. J. Barrera, Carlos M. Larrea, Luis A. Ortiz Bilbao	Grupo Menéndez Pelayo. JUC. Instituto Hispano-luso-americano. Confederación Iberoamericana de Estudiantes Católicos	Iglesia Católica. Partido Conservador. Academia de Bellas Artes; Salón Mariano Aguilera. Academia Ecuat. de la Lengua. CCO. Desde 1938: CEDOC, ARNE.	Prensa chica. Conferencias. Exposiciones
Clerical / laico, con énfasis en Historia.*	Jijón y Caamaño, Tobar Donoso, Carlos M. Larrea	Academia Ncnal. de Historia, CEHG de Cuenca	Sociedad Jurídico-Literaria. Desde 1942: ICE	<i>Boletín de la Acad. Ncnal. de Historia, Revista (CEHG)</i>

Anexo I (continuación)

Clerical / laico, con énfasis en Literatura.* (1919-1944)	G. Zaldumbide, Remigio Crespo Torral, Espinosa Pólit, Isaac J. Barrera, Julio Tobar Donoso	Fiesta de la Lira. Trabajo en la prensa. Desde 1942: Comisión de Propaganda Cultural; luego, Instituto Cultural Ecuatoriano	Grupo América, Soc. Bolivariana, Soc. Jurídico-Literaria	Obra literaria: poesía, narrativa, ensayo. Revistas: <i>Letras, Sociedad Jurídico-Literaria</i>
Clerical, con énfasis en educ. sup. católica.*	Aurelio Espinosa Pólit, Julio Tobar Donoso	PUCE	Iglesia Católica. Colegios de jesuitas	Ensayo: literario, jurídico, didáctico. Conferencias.
Nacional-popular (1930-1946)	Gallegos Lara, De la Cuadra, Gil Gilbert, Francisco Ferrándiz Albors, Jorge Icaza, Nela Martínez, Demetrio Aguilera, Luisa Gómez de la Torre; O. Guayasamín, E. Kingman	“Grupo de Guayaquil”	PCE, PSE, ADE, COG, Unión Sindical de Trabajadores de la Costa, Frente anti-nazi, FEUE, AFE, FEI, UNP	Obra literaria: poesía, narrativa, ensayo. Obra pictórica (incluye murales). Educación. Prensa chica. Conferencias
Popular-folklórico (1925-1944 y ss.)	Rodrigo Chávez González	Fiesta montuvia. Univ. Popular Rotativa del Ecuador	PSE, UNP	Cine, obra teatral; Cuadros montuvios, Prensa. Conf.
Popular urbano-rural (1930-1940)	Enrico Pacciani, J. Ma. Roura Oxandaberro, Demetrio Aguilera, Enrique Gil, Alba Calderón	Alere Flammam	PCE, “Grupo de Guayaquil”, Escuela Municipal de Bellas Artes	Obras de escultura y pintura (incluye murales); grabados. Conferencias, exposiciones
Democrático-popular (1936-1946)	Alba Calderón, Enrique Gil Gilbert, Alfredo Pareja Diezcanseco	SEAI	PCE, PSE, ADE, COG, Frente anti-nazi, FEUE, AFE, UNP	Ensayo, obras de escultura y pintura; grabado. Conferencias, exposiciones
Hispanófilo-popular (1928-1938)	Benjamín Carrión	--	Red íntimos; VSRE; PSE. Red latinoam. básica, red iberoam.	Obra literaria: crítica de poesía y narrativa; ensayo.

Anexo 1 (*continuación*)

Popular-mestizo (1941-1944 y ss.)	Benjamín Carrión	CCE	Redes: de íntimos, de lojanos, culturales; iberoam., latinoam. Partido Conservador, PSE, ADE, VSRE, FEUE, UNE.	Obra lit.: crítica de poesía y narrativa; ensayo. Rev <i>Letras del Ecuador</i> . Conferencias, exposiciones
---	------------------	-----	--	--

Elaboración: Martha Rodríguez. Fuentes: archivos (AHMRE, AMCE, AMM, CCBC), hemerotecas BCAR y BAEP; correspondencia de Benjamín Carrión, Pedro Jorge Vera, Isaac J. Barrera, Jacinto Jijón y Caamaño, Joaquín Gallegos Lara, Nela Martínez; textos literarios; entrevistas y biografías.

*Pertencen a la matriz de derechas. Son católico-hispanófilo-conservadores, en general.

Anexo 2

Artículos sobre temas de literatura, música y artes plásticas,
publicados en diario El Día, de julio de 1942 a marzo de 1943

Referencia del artículo	Título del artículo
Julio 1941 a septiembre 1941 (7 artículos)	
14-07-41:3	“La velada de Arte del Ateneo Ecuatoriano”
4-08-41:9	“Crónicas de César E. Arroyo: Problemas de Hispanoamérica”
21-08-41:1	“En el Ateneo Ecuatoriano”
25-08-41:9	“Crónicas de César E. Arroyo: ‘Made in Ecuador’”.
1-09-41:9	“Crónicas de César E. Arroyo: ‘La hegemonía del idioma español’”
8-09-41:3	“Crónicas de César E. Arroyo: ‘El Mare Nostrum’”.
29-09-41:9, 11	“Crónicas de César E. Arroyo: ‘Hispanoamérica’”
Octubre 1941 a diciembre 1941 (22 artículos)	
6-10-44:10	“Crónicas de César E. Arroyo: ‘Características de la literatura hispanoamericana’”
12-10-41:3	“Las bibliotecas en los Municipios”
12-10-41:3	“Crónicas de César E. Arroyo: ‘La gaviota del descubrimiento’”
14-10-41:4	“Bibliotecas públicas... en varios lugares de la República”
20-10-41:3	“Crónicas de César E. Arroyo: ‘Cervantes, genio musical’”
2-11-41:1	“Crónicas de César E. Arroyo: ‘Don Juan que vuelve’”
4-11-41:2	“La formación del teatro ecuatoriano”, por Adolfo H. Simmonds
5-11-41:2	“La formación del teatro ecuatoriano”, por A. H. Simmonds
6-11-41:2	“La formación del teatro ecuatoriano”, por A. H. Simmonds
7-11-41:2	“La formación del teatro ecuatoriano”, por A. H. Simmonds
8-11-41:2	“La formación del teatro ecuatoriano”, por A. H. Simmonds
10-11-41:12	“La formación del teatro ecuatoriano”, por A. H. Simmonds
10-11-41:8	“Concurso Editorial Farrar-Reinhart”
11-11-41:3	“El Día en la Biblioteca Municipal” [Historia de la Biblioteca]
14-11-41:3	“La propaganda cultural”
14-11-41:3	“Publicaciones recibidas. Ateneo, Revista Ecuatoriana de Cultura”
17-11-41:3	“Exposición de pintura en el Centro Ecuatoriano Norteamericano”
17-11-41:3	“‘Función de la cultura en América’. Conferencia de Franz Boas en el CEN”
17-11-41:3	“Concurso de Literatura por Sociedad de Obreros”
24-11-41: 9,11	“Crónicas de César E. Arroyo: ‘Un gran novelista español’”
1-12-41:3,7	“Crónicas de César E. Arroyo: ‘Evocación romántica’”
1-12-41:12	“Los paliques de El Ateneo”

Anexo 2 (continuación)

Referencia del artículo	Título del artículo
Enero 1942 a marzo 1942 (12 artículos)	
1-01-42:3	“Crónicas de César E. Arroyo: ‘Preludio gótico’”
10-01-42:4	“Ministerio de Educación establece premios para incremento cultural”
21-01-42:3	“Papeles de provincia”, por Jorge Reyes
12-02-42:3	“Literatura y Arte. Emilio Zola”
19-02-42:3	“Literatura y Arte. Stendhal”
26-02-42:3	“Literatura y Arte. Siglo de Oro Español”
27-02-42:7	“Premio Anual de Literatura del Ministerio Educación”
1-03-42:3	“Cuestiones del día. Para una cruzada de cultura”
1-03-42:3	“Valores ecuatorianos” (sobre escritores ecuatorianos)
14-03-42:3	“Exposición pictórica de Eduardo Kingman”
19-03-42:10	“s/. 300000 para Comisión de Propaganda Cultural del Ecuador” (para la creación de la Biblioteca de Autores Ecuatorianos)
20-03-42:7	“Literatura moderna y contemporánea del Ecuador”, de A. Arias
Abril 1942 a junio 1942 (3 artículos)	
25-04-42:2	“Acto inaugural de exposición de Oswaldo Guayasamín”
4-05-42:1,7	“Crónica del lunes. ‘La fe en el destino de la cultura’ (lo dijo Arroyo del Río).
7-06-42:4	“Las joyas de la poesía inglesa. Conferencia en la Sociedad Bolivariana”
Octubre 1942 a diciembre 1942 (16 artículos)	
2-10-42:8	“Clausuróse concurso de literatura”
5-10-42:1,3	“Crónicas del lunes. Normas de optimismo y sinceridad” (sobre <i>Cartas al Ecuador</i> , de Benjamín Carrión)
5-10-42:3	“Charla del día. Las <i>Cartas al Ecuador</i> ”
11-10-42:1	“Grupo América encargado de Feria del libro”
12-10-42:3	“Unidad en la esperanza” (sobre <i>Cartas al Ecuador</i>)
26-10-42:1,6	“Sobre los destinos de la cultura”
27-10-42:8	“Pseudo intelectuales...” (“y los institutos que fundan”)
30-10-42:1,8	“La Jurídico-Literaria estudia el factor humano en el Ecuador” (charla de Rafael Alvarado)
2-11-42:1,2	“La función social del escritor”
12-11-42:3	“En defensa del arte ecuatoriano”
19-11-42:1,6	“Jacinto Jijón y Caamaño disertó ayer en la Central sobre ‘ecuatorianidad’”
27-11-42:8	“Congreso Americano de Literatura”
2-12-42:3	“Exposiciones de arte en la galería del Centro Ecuatoriano Norteamericano, en noviembre y diciembre”
26-12-42:3	“La navidad de un escritor” (sobre <i>Juyungo</i> , de A. Ortiz)
30-12-42:3	“Felicitan a embajador cultural a Venezuela: E. Kingman”
30-12-42:3	“Tránsito del hombre y la cultura. Crítica de la poesía de Jorge Carrera Andrade”

Anexo 2 (continuación)

Referencia del artículo	Título del artículo
Enero 1943 a marzo 1943 (54 artículos)	
1-01-43:2	“Espacio y tiempo para la literatura” (sobre <i>Cartas al Ecuador</i>)
2-01-43:2	“La aurora de Adalberto Ortiz”, por “AVit”
3-01-43:3	“Tránsito del hombre y la cultura. Homenaje a Kingman”
11-01-43:3	“Aniversario de la Revista América”
12-01-43:8	“Los concursos promovidos por el Ministerio de Educación...”
15-01-43:6	“Veredicto del Concurso de Literatura”
16-01-43:2	“Va a crearse Dirección general de Bellas Artes”
16-01-43:6	“Biblioteca popular...”
21-01-43:6	“Dos pianistas norteamericanas han venido a estudiar música ecuatoriana”
22-01-43:3	“Tránsito del hombre y la cultura. La relativista ecuatoriana en los últimos años”
23-01-43:3	“Concurso de novelas”
6-02-43:3	“Acto literario musical del Instituto Ecuatoriano-Chileno de Cooperación Intelectual”. Benjamín Carrión, su presidente, disertó.
11-02-43:6	“La Federación de Estudiantes inicia su vida con activa gestión porque resurja la cultura”
12-02-43:2	“La Jurídico-Literaria prepara un paseo a quinta La Granja” (de Benjamín Carrión)
23-02-43:2	“La Jurídico-Literaria realizó un espléndido acto en la quinta La Granja, del Dr. Manuel Benjamín Carrión”
26-02-43:8	“Cambian nombre del premio para el mejor escolar” (nuevo nombre: Federico González Suárez)
18-02-43:7	“Asuntos que realizó el Grupo América”
1-03-43:3	“Libros ecuatorianos”
6-03-43:1	“La Jurídico-Literaria celebra el 19 de abril el día del indio con acto cultural”
7-03-43:2	“Ciclo de conferencias en el Centro Ecuatoriano Norteamericano”
	*34 artículos en el trimestre, publicados en 3 columnas periódicas

Elaboración: Martha Rodríguez Albán. Fuente: Diario *El Día* (Quito).

*[No se detallan los artículos de las 3 columnas *periódicas*, referidas a temas literarios, creadas a fines de 1942: “Tránsito del hombre y la cultura. Selección y notas por A. Ch.” (sobre temas literarios); “Por AVit” (de Atanasio Viteri); “Nuevos libros” (de Humberto Salvador). Hubo otras, pero no fueron periódicas].

Nota: del periodo de julio a septiembre carecemos de datos

Anexo 3

Políticas culturales en el Ecuador (1900-1947), sus vínculos con la escuela y nivel de impacto

1. Política pública educativa conducida por el Estado

Institución que la propone: Ministerio de Educación, son las políticas educativas normadas por el Estado (s. XIX, s. XX)/Vínculos con la escuela: instituciones de educación primaria y secundaria (lugares de ejecución)/ Impacto más importante: todas las provincias

2. Política pública conducida por una institución privada dependiente de la escuela (o vinculada con ella)

Institución: Sociedad Jurídico-Literaria (1902) / Vínculos con la escuela: Universidad Central / Impacto: Pichincha

Institución: Centro de Estudios Literarios de la Universidad de Guayaquil (1921?) / Vínculos con la escuela: Universidad de Guayaquil / Impacto: Guayas

Institución: (Grupo de la) Revista del Profesorado del Bernardo Valdivieso (1920?) / Vínculos con la escuela: Colegio Bernardo Valdivieso, de Loja / Impacto: Loja con difusión en Guayas y Pichincha

3. Política pública conducida por institución privada sin dependencia de la escuela para difusión de temas de interés de la Iglesia Católica

Institución: Editorial La Prensa Católica (1915?) / Impacto: Pichincha con difusión en todas las otras provincias

4. Política pública conducida por institución privada sin dependencia de la escuela. Con énfasis en disciplinas científicas.

Institución: Academia Ecuatoriana de la Lengua [s. XIX (1874), s. XX] / Impacto: todas las provincias

Institución: Sociedad de Estudios Históricos Americanos (1909) / Impacto: Pichincha y Azuay

Institución: Academia Nacional de Historia (1920) / Impacto: Pichincha, Imbabura, Azuay

Institución: Academia de Historia y Geografía de Cuenca (1915) / Impacto: Azuay y Pichincha

Institución: Centro de Investigaciones Históricas de Guayaquil (1930) / Impacto: Guayas

5. Política pública conducida por institución privada sin dependencia de la escuela con énfasis en temas culturales

Institución: Sociedad literaria Liceo de la Juventud (1873?) creada y dirigida por el padre Julio Matovelle / Impacto: Azuay

Institución: Fiesta de la Lira (1919) creada y mantenida por Remigio Crespo Toral / Impacto: Azuay

Institución: El Ateneo (1920) con gran apoyo de la comunidad franciscana / Impacto: Pichincha

Institución: Sociedad Bolivariana del Ecuador (1926) / Impacto: Pichincha y Guayas

Institución: Sociedad González Suárez (1942) / Impacto: Pichincha, Imbabura y Guayas

Institución: Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica (1947) / Impacto: Pichincha, Imbabura, Tungurahua, Guayas y Azuay

6. Política pública conducida por institución privada sin dependencia de la escuela. Con énfasis en literatura.

Institución: Sociedad de Amigos de Montalvo (1925) / Impacto: Pichincha y Tungurahua

Institución: Elán (1932) / Impacto: Pichincha, Guayas, Azuay, Loja

Institución: Madrugada (1944) / Impacto: Pichincha, Guayas y Azuay

7. Política pública conducida por institución privada sin dependencia de la escuela con énfasis literario-plástico y en praxis cultural-política

Institución: Grupo de Guayaquil (1930) / Impacto: Guayas, Pichincha, Loja, Azuay

Institución: Alere Flammam (1931) / Impacto: Guayas y Pichincha

Institución: Sociedad de Artistas y Escritores Independientes (1936) / Impacto: Guayas, Loja y Pichincha

8. Política pública conducida por institución privada sin dependencia de la escuela con apoyo del Estado

Institución: Grupo América (1931) / Impacto: Guayas, Loja, Azuay, Pichincha, Manabí, Imbabura

9. Política pública cultural financiada por el Estado, sin autonomía en sus acciones

Institución: Comisión de Propaganda Cultural del Ecuador (1942) / Vínculos con la escuela: Ministerio de Educación / Impacto: Pichincha

Institución: Instituto Cultural Ecuatoriano (1943) / Vínculos con la escuela: Ministerio de Educación / Impacto: Pichincha, Guayas y Azuay

10. Política pública cultural financiada por el Estado, con autonomía en sus acciones

Institución: Casa de la Cultura Ecuatoriana (1944) / Vínculos con la escuela: Ministerio de Educación (injerencia nominal, en la práctica autonomía de la CCE) / Impacto: todas las provincias

Fuentes: archivos Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores, Ministerio de Cultura del Ecuador, Meriguet-Martínez, Centro Cultural Benjamín Carrión, hemerotecas de bibliotecas Carlos A. Rolando y Aurelio Espinosa Pólit, correspondencia de Benjamín Carrión, Pedro Jorge Vera, Isaac J. Barrera, Jacinto Jijón y Caamaño, Joaquín Gallegos Lara, Nela Martínez, biografías y entrevistas. El listado de instituciones no es exhaustivo.

Anexo 4 Indicios de espionaje y/o penetración cultural extranjera en Ecuador (1936-1944)

Título del artículo/asunto del documento (referencia o fuente de la información)

- El Hispanic Council de Gran Bretaña formó una biblioteca ambulante de habla castellana a la cual se enviaron las colecciones de autores ecuatorianos (Archivo Histórico Ministerio de Relaciones Exteriores, AHMRE, F.1.2.9, 1944, Of. 330-G, 12-02-44)
- Carta del 28 de agosto de 1936: Gualberto Arcos, vicerrector de la Universidad Central, comunica a Isaac J. Barrera que un profesor de literatura de Baylor University, en Texas, solicita su obra *Literatura Hispanoamericana*, editada por la Universidad Central (*Epistolario a Isaac J. Barrera* 1981, 177)
- Se remiten piezas de música autóctona ecuatoriana para ser enviadas al representante diplomático en Panamá. Las había solicitado Enrique Abrahams para ser interpretadas en un acto escénico de un plantel educativo (AHMRE, F.1.2.4., 1939, Of. 997/ee, 18-12-1939)
- En 1939 había 14 estudiantes becados en el exterior: 4 en Chile, 8 en EE.UU., 1 en Francia, 1 en Alemania (AHMRE, F.1.2.4., 1939, Of. 444-G, 20-09-39)
- E. Neale Silva, catedrático de la Universidad de Wisconsin, solicita a través de Cancillería, “buenos afiches, fotografías de lugares de interés, materiales ilustrativos sobre carreteras, industrias, productos de toda clase, grandes proyectos en el ramo de obras públicas, etc.” (subrayados en el original) (AHMRE, F.1.2.5., 1940, Of. 305-ECIP, 4-05-40)
- El Ministerio de Educación responde a la solicitud del encargado de negocios de Brasil con amplio informe y datos sobre teatro ecuatoriano (AHMRE, F.1.2.5., 1940, Of. 691/ee, 19-07-40)
- La Unión Panamericana solicita información sobre producción cinematográfica nacional (AHMRE, F.1.2.5., 1940, Of. 796/ee, 26-08-1940)
- En informe de 31 páginas, el ministro de Previsión Social responde a un cuestionario sobre la situación de la raza indígena enviado por

la Oficina Internacional del Trabajo. Indagan sobre población, legislación pertinente, condiciones de vida y trabajo, Problemas especiales (tribunales, impuestos, instrucción, alcoholismo, drogadicción, etc (AHMRE, F.1.11.11., 1941, Of. 6S-E.S., 8-01-41)

- “Se filma película sobre costumbres primitivas...” [por estadounidenses, para exhibirla en el exterior] (*El Día*, 15-11-41, 4 y *El Día*, 23-11-41, 3)
- “Presidente del Rotary Internacional, Tom J. Davis, visitó Quito” (*El Comercio*, 19-11-41, 1)
- “Técnicos agrícolas de Washington se encuentran ya en esta ciudad” (*El Día*, 19-11-41, 1)
- “Se filmó mapa ecuatoriano” [por estadounidenses] (*El Día*, 21-11-41, 4)
- “La misión norteamericana...” [además de entregar medicinas y víveres en provincia de El Oro, “ha estado haciendo extensos estudios de las cosechas, terrenos, irrigación, y problemas de distribución, y [...] potencialidad de sus tierras”] (*El Día*, 21-04-42, 3)
- “Contrato con Misión Evangélica para establecer tres escuelas en el Oriente” [“Se registrarán por planes aprobados por el Ministerio de Educación”] (*El Día*, 28-04-42, 2)
- Oswaldo Guayasamín es invitado por Nelson Rockefeller a visitar EE.UU., estudiar y recorrer museos, durante un año. Guayasamín había naugurado su exposición el 5 de abril de 1942; (Cfr. *El Día*, 5-04-42, 2; en ella conoció a Rockefeller (“Oswaldo...”, s/f.)
- El Ministro de España solicita “datos sobre las sociedades literarias, culturales y sociales del país” para elaborar la Guía Cultural Iberoamericana, que editará el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España (AHMRE, F1.2.8, 1943, Of. 1-ECIP-M, 8-01-43)
- “Dos pianistas norteamericanas han venido a estudiar música ecuatoriana” (*El Día*, 21-01-43, 8)
- La Sociedad Bolivariana de los EE.UU. ofrece cinco becas a ecuatorianos para estudios en universidades de EE.UU. (Oficio 32SS, del 7-02-43. En F.1.2.8, documentos recibidos del Ministerio de Educación, 1943) (AHMRE, F1.2.8, 1943, Of. 32SS, 7-02-43)
- “Gobierno ha firmado contrato con EE.UU. sobre cascarilla” [Se informó oficialmente pero no se hace conocer el texto de las cláusulas

respectivas. “Buscan incrementar la producción de aquellos materiales estratégicos esenciales para la defensa del Hemisferio occidental contra la agresión armada” (*El Día*, 9-03-43, 1)

- El American Council on Education solicita, a través del Embajador en EE.UU., información sobre cambios realizados o por realizarse en textos de enseñanza de temas interamericanos en el país. Se apoya en que Ecuador fue signatario de la Convención sobre Orientación Pacífica de la Enseñanza (Montevideo, 1933) y de la Convención sobre Revisión de los Textos de Historia (ratificada por Ecuador el 24 de junio de 1936). El Ministro de Educación responde que Ecuador, país pacifista, no ha revisado textos. (Oficio 231-DT, del 5-05-43. En F.1.2.8, 1943) (AHMRE, F1.2.8, 1943, Of. 128-DT, 25-03-43)
- El Cónsul en Houston (Texas, EE.UU.) halló una colección completa de escritos de Vicente Rocafuerte en la Biblioteca de la Universidad de Texas (AHMRE, F1.2.8, 1943, Of. 78-ECIP, 30-06-43)
- “Rockefeller: Cooperación Interamericana” (*El Universo*, 5-08-43, 12)
- [Acuerdo con EE.UU. para brindar] “Facilidades ingreso de propaganda” (*El Universo*, 4-01-44, 4)
- “Misión gringa en Loja y El Oro” (*El Universo*, 21-01-44, 1 y 12)
- Literatura perjudicial para hermandad americana” [se refiere a informes, estudios sobre el Ecuador] (*El Universo*, 2-02-44, 4)
- “Informe de Unión Panamericana...” (*El Universo*, 6-02-44, 13)
- “Ecuador y Panamá han firmado convenio para canje de publicaciones oficiales y literatura” (*El Universo*, 26-02-44, 4)
- “Intercambio de profesores y estudiantes con EE.UU.” (*El Universo*, 25-03-44, 4)
- “Cooperación indigenista” (*El Día*, 3-04-44, 3)
- “Dos importantes cuestiones culturales” [ingenua noción de apoyo educativo de USA] (*El Universo*, 4-04-44, 6)
- “Ministro de Información inglés busca información en Latinoamérica” (*El Universo*, 29-04-44, 1)
- “Bioquímico John J. Mc Dermott llega al país para prestar sus servicios en la estación agrícola experimental” (*El Universo*, 11-05-44, 1)

- Pío Jaramillo fue invitado por el Departamento de Estado del Gobierno de EE.UU. a dar conferencias sobre la cultura ecuatoriana. El presidente Velasco Ibarra lo comisiona, además, “para que estudie la organización cultural de las reservaciones indígenas norteamericanas” (AHMRE, F1.2.9, 1944, Of. 128/G, 29-09-1944)
- El Servicio Cooperativo Interamericano de Educación (de EE.UU.) y el gobierno de Ecuador firmaron varios convenios de cooperación educativa, a través de la *Inter-American Educational Foundation Inc.* Los convenios fueron publicados en R.O # 215, del 17 febrero de 1945, y R.O. 244, del 24 febrero de 1945. Perseguían: formar administradores escolares, dar orientación a escuelas técnico-profesionales urbanas y rurales, brindar orientación de escuelas experimentales pedagógicas, apoyar la tecnificación de la educación preescolar (AHMRE, F1.2.10, 1945, Of. 429/ECP, 8-08-1945)

Siglas

ADE	Alianza Democrática Ecuatoriana
AFE	Alianza Femenina Ecuatoriana
AHMRE	Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores
AMCE	Archivo del Ministerio de Cultura del Ecuador
AMM	Archivo Meriguet-Martínez
BAEP	Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit
BCAR	Biblioteca Carlos A. Rolando
CCBC	Centro Cultural Benjamín Carrión
CCE	Casa de la Cultura Ecuatoriana
CCO	Centro Católico de Obreros
CEDOC	Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos
COG	Central Obrera del Guayas
CTE	Confederación de Trabajadores Ecuatorianos
FEI	Federación Ecuatoriana de Indios
FEUE	Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador
ICE	Instituto Cultural Ecuatoriano
JJC	Fondo Jacinto Jijón y Caamaño
SAEI	Sociedad de Artistas y Escritores Independientes
SAIP	Sociedad Artística e Industrial del Pichincha
SEA	Sindicato de Escritores y Artistas
UNP	Unión Nacional de Periodistas
SAACPORG	Sindicato de Asalariados Agrícolas, Campesinos Pobres y Obreros Rurales del Guayas

Bibliografía

- Aguilar, Gonzalo. 2010. "Los intelectuales de la literatura: cambio social y narrativas de identidad". En *Historia de los intelectuales en América Latina*, II, dirigido por Carlos Altamirano, 685-711. Madrid: Katz.
- Aguirre, Manuel Agustín. 1983. "El marxismo, la revolución y los partidos socialista y comunista en el Ecuador". En *Carlos Marx: en homenaje al centenario de su muerte*, 3-66. Cuenca: IDIS.
- _____. 1984. "Breves memorias sobre la revolución del 28 de Mayo de 1944". En *El 28 de Mayo de 1944. Testimonio*, 213-236. Guayaquil: Universidad de Guayaquil.
- Albornoz Peralta, Oswaldo. 1983. *Breve síntesis: Historia del movimiento obrero ecuatoriano*. Quito: Letranueva.
- _____. 1971. *Las luchas indígenas en el Ecuador*. Guayaquil: Claridad.
- _____. 1984. *28 de mayo y la fundación de la CTE*. Quito: Corporación Editora Nacional / Infoc.
- Alemán Salvador, Mario. 2005. "Benjamín Carrión, diplomático". *Relin- cidencias 3. Anuario del Centro Cultural Benjamín Carrión* Año III, 3 (diciembre): 143-177.
- Almeida Vinuesa, José. 1990. "Luchas campesinas del siglo XX (primera parte)". En *Nueva Historia del Ecuador*, Vol. 10, editado por Enrique Ayala, 163-186. Quito: CEN.
- Alou Fornet, Gabriel. 2001. "La guerra civil española y su impacto en los españoles del Ecuador". En *Ecuador-España: Historia y perspectiva. Estudios*, coordinadores Ma. Elena Porras y Pedro Calvo-Sotelo, 186-189. Quito: Embajada de España en Ecuador / AHMRE.

- Altamirano, Carlos, dir. 2002. *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. 2010. “Élites culturales en el s. XX latinoamericano”. En *Historia de los intelectuales en América Latina*, II, dirigido por Carlos Altamirano, 9-28. Madrid: Katz.
- Álvarez, Lupe y Ángel Emilio Hidalgo. 2007. “El Ecuador del siglo XX (en los trances del arte). En *Ecuador, Tradición y Modernidad*, editores Víctor Mínguez y Rodrigo Gutiérrez Viñuales, 53-62. Madrid, Seacex / Tf Editores.
- Anderson, Benedict. (1983) 1993. *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Andrade Mendoza, Karen. 2009. *La opinión pública como mecanismo de la sociedad civil para ejercer influencia en la agenda pública de hidrocarburos en el Ecuador y Perú: los casos ITT y Camisea (tesis doctoral en Ciencias Sociales con Especialización en Estudios Políticos)*. Quito: Flacso-Ecuador.
- Arroyo, César E. (1930) 2005. “Una gran novela hispanoamericana”. En *Relincidencias, Anuario del Centro Cultural Benjamín Carrión*, Año 3 (3): 347-353.
- Arroyo del Río, Carlos. 1944. “Discurso pronunciado por el Señor Doctor Don Carlos Alberto Arroyo del Río, Presidente Constitucional de la República, en la inauguración del Instituto Cultural Ecuatoriano”. En *El Instituto Cultural Ecuatoriano. Su fundación e inauguración*. Quito: Ecuador.
- Barreda, Mikel. 2006. “Izquierdas y derechas, ¿siguen hoy vigentes?”, en *A los príncipes republicanos. Gobernanza y desarrollo desde el republicanismo cívico*, coordinado por Joan Prats i Catalá, 40-43. La Paz / Barcelona: Plural Editores / Instituto Internacional de Governabilitat de Catalunya.
- Barrera, Isaac J. 1955. *Historia de la literatura ecuatoriana*, vol. IV, Quito, CCE.
- _____. 1956. *De nuestra América. Hombres y cosas de la República del Ecuador*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Bauman, Richard, ed. 1992. *Folklore, Cultural Performances, and Popular Entertainments*. New York / Oxford: Oxford University Press.

- Becker, Marc. 1999a. "Una revolución comunista indígena: movimientos de protesta rurales en Cayambe, Ecuador". *MARKA, Instituto de Historia y Antropología Andina, Quito-Ecuador. Memoria 7*: 51-76.
- _____. 1999b. "Comunas and Indigenous Protest in Cayambe, Ecuador". *The Americas* 55 (4) (april): 531-559. Acceso 7 noviembre 2012. Disponible en <http://www.jstor.org/stable/1008320>
- _____. 2003. "Race, Gender and Protest in Ecuador". En *Jaguar Books on Latin America 26, Work, Protest and Identity in Latin America*, editado por Vicent C. Peloso, 123-142. Wilmington: Scholarly Resources Imprint. Acceso: 14 marzo 2013. Disponible en <http://www.yachana.org/research/peloso.pdf>
- _____. 2006. "La historia del movimiento indígena escrita a través de las páginas de *Ñucanchic Allpa*". En *Estudios ecuatorianos. Un aporte a la discusión*, coompilado por Ximena Sosa-Bucholz y William F. Waters, 133-154. Quito: Flacso-Ecuador / Abya-Yala. Disponible en www.flacso.org.ec/biblio/catalog/resGet.php?resId=48931
- _____. 2007a. "Indigenous Struggles for Land Rights in Twentieth-Century Ecuador". *Agricultural History* 81 (2) (spring): 159-181. Acceso 7 noviembre 2012. Disponible en <http://www.jstor.org/stable/4617823>
- Bergel, Martín y Ricardo Martínez Mazzola. 2010. "América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)". En *Historia de los intelectuales en América Latina*, II, dirigido por Carlos Altamirano, 119-145. Madrid: Katz.
- Berger, Peter L. y Thomas Luckmann. (1966) 2003. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Binns, Niall. 2011. "Poesía, pasión y propaganda. El activismo político de los intelectuales ecuatorianos durante la guerra civil española". *Procesos* 34 (II semestre): 67-90.
- Bobbio, Norberto. (1995) 2001. *Derecha e izquierda*. Madrid, Suma de Letras.
- Boissevain, Jeremy. (1974) 2003. "Coaliciones". En *Análisis de redes sociales. Orígenes, teorías y aplicaciones*, editado por Félix Requena Santos, pp. 147-183. Madrid: Centro de Investigaciones Sociales / Siglo XXI de España Editores.

- Bourdieu, Pierre. 1995. *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Bustos Lozano, Guillermo. 2001. "El hispanismo en el Ecuador". En *Ecuador-España: historia y perspectiva. Estudios*, coordinado por María Elena Porras, 150-155. Quito: Embajada de España.
- _____ 2007. "La hispanización de la memoria pública en el cuarto centenario de la fundación de Quito". En *Etnicidad y poder en los países andinos*, compilado por Christian Büschges, 111-134. Quito: CEN / UASB.
- Capello, Ernesto. 2011. *City at the Center of the World: Space, History and Modernity in Quito*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Cárdenas Reyes, María Cristina. 2006. "El Ecuador y la región centro sur en la década de 1930". En *Estudios ecuatorianos. Un aporte a la discusión*, compilado por Ximena Sosa-Bucholz y William F. Waters, 37-56. Quito: Flacso-Ecuador / Abya-Yala. Disponible en www.flacso.org.ec/biblio/catalog/resGet.php?resId=48931
- Carrión, Benjamín. (1928) 1976. *Mapa de América*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- _____ (1930) 2011. *Los creadores de la Nueva América*. En *Ensayos escogidos*, 7-92. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- _____ (1934) 1995. "Carta a José Diez Canseco". En *Correspondencia I. Cartas a Benjamín Carrión*, 60-64. Quito: Municipio Metropolitano/CCBC.
- _____ (1937) 2011. *Índice de la poesía ecuatoriana contemporánea*. En *Ensayos escogidos*, 165-181. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- _____ (1943) 1988. *Cartas al Ecuador*. Quito: Banco Central del Ecuador / CEN.
- _____ (1951) 2011. *El nuevo relato ecuatoriano*. En *Ensayos escogidos*, 183-370. Quito: CCE.
- _____ (1952) 1954. "La tercera llamada". En *San Miguel de Unamuno*, 317-327. Quito: CCE.
- _____ (1953) 2005. "Oswaldo Guayasamín y 'El camino del llanto'". En *Re/incidencias, Anuario del Centro Cultural Benjamín Carrión*, Año 3(3):203-212.

- Carrión, Benjamín. (1956) 2005. “Camilo Egas, gran heresiarca de nuestra plástica”. En *Rel/incidencias, Anuario del Centro Cultural Benjamín Carrión*, Año 3 (3): 221-225.
- _____ 1956b. *Santa Gabriela Mistral*. Quito: CCE.
- _____ (1957a) 1998. “La Casa de la Cultura Ecuatoriana”. En *La suave patria y otros textos*: 151-154. Quito: Banco Central del Ecuador.
- _____ (1957b) 2005. “Trece años de cultura nacional (1944-1957). Informe del Presidente de la Institución”. En *Rel/incidencias 3. Anuario del Centro Cultural Benjamín Carrión* Año III (3) (diciembre): 249-265.
- _____ (1961) 2005. “Retrato a lápiz del Ecuador y su cultura”. En *Rel/incidencias 3. Anuario del Centro Cultural Benjamín Carrión* Año III (3) (diciembre): 182-195.
- _____ 1965. “Raíz e itinerario de la cultura latinoamericana”. En *Rel/incidencias 3. Anuario del Centro Cultural Benjamín Carrión* Año III (3) (diciembre): 226-245.
- _____ 1995. *Correspondencia I. Cartas a Benjamín Carrión*. Quito: Municipio Metropolitano / CCBC.
- _____ 2003a. *Correspondencia II. Cartas mexicanas*. Quito: Dirección de Educación, Cultura y Deporte del Municipio de Quito / CCBC.
- _____ 2003b. *Correspondencia III. Cartas centroamericanas*. Quito: Dirección de Educación, Cultura y Deporte del Municipio de Quito / CCBC.
- Chacón, Jorge. 1953. *Raíces hispánicas de ecuatorianidad*. Quito: La Prensa Católica.
- Clark, Kim. 1998. “Racial Ideologies and the Quest for National Development: Debating the Agrarian Problem en Ecuador (1930-50)”. *Journal of Latin American Studies*, 30 (2) (May): 373-393. Acceso 1 marzo 2013. Disponible en www.jstor.org/stable/158530
- _____ 1999a. “Nuevas estrategias de resistencia en la sierra ecuatoriana: acciones y discurso campesino, 1930-1950”. *MARKA, Instituto de Historia y Antropología Andina, Quito-Ecuador. Memoria 7*: 77-94.

- Clark, Kim. 1999b. "La medida de la diferencia: las imágenes indigenistas de los indios serranos en el Ecuador (1920 a 1940)". En *Ecuador racista: imágenes e identidades*, editado por Emma Cervone y Freddy Rivera, 111-126. Quito: Flacso-Ecuador. Disponible en <http://www.flacso.org.ec/docs/sfracclark.pdf>
- _____ 2003. "La formación del estado ecuatoriano en el campo y la ciudad (1895-1925)". *Procesos*, No. 19: 117-130. Quito.
- _____ 2005. "Ecuadorian Indians: the Nation and Class in Historical Perspective. Rethinking a 'New Social Movement'". *Antropologica* 47(1): 53-65. Acceso 14 diciembre 2012. Disponible en <http://www.jstor.org/stable/25606217>
- "Confederación de pueblos de la nacionalidad kichwa del Ecuador (Ecuadorunari)". s/f. En <http://www.llacta.org/organiz/ecuarunari/>
- Coronel, Valeria. 2001. "Tropicalismo e hispanoamericanismo. Una particular forma de ser modernos según los manifiestos culturales de Gilberto Freyre y JJC" (conferencia, Congreso de LASA, Washinton D.C.)
- _____ 2006. "Hacia un 'control moral del capitalismo': pensamiento social y experimentos de la Acción Social Católica en Quito". En *Estudios ecuatorianos. Un aporte a la discusión*, compilado por Ximena Sosa-Bucholz y William F. Waters, 57-78. Quito: Flacso / Abya-Yala. Disponible en www.flacso.org.ec/biblio/catalog/resGet.php?resId=48931
- _____ 2009. "Orígenes de una democracia corporativa". En *Historia social urbana: espacios y flujos*, compilado por Eduardo Kingman, 323-364. Quito: FLACSO Ecuador / MCE.
- _____ 2010. "El discurso civilizatorio y el lugar del trabajo en la nación poscolonial". En *Celebraciones y negociaciones por la nación ecuatoriana*, editado por Valeria Coronel y Mercedes Prieto, 155-207. Quito: FLACSO Ecuador / MCE.
- _____ 2011. "A Revolution in Stages: Subaltern Politics, Nation-State Formation, and the Origins of Social Rights in Ecuador, 1834-1943" (dissertation for doctoral degree, N.Y. University). Disponible en <http://gradworks.umi.com/34/45/3445285.html>

- Coronel, Valeria. 2012. "La fragua de la voz: cartas sobre revolución, subjetividad y cultura nacional-popular". En *Vienen ganas de cambiar el tiempo. Epistolario entre Nela Martínez Espinosa y Joaquín Gallegos Lara, 1930 a 1938*: 381-500. Quito: Archivo Meriguét-Martínez / Instituto Metropolitano de Patrimonio.
- Corrigan, Philip. 2002. "Prólogo: La formación del Estado". En *Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno*, compilado por Joseph Gilbert M. y Daniel Nugent, 25-30.
- Cueva, Agustín. 1977a. "Ecuador: 1925-1975". En *América Latina: historia de medio siglo*. Vol 1. *América del Sur*, coordinado por Pablo González Casanova, 291-326. México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- _____ (1977b) 1990. "El Ecuador de 1925-1960". En *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 10, editado por Enrique Ayala Mora, 87-121. Quito: Corporación Editora Nacional.
- De la Cuadra, José. (1933a) 2007. "El arte ecuatoriano del futuro inmediato". En *Ecuador, Tradición y Modernidad*, editores Víctor Mínguez y Rodrigo Gutiérrez Viñuales, 202-204. Madrid, Seacex / Tf Editores.
- _____ (1933b) 1989. "¿Feísmo? ¿Realismo?". Anexo de *La noción de vanguardia en el Ecuador. Recepción, trayectoria, documentos (1918-1934)*, Humberto Robles, 183-185. Guayaquil: CCE Núcleo del Guayas.
- _____ 1934. *Doce siluetas*. Quito: América.
- _____ (1937) 1996. *El montuvio ecuatoriano*. Quito: Libresa / UASB.
- De la Torre Aráuz, Patricia. 2004. *Stato Nostro. La cara oculta de la beneficencia en el Ecuador*. 2ª ed. Quito: Abya-Yala. Acceso 19-06-2013. Disponible en <http://www.puce.edu.ec/sitios/ocpal/images/documentos/STATO-NOSTRO.PDF>
- De la Torre, Carlos María. 1923. *Quinta Carta Pastoral (trata del Socialismo)*. Quito: La Prensa Católica.
- De la Torre Espinosa, Carlos. 1997. *La seducción velasquista*. 2ª ed. Quito: Libri Mundi / Enrique Grosse-Luemern / Flacso sede Ecuador.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. (1980) 2002. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.

- Devés Valdés, Eduardo. 1999. "La red de los pensadores latinoamericanos de los años 20: (relaciones y polémicas de Gabriela Mistral, Vasconcelos, Palacios, Ingenieros, Mariátegui, Haya de la Torre, El repertorio americano, y otros más)". En *Boletín Americanista* 49: 67-79. Acceso: 23 enero 2013. Disponible en <http://www.raco.cat/index.php/BoletinAmericanista/article/view/98812>
- _____ 2000. *Del Ariel de Rodó a la Cepal*, t. I, Buenos Aires / Santiago, Biblos / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- _____ 2012. "Las redes de la intelectualidad periférica entre 1920 y 1940: Intento de una cartografía y de un planteamiento teórico". En *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, coordinado por Aimer Granados, 23-40. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa / Juan Pablos Editor. Disponible en <http://www.scielo.org.ar/pdf/ccilha/v12n1/v12n1a05.pdf>
- Di Tella, Torcuato S. 2004. *Coaliciones políticas. ¿Existen derechas e izquierdas?* Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Donoso Pareja, Miguel. 1985. *Los grandes de la década del 30*. Quito: El Conejo.
- Durán Barba, Jaime. 1988. "Orígenes del movimiento obrero artesanal". En *Nueva Historia del Ecuador* 9, editado por Enrique Ayala Mora, 167-204. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Eagleton, Terry. (1995) 1997. *Ideología. Una introducción*. Barcelona: Paidós.
- Echeverría, Bolívar. 1998. *Valor de uso y utopía*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- _____ 2001. *Definición de la cultura. Curso de Filosofía y Economía 1981-1982*. México D.F.: Itaca / Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.
- "El gran suscitador de la cultura ecuatoriana". s/f. Disponible en <http://www.ccbenjaminarrion.com/ccbenjam.php?c=1219>
- El Instituto Cultural Ecuatoriano. Su fundación e inauguración*. 1944. Quito: Ecuador.
- El 28 de mayo de 1944. Testimonio*. 1984. Guayaquil: Universidad de Guayaquil.
- Epistolario a Isaac J. Barrera (recolección póstuma), segunda parte*. 1981. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.

- Espinosa Pólit, Aurelio. (1938) 1954. "Literatura ecuatoriana". En *Temas ecuatorianos*, 156-174. Quito: Clásica.
- _____ (1943) 1954. "La tradición nacional en el arte religioso ecuatoriano". En *Temas ecuatorianos*, 175-184. Quito: Clásica.
- _____ (1949a) 1954. "Filiación hispánica de nuestra América". En *Temas ecuatorianos*: 1-20. Quito: Clásica.
- _____ (1949b) 1953. "El Instituto Femenino de Cultura Superior Familiar y Social". En *Posiciones católicas en educación. Doce discursos*, 56-63. Quito: La Prensa Católica.
- _____ (1951a) 1953. "¿Por qué exigimos educación católica?". En *Posiciones católicas en educación. Doce discursos*, 80-94. Quito: La Prensa Católica.
- _____ (1951b) 1953. "Catolicismo y laicismo". En *Posiciones católicas en educación. Doce discursos*, 95-110. Quito: La Prensa Católica.
- _____ (1952) 1954. "Derecho a la campaña antiprotestante". En *Temas ecuatorianos*, 291-294. Quito: Clásica.
- _____ 1953. "Unificación de la conciencia católica". En *Posiciones católicas en educación. Doce discursos*, 18-23. Quito: La Prensa Católica.
- _____ 1954. "Patria y Religión". En *Temas ecuatorianos* 278-290. Quito: Clásica.
- _____ 1959. *Los católicos y la política*. Quito: La Unión Católica.
- _____ (1961) 1995. "El destino trascendente de la hispanidad". En *Aurelio Espinosa Pólit*. Quito: Corporación de Estudios y Publicaciones.
- "Estatutos del Grupo América". 2006. *América. Revista del Grupo América*. 2ª ed. Época, No.122 (2006): 5-18.
- Eyerman, Ron. 1998. "La praxis cultural de los movimientos sociales". En *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, editado por Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina, 139-163. Madrid: Trotta.
- Falcón Sandoval, Juan Alberto. 1990. "Vida del gran escritor nacional Joaquín Gallegos Lara". *Revista de la Universidad de Guayaquil* 81-82 (jul.-dic.): 191-204.
- Fernández, María del Carmen. 1991. *El realismo abierto de Pablo Palacio. En la encrucijada de los 30*. Quito: Libri Mundi / Enrique Gosse-Luemern.

- Figueroa Pérez, José Antonio. 2001. *Del Nacionalismo al Exilio Interior: el contraste de la experiencia modernista en Cataluña y los Andes americanos*. Bogotá: CAB.
- Fiske, John. 1995. "Nación". En *Conceptos clave en comunicación y estudios culturales*, Tim O'Sullivan, et al.: 235-236. Buenos Aires: Amorrortu.
- Forgacs, David. 1993. "National-popular: genealogy of a concept". En *The cultural studies reader*, editado por Simon During, 177-192. Londres: Routledge.
- Foucault, Michel. 1999. "La gubernamentalidad". En *Obras esenciales*, Vol. 3. *Estética, ética y hermenéutica*: 175-197. Barcelona: Paidós.
- Fraser, Nancy. (1997) 1999. "Repensando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia actualmente existente". En http://www.equidad.scjn.gob.mx/IMG/pdf/REPENSANDO_LA_ESFERA_PUBLICA.pdf
- Friedemann, Nina de. 1984. "Estudios de negros en la antropología colombiana". En *Un siglo de investigación en Colombia*, editado por Jaime Arocha y Nina Friedemann, 507-572. Bogotá: Etno.
- Gallegos Lara, Joaquín. (1934) 1989. "Fisonomía de 6 poetas ecuatorianos del momento: Gonzalo Escudero, G. Humberto Mata, Aurora Estrada y Ayala, Enrique Gil Gilbert, Nela Martínez Espinosa, Pedro Jorge Vera". En *La noción de vanguardia en el Ecuador. Recepción, trayectoria, documentos (1918-1934)*, Humberto Robles: 186-197. Guayaquil: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas.
- _____ 1938. "Al teatro nacional". *El montubio* 5 (III época), 19-02-1938: 5.
- _____ (s/f). "Retrato biográfico de Aguilera Malta". En *Escritos literarios y políticos de Joaquín Gallegos Lara*, compilado por Alejandro Guerra Cáceres, 101-106. Guayaquil: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas.
- _____ 1995 [1944]. "Balance y destino de la Asamblea Nacional". En *Escritos literarios y políticos de Joaquín Gallegos Lara*, compilado por Alejandro Guerra Cáceres, 173-178. Guayaquil: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas.

- Gallegos Lara, Joaquín. (1944b) 1987. “Los clásicos ecuatorianos y el culto a los muertos”. En *Páginas olvidadas de Joaquín Gallegos Lara*, compilado por Alejandro Guerra Cáceres, 64-68. Guayaquil: Universidad de Guayaquil.
- Gilbert M., Joseph y Daniel Nugent, comps. (1994) 2002. *Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno*. México D.F.: Era.
- Goetschel, Ana María. 2007. *Educación de las mujeres, maestras y esferas públicas: Quito en la primera mitad del siglo XX*. Quito: FLACSO Ecuador/Abya-Yala.
- Gould V., Roger. 1991. “Multiple Networks and Mobilization in the Paris Commune”, 1871, *American Sociological Review* 56 (6) (Dec., 1991): 716-729.
- Gramsci, Antonio. 1926. “Un examen de la situación italiana (2-3-VIII-26)”. En *1922-1926*. Disponible en <http://www.gramsci.org.ar/index.htm>
- _____ 1929-1931. “La sociedad civil”, “Hegel y el ‘asociacionismo’”, “Oleada de materialismo’ y ‘crisis de autoridad’”. En *Cuadernos de la cárcel. 1929-1931*. Disponible en <http://www.gramsci.org.ar/index.htm>
- _____ 1932-1934. “Arte y lucha por una nueva civilización”, “Cuestión del ‘hombre-colectivo’ y el ‘hombre-masa’”, “El problema de la dirección política en la formación y el desarrollo de la nación y del Estado moderno en Italia”. En *Cuadernos de la cárcel. 1932-1934*. Disponible en <http://www.gramsci.org.ar/index.htm>
- _____ 1948. “Estructura y superestructura”, “Paso del saber al comprender, al sentir y viceversa, del sentir al comprender, al saber”. En *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Disponible en <http://www.gramsci.org.ar/index.htm>
- _____ 1949a. “Análisis de las situaciones. Relación de fuerzas”. En *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y el Estado. El moderno Príncipe*. Acceso 20 de octubre 2012. Disponible en <http://www.gramsci.org.ar/index.htm>

- Gramsci, Antonio. 1949b. “Ciencia de la política”, “La política como ciencia autónoma”, “Elementos de la política”, “El partido político”, “Fase económico-corporativa del Estado”, “El Estado”, “Hegemonía (sociedad civil) y división de poderes”, “Concepción del derecho”, “Apuntes sobre la política de Maquiavelo”. En *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno*. Disponible en <http://www.gramsci.org.ar/index.htm>
- _____ 1949c. “Formación de los intelectuales”, “Sentimiento nacional”, “Los intelectuales y la formación de la cultura”, “Distinta posición de los intelectuales de tipo urbano y de tipo rural”. En *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Disponible en <http://www.gramsci.org.ar/index.htm>
- _____ 1976. “Los humildes”, “Concepto de nacional-popular”, “Qué se debe hablar”, “Observaciones sobre el folclore. Giovanni Crocioni”, “Los cantos populares”. En *Literatura y vida nacional*. Disponible en <http://www.gramsci.org.ar/index.htm>
- Granados, Aimer, coord. 2012. *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa / Juan Pablos Editor.
- Grandin, Greg. (2004) 2007. *Panzós: la última masacre colonial. Latinoamérica en la Guerra Fría*. Guatemala: Avancso.
- Grandin, Greg y Gilbert M. Joseph. 2010. *A century of revolution: insurgent and counterinsurgent violence during Latin America's long cold war*. Durham: Duke University Press.
- Granovetter, Mark S. (1982) 2003. “La fuerza de los lazos débiles. Revisión de la teoría reticular”. En *Análisis de redes sociales. Orígenes, teorías y aplicaciones*, editado por Félix Requena Santos, 196-230. Madrid: Centro de Investigaciones Sociales / Siglo XXI de España Editores.
- Grijalva Jiménez, Agustín, editor. 1996. *Datos básicos de la realidad nacional*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Grupo América. 2010. “Revista América”. Disponible en http://www.grupoamericaecuador.com/ga/index.php?option=com_content&view=article&id=73&Itemid=63
- Guarderas G., Jaime. 1953. “Breve Historia del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica”. *Cultura Hispánica*, I, 1 (1953): 8-16.

- Guerra Cáceres, Alejandro, comp. 1995. *Escritos literarios y políticos de Joaquín Gallegos Lara*. Guayaquil: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas.
- Guerra, Manuel Patricio. 2001. "La presencia del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica". En *Ecuador-España: Historia y perspectiva. Estudios*, coordinado por Ma. Elena Porras y Pedro Calvo-Sotelo, 160-163. Quito: Embajada de España en Ecuador / Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador.
- Guha, Ranajit. 1997. *Dominance Without Hegemony: History and Power in Colonial India*. Cambridge: Harvard University Press.
- Habermas, Jürgen. (1962) 1994. "Sobre el concepto de opinión pública". En *Historia y crítica de la opinión pública*: pp. 261-274. Barcelona: Gustavo Gili.
- _____ 1992 "Observaciones sobre el concepto de acción comunicativa". Acceso: 2 de enero 2013.
En <padron.entretemas.com/cursos/AdelD/unidad2/habermas4.rtf>
- _____ (1992) 1998. *Facticidad y Validez. Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Madrid: Editorial Trotta, S.A.
- Handelsman, Michael. 1989. *En torno al verdadero Benjamín Carrión*. Quito: El Conejo.
- _____ 1991. *Ideario de Benjamín Carrión*. Quito: Letraviva /Planeta del Ecuador.
- Herrería, Isabel y Ana Moreno de Safadi. 1984. "El 28 de Mayo de 1944: Alianza Democrática Ecuatoriana". En *El 28 de mayo de 1944. Testimonio*: 237-259. Guayaquil: Litografía e Imprenta de la Universidad de Guayaquil.
- Hidalgo, Ángel Emilio. 2010. "El aparecimiento del saber histórico en Guayaquil: el Centro de Investigaciones Históricas (1930-1962)". *Procesos* 41 (I semestre): 45-77.
- Hobsbawm, Eric. 1994. *Historia del siglo XX*. En *Biblioteca E. J. Hobsbawm de Historia Contemporánea* 3. Buenos Aires: Crítica.

- Huici Módenes, Adrián. 1994. "Propaganda y publicidad política. Algunas cuestiones terminológicas". *Revista internacional de comunicación y publicidad* 2: 96-104. Acceso 26-06-2013. Disponible en http://www.maecei.es/pdf/n3/propaganda_y_publicidad_politica_algunas_cuestiones_terminologicas.pdf
- Hylton, Forrest y Sinclair Thomson. 2007. *Revolutionary Horizons: past and Present in Bolivian Politics*. New York / London: Verso.
- Ibarra C., Hernán. 1984. *La formación del movimiento popular: 1925-1936*. Quito: Cedis.
- _____. 2006. "El Partido Socialista Ecuatoriano durante el gobierno de Galo Plaza (1948-1952)". *Ecuador Debate* 67: 48-60. Quito.
- Idrovo R., Alejandro. 1984. "A los cuarenta años de una gran insurrección popular". En *El 28 de mayo de 1944. Testimonio*, 111-122. Guayaquil: Imprenta de la Universidad.
- Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica. 1965a. "Estatutos codificados del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica, aprobados por acuerdo del Ministerio de Educación". *Cuadernos ecuatoriano-hispánicos* 5: 16-20. Quito.
- _____. 1965b. "Nómina de socios del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica". *Cuadernos ecuatoriano-hispánicos* 5: 21-24. Quito.
- Jaramillo Alvarado, Pío. (1922) 1988. *El indio ecuatoriano* (texto seleccionado). En *Pensamiento indigenista del Ecuador*, compilado por Claudio Malo. Quito: Banco Central del Ecuador / CEN.
- Jelin, Elizabeth. 2002. "Los sentidos de la conmemoración". En *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas 'infelices'*, 245-252. Madrid: Siglo XXI.
- Jijón y Caamaño, Jacinto. 1943. *La ecuatorianidad*. Quito: La Prensa Católica.
- _____. 1947. *A la ciudadanía*. Quito: Imprenta Municipal.
- _____. (1929) 1981. *Política conservadora*. Quito: Banco Central del Ecuador / CEN.
- Jirón, Sergio Enrique. 1984. "La transformación política del 28 de Mayo de 1944". En *El 28 de mayo de 1944. Testimonio*, 13-30. Guayaquil: Imprenta de la Universidad.

- Jobert, Bruno. 2004. “Estado, sociedad, políticas públicas”. LOM ediciones: s/ciudad (edición electrónica). Acceso: 20 noviembre 2012. Disponible en <http://es.scribd.com/doc/44784147/ESTADO-SOCIEDAD-Y-POLITICAS-PUBLICAS-Bruno-Jobert>
- Kelly, Janet, coord. 2003. *Políticas públicas en América Latina*. Caracas: Ediciones del Instituto de Estudios Superiores de Administración.
- Larrea, Carlos M. 1908. Informe que el Presidente del Centro Católico de Obreros presenta a la Junta Directiva. Quito: Imprenta de El Comercio.
- _____. 1920. *Informe leído por el señor presidente de ‘El Ateneo’ en la Junta General del 18 de junio de 1920*. Quito: Imprenta ‘La Corona de María’.
- Latour, Bruno. (2005) 2008. *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- López Lozano, Manuel. 1999. “Indigenismo y mestizaje en la formación del estado posrevolucionario”. *Tema y variaciones* 13 (II semestre): 1-38. Disponible en <http://espartaco.azc.uam.mx/UAM/TyV/13/221899.pdf>
- Lorrain, François y Harrison C. White (1971) 2003. “La equivalencia estructural de los individuos en las redes sociales”. En Félix Requena Santos (edit.), *Análisis de redes sociales. Orígenes, teorías y aplicaciones*: 71-117. Madrid: Centro de Investigaciones Sociales / Siglo XXI España.
- Lukács, György. (1923) 1978. *Historia y conciencia de clase*. Barcelona: Grijalbo.
- Luna Tamayo, Milton. 2007. “Historia y sociedad: el rol del Estado y de las clases medias”. *Historia de las Literaturas del Ecuador*, vol. 5. *Literatura de la República 1925-1960 (primera parte)*, 13-46, coordinado por Jorge Dávila Vásquez. Quito: UASB / CEN.
- _____. (1987) 2013. “Estudio introductorio. Economía y sociedad en el Ecuador de los años 20”. En *Crisis y cambios de la economía ecuatoriana en los años veinte*. 3ª ed., 17-46. Quito: Ministerio de Coordinación de la Política Económica. Disponible en <http://www.politicaeconomica.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2013/05/crisis-y-cambios-economia-web.pdf>

- Maiguashca, Juan. 1991. "Orígenes y significado del velasquismo: lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972". En *La cuestión regional y el poder*, editado por Rafael Quintero López, 89-160. Quito: CEN. Disponible en http://www.flasco.org.ec/biblio/shared/biblio_view.php?bibid=10966&ctab=opac
- Maíz, Claudio. 2013. "Tramas culturales. De las determinaciones sociales a la red intelectual". *Anos 90*, Portoalegre 20 (37) (julio): 19-35. Disponible en <http://www.seer.ufrgs.br/anos90/article/download/38431/26945>
- Mallon, Florencia E. 1992. "Entre la utopía y la marginalidad: comunidades indígenas y culturas políticas en México y los Andes, 1780-1990". En *Historia Mexicana*, Vol. 42 (2) *México e Hispanoamérica: una reflexión historiográfica en el Quinto Centenario I* (octubre-diciembre): 473-504. Acceso 07-11-12. Disponible en <http://www.jstor.org/25138853>
- Mariátegui, José Carlos. 1928. "El florecimiento de las literaturas nacionales". En *La invención de la nación. Lecturas de la identidad, de Herder a Homi Bhabha*, compilado por Álvaro Fernández Bravo, 66-73. Buenos Aires: Manantial.
- Martínez Estrada, Ezequiel. (1967) 1996. "La literatura y la formación de una conciencia nacional". En *Lectura crítica de la literatura americana*. II. *La formación de las culturas nacionales*, seleccionado por Saúl Sosnowski, 22-53. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Martínez, Nela. 1968. "Pedro Saad y el browderismo". *Mañana*, época III, No. 225 (11 enero): 14-18.
- _____. 2005. *Yo siempre he sido Nela Martínez Espinosa: una autobiografía hablada*. Quito: Archivo Martínez Meriguet / Consejo Nacional de las Mujeres / United Nations Development Fund for Women - Región Andina.
- Marx, Karl. (1843) 2005. *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- _____. (1852) 2008. *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Claridad.
- _____. (1859) 1987. *Contribución a la crítica de la economía política*. México: siglo XXI.

- Marx, Carlos y Federico Engels. (1932) 1975. *La ideología alemana*. Buenos Aires: Ediciones Pueblos Unidos.
- Massardo, Jaime. 1999. “La recepción de Gramsci en América Latina: Cuestiones de orden teórico y político [1]”. *International Gramsci Society Newsletter*, No. 9 (march): electronic supplement 3. Acceso: 16 enero 2013. En: http://www.internationalgramscisociety.org/ignsn/articles/a09_s3.shtml
- Medina Castro, Manuel. 1984. “28 de Mayo: trasfondo histórico”. En *El 28 de mayo de 1944. Testimonio*, 203-211. Guayaquil: Imprenta de la Universidad.
- Melgar Bao, Ricardo. 2010. “Huellas, redes y prácticas del exilio intelectual aprista en Chile”. En *Historia de los intelectuales en América Latina*, II, dirigido por Carlos Altamirano, 146-166. Madrid: Katz.
- Merbilhaá, Margarita. 2012. “El estudio de las formas materiales de la sociabilidad intelectual. Algunas cuestiones metodológicas en torno a las redes entre escritores latinoamericanos en Europa (1895-1914)”. Conferencia en el VIII Congreso Internacional de Crítica Literaria *Orbis Tertius*, FHCE, UNLP. Disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.2374/ev.2374.pdf
- Milk Ch., Richard L. (1977) 1997. *El movimiento obrero ecuatoriano. El desafío de la Integración*. Quito: Abya-Yala /PUCE.
- Monroy García, Juan. 2006. “Ciudadanía y globalización en América Latina”. En *Lo otro*, coordinado por Silvana Rabinovich y Alya Saada, 1-10. México D.F.: Unesco México.
- Monteforte Toledo, Mario. 1985. *Los signos del hombre. Plástica y sociedad en Ecuador*. Quito: Mariscal / PUCE / UNAM.
- Mora, Alba Luz. 2010. *Antología de la Revista del Grupo América*. Quito: Artes Señal.
- Mora Moreno, Eduardo. 2006. Epistolario 1923-1986 y discursos. Loja, CCE Núcleo de Loja / Plan Binacional de Desarrollo Fronterizo Capítulo Ecuador.
- Moreano, Alejandro. 1989. “Benjamín Carrión: el desarrollo y la crisis del pensamiento democrático-nacional”. En *Revista de Historia de las Ideas*, 9 (segunda época): 51-72. Quito: CCE / Centro de Estudios Latinoamericanos de la PUCE.

- Moreano, Alejandro. 2012. [2011]. “El intelectual, la política y la sociología”. En *Agustín Cueva, 20 años después*: 3-26. Quito, UCE / UASB / UTN.
- Morel, Anne-Claudine. 2012. “Las ‘políticas culturales’ en la Casa de la Cultura Ecuatoriana entre 1944 y 1957: desavenencia o armonía entre Benjamín Carrión y Pío Jaramillo Alvarado”. *Ecuador Debate* 81 (diciembre 2012): 75-92.
- Mudrovic, María Eugenia. 1997. Mundo Nuevo. *Cultura y Guerra Fría en la década del 60*. Rosario: Beatriz Viterbo editora.
- Muñoz, Blanca. 2005. *Teoría sociopolítica de la cultura*. Barcelona / México: Anthropos / Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa.
- Muñoz Vicuña, Elías. 1978. *El 15 de noviembre de 1922: su importancia histórica y sus proyecciones*. Guayaquil: Universidad de Guayaquil. Facultad de Ciencias Económicas.
- Myers, Jorge. 2010. “El intelectual-diplomático: Alfonso Reyes, sustantivo”. En *Historia de los intelectuales en América Latina*, II, dirigido por Carlos Altamirano, 82-97. Madrid: Katz.
- Neiburg, Federico y Mariano Plotkin. 2004. “Intelectuales y expertos”. En *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, compilado por Federico Neiburg y Mariano Plotkin, 15-30. Buenos Aires: Paidós.
- Ochoa Gautier, Ana María. 2003. *Entre los deseos y los derechos. Un ensayo crítico sobre políticas culturales*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Pacheco Bracho, Mónica Patricia. 2012. *Participación y actoría social: la construcción de un espacio público para un actor social: el cabildo de mujeres. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, mención en Desarrollo Local y Territorial*. Quito: Flacso – Ecuador.
- Pacheco, Neptalí. 1938. “El problema agrario en el litoral ecuatoriano”. *El Montuvio*, No. 4, 12-02-1938 (III época): 3-4, y No. 7, 5-03-1938 (III época): 3-4.
- Páez Cordero, Alexei. 1986. *El anarquismo en el Ecuador*. Quito: CEN.
- _____. 1990. “El movimiento obrero ecuatoriano en el período (1925-1960)”. En *Nueva Historia del Ecuador, vol. 10*, editado por Enrique Ayala Mora, 123-162. Quito: CEN.

- Páez Cordero, Alexei. 2001. *Los orígenes de la izquierda ecuatoriana*. Quito, EC: Fundación de Ediciones Andino Amazónicas.
- Panizza, Francisco. 2009. "Introducción. El populismo como espejo de la democracia". En *El populismo como espejo de la democracia*, compilado por Francisco Panizza: 9-49. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Paredes, Ángel Modesto. 1943. *Los nuevos signos de la cultura en el mundo de la post-guerra. Destino de Indoamérica*. Quito: Ministerio de Gobierno.
- Paredes, Ricardo. 1944. "Acercas de la nacionalidad y el estado ecuatoriano". En *Los comunistas en la historia nacional (1926-1986)*, 59-82. Guayaquil: Claridad.
- Pareja Diezcansco, Alfredo. (1933) 1936. *La dialéctica en el arte*. Guayaquil, Portugal.
- _____ (1958) 2010. "El mayor de los cinco: prólogo a las obras completas de José de la Cuadra". En *Estudios literarios y culturales*, No. 3. *Alfredo Pareja Diezcansco. Ensayos reunidos*: 147-177. Quito: CCBC / Secretaría de Cultura del Municipio Metropolitano de Quito.
- _____ 1960. *Las formas de la cultura en el Ecuador*. Quito: CCE.
- _____ 1989. "Los narradores del Grupo de Guayaquil". *AFESE*, No. 17. Acceso: 15 mayo 2013. Disponible en www.afese.com/img/revistas/revista40/artAlfredoPareja.pdf
- Pérez Patiño, Carlos. 2001. *La aventura de su espíritu: biografía de Alfredo Pérez Guerrero*. Quito: CCE.
- "Personal de la Sociedad 'Estudios Jurídicos'". 1920. En *Revista de la Sociedad Estudios-Jurídicos*, Año II, No. 5 (febrero):161-164.
- Polanyi, Karl. (1944) 2006. *La gran transformación*. México: FCE.
- Polo, Rafael. 2002. *Los intelectuales y la narrativa mestiza en el Ecuador*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar / Abya-Yala / Corporación Editora Nacional.
- Poulantzas, Nicos. 1971. "Política y clases sociales". En *Poder Político y Clases Sociales en el Estado Capitalista*: 60-116. México D.F.: Siglo XXI.
- Prieto, Mercedes. 2004. *Liberalismo y temor: imaginando a los sujetos indígenas en el Ecuador postcolonial, 1895-1950*. Quito: Flacso-Ecuador / Abya Yala.

- Prieto, Mercedes. 2008. "Rosa Lema y la misión cultural indígena a Estados Unidos: turismo, artesanías y desarrollo". En *Galo Plaza y su época*, editores Carlos de la Torre y Mireya Salgado: Quito: Flacso / Fundación Galo Plaza.
- Prieto, Mercedes. 2010a. "Los indios y la nación: historias y memorias en disputa". En *Celebraciones y negociaciones por la nación ecuatoriana*, editado por Valeria Coronel y Mercedes Prieto, 265- 316. Quito: FLACSO Ecuador / Ministerio de Cultura.
- _____. 2010b. "Indigenismos: la red interamericana". En *Ecuador y México. Vínculo histórico e intercultural (1920-1970)*, 251-264. Quito: Museo de la Ciudad.
- Prieto, Mercedes y Ana María Goetschel. 2008. "El sufragio femenino en Ecuador, 1884-1940". En *Mujeres y escenarios ciudadanos*, editado por Mercedes Prieto, 299-330. Disponible en http://www.flacsoandes.edu.ec/sites/default/files/agora/files/1245705848.que_genero_tiene_el_derecho_0.pdf
- "Proyecto de acuerdo No. 116 de 2010, por medio del cual se establecen los lineamientos generales para la Política Pública de Casas de la Cultura para Bogotá D.C". 2010. Disponible en <http://www.docstoc.com/docs/124195308/COMISI%E8%84%ABN-SEGUNDA-PERMANENTE-DE-GOBIERNO-Per%E9%93%86odo-pdf>
- Quijano, Aníbal 1981. "Introducción a Mariátegui". México: Era.
- Quintero, Rafael 1997. "Identidad nacional y estado nacional". En *Identidad nacional y globalización*, Acosta, Alberto, et al.:139-164. Quito: ILDIS.
- Quintero, Rafael y Érika Silva. (1991) 2001. *Ecuador: una Nación en Ciernes*. Vol. 1. Quito: Universitaria.
- Rodas Chaves, Germán Alfredo. 2004. *La izquierda ecuatoriana: aproximación histórica*. Quito: La Tierra / Abya-Yala.
- _____. 2006. *El Partido Socialista, casa adentro*. Quito: Ediciones La Tierra.
- República del Ecuador. 1945. *Constitución de 1945*. Consultado: 20-04-2013. Disponible en <http://www.asambleanacional.gov.ec/documentos/biblioteca/constituciones-del-ecuador/Constitucion-1945/1945-Documento-transcrito.pdf>

- Requena Santos, Félix. 2003. "Orígenes sociales del análisis de redes". En Félix Requena Santos (edit.), *Análisis de redes sociales. Orígenes, teorías y aplicaciones*: 3-12. Madrid: Centro de Investigaciones Sociales / Siglo XXI de España Editores.
- Robles, Humberto. 1989. *La noción de vanguardia en el Ecuador. Recepción, trayectoria, documentos (1918-1934)*. Guayaquil: CCE Núcleo del Guayas.
- _____. 1996. "Introducción". En *El montuvio ecuatoriano*, José de la Cuadra (1937): i-xxvii. Quito: Libresa / UASB.
- Rodas Chaves, Germán Alfredo. 2004. *La izquierda ecuatoriana: aproximación histórica*. Quito: La Tierra / Abya-Yala.
- _____. 2006. *El Partido Socialista, casa adentro*. Quito: Ediciones La Tierra.
- Rodríguez Albán, Martha. 2014. "El Grupo de Guayaquil: una arqueología". En *Revista Re/Incidencias*, No. 8. Joaquín Gallegos Lara, Humberto Salvador y Enrique Gil Gilbert. Quito: Centro Cultural Benjamín Carrión (en prensa).
- _____. 2015. *Crítica literaria y sociedad*. Quito: M. I. Municipio de Quito / Centro Cultural Benjamín Carrión (en prensa).
- Rodríguez Carucci, Alberto. 1997. "Discursos literarios y retórica del mestizaje". En *Memorias de JALLA Tucumán 1995*, Vol. 1, editado por Ricardo J. Kaliman, 311-316. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.
- Rodríguez Castelo, Hernán. 1968. *Revolución cultural. La historia de la toma de la Casa de la Cultura*. Quito: CCE.
- Rodríguez, Verónica. 2005. *Comunicación y participación en el espacio público de Cotacachi: el caso del sistema de salud. Tesis de Maestría en Políticas Públicas y Gestión del Desarrollo*. Quito: Flacso-Ecuador.
- Rojas, Ángel F. (s/f) 1949. *La novela ecuatoriana*. Guayaquil: Ariel.
- Sábato, Hilda. 2008. "Nuevos espacios de formación actuación intelectual: prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900)". En *Historia de los intelectuales en América Latina*, I, dirigido por Carlos Altamirano, 387-411. Buenos Aires: Katz.
- Said, Edward. (1978) 2002. *Orientalismo*. Barcelona: Debate.

- Salazar, Gustavo. 2007. "Prólogo". En *La voz cordial. Correspondencia entre César E. Arroyo y Benjamín Carrión*, 11-28. Quito: La Palabra Editores / Fonsal.
- _____ ed. 2009. *César E. Arroyo*. Madrid. Edición electrónica. Disponible en http://issuu.com/salazargustavo/docs/cuadernos_a_pie_de_pagina_2
- Salazar, Gustavo. ed. 2010. *Gonzalo Zaldumbide*. Madrid. Edición electrónica. Disponible en http://issuu.com/salazargustavo/docs/cuadernos_a_pie_de_pagina_3?mode=window&pageNumber=38
- _____ ed. 2011. Benjamín Carrión. Madrid. Edición electrónica. Disponible en <http://issuu.com/salazargustavocalle/docs/cuadernos-4.-benjamin-carrion>
- Sarlo, Beatriz. 2001. "Prólogo". En *Campo y ciudad*, Raymond Williams. Buenos Aires: Paidós.
- Sepúlveda F., Sergio. 2004. *Derecho político*. Concepción: Universidad Católica de la Santísima Concepción. Disponible en <http://es.scribd.com/doc/55840652/9/Institucionalizacion-del-poder>
- Silva, Érika. 1981. "El terrigenismo: Opción y Militancia en la Cultura Ecuatoriana". *Cultura, Revista del Banco Central del Ecuador*, Vol. III (9) (Enero-abril): 249-250.
- _____ 1990. *Los mitos de la ecuatorianidad*. Quito: Abya-Yala.
- Sinardet, Emmanuelle. 1999. "La pedagogía al servicio de un proyecto político: el herbatismo y el liberalismo en Ecuador (1895-1925)". *Procesos, Revista Ecuatoriana de Historia*, 13: 25-41.
- Suárez, Cecilia. 1985. "Dos propuestas entorno a la cultura nacional: la aristócrata terrateniente y la liberal democrática". En *Literatura y Cultura Nacional en el Ecuador. Los proyectos ideológicos y la realidad social, 1895-1944*, Instituto de Investigaciones Sociales, U. de Cuenca: 129-187. Cuenca: CCE Núcleo del Azuay.
- Tigre, Juan Pablo. 2009. *La Casa Lira. Conjugación de la música y la poesía*. Cuenca, U. de Cuenca. Disponible en http://issuu.com/cursograduacion/docs/la_casa_lira
- Tilly, Charles. 1995. *Las revoluciones europeas: 1492-1992*. Barcelona, Crítica.
- Tinajero, Fernando. 1986a. "La fortuna de una idea desdichada". En *Aproximaciones y distancias*, 137-154. Quito: Planeta del Ecuador.

- Tinajero, Fernando. 1986b. “Estudio introductorio”. En *Teoría de la Cultura Nacional*. Quito: BCE/ CEN.
- _____. 1990. “Una cultura de la violencia. Cultura, arte e ideología (1925-1960)”. En *Nueva Historia del Ecuador* 10: 189-210. Quito: CEN / Grijalbo Ecuatoriana.
- Tobar Donoso, Julio. 1928. *Figuras del catolicismo social*. Quito: La Prensa Católica.
- _____. 1944. *Estudios religiosos*. Quito: Ecuatoriana.
- _____. 1953. *La iglesia, modeladora de la nacionalidad*. s/ciudad: s/ editorial.
- Torres, Rosa María. 2005. “Analfabetismo y alfabetización en el Ecuador. Opciones para la política y la práctica”. Paper commissioned for the EFA Global Monitoring Report 2006, Literacy for Living. Acceso: 20-06-2013. Disponible en <http://ddp-ext.worldbank.org/EdStats/ECUgmrpap05a.pdf>
- Valencia Sala, Gladys. 2007. *El círculo modernista ecuatoriano: crítica y poesía*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar / Abya Yala / Corporación Editora Nacional.
- Varela Mirta. 2010. “Intelectuales y medios de comunicación”. En *Historia de los intelectuales en América Latina*, II, dirigido por Carlos Altamirano, 759-781. Madrid: Katz.
- Vargas, José María O.P. 1965. *Historia de la cultura ecuatoriana*. Quito: CCE.
- Vasconcelos, José. (1925) 1995. *La raza cósmica*. México: Espasa-Calpe Mexicana.
- _____. (1926) 1992. *Indología*. En *Obra selecta*, 116-133. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Vaughan, Mary Kay. 1997. *Cultural Politics in Revolution. Teachers, Peasants, and Schools in Mexico, 1930-1940*. Tucson: The University of Arizona Press.
- Vega Ugalde, Silvia. 1987. *La gloriosa: de la revolución del 28 de mayo de 1944 a la contrarrevolución velasquista*. Quito: El Conejo.
- Vera, Alfredo. 1984. “Una insurrección triunfante que no pudo ser revolución”. En *El 28 de mayo de 1944. Testimonio*, 97-110. Guayaquil: Imprenta de la Universidad.

- Vera, Pedro Jorge. 1984. "La Insurrección del 28 de Mayo: Un vistazo". En *El 28 de mayo de 1944. Testimonio*, 31-39. Guayaquil: Imprenta de la Universidad.
- _____. 2002. *Los amigos y los años (Correspondencia, 1930-1980)*. Quito: CCE.
- Veres, Luis. 1999. "La presencia de Unamuno en la Revista *Amauta*". Consultado 15 febrero 2013. Disponible en <http://www.ucm.es/info/especulo/numero11/unamuno.html>
- Vienen ganas de cambiar el tiempo. Epistolario entre Nela Martínez Espinosa y Joaquín Gallegos Lara, 1930 a 1938*. 2012. Quito: AMM / Instituto Metropolitano de Patrimonio.
- Villacís Molina, Rodrigo. 1988. *Palabras cruzadas*. Quito: BCE.
- Wade, Peter. (1997) 2000. *Raza y etnicidad en Latinoamérica*. Quito: Abya Yala.
- _____. 2007. "Identidad racial y nacionalismo: una visión teórica de Latinoamérica". En *Formaciones de indianidad: articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*: 367-390. Popayán: Envión.
- Weber, Max. (1923) 1977. "La institución estatal racional y los partidos políticos y parlamentos modernos". En *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*: 1047-1103. México: FCE.
- Weinberg, Liliana. 2010. "Cuadernos Americanos: la política editorial como política cultural". En *Historia de los intelectuales en América Latina*, II, dirigido por Carlos Altamirano, 235-258. Madrid: Katz.
- Wellman, Barry. 1983. "Network Analysis: Some Basic Principles". *Sociological theory* 1: 155-200. Acceso: 20 diciembre 2012. Disponible en <http://links.jstor.org/sici?sici=0735-2751%281983%291%3C155%3ANASBP%3E2.0.CO%3B2-4>
- Williams, Raymond. (1976) 2000. *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____. (1977) 2009. *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- _____. (1980) 2001. *Cultura y sociedad. 1780-1950*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____. (1981) 1994. *Sociología de la cultura*. Barcelona: Paidós.

- Ycaza Cortez, Patricio. 1991. *Historia del movimiento obrero ecuatoriano. Segunda Parte. De la influencia de la táctica del Frente Popular a las luchas del FUT*. Quito: Cedime.
- _____. 1997. "Prólogo". En *El movimiento obrero ecuatoriano. El desafío de la Integración*, Milk Ch., Richard L. (1977) 1997, 17-28. Quito: Abya-Yala /PUCE.
- Zaldumbide, Gonzalo. (1929) 2002. "Mi regreso a Cuenca", en *Significado de España en América*, 63-96. Quito: Letramía.
- _____. 2000. *Cartas (1933-1934)*, editado por Efraín Villacís y Gustavo Salazar. Quito: Consejo Nacional de Cultura.
- Zanetti, Susana. 1994. "Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)" En http://iberoamericanaliteratura.files.wordpress.com/2012/07/zanetti_susana_-_modernidad_y_religacion_una_perspectiva_continental_1880-1916_.pdf

Biografías en internet

- Avilés Pino, Efrén. s/f. "Espinoza Pólit, Aurelio". *Enciclopedia del Ecuador*. Recuperado de <http://www.encyclopediadelecuador.com/temasOpt.php?Ind=830&Let=>
- _____. s/f. "Montalvo, Antonio". *Enciclopedia del Ecuador*. Recuperado de <http://www.encyclopediadelecuador.com/temasOpt.php?Ind=1463&Let=>
- _____. s/f. "Tobar Donoso, Julio". *Enciclopedia del Ecuador*. Recuperado de <http://www.encyclopediadelecuador.com/temasOpt.php?Ind=2383&Let=>
- Pérez Pimentel, Rodolfo. (s/f). "Alba Calderón de Gil". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo7/c3.htm>
- _____. s/f. "Alfredo Pareja Diez-Canseco". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo4/p1.htm>

- Avilés Pino, Efrén. s/f. “Ángel Felicísimo Rojas”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo2/r5.htm>
- _____. s/f. “Ángel Modesto Paredes Romero”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo16/p2.htm>
- Pérez Pimentel, Rodolfo. s/f. “Aurelio Espinosa Pólit”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo1/e3.htm>
- _____. s/f. “Benjamín Carrión Mora”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo4/c1.htm>
- _____. s/f. “Camilo Egas Silva”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo23/e2.htm>
- _____. s/f. “Carlos Andrade Moscoso”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo22/a5.htm>
- _____. s/f. “Carlos Manuel Larrea Rivadeneira”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo2/l1.htm>
- _____. s/f. “Eduardo Kingman Riofrío”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo8/k1.htm>
- _____. s/f. “Enrico Pacciani Fornari”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo16/p1.htm>
- _____. s/f. “Enrique Gil Gilbert”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo3/g5.htm>
- _____. s/f. “Galo Galecio Taranto”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo8/g7.htm>

- Pérez Pimentel, Rodolfo. (s/f). "Hipatia Cárdenas de Bustamante". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo16/c3.htm>
- _____. s/f. "Isaac J. Barrera Quiroz". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo12/b1.htm>
- _____. s/f. "Jacinto Jijón y Caamaño". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo2/j4.htm>
- _____. s/f. "Jesús Gualavisi". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo17/g1.htm>
- _____. s/f. "Joaquín Gallegos Lara". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo3/g1.htm>
- _____. s/f. "Jorge Icaza Coronel". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo5/i1.htm>
- _____. s/f. "José de la Cuadra y Vargas". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo1/d1.htm>
- _____. s/f. "José María Roura Oxandaberro". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo3/r6.htm>
- _____. s/f. "Juan Elías Naula Tamayo". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo13/n2.htm>
- _____. s/f. "Julio Matovelle Maldonado". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo4/m7.htm>
- _____. s/f. "Julio Tobar Donoso". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo2/t1.htm>

- Pérez Pimentel, Rodolfo. s/f. “Luis Napoleón Dillon Cabezas”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo5/d2.htm>
- _____. s/f. “Luisa Gómez de la Torre Páez”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo16/g6.htm>
- _____. s/f. “Manuel Agustín Aguirre”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo7/a3.htm>
- _____. s/f. “Manuel María Pólit Lazo”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo8/p3.htm>
- Pérez Pimentel, Rodolfo.. s/f. “Marco Martínez Salazar”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo18/m1.htm>
- _____. s/f. “Miguel Ángel Zambrano Orejuela”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo14/z1.htm>
- _____. s/f. “Nela Martínez Espinosa”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo16/m4.htm>
- _____. s/f. “Oswaldo Guayasamín Calero”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo8/g5.htm>
- _____. s/f. “Remigio Crespo Toral”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo5/c2.htm>
- _____. s/f. “Rodrigo Chávez González”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo14/c7.htm>
- _____. s/f. “Víctor Mideros Almeida”. *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo3/m8.htm>

Pérez Pimentel, Rodolfo. s/f. "Gonzalo Zaldumbide Gómez de la Torre". *Diccionario biográfico Ecuador*. Recuperado de <http://www.diccionario-biograficoecuador.com/tomos/tomo8/z1.htm>

Archivos

- Archivo del Centro Cultural Benjamín Carrión, CCBC (Quito)
Biblioteca y Fondo Epistolario inédito de Benjamín Carrión: cartas de Alfredo Vera y de Pedro Jorge Vera.
- Archivo del Ministerio de Cultura del Ecuador, AMCE (antes, Archivo del BCE) (Quito)
- Fondo Jacinto Jijón y Caamaño, Carpetas: ADQ.38.1.1. (correspondencia entre BC y Rafael Alvarado) y ADQ.38.1.3.; JJC.01922, documentos 11 a 49 (correspondencia recibida de Benjamín Chaves, con informes sobre política local); JJC.01928, documento # 19; JJC.01932, documentos # 6, 18, 19, 22; JJC.01939; JJC.01950; JJC.2077.
- Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores, AHMRE (Quito)
Comunicaciones recibidas de la Legación de México, 1932-1935, Tomo B.28.3.
- Comunicaciones recibidas del Ministerio de Educación, Tomos F.1.2.5. (1940), F.1.2.8. (1943), F.1.2.9. (1944), F.1.2.10. (1945).
- Comunicaciones recibidas del Ministerio de Previsión Social y Trabajo, Tomo F.1.11.11. (1941), F.1.11.12. (1942), F.1.11.13. (1943).
- Archivo Meriguet-Martínez, AMM (Quito)
- Fondo Epistolario entre Nela Mertínez Espinosa y Joaquín Gallegos Lara.
Biblioteca Ecuatoriana Carlos A. Rolando, BCAR (Guayaquil) Hemeroteca
Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, Beap (Quito) Hemeroteca y Biblioteca
- Biblioteca Ministerio de Cultura del Ecuador, BMCE (antes, Biblioteca del BCE) (Quito)
- Biblioteca Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador (Quito)
- Biblioteca Universidad Andina Simón Bolívar, UASB-Sede Ecuador (Quito)

Periódicos y revistas

El Comercio (Quito), 1941 a 1944

El Día (Quito), 1941 a 1944

El Universo (Guayaquil), 1937-1838; 1941 a 1944

El Telégrafo (Guayaquil), 1930; 1931; 1937-1938; 1941 a 1944

El Debate (Quito), 1941

La Opinión del Sur (Loja), 1943

La Tierra (Quito), 1934

La Nación (Cuenca) 1933; 1936

Ñucanchic Allpa, 1936-1948

El Montuvio, órgano de la SAACPORG (Milagro), III época, 1935-1936;
IV época, 1945

Lucha Popular, órgano del Comité de Lucha Popular de Milagro (Milagro),
1934-1935

Bandera Roja, órgano del Consejo Central del PCE (Guayaquil), 1933

La Vanguardia, órgano del Consejo Central del PSE (Quito), 1928

Cultura proletaria, órgano de la Asociación Gremial del Astillero (Guayaquil), 1939

Cultura Hispánica. Revista del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica,
Año I, 1953.

El Proletario, órgano de la SAIP (Quito), 1933

El Obrero, semanario de orientación social [del obrerismo católico] (Quito), 1933

El nacional sindicalista, publicación de los sindicatos de la CEDOC (Quito),
1939

El fusil [periódico liberal] (Guayaquil), 1930-1936

El Día Marítimo (Guayaquil), 1932, 1934

La riqueza agrícola (Guayaquil), 1933

Revista Semana Gráfica (Guayaquil), 1932-1938

Cartel (Quito), # 1, 1932 y # 14, 1933

El Sol (Quito), 1951

Entrevistas

Carrión, María Rosa, 21 de mayo de 2013.

Mora, Alba Luz, 10 de junio de 2013.

Moreira, Darío, 29 mayo de 2013.

Rodas Chávez, Germán, 30 mayo de 2013.

Salazar, Gustavo, 17 de mayo de 2013.

Vera Arrata, Alfredo, 27 mayo de 2013.